

VIRGINIA V. B.

EMPEZAR
DE

Cero

EMPEZAR DE CERO



VIRGINIA V. B.

Copyright © 2016 Virginia V. B.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición

ÍNDICE



DEDICATORIA

SIPNOSIS

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA

Dicen que en esta vida todos tenemos un alma gemela, y yo, tengo la suerte de tener dos, y una es ella. Una mujer generosa, cariñosa, humilde, sencilla y de un corazón inmenso que se tira horas al teléfono para hablar conmigo y escucharme.

Gracias por tu apoyo incondicional y gracias porque a pesar de que estamos lejos una de la otra, siempre consigues que te sienta muy, muy cerca.

Te quiero tía Mari.

SIPNOSIS



Julia, es la hija de un arquitecto muy importante de Estados Unidos. Un hombre déspota que no la trata precisamente bien. En una fiesta que organiza su padre, conoce a Abraham Asbai. Un nuevo arquitecto recién llegado a la ciudad del que se enamora perdidamente, y con el que se casa poco después de conocerse. Ella, está muy enamorada, y por supuesto cree que su marido siente lo mismo que ella. Hasta que sin querer escucha una conversación de éste con su mejor amigo y descubre

algo que evidentemente, ella ignoraba. Desesperada y decepcionada huye en el coche para ver a su amiga y hablar con ella de lo que acaba de descubrir, pero un camión se cruza en su camino, y tiene un trágico accidente que la dejará en coma y posteriormente amnésica.

¿Podrá seguir Julia con su vida cuando se despierte del coma a pesar de no recordar nada de ella?

¿Y qué sucederá cuándo esos recuerdos regresen?

¿Se verá con fuerzas para empezar de cero?

PRÓLOGO



En cuanto oigo el portazo que Abraham da al salir de casa, se me viene el mundo encima. ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? Si alguien me hubiera dicho, que apenas seis meses después de casados nuestra situación iba a ser esta, no me hubiera presentado en la iglesia. Pero claro, nadie que yo conozca tiene el poder de la adivinación para decirme de que manera serían las cosas.

Conocí a Abraham en un cóctel

organizado por la empresa de mi padre. Papá es arquitecto, y tiene una de la mayores empresas del sector aquí en Nueva York. En realidad, es conocida mundialmente, no sólo por sus edificaciones, también por el programa que tiene para dar oportunidades a nuevos arquitectos y ayudarles a hacerse un hueco en la profesión. Aquel día, mi padre me pidió expresamente que fuera yo quien le acompañara a la recepción de esa noche. Mi hermana Elsa, y yo, nos turnábamos para ir con él a ese tipo de eventos desde la muerte de mamá.

— Julia—me dijo—, esta noche quiero que seas tú quien me acompañe, ya sé que debería de ser Elsa, pero te quiero a ti—. Yo

asentí. Mi padre es una persona con un carácter muy fuerte y muy autoritario y en casa, todos acatábamos sus órdenes sin rechistar.

En cuanto Elsa lo supo, respiró aliviada. A ninguna nos gustaba acompañarlo a ningún sitio, por eso habíamos empezado a turnarnos. A veces, cuando pienso en mamá, me pregunto, qué fue lo que vio en él para soportarlo durante tantos años. Quizá, nunca se atrevió a dejarle, probablemente para no perdernos a nosotras y por no tener que volver a España buscando el refugio de los suyos. Estoy completamente segura de que la hubieran recibido con los brazos

abiertos, aunque ella, no lo creyera así. La pobre mujer, aguantó durante treinta y dos años el calvario de convivir con papá, sólo espero, y deseo, que dónde quiera que ahora esté, esté tranquila y feliz.

Por aquel entonces, yo no estaba pasando por mi mejor momento. Echaba mucho de menos a mi madre y tenía la sensación de no encajar en ninguna parte. Mi vida era un asco, aun así, yo la vivía, no me quedaba otro remedio, ¿no? No había nadie especial en mi vida desde hacía mucho tiempo, no era como mi hermana. Ella tenía a los chicos postrados a sus pies. No era, ni es de extrañar, ya que ella es un auténtico bombón. Rubia, de tez clara y ojos azul

intenso, con un cuerpazo alucinante... en cambio yo, no diría que soy todo lo contrario porque tampoco soy un adefesio, pero somos muy diferentes. Lo único en lo que nos parecemos, es en el color de los ojos, heredados de nuestra maravillosa madre. Por lo demás, somos completamente distintas.

Estaba claro que mi pelo rojo y mi cuerpo exento de perfectas curvas, ahuyentaba a los hombres.

Algo que hace unos nueve meses, empezaba a preocuparme. Hasta que apareció Abraham.

Aquella noche, me puse un vestido negro de gasa, sencillo. Con la espalda descubierta. Me hice un moño bajo, y apliqué a mi cara un poco de maquillaje

intentando disimular las pecas de mi nariz, y por último, me calcé unos zapatos de tacón de aguja plateados a juego con una cartera de fiesta.

Del brazo de mi padre, me dirigí al salón de actos de la empresa, y allí en la puerta, estreché manos dando la bienvenida a todos los invitados. Un cuarteto de cuerda, amenizaba la velada con música de Frank Sinatra. Lo cierto es que me aburría como una ostra, hasta que llegó él. Captó mi atención en cuanto puso los pies en el salón. Vestía esmoquin negro, camisa blanca impoluta y pajarita. ¡Madre de Dios! Era el hombre más guapo que había visto en mi vida. Pelo negro, piel morena, ojos rasgados y de un negro tan oscuro como

la misma noche. Sí, desde luego era un hombre impresionante. ¿De dónde había salido?

Vi como se acercaba a saludar a mi padre, y después, paseó su mirada por el salón. Nuestros ojos se encontraron, y esa mirada hizo que se me secara la boca y se me doblaran las rodillas. ¡Jesús, si hasta parecía que me mareaba y todo! Fui incapaz de apartar mi mirada de la suya durante un buen rato, sólo cuando el rubor de mis mejillas era más que evidente, conseguí dejar de mirarlo. «Pero bueno, Julia —me dije— contrólate, o conseguirás quedar en evidencia delante de toda esta gente».

Había conseguido hacerme arder con solo una mirada, ¡qué fuerte! Me dí aire

con la mano, hacía demasiado calor allí dentro. Aproveché que el camarero pasaba por mi lado para coger una copa de cava que casi me bebí de un solo trago. Estaba nerviosa. Por el rabillo del ojo, vi acercarse a mi

padre y a ese hombre imponente.

— Julia, querida —¿querida?, mi padre nunca me llamaba así...

— Quiero presentarte a la nueva adquisición de “Empresas Sullivan”, él es Abraham Asbai. Abraham, ella es mi hija, Julia —lo saludé con un fuerte apretón de manos.

— En realidad —contestó él con voz profunda—, es «Empresas Sullivan» quien es mi nueva

adquisición, no al revés. Encantado de conocerte, Julia. Tienes unos ojos preciosos. —Me puse roja como un tomate tras aquel piropo inesperado y solo atiné a decir un gracias apenas audible.

A partir de ahí, todo fue muy rápido. Abraham y yo quedábamos continuamente. Él era mi moreno, y yo su pelirroja. Tres meses después, nos casábamos en la catedral de San Patricio, rodeados de la gran élite de Nueva York. Yo me casé enamorada de Abraham hasta las trancas, y pensé que sus sentimientos eran los mismos, pero ahora tenía mis dudas. Después de viajar por Europa durante un mes en nuestra luna de miel, todo cambió.

Discutimos frecuentemente y él siempre acaba yéndose de casa dando un portazo.

No sé qué es lo que ha podido cambiar, ni lo que ha pasado, lo único que sé, es que esta relación cada vez está siendo más insoportable y se nos hace cuesta arriba. Yo, sigo queriéndole muchísimo, pero no estoy dispuesta a tener un matrimonio como el de mis padres. O juntos intentamos solucionarlo, o lo mejor es que cada uno siga su camino. Por mucho que me duela.

Dispuesta a hablar con mi marido, cojo el coche y me dirijo a “Empresas Sullivan”. Una vez allí, subo en el ascensor hasta la planta cincuenta y seis

que es donde mi marido tiene su oficina.

Probablemente, su cabreo aumente en cuanto me vea aparecer, pero no me importa. En cuanto se abren las puertas del ascensor, empiezo a ponerme nerviosa, tengo miedo de lo que pueda pasar a partir de ahora. Con una sonrisa forzada, saludo a Karen, la secretaria de Abraham:

— Buenos días Karen, ¿mi marido está en su despacho?

— Buenos días señora Asbai, sí, está. ¿Quiere que le diga que está usted aquí?

— No, no se moleste. Solo serán unos minutos...

— ¿Desea que le lleve alguna

cosa? ¿Un café tal vez?

— Un vaso de agua estará bien Karen, gracias —tengo la boca seca por los nervios.

Camino por el largo pasillo casi hasta el fondo, me paro frente a la puerta de su despacho y cuando estoy a punto de llamar, me doy cuenta de que no está solo. Al oír mi nombre me paralizó con la mano pegada a la puerta. No está bien escuchar conversaciones ajenas, pero no puedo evitar contener la respiración y apoyar la oreja en la puerta.

— ¿Tan mal estáis? —Conozco esa voz masculina que habla, es Airam, el mejor amigo de mi marido—. ¿Qué ha pasado está vez?

— No ha pasado nada, ella no tiene la culpa de que mi conciencia me recuerde continuamente que lo he hecho mal. —La voz de Abraham suena apagada, cansada... ¿Qué habrá hecho? ¿Me habrá sido infiel?

— Lo hecho, hecho está amigo. Su padre necesitaba tu proyecto y tú, necesitabas poder entrar en los Estados Unidos con total libertad.

— Sí, lo sé. Pero no hemos pensado en ella ninguno de los dos, ni su padre, ni yo. Y ahora me siento tan mal por hacer lo que hice que no puedo ni mirarla a la cara. —¿Pero qué has hecho Abraham? La angustia se apodera de mí con

cada palabra que sale de la boca de mi marido—. Ella me quiere, Airam, en cuanto sepa que nuestro matrimonio es una farsa, me odiará... —¿Una farsa? ¿De que coño están hablando?

— Bueno, quizá lo mejor es que aguantes un poco más. Ya casi han pasado seis meses de vuestra boda, solo necesitas seis meses más para que te den un visado permanente...

— No lo entiendes Airam, cada día que pasa la mentira se hace más grande. No puedo seguir haciéndole esto, ella no se lo merece. No sabes lo equivocado que está su padre respecto a ella. Ha ofrecido a su hija como si fuera

un objeto y yo lo he aceptado. No tengo perdón de Dios.

— ¿Cuándo hablarás con ella?

— Esta noche...

Siento que me ahogo, ¿mi matrimonio es una farsa? ¿Abraham no está enamorado de mí? ¿No me quiere? ¿Qué cojones habéis hecho con mi vida? Quiero entrar ahí dentro y gritarle a mi falso marido lo que pienso de él pero... ¿Cómo hacerlo? ¡Quiero a ese hombre con todo mi corazón!

Oigo pasos que se acercan, seguramente sea Karen con mi vaso de agua. No quiero que me vea en este estado... Miro hacia atrás y en vista de que no puedo salir por ahí porque me la encontraría de frente, sigo caminando

por el pasillo y entro en lo que parece ser una sala de archivadores. «En cuanto Karen entre en el despacho, me largo de aquí»—pienso. En estos momentos tengo tanta rabia y tanta ira en mi interior, que sería capaz de matarlos a ambos con mis propias manos. ¿Qué voy a hacer? ¿Vuelvo a casa y dejo que sea él quién me lo explique todo? No, no quiero escuchar de sus labios que no me quiere, eso acabaría conmigo. Tengo que llamar a Yoselin, ella me ayudará a decidir que hacer.

En cuanto se cierra la puerta del despacho de Abraham con Karen dentro, salgo cagando leches de allí. No sin antes escuchar cómo la secretaria le pregunta a mi marido por mí:

— ¿Su esposa no está aquí, señor?

— ¿Mi esposa?

— Sí, hace rato que entró y preguntó por usted, le dije que estaba aquí en su despacho. Ella me pidió que le trajera un vaso de agua...

— ¡Joder, Karen...! —Esas son las últimas palabras que escucho. Corro en dirección al ascensor y entonces oigo la voz de mi marido gritando mi nombre—. ¡Juliaaaa! ¡Juliaaaa! —Empiezo a llorar como una idiota y entro en el ascensor en cuanto las puertas se abren, antes de que vuelvan a cerrarse del todo, veo su cara desencajada.

Salgo corriendo del edificio y subo al coche. Por el espejo retrovisor veo a Abraham corriendo en mi dirección. Arranco, meto primera y salgo del aparcamiento zumbando. Como puedo saco el teléfono de mi bolso. Estoy histérica, llorando sin parar y conduciendo con una mano mientras le marco a mi amiga. ¿Pero qué estoy haciendo? No puedo estar al volante en este estado, podría tener un accidente y matarme, o lo que es peor, podría matar a alguien... Pongo el manos libre y apoyo las dos manos en el volante. No puedo parar, él me daría alcance...

— ¿Julia?

— ¡Oh Yoselin, gracias a Dios que me coges el teléfono!

— ¿Qué está pasando Julia?
¿Estás bien?

— No, no estoy bien —lloro desesperada—. ¡Todo es mentira
Yos, todooooo!

— ¿De qué estás hablando,
Julia? Me estás preocupando.

Antes de que me de tiempo a contestar, algo grande se cruza en mi camino. Es un camión, un camión enorme y no me da tiempo a frenar. El golpe es brutal. Oigo sirenas y voces, alguien grita

mi nombre... ¡Juliaaaaaaaaaa! Pero yo no puedo contestar y todo se vuelve oscuro...

Capítulo 1

Oigo voces, más bien murmullos. Palabras inconexas que no logro comprender. Intento abrir los ojos pero los párpados me pesan un montón. Es como si estuviesen pegados con algún tipo de pegamento extra fuerte, o algo así. Ponerle cara a esos susurros me resulta imposible, no reconozco las voces y mi mente está demasiado embotada. Noto dolor, mucho dolor... Otra vez silencio. Creo que he dormido durante un rato, sigo sin poder abrir los ojos, aunque lo intento con todas mis fuerzas no lo consigo. ¿Qué me está pasando? ¿Dónde estoy? Voces, vuelvo a escuchar esas voces, ahora más claras

y nítidas. Presto atención a lo que dicen, quizá así logre saber donde estoy...

— Déjate de llorar Elsa, ya has oído al doctor. Lleva dos semanas con respiración asistida. Debemos pensar que hacer.

— ¡Pero papá! ¿Cómo puedes siquiera pensar en...?

— El doctor dijo que no había demasiadas esperanzas, ¿es qué estás sorda, o qué te pasa? ¿No piensas decir nada, Abraham?

— Yo tengo Fe John. La Fe, mueve las manos de Dios. Aún es pronto para tomar una decisión, sólo han pasado dos semanas.

— ¡Gilipollecés! ¡Vete pensando qué vas a hacer, eres su marido,

por tanto, tu decides...! ¿Quienes son esas personas? ¿Qué es lo que hay que decidir? No entiendo nada. ¿Están hablando de mí? Una mano fría como el hielo se posa en mi cara, me la acaricia y un escalofrío recorre mi cuerpo, o eso creo. A continuación una voz profunda y ronca me habla al oído, palabras dirigidas solo a mí.

— ¡No te rindas, Julia! Vuelve a mí, por favor, dame la oportunidad de hacer las cosas bien...—
¿Volver? ¿Adónde? Sin poder evitarlo, vuelvo a caer en un profundo sueño.

Esta vez, cuando me despierto, noto que alguien está a mi lado, sujetándome

fuertemente de la mano y sollozando.

— Por favor, Julia, por favor, tienes que despertar. Por favor...

—Aprieto levemente la mano de esa mujer, intentando hacerle ver con ese gesto que la estoy escuchando—.

¡Abraham, Abraham, acércate rápido! ¡Julia me ha apretado la mano, puede oírme!

— ¿Estás segura, Elsa?

— ¡Completamente!

— Julia, ¿puedes oírme? —Otra vez esa voz...—¿Julia? —La voz desesperada de ese hombre me hace querer abrir los ojos para poder verle, para saber quién es... Y lo intento, una y otra vez lo

intento, y esta vez lo consigo. Los abro poco a poco, despacio. Las imágenes son borrosas, no puedo distinguir bien las caras de esas dos personas que están a mi lado, pero por fin he conseguido abrir los ojos...—¡Julia! ¡Elsa, se ha despertado rápido avisa a la enfermera!

De repente todo es un caos a mi alrededor, quiero hablar, hacer preguntas... pero un tubo atravesando mi garganta me impide hacerlo. Está claro que estoy en un hospital, pero, ¿por qué? ¿Qué me ha pasado?

— Por favor, salgan de la habitación.

— ¿Pero doctor...?

— Necesito que salgan de la habitación para poder hacer mi trabajo bien. Esperen en la sala, en cuanto pueda iré a informarles, ¿de acuerdo?

— Vamos Elsa, dejemos que hagan su trabajo. Estaremos fuera doctor.

— Gracias.

Un montón de gente me rodea. El doctor, me mira los ojos con una pequeña linterna y sonrío levemente. Creo que está contento con lo que ve, eso es buena señal. Tengo ganas de hacer preguntas y saber de una maldita vez que es lo que me ha pasado.

— Hola señora Asbai, soy el doctor Caleb, está usted en el

“Metropolitan Hospital”, ¿me comprende? —Asiento—, vamos a proceder a quitarle todas estas máquinas y ese tubo que le impide hablar, ¿de acuerdo? No se ponga nerviosa, está en buenas manos. — Vuelvo a asentir, la sonrisa del doctor, consigue tranquilizarme.

Aproximadamente media hora más tarde, ya no tengo ninguna máquina enchufada a mi cuerpo ni nada que me impida articular palabra. Tengo la garganta seca, demasiado seca y dolorida. El doctor me ha dicho que pronto me darían un poco de agua. Toda la gente que había en la habitación ha salido, solo está conmigo el doctor Caleb y una enfermera muy amable y

risueña, creo que se llama Allyson. Se ponen uno a cada lado de la cama y me miran. Ahora es cuando por fin voy a enterarme de todo.

— Veamos señora Asbai, ¿recuerda por qué está aquí? — Niego con la cabeza—. Hace dos semanas usted tuvo un accidente de tráfico muy grave. Iba en su coche y un camión se interpuso en su camino sin que a usted le diera tiempo a frenar. Colisionó contra el camión a bastante velocidad y el impacto ocasionó heridas muy graves en su cuerpo. No llevaba el cinturón de seguridad puesto, si no hubiera sido por el airbag, probablemente usted hubiera salido

disparada del coche causándole la muerte instantánea. ¿Lo recuerda?

— No —consigo decir—, no recuerdo nada de lo que usted me está contando, ni siquiera sé quienes eran las personas que estaban aquí en la habitación.

— Bueno, eso es lógico, era personal del hospital...

— No, me refiero a las personas que estaban acompañándome, no sé quienes son.

— ¡Oh, ya veo!

Una mirada significativa del doctor hacia la enfermera me pone nerviosa, algo no va bien. Puedo verlo en su cara.

— ¿Recuerda cuál es su nombre de pila?

— Creo que las personas que estaban aquí me han llamado Julia, ¿es ése mi nombre?

— Sí, ése es... ¿Pero tampoco lo recordaba verdad?

— No, no recuerdo absolutamente nada doctor.

— Está bien, no se preocupe. Como ya le he dicho ha tenido un accidente muy grave, la pérdida de memoria puede ser debida al tiempo que ha permanecido en coma, o a que probablemente está en shock. Vamos a realizar algunas pruebas para descartar cualquier complicación y así saldremos de dudas, ¿de acuerdo?

— De acuerdo...

— Mantendré informadas a las personas que están fuera, pero no las dejaré entrar en la habitación hasta que tenga los resultados de esas pruebas. Así evitaremos que usted se ponga nerviosa, pero quiero que sepa que esas personas son su familia y que no se han separado de usted en todo este tiempo. Allyson, prepare a la señora Asbai para hacer un TAC, necesito también una analítica completa para poder organizar la operación de la pierna.

— ¿Van a operarme?

— Señora Asbai, va a tener que pasar algún tiempo con nosotros, tiene la pierna derecha rota por tres

partes, necesitamos operarla en cuanto antes. Las circunstancias, no nos permitieron hacerlo primero. También tiene rotas dos costillas y una luxación en el hombro izquierdo, a parte de varias magulladuras en el resto del cuerpo. La dejo en la manos de la enfermera Allyson, voy a hablar con su familia y enseguida vuelvo.

El doctor Caleb me sonrío levemente, esta vez, su sonrisa no me tranquiliza. Bastante rato después, no sabría decir cuánto exactamente, y hechas las pruebas pertinentes, vuelvo a estar en mi habitación. Sola. Mi cabeza es un caos, no recuerdo nada de mi vida

y me siento inquieta, nerviosa. Necesito respuestas, pero, ¿a quién hacer las preguntas? La impotencia de no saber, me destroza. No debo hundirme, no quiero. La puerta se abre y el doctor Caleb y Allyson entran.

— Hola, Julia —me dice el doctor—, ¿Cómo te encuentras?

— Dolorida, rara... Me encuentro hecha un asco doctor, mi vida es un asco.

— Tranquilícese, es normal que se sienta así, es una situación complicada, pero pasará. Ya lo verá. Con el tiempo su vida volverá a la normalidad.

La enfermera le pasa mi

historial médico y el lo revisa concienzudamente, luego me mira — Julia, el TAC que le hemos hecho, muestra una leve inflamación en la parte derecha del cerebro, pero esa no es la causa de su amnesia. Le he mostrado los resultados al mejor neurólogo que tenemos en este hospital, y él coincide conmigo en que su amnesia es postraumática. Como ya le expliqué anteriormente debida a la magnitud del accidente y al tiempo transcurrido en coma.

— ¿Cuál es el tratamiento doctor?

— El tiempo, ese es el mejor tratamiento en estos casos. Por

norma general en unos días debería de poder recordar, pero ya sabe, cada caso es diferente. Sólo tenemos que esperar. El resto de las pruebas están bien. Aun así esperaremos a que la inflamación del cerebro haya desaparecido del todo para operar con mayor tranquilidad. Le hemos dejado puesta la vía para administrarle la medicación para el dolor. Cualquier cosa que necesite, no dude en llamar a las enfermeras, ellas están aquí para ayudarla.

— ¿Seguro que volveré a recordar, doctor?

— Por supuesto, en unas semanas usted volverá a ser la

misma señora Asbai. Se lo prometo.

— Gracias...

— En la sala de espera está su familia, ¿le parece un buen momento para dejarles entrar?

— Creo que sí, aunque preferiría que lo hicieran de uno en uno.

— Lo haremos como usted prefiera. Enseguida vuelvo.

El doctor se va y me deja a solas con la enfermera. Ésta, está cambiando la vía de una mano a otra y de vez en cuando me mira de soslayo. Estoy tan nerviosa que no puedo parar de moverme, ella que percibe mi nerviosismo, me coge de la mano y me da un leve apretón.

— Tranquila, cielo —me dice
—, todo saldrá bien.

— Eso espero, Allyson, eso
espero.

Poco tiempo después, el doctor Caleb entra en la habitación seguido de una chica joven, muy bonita que me mira desde la puerta con compasión.

— Señora Asbai —me dice el doctor tendiéndole la mano a la chica—. Ella es su hermana, Elsa —se acercan a la cama. La pobre chica no deja de retorcerse los dedos de las manos, creo que está igual, o incluso más nerviosa que yo—. Las dejo diez minutos a solas para que hablen —El doctor mira a la chica—. Procure no atosigarla,

¿de acuerdo? — Ésta asiente y el doctor nos deja a solas.

Ninguna de las dos dice nada. Nos observamos. Intento recordarla, buscar en mi mente algún indicio, imagen, o algo, pero nada. La he olvidado por completo. Ella se sienta en la silla que hay pegada a mi cama, y se derrumba. Un llanto silencioso sale de su garganta.

— ¡Oh Julia... Julia que susto nos has dado! Gracias a Dios que te has despertado. El... El doctor nos ha dicho que no te acuerdas de nada, que tienes amnesia postraumática, o algo así, pero que te pondrás bien—me mira—, soy... soy tu hermana Elsa, tu hermana pequeña. Sólo somos dos, tú y yo,

no hay más hermanos, ¿no recuerdas ni siquiera un poquito?

— No, Elsa, no recuerdo nada, lo intento, pero no... Lo siento. Es todo muy raro, ¿sabes? Tenerte aquí delante diciéndome que eres mi hermana y... y no poder recordarte... es muy duro. Ni siquiera sé que decirte...

— No te preocupes, supongo que sólo es cuestión de tiempo. Lo importante es que estás despierta y que te recuperarás. Eso es lo único que realmente importa. Pensar que podrías...

— No lo pienses, no merece la pena que te tortures con lo que podría haber pasado.

— Tienes razón, como siempre. ¿Sabes?, Papá no está, le hemos llamado para decirle que te habías despertado y ha dicho que estaba muy ocupado. Es tan egoísta... No debería estar diciéndote esto para no preocuparte, pero no he podido evitarlo. Lo siento.

— No pasa nada.

— ¿Pue... puedo abrazarte?

— Me gustaría mucho que lo hicieras. Me vendría bien un abrazo de mi hermana—sonrío.

Sin dejar de llorar, se acerca más a mi cama y me rodea con sus brazos. Noto sus temblores, y para tranquilizarla, o por lo menos intentarlo, acaricio su espalda con suavidad.

Imagino lo duro que ésto resulta también para ellos. Me siento tan impotente... Consigo que mi hermana deje de llorar y que me hable un poco de ella, me gusta. Su dulce cara angelical y su forma de hablar me relajan, a pesar de las circunstancias, me siento a gusto con ella. Antes de irse, me promete que mañana cuando vuelva a visitarme me traerá fotografías de las dos y que me hablará de nuestra madre. Antes de salir por la puerta, ya más animada, vuelve corriendo a mi cama y me abraza fuertemente.

— Te quiero, Julia, te quiero muchísimo.

— Gracias...

En realidad, no sé que decir.

Supongo que yo también la quiero a ella, pero no me salen las palabras. Le acaricio la mejilla y le doy un beso. Ella se va sonriendo.

Vuelvo a quedarme sola en la habitación, pero no por mucho tiempo, ya que el doctor vuelve a entrar en ésta, acompañado por el hombre que vi al despertarme.

— Abraham —dice el doctor—, acércate, Julia, él es tu marido Abraham Asbai. —En cuanto pronuncia la palabra marido, me quedo petrificada. ¿Estoy casada? ¡Pues claro que estoy casada, por eso el doctor Caleb me llama señora Asbai! ¿Por qué no había reparo antes en ello?

Me quedo a solas con ese hombre imponente, su mirada penetrante hace que quiera taparme con la sábana hasta las orejas. Es tan... tan atractivo... ¿Cómo puedo olvidarme de alguien como él?

Está serio, muy serio. De hecho no me atrevo a moverme, me tiene paralizada. Lleva más de cinco minutos conmigo en la habitación y todavía no se a atrevido a acercarse a mí, ¿por qué? ¿Está marcando las distancias?

— ¿Mi... mi... marido?—

Tartamudeo al preguntar.

— Sí, así es... Perdóname, pero en estos momentos estoy bloqueado. No sé que decir...

— Te entiendo.

— ¿Cómo te encuentras? ¿Te duele mucho?

— Sí, me duele, me duele todo el cuerpo. Respecto a como estoy, ¿qué quieres que te diga? ¿Cómo puede estar una persona que se despierta en una cama de hospital y no se acuerda de su vida?

¿Por qué soy tan borde con él?

— Tienes razón, ha sido una pregunta estúpida. Lo siento.

— No, perdóname. No sé porque he sido tan borde contigo, supongo que estoy cansada y bastante perdida. Tú no tienes la culpa de lo que está pasando.

— El doctor ha hablado con nosotros y nos ha contado lo de tu

amnesia. ¿De verdad no recuerdas nada?

— Mi hermana me ha hecho la misma pregunta, y te voy a dar la misma respuesta que le di a ella. No recuerdo absolutamente nada de mi vida...

Mi marido, que sigue manteniéndose a una distancia prudente, me mira de una forma extraña. ¿Qué le pasa? ¿No cree lo de mi amnesia? No sé qué clase de matrimonio era el nuestro, pero el que él no se haya acercado a mí para darme un beso, o tocarme, me da que pensar. Se supone que todo el mundo está feliz por haberme despertado del coma, ¿no? Entonces, ¿por que tengo la sensación de que este hombre tan espectacular no se

alegra de ello?

— Yoselin acaba de llegar, quiere verte.

— ¿Quién es Yoselin?

— Es tu mejor amiga. Las enfermeras no la dejan pasar a porque no es de la familia, he intentado hacer algo al respecto, pero no ha funcionado. A no ser que tu lo permitas, no la dejarán entrar.

— Por mi no hay problema... —
Digo con voz apagada.

— Si quieres, podría decirle que vuelva mañana. Hoy ha sido un día largo y estás agotada, necesitas descansar.

— No, no importa. Quiero verla.

— Está bien, les diré a las enfermeras que has dado el visto bueno. Seguramente vendrán a preguntártelo ellas personalmente.

— ¿Ya te vas?

— Sí, pero si te parece bien, volveré esta noche.

— Vale.

— Pues hasta la noche entonces... —Le sonrío y asiento.

Poco tiempo después, como efectivamente había supuesto Abraham la jefa de enfermería entra en mi habitación para preguntarme si estoy de acuerdo en que Yoselin pase a verme. Le digo que sí, que por mi parte no hay ningún problema y ésta, sale a buscar a mi supuesta mejor amiga a la sala de

espera.

Yoselin me cae bien desde el mismo instante que posa un pie en la habitación. Es encantadora, atenta y se nota lo mucho que me quiere, no como otros...

A pesar de que no recuerdo haberla visto en la vida, me siento cómoda con ella. Es una morena de ojos verdes despampanante. Me alegro de que ella sea mi mejor amiga.

— Julia, nos has dado un susto de muerte.

— No era mi intención empotrarme aquel día contra un camión, eso te lo aseguro.

— Ya lo sé bobita, no estaba insinuando nada de eso. ¿Sabes? Ése día ibas hablando conmigo por

teléfono.

— ¿En serio? Que inconsciente por mi parte.

— Llevabas el manos libres, pero estabas muy alterada. Estabas llorando y no parabas de gritar que todo era una mentira.

— No lo recuerdo...

— No llegaste a contarme que era eso que te tenía tan alterada.

— Bueno, supongo que en algún momento lo recordaré, y cuando lo haga, serás la primera en saberlo.

—Cojo la mano que me tiende mi amiga—, ¿Dónde ocurrió el accidente?

— Fue en la Avenida Lexington, lo que desconozco es hacia dónde

te dirigías.

— ¿Es ahí donde vivo?

— No, ahí es donde está
“Empresas Sullivan”

— ¿Trabajo en esa empresa?

— No cielo, esa es la empresa
de tu padre, él y Abraham trabajan
allí.

— Ni idea... No consigo
recordar nada y eso me supera.

— Tendría que haber mantenido
el pico cerrado para no
preocuparte más, pero pensé que si
te lo contaba, podría arrojar algo
de luz.

— No, al contrario, te agradezco
que hables conmigo y me cuentes
las cosas. Necesito saber como era

mi vida antes del accidente, así que no te preocupes y no te cortes al hablar.

— Cuenta con ello, haré todo lo que este en mi mano para poder ayudarte.

— Gracias—. Una enfermera rechoncha y con cara de pocos amigos interrumpe nuestra conversación.

— La hora de las visitas ha terminado —nos comunica cortante—. La paciente tiene que descansar.

— Ya me voy, —dice mi amiga poniendo los ojos en blanco. La enfermera cierra la puerta y vuelve a dejarnos solas.—Ya has oído a la

enfermera gruñona, por hoy se acabaron las visitas, pero mañana volveré con más tiempo y hablaremos. —Me abraza cariñosamente y me da un beso—, procura descansar.

— Lo intentaré.

— Hasta mañana, Julia.

— Hasta mañana. —La puerta se cierra tras mi amiga y sin poder evitarlo comienzo a llorar.

Me siento tan perdida... Lo que Yoselin me ha contado respecto a mi estado antes del accidente, no ha hecho más que aumentar mi creciente preocupación. ¿A qué me refería al decir que todo era mentira? No entiendo nada, absolutamente nada. Ojalá el

doctor Caleb tenga razón y mi amnesia se evapore en cuestión de días, de lo contrario, acabaré volviéndome loca.

El efecto del calmante que me pusieron hace unas horas está desapareciendo. Empiezo a notar el dolor de nuevo y es insoportable. Cierro los ojos y entonces recuerdo esa voz que oía cuando estaba semiinconsciente y que me decía que no me rindiera, que volviese para tener la oportunidad de hacer las cosas bien. Era su voz, la voz de Abraham. Mi marido. ¿Por eso él está distante? ¿Por qué ha hecho algo mal y quiere rectificarlo?

Me sobresalto al notar unas manos heladas sobre mi frente. Abro los ojos y ahí está la enfermera gruñona

mirándome con preocupación. Esta vez, cuando me habla es mucho más amable.

— Siento si la he despertado, tengo que mirarle la tensión y la temperatura.

— No se preocupe, no estaba dormida.

— También le he traído una cena ligera, caldo de pollo y una gelatina de fresa—. Dejo que la enfermera haga su trabajo sin rechistar, sumida en un incómodo silencio. Me pone un termómetro y luego me mira la tensión. Apunta eficientemente todos los resultados en mi historial médico.

— ¿Está todo bien? —Pregunto.

— Más o menos —contesta

meneando la cabeza—, tiene la temperatura un poco alta, no es gran cosa, pero hay que controlarlo. ¿Tiene muchos dolores?

— Sí.

— Voy a buscar el calmante para ponérselo en la vía y de paso le traeré también un paracetamol para bajar la temperatura —me dice acercándome la cena—. ¿Necesita ayuda con la cena?

— No gracias, me las arreglaré.

— En seguida vuelvo—asiento y con mano temblorosa cojo la cuchara para tomarme el caldo de pollo.

Poco tiempo después de que la

enfermera me haya puesto el calmante y de que me haya tomado el paracetamol me duermo profundamente.

Capítulo 2

A media noche, me despierto ahogando un grito de dolor que me cruza el cuerpo desde los pies hasta la cabeza. Miro a mi alrededor buscando el dichoso aparato con el que poder llamar a las enfermeras y me suministren otro calmante, el dolor es insoportable. Lo veo encima de la mesita que hay cerca de mi cama, pero no logro alcanzarlo desde mi posición. Me estiro para intentar cogerlo y el dolor tan intenso que me recorre la espalda me dobla haciéndome llorar. Entonces, noto una mano en mi espalda y me asusto, no sabía qué hubiera nadie conmigo en la habitación. Me giro y veo a mi apuesto

marido al lado de mi cama mirándome con preocupación.

— Chist, chist, —dice para que me calme—, tranquila, Julia, no te asustes, estoy aquí contigo, tranquila.

— No sabía que estabas aquí, me has asustado. ¡Joderrrrr, me duele muchísimo! ¿Puedes avisar a las enfermeras por favor?

Rodea la cama y se hace con el maldito trasto que está encima de la mesita. Aprieta uno de los botones y una luz anaranjada parpadea encima de la puerta de mi habitación. Mientras esperamos a que llegue una de las enfermeras, se sienta a mi lado y me acaricia el rostro con delicadeza. Es la

primera vez desde que me he despertado del coma que muestra un gesto de cariño hacia mí y lo que siento no me gusta. Algo en mi interior se opone a que él me toque, es una sensación de rechazo que no logro comprender.

La enfermera gruñona aparece en la puerta y mis pensamientos quedan relegados en algún rincón de mi mente.

— ¿Qué ocurre? —Pregunta de mala leche.

— Tiene mucho dolor —contesta Abraham— necesita otro calmante.

— Lo siento, pero no puedo administrarle otro calmante hasta dentro de una hora.

— ¿Y eso por qué?

— Porque los calmantes de la

señora Asbai son muy fuertes, tiene que tomar las dosis exactas y en las horas convenidas.

— ¿Pero no ve qué el dolor es muy fuerte? ¡Haga el favor de darle ahora mismo a mi esposa algo para el dolor!

— Veré lo que puedo hacer, pero por mucho que usted se enfade, no conseguirá que las normas cambien...

Abraham la fulmina con la mirada y ésta sale de la habitación murmurando alguna que otra palabra mal sonante.

— Gracias —musito.

— No tienes porque darme las gracias.

— Si tú no estuvieras aquí, me

habría dicho que no y se hubiera quedado tan ancha... Por cierto, ¿por qué estás aquí?

— Te dije que volvería. Cuando llegué, dormías plácidamente y no quise despertarte.

La gruñona entra otra vez y sin mirar a mi marido me tiende una pastilla y un vaso de agua.

— ¿Qué es?—Pregunto antes de tomármela.

— Ibuprofeno, es lo único que puedo darle. Dentro de una hora vendré con la siguiente dosis del calmante, mientras tanto tendrá que conformarse con ésto.

— Gracias... —Ésta asiente y se van sin decir nada más.

— Esta enfermera es una borde.

— Sí que lo es. Esta tarde cuando Yoselin estaba aquí, se comportó igual. En cambio cuando me quedé sola, fue muy amable conmigo.

— Quizá ha tenido un mal día.

— Puede ser...

— Te sigue doliendo mucho, ¿verdad?

— Sí, es insoportable. Hablar contigo me ayuda a no pensar en el dolor. ¿Puedes sentarte aquí a mi lado y darme un poquito de conversación?

— Por supuesto. —Él acerca la silla a mi cama y coge mi mano entre las suyas. El rechazo sigue

ahí, pero no aparto la mano, todo lo contrario.

— ¿Por qué estas durmiendo aquí?

— Llevo durmiendo en esta habitación desde hace dos semanas.

— ¿En serio?

— Sí. He dormido en esa butaca cada día. Quería estar aquí cuando te despertaras. Tu hermana, Yoselin y yo nos turnábamos durante el día para no dejarte sola ni un momento, pero por las noches, no quise que nadie se quedara contigo. Solo yo.

No sé que pensar respecto a ésto que acaba de contarme. En sus palabras queda evidente su preocupación por mí.

Entonces, ¿por qué una vez despierta mantiene las distancias? ¿Por qué siento yo este rechazo hacia él? Es todo tan raro...

— ¿Cómo nos conocimos? —
Pregunto mirándole a los ojos.

— Fue en un cóctel organizado por la empresa de tu padre.

— Perdona que te corte, pero acabo de darme cuenta que antes has nombrado a mi hermana y a mi amiga, pero no has nombrado a mi padre. ¿Por qué?

— Bueno, digamos que él está demasiado ocupado para venir a verte. Estaba aquí justo antes de que te despertaras.

— ¿Ah sí? —Él asiente— ¿Y

por qué no lo he visto todavía?

— Porque como ya te he dicho, está demasiado ocupado. —El tono despectivo que usa al hablar de mi padre me inquieta.

— Elsa me ha dicho que es egoísta, ¿lo es?

— Sí —contesta rotundo—, no pienses en él ahora.

— Vale. Sigue contándome como nos conocimos.

— Como te decía, fue en un cóctel organizado por la empresa de tu padre, tu eras su acompañante. Cuando te vi, pensé que tenías los ojos más bonitos que había visto en mi vida. Estuvimos mirándonos en la distancia, hasta

que tu padre me invito a conocerte —se queda callado, pensativo, ¿estará rememorando aquel día? Seguro que sí. ¡Ojalá yo pudiera hacer lo mismo...!

— ¿Y qué pasó después?

— Pues... Tu padre siguió saludando a los invitados y tú y yo permanecemos en silencio, mirándonos de tanto en tanto. De repente comenzamos a hablar como si nos conociéramos de toda la vida, y pasamos juntos prácticamente toda la velada. Me pareciste encantadora. —Sonríe y me mira.

Tiene una sonrisa muy bonita que no había visto hasta ahora y que me gusta

mucho. Es muy, muy guapo, y me encantaría recordar qué fue lo que vio en mí hasta el punto de enamorarse. Nos quedamos en silencio. Cada uno sumido en sus pensamientos. Me acaricia la mano y al mirarle a los ojos, descubro la tristeza que se refleja en ellos. Hace una mueca con la boca, un amago de sonrisa aparece en ella, pero no llega a esbozarla. Baja la vista y suelta un hondo suspiro, casi desesperado.

Quisiera poder acordarme de él, de como era nuestra vida juntos... Pensar en ello solo me causa angustia y pesar por no poder compartir con él nada de mí.

La enfermera gruñona, hace acto de presencia. ¡Pero qué borde es la tía!

Mientras ella me toma la temperatura y demás, Abraham habla bajito por teléfono junto a la ventana. Lo observo. Su expresión es de cansancio. Gesticula mientras le explica a la persona que está al otro lado de la línea como estoy. Cuando la enfermera acaba de hacer su trabajo y de ponerme un nuevo calmante, le dirige a mi marido una mirada de desdén y sin pronunciar palabra alguna se va cerrando la puerta con un golpe seco. Él, sigue hablando por teléfono junto a la ventana. No presto atención a la conversación, en realidad no me interesa con quién pueda estar hablando, así que me dedico a seguir observándole. Tiene un cuerpo alucinante y el traje de corte clásico que

lleva le sienta de maravilla. Se gira hacia mí, y al ver que no le quito ojo se pone tenso. Habla unos pocos minutos más y entonces cuelga. Se queda allí, junto a la ventana con las manos metidas en los bolsillos y mirando hacia fuera. Inhala hondo un par de veces y entonces se gira para mirarme.

— Ahora que ya te han puesto el calmante —dice—, deberías de intentar dormir algo. —Se acerca con pasos lentos a los pies de la cama.

— Me gustaría que siguiéramos hablando, que me contaras más cosas de nosotros...

— Lo dejaremos para otro momento. Tienes que dormir, hoy

ha sido un día duro y necesitas descansar.

— Pero... El calmante no me ha hecho efecto todavía... —No quiero dormir. Durante este tiempo que hemos estado hablando, por primera vez desde que me he despertado del coma, lo he sentido cercano a mí y, estoy completamente segura de que si me duermo, en cuanto vuelva despertarme, ese acercamiento se habrá esfumado—, por favor... — Suplico.

— Es por tu bien, Julia.

— Está bien—acepto de mala gana—. ¿Estarás aquí cuando me despierte?

— Estaré aquí cuando te despiertes, te doy mi palabra.

— Gracias. —Saber que no estaré sola durante el resto de la noche me da tranquilidad.

Le hago un gesto con la mano, para que se acerque y se siente a mi lado, pero él no parece verlo porque se queda a los pies de la cama perdido en sus pensamientos.

Noto que empiezan a pesarme los párpados. Reconozco para mis adentros que estoy demasiado cansada, y que él tiene razón. Necesito descansar y recuperar fuerzas para mañana porque seguramente volverá a ser un día complicado. Intento dejar la mente en blanco, darle vueltas continuamente a mi

situación no me ayudará a conciliar el sueño por muy cansada que esté. Me muevo inquieta, no encuentro una postura cómoda para poder rendirme al cansancio que siento, y saber que él está ahí mirándome tampoco ayuda mucho.

Entonces noto sus manos acariciando mi espalda con delicadeza. Son movimientos suaves, tranquilizadores que me hacen suspirar. Un calor gratificante recorre mi cuerpo llenándome de paz y llevándome sin apenas darme cuenta directamente a los brazos de morfeo.

Duermo plácidamente el resto de la noche y cuando abro los ojos por la mañana al verlo sumido en un profundo sueño junto a mi cama, algo en mi

interior se agita. Su expresión relajada mientras duerme, me cautiva y me tienta a alzar la mano y acariciarle el rostro para sentir el tacto de su piel en mis dedos, pero me contengo. No quiero despertarle. Prefiero quedarme quieta observando el subir y bajar de su respiración pausada y tranquila.

Para mi pesar, los dolores no me permiten estarme quieta durante mucho tiempo, y cuando intento moverme para cambiar de postura se despierta.

— Buenos días —Le digo.

— Buenos días, Julia —me dice aún algo adormilado—. ¿Cómo te encuentras?

— Quiero creer que estoy algo mejor, aunque los dolores son

demasiado fuertes y evitan que me lo crea, así que... Siento haberte despertado.

— No lo sientas, son casi las ocho de la mañana y tengo que ir a trabajar.

— ¿A trabajar? ¡Pero si apenas has dormido! —Ahora entiendo porqué el cansancio parece estar permanentemente en su cara. Si lleva dos semanas durmiendo aquí en el hospital en una butaca y después se va a trabajar, tiene que estar hecho polvo.

— No te preocupes, estoy acostumbrado a dormir a poco.

En ese momento, la puerta de la habitación se abre y aparece una

sonriente Allyson. ¡Por Dios, menuda diferencia hay de una enfermera a otra!

— Buenos días, cielo —me dice con su voz alegre y cantarina—
¿Cómo estás?

— He dormido mejor, Allyson, pero tengo unos dolores horrorosos.

— Lo sé cielo, lo sé. Voy a traerte el desayuno y te pondré el calmante, ¿vale? —Asiento—, el doctor Caleb no tardará en pasar a verte. Señor Asbai, ¿le apetece qué le traiga un café?

— No se moleste, Allyson, yo ya me iba.—ella asiente y se va a por mi desayuno.

Él se pone en pie y se acerca a la

cama. Como había imaginado anoche antes de dormirme, hoy vuelve a ser el hombre distante y frío. Las miradas tiernas y las dulces palabras, se esfuman con los primeros rayos de sol. No queda nada del hombre tierno que me acariciaba la espalda para tranquilizarme. Anoche, con su forma de tratarme, había conseguido que ese rechazo que sentía hacia él llegara casi a desaparecer. Ahora, a luz del día, vuelve golpeándome en el pecho y poniéndome alerta otra vez.

— Julia, tengo que irme, —me dice sacándome de mis cavilaciones—. Volveré a la hora de la comida.

— No es necesario que vengas.

Vete a casa y descansa, o acabarás enfermándote. —Asiente.

— Entonces te veré esta noche.

— Tampoco es necesario que...

— Te veré esta noche, —me dice cortándome—. Llámame si necesitas algo.

— No tengo tu número de teléfono. Y además...

— Tu móvil está en el primer cajón de la mesita. En tu lista de contactos aparezco como “mi moreno”.

— ¿Mi moreno?

— Sí, ese soy yo —Su triste sonrisa aparece—. Tu moreno.

— ¡Qué fuerte! —Digo sorprendida y un pelín

avergonzada.

Aparece Allyson con mi desayuno y los dos nos quedamos en silencio. Cuando ésta vuelve a salir, para mi sorpresa Abraham se inclina y roza con sus labios suaves mi frente. Después, se va dejándome con la boca abierta y deseando que esos labios se hubieran posado sobre los míos.

El resto del día transcurre exactamente igual que el anterior. El doctor Caleb viene a visitarme y a valorar mi estado. No ha habido cambios, todo sigue igual. Intenta tranquilizarme diciéndome que no debo estar preocupada, que me de tiempo, que es normal lo que me está sucediendo y que mi vida, pronto volverá a la

normalidad.

Estoy harta de escuchar esa maldita frase. ¿Cuándo va a volver todo a la normalidad? ¿Cuándo voy a volver a recordar mi vida? Después de su visita, me siento frustrada y cabreada. ¿Qué no esté preocupada? ¿Cómo se consigue eso? ¿Qué alguien me lo diga por favor, porque yo no sé como hacerlo! Todos me dicen lo mismo, el doctor, mi hermana, mi amiga... ¡Yo, no puedo más! Intento no pensar, no comerme la cabeza, pero es en balde, todo es en balde.

Cada vez que alguien entra por la puerta y me cuenta cosas de la vida que no recuerdo me angustio y me desespero. Sé que aún es pronto, que

acabo de despertarme de un coma ocasionado por un grave accidente, que estoy viva de milagro, que tengo que ser paciente y positiva pero me resulta imposible. ¡Es agotador vivir de esta manera!

La visita de mi hermana, no me hace sentir mejor. Viene cargada de buenas intenciones al traerme fotografías de nuestra infancia en las que aparece nuestra madre, pero eso no hace más que empeorar mi estado de ánimo. Elsa está tan entregada contándome como era ella, que ni siquiera se da cuenta de mi tristeza. ¡No recordar a mi madre, me mata!

Después de comer, me quedo sola. A pesar de que mi cabeza es un caos, y de

mi agotamiento mental, me duermo y sueño.

«Estoy en un salón abarrotado de gente. A mi paso, todos me saludan y yo les sonrío tímidamente.

De fondo se oye la música de Frank Sinatra. Estoy quieta, observando los grupos de personas, viendo como se divierten mientras yo parezco estar sumamente aburrida. De repente llega él, Abraham, mi marido, mi moreno. Viste un esmoquin negro y camisa blanca. ¡Es alucinante lo que la visión de él provoca en mí! Viene hasta donde yo estoy acompañado de un hombre que desconozco. Ese hombre me presenta a Abraham, pero yo ya sé quién es él, es mi marido... Éste, como si fuera la

primera vez que me ve, tiende su mano hacia mi para saludarme, y entonces dice:

Encantado de conocerte, Julia, tienes unos ojos preciosos. Me quedo callada, hipnotizada por esos ojos negros que parecen escudriñar mi alma. Todo está en silencio, solo se escucha una música que no tiene nada que ver con las canciones de Frank Sinatra. Miro a mi alrededor y no veo a nadie, ¿adónde habrá ido todo el mundo? La canción sigue sonando, es una de mis canciones favoritas, de hecho la tengo como tono de llamada en mi móvil, es... es... “Rain Over Me” de Pitbull y Marc Anthony... Suena una y otra vez, sin descanso...» Entonces

me despierto de golpe, azorada y desorientada, y descubro que la música viene del primer cajón de la mesita. Lo abro y ahí está mi teléfono que no para de sonar. En la pantalla iluminada aparece una imagen de Abraham con una sonrisa deslumbrante y debajo de ésta dice... «Mi Moreno». Me quedo paralizada, y sin saber porque rechazo la llamada.

El corazón me va a mil por hora, pero no es por la llamada. Es por ese sueño tan extraño que acabo de tener. Por lo que me ha hecho sentir. Incluso he recordado en él que esta canción la tenía como tono de llamada. El sonido del teléfono me saca de mi trance momentáneo.

— Hola —contesto.

— ¿Hola? Te he llamado montones de veces —está cabreado.

— Estaba dormida y no me dio tiempo a contestar —miento.

— ¿Estabas dormida?

— Sí.

— Lo siento, al no contestar pensé... pensé que algo iba mal.

— Todo está igual que esta mañana, Abraham, si algo hubiera ocurrido, ya se habrían puesto en contacto contigo, ¿no crees?

— Sí, tienes razón. Perdóname por haberte gritado, Julia, me preocupe y...

— Te entiendo, pero te

agradecería que no volvieras a hacerlo, no me gusta que me griten.

— Lo sé, lo sé y créeme que lo siento.

— Esta bien, olvídalo.

— Te veo esta noche, ¿de acuerdo?

— De acuerdo—contesto con voz apagada.

Dejo el teléfono encima de la mesita y cierro lo ojos. Estoy tan confundida respecto a todo...

Capítulo 3

Han pasado cinco días, cinco tortuosos días desde que me desperté del coma. El doctor Caleb, dice que he mejorado bastante. Hoy, han vuelto a hacerme un TAC, y el resultado de éste muestra que la inflamación de mi cerebro ha desaparecido por completo. Han programado la operación de mi pierna para mañana a primera hora. La luxación de mi hombro, también está mucho mejor, de hecho, puedo mover el brazo sin que apenas sienta dolor en él. En cambio mi memoria sigue tal cual, nula por completo. Eso es lo que más me mortifica, seguir sin saber nada de como era mi vida antes del accidente.

Decidí comentar con Abraham el sueño que tuve y que tan inquieta me dejó. Él me explicó que más o menos así había sido como nos habíamos conocido, y que el señor que nos presentaba en mi sueño, era mi padre. Creyó conveniente hablarlo con el doctor porque en el sueño había indicios de que mi mente recordaba algo. Y según el doctor, así es. Mi mente está pasando por un duro proceso y quizá a través de los sueños, quieran manifestarse mis recuerdos. No he vuelto a soñar, así que prácticamente seguimos en el punto de partida.

Lo único que verdaderamente hoy por hoy me alegra los días, es ver a mi marido entrar por la puerta de mi

habitación. Me estoy acostumbrando a estar con él todas las noches. Sigue quedándose a dormir conmigo a pesar de que insisto para que no lo haga, pero él sigue en sus trece. A cabezota no hay quien le gane. El rechazo que al principio sentía por él, ha ido desapareciendo día a día.

Sigue manteniendo las distancias conmigo, aunque a veces noto algún acercamiento esporádico que agita mi ser y me da esperanzas. No dejo de preguntarme, qué será eso que nos ha pasado para que él actúe así. Pero sea lo sea, estoy convencida de que podremos solucionarlo.

Las visitas de mi amiga Yoselin me encantan. No es que las de mi hermana

me disgusten, pero sus conversaciones la mayoría de las veces me dejan hecha polvo, ya que sólo me habla de mi padre, persona que hasta el día de hoy, no he tenido la ocasión de ver. Sigue estando demasiado ocupado para ver a su hija, es triste pero muy cierto. ¡Qué le den!

Gracias a Yoselin, me voy conociendo más a mí misma, y siempre le estaré agradecida por hablarme sin tapujos de mi vida.

Sé por ella y no por mi marido que vivo en la “Avenida Madison”, en un lujoso y elegante apartamento que mi marido compró para nosotros después de nuestra boda. Y que tengo una maravillosa casa en “Los Hamptons”,

regalo de bodas de la familia de Abraham.

Por lo visto, tengo una tienda donde vendo y restauro muebles antiguos, algo que según ella dice, se me da muy bien. Una de las primeras cosas que haré cuando salga del hospital, será visitar mi propia tienda. Siento muchísima curiosidad por ver de lo que soy capaz de hacer con mis manos.

También me ha hablado de mi relación con Abraham, algo tormentosa en los últimos meses porque discutíamos continuamente. Ella cree que nos hemos precipitado al casarnos y que así me lo manifestó cuando le dí la gran noticia, pero que claro, yo cegada de amor por él la había ignorado, y que

probablemente ahora estaría pagando las consecuencias por ello.

No tengo ni idea cuál era el motivo de mis discusiones con Abraham, ni qué tipo de problemas teníamos, pero estoy dispuesta a averiguarlo.

Como si de una señal se tratase, el susodicho, entra por la puerta con semblante cansado y decaído.

Muchas veces, siento lástima por él, pero otras... me cabrea de tal manera con su frialdad que me dan ganas de estrangularlo.

Se acerca con paso lento, y como ya es habitual en él, con las manos en los bolsillos se para a los pies de mi cama.

— Hola—saludo, ya que él parece no tener intención de

hacerlo.

— Hola, pelirroja...—Ese hola pelirroja hace que me cosquilleen las paredes del estómago—. ¿Cómo te encuentras? ¿Hay alguna novedad?

— Me encuentro mejor, y sí, hay novedades.

— Cuéntame, ¿son buenas o malas?—Se pone tenso a la espera de mi contestación.

— Buenas—sonríó para tranquilizarlo—, esta mañana me han hecho un TAC y la inflamación del cerebro ha desaparecido.

— Bien, por fin algo positivo—. Su semblante cambia considerablemente al saber las

buenas nuevas.

— Sí. Han programado mi operación para mañana a primera hora.

— ¿Tan pronto?

— Sí, el doctor no me ve motivos para retrasarla más—. Asiente— ¿Qué tal tu día?

— Bastante malo. No consigo concentrarme en lo que hago y el resultado es nefasto.

— Lo siento.

— No lo sientas, tú no tienes la culpa.

— Sí que la tengo, si no fuera por mí, tú no estarías preocupado... ¿Hay algo que yo pueda hacer para que te sientas

mejor?—Sonríe.

— Ya has hecho que me sintiera mejor al darme las buenas noticias. ¿Ya has cenado?

— No, aún no. Y después de las doce no puede ingerir nada, ni siquiera líquido, por lo de la operación.

— Entonces, déjame que te invite a cenar para celebrar tu mejoría.

— ¿Estás loco? Si ni siquiera puedo...

— No pongas excusas, ¿me dejas que te invite a cenar, o no?— Asiento. ¿Qué estará tramando? — Vuelvo en seguida—. Sale de la habitación con paso decidido, y me

deja allí mirando hacia la puerta con cara de boba.

Poco tiempo después regresa mucho más animado. Trae un par de bolsas en la mano que deja encima de la butaca donde él suele vigilar mi sueño. Se mueve por la habitación sonriente. Se acerca a mi cama y pulsa un botoncito que hay en el lateral de ésta para elevarla un poco, de manera que parezca que estoy más sentada que acostada. No digo nada. Simplemente lo dejo hacer a su antojo. Está tan animado que me da miedo abrir la boca y estropearlo.

— He ido a “Gino’s” y te he traído tu plato favorito—. Me dice sacando unos envases de plástico de la bolsa. Saca unos vasos

también de plástico y una botella de vino blanco. Enarco una ceja al ver la botella de vino, ¿se ha olvidado de qué estoy tomando medicación y no puedo beber?— Es sin alcohol—. Contesta a mi pregunta no formulada—. Te gusta tomar una copa de vino blanco con este plato, pero como no puedes beber por tu medicación, lo he traído sin alcohol. Espero que no te importe.

¿Pero cómo va a importarme? Estoy disfrutando demasiado viendo a este hombre que por norma general se muestra a veces frío, a veces templado. A veces distante, a veces cercano, preparar una cena para dos en la

habitación de un hospital, así que no puedo darle importancia a una simple botella de vino. Estoy emocionada, muy emocionada. No encuentro las palabras adecuadas para expresar el tipo de sentimientos que Abraham empieza a despertar en mí.

Cuando parece que lo tiene todo dispuesto encima de la mesita, la acerca a mi cama. A continuación, despliega la bandeja que va anexa a un lateral de ésta y la coloca en el centro de mí y de él. ¡Madre mía! No puedo creerme que esté sentado encima de mi cama y esté tan relajado.

Abre uno de los envases de plástico y lo coloca frente a mí.

— Fetuccini pirata para la

señora.

— ¿Fetuccini pirata?

— Sí, fetuccini con gambas, nata y un ligero toque picante.

— Vaya... ¿En serio este es mi plato favorito?—Asiente mientras abre su envase.

— Lo es. Era lo que pedías siempre que íbamos al “Gino’s”, decías que te encantaban—. Me tiende un tenedor y decidida pruebo los fetuccini.

— ¡Mmm, están deliciosos!—Lo miro—, ¿qué vas a comer tú?

— Canelones de espinacas.

— ¿Es tu plato favorito?

— No, mi plato favorito es tu pastel de carne, tienes muy buena

mano para la cocina.

— ¿En serio? La verdad que no me veo cocinando.

— Te encantaba cocinar, decías que te relajaba.

— Pues vaya manera de relajarme...—Sonrío— Cuéntame más cosas.

— Cuando te llegaba una pieza nueva, te encerrabas en tu taller durante horas. Se te iba el santo al cielo y te olvidabas de todo lo demás. Alguna vez tuve que ir a buscarte y obligarte a que dejaras lo que estabas haciendo para llevarte a casa.

Abraham sigue hablando durante toda la cena, y yo, escuchándolo

encantada. Está animado, relajado. Disfrutando de nuestra improvisada cena de celebración y, me gusta. Por primera vez, me siento cómoda con él. Ha dejado a un lado al hombre distante para convertirse en un marido atento.

Mientras me habla de nuestros rincones favoritos de Nueva York, me doy cuenta de que si una vez me enamoré de él, no me costará nada volver a hacerlo. De hecho, cada vez que sus dedos me rozan por casualidad, mis terminaciones nerviosas se agitan, ansiando que sus manos me acaricien.

— He traído postre—dice sacándome de mis pensamientos.

— ¿También es mi favorito?

— No, tu postre favorito son las

fresas con nata, y lo siento, pelirroja, pero no estamos en temporada.

— No importa—respondo tímida. Cada vez que me llama pelirroja, mi timidez aflora—. ¿Qué es?

— Tarta de turrón y yema. Te gustará.

Cojo una cucharilla y la pruebo. Está realmente buena, y gustosa me la como. Al meterme la última cucharada en la boca, me relamo satisfecha dejando escapar un pequeño gemido de satisfacción.

Abraham me mira intensamente, y por una décima de segundo atisbo una pizca de deseo en su mirada. Alarga una

mano, la posa en mi mejilla acariciándola suavemente. El tiempo se detiene y todo a nuestro alrededor se paraliza, incluidas nuestras respiraciones. Cuando parece que por fin, nuestras bocas han decidido probarse, se abre de golpe la puerta de la habitación rompiendo la magia del momento.

— Vaya... vaya... vaya, esto sí que no me lo esperaba yo—. Un hombre fuerte, con el pelo entrecano y vestido elegantemente, se acerca a nosotros. Abraham se pone tenso al instante y se levanta de la cama como empujado por un resorte.

— John...—Saluda mi marido.

Sin molestarse siquiera en responder al saludo de Abraham, este hombre desconocido para mí, me mira. No me gusta su mirada, no me gusta su boca torcida en un gesto desagradable, y en definitiva, no me gusta él. Su sola presencia me hace sentir incómoda.— Veo que estás mucho mejor.

— ¿Quién eres?—Pregunto sin dejarle terminar de hablar.

— ¿Qué quién soy?—Éste mira a Abraham y después a mí—. Soy tu padre, Julia, ¿acaso no te acuerdas de mí?

— Julia tiene amnesia postraumática, John, no se acuerda de nadie—responde mi marido fulminándolo con la mirada.

— Oh, es cierto. Se me había olvidado.

Me pongo furiosa al oír su contestación. ¿Qué se le ha olvidado? ¿Olvidado? ¿Y este hombre es mi padre? Cierro los ojos y respiro hondo para tranquilizarme.

— ¿A qué has venido?—
Pregunto molesta.

— A verte.

— Vaya... ¿Te has acordado de repente de mi existencia?—
Abraham me mira sorprendido.

— ¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡Soy tu padre!

— Lo siento, pero se me ha olvidado nuestro parentesco. Tengo amnesia...—Respondo con burla.

— ¿Vas a dejar qué siga hablándome así, Abraham?—Mi marido sonrío y no dice ni mú.

— ¿Por qué le increpas a él? Me tienes aquí delante, puedes decirme lo que quieras.

— Él es tu marido.

— Cierto. Pero no es el dueño de mis pensamientos, ni de mis palabras. Ni mi dueño. Que esté casada con él, no quiere decir que le pertenezca por completo y que tenga que hacer lo que él ordena.

— ¿Pero tú estás oyendo lo qué dice?—Vuelve a mirar a mi marido.

— Sí, y estoy totalmente de acuerdo con ella, John.

— ¡Está claro qué aquí no pinto nada, así que mejor me marchó!

— ¿Ni siquiera vas a preguntarme por la última visita del médico?—Abraham nos mira a ambos y con gesto serio recoge los restos de nuestra cena—. Te lo diré de todos modos. La inflamación del cerebro ha desaparecido, y me operarán mañana a primera hora. ¿Estarás aquí cuando salga del quirófano, «papá»? ¿O estarás demasiado ocupado?

— La insolencia no te pega, Julia...—responde él. Juraría que no ve en mí a la hija que hace casi tres semanas tuvo un accidente. Eso hace que me plantee la siguiente

pregunta... ¿Cómo era yo con mi padre?

— Lo siento, pero saber que tu padre está demasiado ocupado como para molestarse en saber como esta su hija después de un grave accidente, y de dos semanas en coma, es lo que tiene.

— Te miro y te desconozco. Jamás me habías hablado en ese tono, Julia. No tengo ni idea de que te habrá contado él de mí—dice señalando a Abraham—, pero puede que no todo lo que escuches sea cierto—. Clava su mirada en mi marido.

— En realidad, nadie se ha molestado en hablar de ti—miento

— Lo único que me han dicho es que estabas demasiado ocupado como para venir a verme y, he comprobado por mi misma que no mentían al respecto, ¿no crees?

— Me marchó, mi tiempo es demasiado valioso...

— Adelante, vete. Aquí nadie te necesita—. Hago un leve movimiento con la mano en dirección a la puerta y mi padre sale de la habitación, no sin antes dirigirle a Abraham una mirada desdeñosa.

Me he quedado con ganas de decirle unas cuantas cosas más a ese hombre que dice ser mi padre, pero contenerme ha sido lo mejor que he hecho. Abraham

me mira, no parece estar muy contento con la visita de mi padre. Yo tampoco lo estoy. Su aparición, ha estropeado nuestro mágico momento, convirtiendo a mi marido en el hombre frío y distante que acostumbra a ser.

Me siento cabreada y frustrada. Y el hecho de que mi marido permanezca con la boca cerrada, no ayuda en absoluto a que esta sensación que siento en el pecho desaparezca.

— ¿No vas a decir nada?—Le miro.

— No, no tengo nada que decir, salvo que estoy sumamente sorprendido.

— Sorprendido, ¿por qué?— Empiezo a tener ganas de pagar mi

irritación con él.

— Digamos que desde que te conozco, nunca había apreciado en ti ese carácter, y muchos menos la osadía de dirigirte así a tu padre.

— Ya veo... ¿Crees qué me he pasado?

— En absoluto. Nunca he estado de acuerdo con tu padre en la forma de trataros a ti y a tu hermana. Os ha anulado por completo. ¿Te arrepientes de lo sucedido?

— La verdad es que no. Reconozco que quizá no haya sido el mejor momento, pero no he podido evitarlo.

— Te entiendo. Voy a hacer una llamada y a decirles a las

enfermeras que hemos terminado de cenar para que te pongan la medicación. Volveré enseguida— se va dejándome con la palabra en la boca.

Está claro que esta visita no nos ha sentado bien a ninguno de los dos. En mi caso, ni siquiera sé por qué. Únicamente que mi padre no se ha dignado a venir a verme en todo este tiempo... ¿Qué clase de relación tenía yo con mi padre antes del accidente? Por mucho que me pese, tengo que preguntarle a mi hermana al respecto. Ella, es la única que puede disipar mi curiosidad.

En el caso de Abraham, no tengo ni la más pajolera idea de lo qué sucede entre ambos, pero por lo que he visto

hace un momento, la animadversión entre ellos es mutua.

En mi vida me había planteado tantas preguntas, o eso creo. Tengo la cabeza tan llena de interrogantes, que no sé si algún día encontraré respuesta para todos ellos.

Una enfermera entra y en riguroso silencio lleva a cabo su ritual. Me mira la tensión, la temperatura y me inyecta un calmante. Después escribe algo en mi historial y se va dándome las buenas noches y dejándome de nuevo sola con mis pensamientos.

El efecto del calmante es inmediato y a consecuencia de ello, los párpados me pesan, incitándome a caer en un profundo sueño. A pesar de que intento

resistirme porque quiero estar despierta cuando Abraham vuelva, no lo consigo. Me duermo sin poder remediarlo y sin que mi marido esté de vuelta.

Me despierto antes de que amanezca. Estoy intranquila y nerviosa, supongo que porque no tardarán mucho en venir a prepararme para llevarme al quirófano. Observo a mi atractivo esposo dormido en la butaca. Tiene la boca ligeramente abierta, y su respiración es tranquila y pausada. Tiene unos labios muy tentadores, y solo de imaginar que ayer estuve a punto de saborearlos, se me agita la respiración. Sentir que tengo la necesidad de acariciarlo y de sentirlo, me llena de ansiedad. Aparto la mirada de su bello rostro y la clavo en la

ventana, esperando y deseando que la luz del día, mitigue mis sentimientos.

Me duermo otra vez y sueño con él. Es un sueño hermoso. *«Estamos en una playa, tumbados en la arena, sonriendo y mirándonos a los ojos. Parecemos felices. Abraham gira la cabeza y con la lengua, traza el contorno de mis labios lentamente y después la hunde en mi boca, enroscándola con la mía, fundiéndonos en un beso loco, salvaje y muy, muy caliente. Siento sus manos buscando el broche de mi bikini, y suelto un gemido de satisfacción»*. De repente abro los ojos, y ahí está él, con gesto preocupado.

— Estabas soñando... tienes la respiración agitada. ¿Era una

pesadilla?

¿Una pesadilla? La pesadilla es haberme despertado y haber dejado de sentir sus caricias y sus besos.

— No lo sé... supongo que sí, que era una pesadilla—miento. Últimamente no hago más que mentir.

— Debes de estar nerviosa por lo de la operación. No te preocupes, todo saldrá bien.

— ¿Qué hora es?

— Son poco más de las siete y media. Enseguida vendrán a buscarte. He estado hablando con el doctor Caleb. Será una operación larga.

— Sí, lo se. Hablamos ayer de

ello. ¿Ya te vas a la oficina?

— No, hoy me he tomado el día libre. En cuanto vengán a buscarte, iré a casa a darme una ducha y a cambiarme de ropa. Estaré aquí cuando despiertes. Tu hermana y Yoselin llegarán pronto, no estarás sola, pelirroja.

— Gracias...—Saber que las tres únicas personas que se preocupan por mí estarán aquí cuando despierte de la anestesia me tranquiliza—. Tengo miedo...— Confieso.

— ¿Miedo?

— Sí, miedo a dormirme y no volver a despertarme—en realidad estoy acojonada.

— No debes preocuparte, Julia. Estás en las manos de los mejores médicos de toda la ciudad, los mejores. Sé que es complicado lo que te voy a pedir, pero intenta ser positiva.

— Lo intentaré...—Digo poco convencida.

— ¿Me lo prometes?

— Sí, lo prometo.

A continuación se va llenando la habitación de personal del hospital, dejándome con la sensación de que nuestra conversación ha quedado a medias. Dos enfermeras, dos celadores y el propio doctor Caleb están junto a mi cama.

— Bueno, Julia—me dice el

doctor—. Ha llegado el momento de poner los huesos de tu pierna en su sitio—sonríe—. Estas guapas enfermeras, y estos guapos celadores se encargarán de ti. Yo te veré en media hora en el quirófano. Señor Asbai, ¿puede salir conmigo fuera un momento?—Mi marido asiente y lo sigue hasta el pasillo.

Apenas soy consciente de lo que pasa a partir de ese momento. Mis nervios están tan disparados que ni siquiera soy capaz de articular palabra cuando las enfermeras me pregunta cualquier cosa con tal de distraerme. No dejo de pensar en la posibilidad de que no vuelva a despertarme nunca. Esa idea me aterra. De repente una idea loca me

viene a la cabeza, ¿y si cuándo me despierte vuelvo a recordarlo todo y vuelvo a ser yo? Esta posibilidad, me aterra aún más. Me da pánico pensar en todo lo que podría encontrarme escondido entre mis recuerdos.

Los dos celadores, empujan mi cama hasta el pasillo, donde veo a mi hermana Elsa, mi amiga Yoselin y a mi apuesto marido. Los tres se acercan a mí para reconfortarme e infundirme ánimos, y por un momento lo consiguen. Mi hermana y mi amiga con lágrimas en los ojos, me dan un beso.

Los celadores tiran de mi cama a lo largo del pasillo hasta llegar a un ascensor. Abraham va con nosotros sujetándome fuertemente la mano. Él

también está nervioso, lo noto en su mandíbula tirante, y en la expresión de su cara. Nos acompaña hasta la misma puerta del quirófano. Antes de cruzar dicha puerta, se inclina y me susurra al oído:

— Todo saldrá bien, pelirroja. Estaré aquí cuando te despiertes.

— ¿Me lo prometes?

— Te lo prometo—acto seguido, posa sus labios sobre los míos y sella su promesa con un tierno beso que me hace sonreír.

Después de ese beso, la gran puerta se abre y los celadores guían mi cama por un iluminado pasillo hasta llegar a una fría sala. Abraham, ya no me acompaña, pero si lo hace el calor de

sus labios.

Capítulo 4

Dos semanas después de mi operación, la recuperación de mi pierna va viento en popa y a toda vela.

El resto de mis magulladuras han pasado a la historia. Los únicos que se niegan a regresar a mí, son mis recuerdos, y si he de ser sincera, prefiero que se queden donde están. No tengo la menor duda que volver a recordar, sería recuperar partes de mi vida muy dolorosas que sin saber porqué, prefiero mantener enterradas. Quizá sea que tengo la certeza de que cuando estos regresen a mí, lo harán sin previo aviso y cuando menos me lo espere, dejándome probablemente hecha

polvo.

Además, recordar los problemas que nos llevaron a Abraham y a mí a una relación de discusiones y malos rollos no me apetece nada de nada. Si se han borrado de mi memoria, por algo será, ¿no?

Esta mañana, el doctor Caleb me ha dado una buena noticia. Si todo sigue según lo previsto, el viernes me darán el alta y podré regresar a mi casa. Mentiría si dijera que no me angustia volver a casa, porque la verdad es que tengo miedo a que llegue ese momento, por lo que pueda pasar... A mi marido todavía no le he dado la buena noticia. Esta mañana tenía una reunión muy importante y se fue antes de que el

doctor pasara a verme. Estoy deseando contárselo, su reacción ante la noticia, es muy importante para mí. Después de aquella cena de celebración improvisada, su actitud conmigo ha cambiado considerablemente. Es como si a raíz de aquel día, se hubiera establecido un antes y un después en nuestra relación, dándose él así mismo una tregua para empezar de cero.

Ya casi es la hora de la comida y mi hermana Elsa, estará a punto de llegar. Estoy deseando verla y que me cuente que tal ha ido su cita a ciegas con un amigo de Yoselin. El padre de mi amiga tiene un bufete de abogados muy importante donde ésta trabaja, y ha convencido a mi hermana para que

saliera a cenar con uno de sus compañeros, según ella, guapo a rabiar y un encanto de tío.

Pensando en la reina de Roma, por la puerta asoma, y por la sonrisa que luce, deduzco que la cita ha ido más que bien.

— Hola—saluda contenta—
¿qué tal está hoy mi hermanita preferida?—Trae un ramo de flores precioso que deja junto a la ventana.

— Tu hermanita preferida está bien, muy contenta. ¿Y esas flores?

— Las he visto en el escaparate de una floristería monísima que hay en Madison con la Quinta y, no he podido resistirme a comprarlas.

¿No te parecen preciosas?—
Asiento— ¿Vas a dejar de mirarme
con esa cara y a contarme porque
estás tan contenta, o qué?

— ¡Claro! El doctor Caleb me
ha dicho que si todo sigue como
hasta ahora, el viernes me darán el
alta...

— ¡Oh, Julia, esa es una
magnífica noticia!—Dice
aplaudiendo y dando saltitos— ¿Lo
sabe Abraham?

— No, aún no he tenido la
oportunidad de decírselo.

— Se pondrá muy contento, ya lo
verás.

— Eso espero... Cuéntame que
tal ha ido tu cita del sábado, estoy

ansiosa por saber cómo es él.

Mi hermana me suelta una de sus sonrisitas nerviosas, coge la silla que está próxima a mi cama y se sienta. Cualquiera que la vea, creerá que va a contarme el secreto de su vida.

— ¡Ay Julia...! El sábado tuve la mejor cita de mi vida. Mira que yo era reacia a tener una cita a ciegas, ya lo sabes... pero Nathan es tan guapo, tan atento, tan varonil, que no me arrepiento para nada haber accedido a tener esta cita. Creo que me he enamorado, Julia.

— ¿En serio? ¿Con una sola cita?

— ¡Oyeeee, que tú hace unos meses llegaste muy colgada por un

morenazo que acababas de conocer en un cóctel de la empresa de papa! Así que chitón bonita.

— Yo no recuerdo nada de eso, pero si tú lo dices, te creo—sonrío.

— Ainsss, lo siento, Julia, ha sido una torpeza por mi parte decir eso.

— Anda tontita, cuéntamelo todo sobre ese Nathan que te tiene tan cautivada—y así, sin más, paso la siguiente hora y media escuchado a mi querida hermana hablarme de lo maravilloso que fue conocer a ese joven, y guapo abogado.

Más tarde, cuando vuelvo a estar sola, sonrío para mis adentros al pensar en mi hermana y en su forma de

expresarse. Tengo que reconocer que es única, y que me encanta su forma de ser y de ver la vida. Ojalá hubiera en el mundo más personas como ella.

Paso el resto de la tarde enfrascada con el último libro de la que según mi marido, es una de mis autoras preferidas de novela romántica, “Nora Roberts”. Leer me ayuda a evadirme de mis pensamientos negativos y, este libro en cuestión, “El Coleccionista”, me tiene totalmente enganchada. Estoy tan absorta con la lectura, que ni siquiera me doy cuenta de que fuera oscurece hasta que llega la enfermera con mi cena.

— ¿Cómo te encuentras, Julia?

— Bien, gracias... —Allyson sonríe.

— Me alegro, cielo, verás que pronto estarás como nueva. —Dice mientras me acerca la mesita con la bandeja de la cena—. Hoy tienes puré de verduras, filete de ternera a la plancha y natillas.

Destapo la bandeja y automáticamente el horrendo olor del puré de verduras inunda mis fosas nasales. No sé si antes me gustaba, o no, pero desde que estoy aquí, odio el puré de verduras—. Por esa cara que pones, deduzco que no te agrada demasiado el menú de hoy.

— Son solo las verduras, el resto sí que me gusta.

— Debes de comerlo todo, Julia, la verduras son muy buenas y tu

organismo las necesita.

— Lo sé, pero es que...

— Vamos, deja de comportarte como una niñita pequeña y come.

— ¿Qué es lo que no quiere comer esta niñita?

Alzo los ojos y veo a mi apuesto marido sonriendo burlón. Me pongo colorada como un tomate al instante. Ahora sí que me siento como una niña pequeña pillada con las manos en la masa. ¡Qué bochorno por Dios!

— ¿Le pasa algo a tu cena, pelirroja?

— No, todo está bien...

— No quiere comerse el puré de verduras, ¿podrás hacer algo al respecto? —Le dice Allyson a mi

marido guiñándole un ojo.

— No te preocupes, Alllyson, déjalo en mis manos.

— Eh, no he dicho que no me lo comería, solo que no me gustaban. Así que dejad de hablar de mí como si yo no estuviera... —Se miran uno a la otra sonriendo y haciéndose muecas con la cara—. En serio, ya basta, dejad de burlaros de mí.

La enfermera vuelve a guiñarle un ojo a mi marido y sale de la habitación con cara de «yo no he sido», dejándome sola ante la escrutadora y a la vez burlona mirada de Abraham.

Miro al cuenco de puré que tengo encima de la mesa y, con cara de asco

me como la primera cucharada. ¡Dios, en serio, está incomible! Aun así llevo la cuchara del cuenco a mi boca unas cuantas veces bajo la atenta mirada de él hasta que me lo termino. El filete de ternera, ya es otra cosa. Está super tierno y sabroso y me lo como en un pispa. Las natillas en cambio, estás demasiado dulces para mi gusto, pero me lo como todo sin rechistar.

Abraham, retira la bandeja y se sienta. Apoya los codos en las rodillas, las manos en su rostro y me mira, después sonrío y me felicita por haber sido una niña buena y haberme terminado toda la cena.

Me hago la ofendida y me cruzo de brazos. Hoy está de buen humor. Espero

que ese humor no cambie cuando le de la buena noticia.

— ¿Por qué me miras así? —Me pregunta.

— Tengo algo que decirte... — Automáticamente su semblante cambia, y su cuerpo se tensa.

Talmente parece que se pone a la defensiva, pero, ¿por qué? ¿A qué tiene miedo?

— Cuéntame.

— El doctor cree que el viernes podrá darme el alta para volver a casa. —Lo suelto así, a bocajarro, sin respirar si quiera. Le miro a la cara, buscando algún cambio en su semblante ante la noticia que acabo de darle. Pero no vislumbro nada

de nada—. Te has quedado muy callado, ¿ocurre algo? ¿No te alegra que vuelva a casa?

— Pues claro que me alegro, Julia. Solo estaba pensando.

— ¿Y puedo saber en qué? — Me palpita el corazón de los nervios.

— Pensaba que nuestro apartamento no es el mejor sitio para que te recuperes.

— ¿Y eso por qué?

— Porque aunque es espacioso y cómodo, estarás encerrada. No podrás salir a la calle con total libertad. Pienso que es mejor que te lleve directamente a la casa de “Los Hamptons”. En la casa,

trabajan tres personas y estarás acompañada continuamente, y además allí podrás estar al aire libre siempre que te apetezca. Tenemos un jardín precioso en el que te gustará pasar las tardes relajada.

— No lo se... ¿No crees que me sentiré muy sola allí? Las tres únicas personas con las que quiero estar os quedaréis aquí en la ciudad.

— Yo puedo ir y volver todos los días, y tu hermana y Yoselin, pueden ir a verte cuando quieran.

— Ya, pero vuestros trabajos están aquí...

— No pienses en eso ahora.

Esperaremos a ver que nos dice el doctor Caleb el viernes y después decidiremos, ¿te parece?

— Está bien. Hay algo que quiero hacer en cuanto salga de aquí —me mira expectante—. Quiero ir a mi tienda y al taller, siento mucha curiosidad por ver lo que hacía.

— Te entiendo, y te prometo que en cuanto pongas un pie fuera del hospital, te llevaré gustosamente a tu santuario —contesta divertido.

— Gracias.

— Estoy cansado de decirte que no me des las gracias, Julia. Estoy aquí para todo lo que necesites, recuerda que soy tu marido.

— Mi madre siempre decía que es de bien nacido ser agradecido...

— Abraham se que perplejo ante mi respuesta.

— Julia, ¿eres consciente de lo que acaba de pasar?

— No, que... ¿qué acaba de pasar?

— Has recordado algo que tu madre solía decir.

— ¡Ay Dios mío, es verdad! ¡Ni siquiera me he dado cuenta...! ¿Crees qué debemos avisar al doctor?

— ¿Recuerdas alguna cosa más?

— Me quedo pensativa durante un rato, esperando que por arte de magia aparezcan más recuerdos,

pero nada, mi mente sigue en blanco.

— No, aunque lo intente, aquí dentro —digo señalando mi cabeza—, no pasa nada... Lo otro me ha salido sin querer, sin pensar. ¿Crees qué será así como ocurra?

— No tengo ni la menor idea. Será mejor que hablemos con el doctor a ver que nos dice él.

Dejamos el aviso en el contestador automático de la consulta del doctor Caleb, y al ver que pasa más de una hora sin tener noticias tuyas, Abraham sale a hablar con la jefa de enfermería.

Estoy emocionada y asustada. Emocionada porque uno de mis primeros recuerdos ha sido de mi

madre, y asustada porque tengo miedo a que parte de mi pasado vuelva para destrozarme.

Cuando mi marido regresa de hablar con la jefa de enfermeras, me cuenta que el doctor Caleb estará fuera un par de días en un congreso de medicina, así que nos quedamos con las ganas de saber la opinión del doctor. Decidimos dejar a un lado nuestros pensamientos respecto a lo que acaba de ocurrir y nos centramos en una conversación sobre lo beneficioso que sería para mí recuperarme en la casa de “Los Hamptons”, y eso que habíamos dicho que dejaríamos el tema pendiente hasta el viernes, cuando supiéramos si me iba a casa, o no, pero está claro que

Abraham intenta convencerme de que ésa, sería la decisión más acertada.

Sé que lo hace por mi bien y, sinceramente siento muchísima curiosidad por ver la magnífica casa que mi marido me describe. Estoy totalmente convencida de que acabaré claudicando, porque el poder de convicción que tiene mi marido, es asombroso. Ya me veo pasando las siguientes seis semanas rodeada de naturaleza y con la brisa del mar azotándome en la cara. Más tarde, sin saber ni cómo ni cuándo me quedo profundamente dormida.

Los días pasan lentamente. Son tanta las ganas que tengo de saber si por fin voy a salir del hospital, que las horas se me hacen eternas. El doctor Caleb vino

a verme en cuanto regresó del congreso de medicina, y al saber que he recordado un dicho que mi madre solía decir, me ha aconsejado ver a un psicólogo, ya que cree que probablemente mi memoria se niegue a traer a mi mente los recuerdos escabrosos. Principalmente los ocurridos antes del accidente. Aunque estoy totalmente de acuerdo con él, no veo en que podría ayudarme hablar con un psicólogo. Si no recuerdo nada de mi vida, ¿de qué voy a hablarle? ¿De cómo me siento ahora? Quizá piense que estoy loca en cuanto sepa que en realidad ya no quiero recordar. No muy convencida, acepto tener mi primera consulta esta tarde a las cinco. ¿Podría un psicólogo

inducirme al sueño y así hacerme recordar?

¿O son otro tipo de médicos los que se dedican a eso? Creo que empiezo a desvariar y eso no es muy aconsejable que digamos. Para liberar mi mente de pensamientos extraños, cojo mi móvil del cajón de la mesita y vuelvo a mirar las fotografías que tengo guardadas en él. Hay muchas, y solo me he atrevido a mirarlas una vez. Tampoco creo que sea muy aconsejable que hago esto, pero prefiero mil veces ver las imágenes de mi apuesto marido junto a mí, que comerme la cabeza.

Las imágenes de nuestra luna de miel son las que más me gustan. Paisajes de

París, Venecia, España... En la playa, en un restaurante, en góndola... Esos momentos en los que se nos ve tan felices sí son los que me gustaría poder recordar. Ahora que lo pienso... ¿Podría tener memoria selectiva? Quizá yo misma esté provocando que la amnesia siga conmigo porque me niego a recordar, ¿podría ser? Si ese es el caso, seguramente hay algún tipo de terapia para solucionarlo. La pregunta clave es... ¿Quiero solucionarlo? Me angustia tener tan clara la respuesta. La cuestión, no es quiera o no quiera, es que debo hacerlo. Por mi bien y por el bien de todos. Me encuentro en la sala de espera en la planta de psiquiatría sentada en una silla de ruedas y retorciéndome los

dedos de las manos de nervios, cuando aparece mi amiga Yoselin.

— ¡Menuda sorpresa! ¿Qué haces aquí? No esperaba verte hoy.

— He terminado antes de lo que esperaba con el caso que te comenté y decidí venir a verte. Me he llevado un susto de muerte al no encontrarte en la habitación. Las enfermeras me han dicho que estabas aquí, ¿ha pasado algo? — Se sienta a mi lado y coge una de mis manos—. ¿Por qué estás tan nerviosa?

— Es mi primera consulta con el psicólogo y no estoy nerviosa, estoy acojonada.

— ¿De qué tienes miedo

exactamente?

— De muchas cosas, pero principalmente de saber porqué nos estábamos distanciando Abraham y yo.

— Te entiendo, pero eso es algo a lo que tendrás que enfrentarte tarde o temprano, Julia.

— Lo sé, pero tengo tanto miedo...

— Ánimo, cielo, cuanto antes acabe todo, mejor.

— ¿Señora Asbai? —Una enfermera sale de la consulta y se dirige a mí.

— ¿Sí?

— Acompáñeme por favor —Al ver que Yoselin se levanta para

ayudarme con la silla la enfermera se lo impide—. No se preocupe, yo me ocupo. Puede esperarla aquí en la sala —mi amiga se aparta de mala gana y se acucilla a mi lado.

— Te esperaré aquí, Julia, todo saldrá bien.

— Gracias... —Sonrío y dejo que la enfermera me lleve dentro de la consulta.

Me quedo sorprendida al encontrarme dentro a una doctora, no sé porqué, pero había imaginado que mi psicólogo sería un hombre. Me acomodan en un lateral de la consulta, en un sofá que hay junto a un gran ventanal y desde donde puedo ver el “New York medical college”, escuela

privada de medicina y asociada al hospital desde hace trillones de años. La doctora sirve dos vasos de agua de una jarra de cristal que hay sobre una mesa, y se sienta frente a mí, en un butacón blanco.

— Buenas tarde, Julia, soy la doctora Adele Robbins —extiende su mano y temblando como un flan se la estrecho—. Veo que estás un poco nerviosa, es normal, pero no tienes de que preocuparte.

Hoy solo hablaremos. Es importante que te sientas cómoda para que puedas hablar libremente de lo que te sucede, ¿de acuerdo? —Asiento—. Bien, háblame de ti.

— ¿De mí? Verá doctora

Robbins...

— Por favor, Julia, llámame Adele.

— De acuerdo, Adele. Pues verá, lo poco que sé de mí es lo que mi familia me ha contado, yo... no recuerdo nada de mi pasado.

Paso la siguiente hora y media hablando con la doctora Adele como si la conociera de toda la vida.

Su manera de dirigirse a mí y su forma pausada y serena de hablar, me tienen cautivada. Mientras yo hablo, ella no deja de escribir en mi historial y de alentarme a continuar hablando. Menos mal que me acuerdo poco de mi vida anterior, porque estoy segura de le habría confesado hasta mis secretos mas

oscuros. Cuando dejo de contar mi escasa historia, ella me dedica una de sus serenas miradas y sonríe:

— Muy bien, Julia, hemos terminado por hoy. Lo has hecho muy bien.

—  No va a decirme lo que me pasa?

— Todavía es pronto para que te de un diagnóstico, revisar  todo lo que está escrito aquí —dice señalando la carpeta que tiene en las manos—, y la semana que viene, volveremos a hablar.

—  La semana que viene?

— S . Te voy a citar para el martes a la misma hora de hoy.

— Oh, pero el viernes me darán

el alta médica y, mi marido quiere que vaya a recuperarme a nuestra casa de “Los Hamptons”, me resultará difícil ir y venir al hospital.

— No te preocupes por eso. En el caso de que no estuvieras aquí, yo podría desplazarme para verte.

— ¿Y eso no sería demasiada molestia para usted?

— Ninguna molestia, Julia, para eso estamos —quedamos en hablar el viernes, en cuanto sepa si me voy o me quedo.

A pesar de que durante nuestra conversación, en algún momento he sentido angustia, salgo de la consulta muy tranquila y relajada. En cuanto mi

amiga me ve salir por la puerta, viene hacia mí con cara compungida y preocupada.

— ¿Estás bien?

— Sí.

— ¿De verdad?

— De verdad de la buena —
sonrío.

— ¿Ha... ha dicho algo?

— No, aún es pronto para dar un diagnóstico. Volveré a verla la semana que viene.

— Vale —sin pronunciar una palabra mas, regresamos a la habitación.

Allí, le cuento con todo lujo de detalles lo que ha pasado en la consulta y lo encantadora que ha resultado ser la

doctora Robbins. También le hablo de lo que he pensado respecto a lo de tener memoria selectiva, y para mi asombro, mi amiga está de acuerdo con esa posibilidad.

Esa noche, por primera vez desde que estoy en el hospital, mi marido no viene a dormir conmigo.

Mi «querido padre», le ha obligado a asistir a una cena de negocios. Me cabreo con él por dejarme sin la tan deseada compañía de mi marido y por su culpa, paso la noche en vela sin poder dormir ni siquiera un poco. Me siento demasiado sola.

Por fin llega el viernes, y con él mi alta médica. Mientras mi hermana recoge mis cosas para llevarlas al coche

de Abraham, yo espero impaciente sentada en la silla a que éste regrese de hablar con el doctor Caleb sobre las consultas a las que debo asistir personalmente en el hospital.

La doctora Robbins, irá a verme a casa los martes y los jueves por la tarde, y la semana que yo tenga revisión con el doctor Caleb en el hospital, también pasaré a verla a ella por la consulta. Yo no lo tengo bastante claro, pero él que es una agenda personal andante, controla hasta el último detalle.

Al despedirme de las enfermeras que tan bien me han cuidado durante este tiempo, no puedo evitar echarme a llorar. Estoy muy feliz porque me voy, pero soy consciente de que echaré a

muchas de estas mujeres de menos.

Acomodada en el asiento trasero del coche, cierro los ojos e intento tranquilizarme. Desde que esta mañana supe que me iba a casa, los nervios se han apoderado de mi cuerpo sin darme un respiro, y ahora, una vez en el coche, intento obligarlos a desaparecer haciendo profundas y lentas respiraciones que no tienen resultado alguno.

Mi hermana va delante junto a mi marido. Ha decidido pasar el fin de semana con nosotros y así poder ayudar a instalarme. Durante casi las dos horas que dura el trayecto hasta casa, ninguno dice ni una palabra. En el coche sólo se oye el sonido de la música, no sé quién

canta, pero me gusta. Llegamos a nuestro destino y, me quedo perpleja ante la impresionante casa que tengo frente a mí. Es enorme, en tonos blanco y gris. Con grandes ventanales y un precioso corredor que te lleva a una terraza frente al mar. ¡Es alucinante!

— ¿Te gusta? —Pregunta Abraham.

— ¡Me encanta, es preciosa!

— ¿Entramos? —Sugiere.

Asiento. Mi hermana Elsa me da la mano y, apoyada en una muleta, consigo dar pequeños pasitos que me llevan a la puerta principal. Ésta se abre y aparece una señora de unos cincuenta años, con el pelo muy negro y vestida con ropas de muchos colores. Al verme, corre hacia a

mí y me abraza pillándome por sorpresa.

— Señora Asbai, cuanto me alegro de verla.

— Gracias...

— Julia, ella es Ana, la persona que se encarga de cuidar la casa.

— Hola, Ana, me alegro de volver a conocerte —sonrío, para que vea que a pesar de mi amnesia estoy bien y le doy un beso en la mejilla.

— ¡Ay señora, está tan delgada...!

— Estoy bien Ana, estoy bien.

Capítulo 5

En cuanto cruzo el umbral de la puerta, me invade la tristeza. Pensé, que una vez aquí me sentiría bien. Pero no es así. Sé que es pronto, que apenas acabo de llegar, pero la sensación de sentirme fuera de lugar en esta casa, es demasiado fuerte. Espero y deseo que solo sea cuestión de tiempo, y que logre adaptarme a mi nueva vida.

Desde mi llegada a esta casa, mi casa, todo ha cambiado. Creí que una vez estuviera aquí, todo sería diferente, que sentiría que por fin, había regresado a mi vida. Pero no ha sido así. El primer día que entré por la puerta, ya sentí esa sensación de no pertenecer a este lugar.

Lo achaqué a los nervios. Estaba tan desesperada por sentir esta impresionante casa como mía, que hice la vista gorda a las sensaciones que realmente me embargaban. Mi hermana se quedó aquel fin de semana con la intención de ayudarme a instalarme, e intenté por todos los medios disimular ante ella y ante mi marido el desasosiego que recorría mi cuerpo. Me convencí de que solo sería cuestión de tiempo adaptarme, había pasado tantos días hospitalizada que quizá, todo se resumiera a un pequeño periodo de adaptación. Por eso me callé y esperé. La casa era realmente impresionante, y estaba decorada con muy buen gusto. Las vistas eran increíbles. La casa

estaba rodeada de árboles y de plantas. El color verde, predominaba allá donde mirara, exceptuando el azul del mar, que se veía desde los grandes ventanales de la parte trasera de la casa. La panorámica que tenía ante mí en cuanto abría los ojos al despertarme cada mañana, era alucinante, pero no era suficiente para hacerme sentir mejor.

Los martes y los jueves, la doctora Adele Robbins viene a visitarme. Pasamos largo rato hablando en el estudio de mi marido. Me siento cómoda hablando con ella, tanto que es con la única persona con la que me atrevo a hablar sin ningún tipo de tapujos sobre lo que ronda por mi cabeza. Mientras que para mí nuestras conversaciones son

un simple desahogo, para ella resultan bastante esclarecedoras. Según su experiencia, me encuentro en un periodo temporal de depresión postraumática. Nada que no pueda solucionarse con más charlas y con unas pastillas que me niego a tomar. Respecto a mi otro problema, el de la amnesia, su diagnostico es el mismo que yo ya había vaticinado anteriormente. Memoria selectiva. ¿Por qué llegó a esa conclusión? Muy sencillo. Porque durante nuestras charlas, se ha dado cuenta de que no me cuesta nada recordar como era mi madre y mucho menos como era mi infancia junto a Elsa. Yo, ni siquiera soy consciente de ello. Ella me hace preguntas y yo

respondo sin más, sin pararme a pensar. En cambio cuando la conversación gira en torno a mi marido y a nuestra relación, me quedo bloqueada y con la mente totalmente en blanco. Aunque yo ya tenía mis sospechas, que alguien me diga abiertamente que el problema de mi amnesia es solo mío por negarme a recordar lo que fuera que sucediera con Abraham, me angustia y me llena de desesperación. ¿Solución? El tiempo. Ése que dicen que lo cura todo. Ése sabio maestro que se encarga de poner cada cosa en su sitio cuando menos te lo esperas y que parece no querer aliarse conmigo. Ése, es mi único tratamiento.

Los días pasan, y mi desesperación crece. Mi vida se ha vuelto rutinaria y

tediosa. Tener la pierna escayolada hasta la ingle, no me da mucha libertad para hacer otra cosa que no sea estar sentada o tumbada. Por eso mismo, paso los días sentada en el porche en una mecedora de madera blanca, o tumbada en el jardín leyendo, o escuchando música. Ni siquiera puedo bajar a la playa a tomar el sol. Me arreglo bastante bien con las muletas, y el camino que va de casa a la playa no es ningún obstáculo para mí, más bien es cuestión de estética. No me gustaría nada, tener una pierna blanca y la otra morena una vez me quitaran la puñetera escayola. Sin lugar a dudas, si mis circunstancias fuesen otras, mi estancia aquí sería idílica. Para colmo, llevo sin ver a mi

marido muchos días. Está en Brooklyn, supervisando las obras de un estadio deportivo que tienen previsto inaugurar el próximo mes y, nuestra relación dista mucho de ser la que yo imaginaba una vez estuviera en nuestra casa. Hablamos por teléfono todas las noches. Son conversaciones cortas y banales que no nos llevan a ninguna parte y que me dejan totalmente hecha polvo. Me siento sola, muy, muy sola. Empiezo a plantearme la posibilidad de mandarlo todo a la mierda y empezar de cero en cualquier otro lugar, pero no me atrevo.

Desde que estoy aquí, hoy es sin lugar a dudas el peor día de todos. Mi cabeza es una pared de frontón donde todos mis pensamientos rebotan una y

otra vez y son devueltos al lugar de partida sin encontrar ninguna solución. De seguir así, acabaré volviéndome completamente loca.

Después de cenar, harta de estar sentada, decido dar un pequeño paseo y bajar a la playa. Cuando se lo digo a Ana, mi única compañía en esta casa, no parece gustarle mucho la idea. Está anocheciendo y a pesar de que el camino está iluminado con lámparas solares, podría tropezar y caerme.

— No creo que sea buena idea que bajes ahora a la playa, Julia, ¿por qué no lo dejas para mañana por la mañana?

— Me apetece hacerlo ahora...

— Sé que parezco una niña

caprichosa, pero es lo que me apetece y punto.

— Creo que al señor Asbai tampoco le parecería buena idea.

— Lo sé, pero Abraham no está aquí, ¿cierto?

— Si esperas a que termine de recoger la cocina, puedo acompañarte.

— Gracias, Ana, pero prefiero bajar sola.

— Está bien, como quieras. Prométeme que no estarás ahí fuera mucho tiempo —está preocupada por mí. Es la única que ve como mi estado de animo se va minando día a día.

— Te lo prometo. Será un paseo

corto —me despido con un gesto de cabeza y salgo por la puerta de atrás.

Hago el pequeño trayecto de casa a la playa despacio y tranquila, fijándome bien en el suelo para no tropezarme con nada. Caminar por la arena con muletas y a la pata coja es un poco más complicado, aun así, consigo llegar a mi destino. Una roca lisa que está en un lateral de la playa y que suelo utilizar como asiento. Me acomodo en ésta y respiro varias veces profundamente para cargar los pulmones de aire. El sonido de las olas me relaja y por un momento me olvido de todo.

No sé exactamente cuánto tiempo paso allí sentada contemplando el mar,

pero empiezo a darme cuenta de que es tarde cuando noto la fría brisa acariciándome la piel. Miro hacia atrás, hacia la casa. La luz del porche está encendida y probablemente Ana esté pululando por allí, controlándome desde algún rincón. La verdad es que no tengo muchas ganas de volver, pero tampoco quiero que esté intranquila y preocupada por mí. Hago de tripas corazón y apoyándome en una de las muletas me pongo de pie. Me giro y me doy de bruces contra un cuerpo que permanece estático detrás de mí haciéndome perder el equilibrio. Noto mi caída a cámara lenta y cuando creo que estoy a punto de tocar el suelo, las manos de ese cuerpo me sujetan fuertemente evitando el golpe

y, lo único que se me ocurre hacer, es ponerme a gritar como una posesa.

— ¡Joder, Julia, no grites! Soy yo, Abraham —me abraza fuertemente, pegando mi rostro a su pecho.

— ¡¿Qué no grite?! —Me separo unos centímetros—, ¡Joder, Abraham, casi me da un infarto, y casi me mato por tu culpa! Me has dado un susto de muerte.

— Pensé que me habías visto cuando antes miraste hacia la casa. Estaba justo ahí, parado en el camino.

El corazón me va a mil por hora, no sé si por el susto que me acabo de llevar, o por tener a mi marido tan

cerca. Supongo que por ambas cosas.

— Que va, no te vi. Estaba pendiente de Ana... ¿Cómo sabías qué estaba aquí?

— Cuando entré en casa me tropecé con ella que salía a buscarte. Me dijo que llevabas aquí fuera mucho rato. Estaba preocupada, y por eso bajé.

— ¿Qué haces aquí?

— Te lo acabo de explicar Julia...

— Quiero decir, qué por qué estás aquí en casa, no sabía que fueras a venir.

— Las obras del estadio deportivo están casi terminadas, y como tu padre está por allí, decidí

coger unos días libres y darte una sorpresa.

— Pues casi me matas con la sorpresa —digo un poco más tranquila.

— Lo siento, te juro que no era esa mi intención. ¿Qué haces fuera tan tarde?

— Salí a dar un paseo después de la cena y ya sabes como soy, se me fue el santo al cielo.

— Ya veo... ¿entramos? — asiento. Pone una mano en mi espalda y me guía hacia la casa.

Una vez dentro, vamos directos al salón. Abraham se quita la americana y se sirve una copa mientras yo me tumbo en el sofá y pongo la pierna en alto,

encima de unos cojines. Cierro los ojos y respiro pausadamente intentando ralentizar mis pulsaciones. Hacía muchos días que no sentía esta agitación en mi interior. Él, y solo él, consigue que parezca una adolescente cuando lo tengo cerca de mí. Lo miro, está pensativo, como siempre, y muy concentrado. ¿En qué estará pensando? Ojalá pudiera colarme en su mente para averiguarlo. Se bebe de un trago lo que queda de su copa y deja el vaso encima del aparador. Todavía no acabo de creerme que esté aquí. Lo echaba tanto de menos...

¿Me habrá echado de menos él a mí? Espero que sí.

— ¿Qué es lo que te ocurre,

Julia? —Estoy tan ensimismada haciéndome preguntas, que ni siquiera soy consciente de que lo tengo sentado a mi lado.

— ¿A qué te refieres?

— Ana está muy preocupada por ti. Dice que llevas varios días alicaída, triste, y que te ha oído llorar en algunas ocasiones — ¡Joder con Ana, más que un ama de llaves parece una espía!— ¿No vas a contarme qué es lo que te pasa?

¿Debería contarle de una vez por todas cómo me siento desde que estoy en esta casa? Quizá sea el momento de hablar y decirle la verdad. Todas las veces que hablé con él por teléfono, intenté disimular al máximo mi estado

de ánimo. No quería que se sintiera culpable por haberse ido lejos y haberme dejado sola cuando fue él quien insistió en traerme aquí.

— ¿De verdad quieres saberlo?

— Pregunto.

— Por supuesto.

— No acabo de acostumbrarme a estar en esta casa, Abraham. No es que no me guste y que no esté cómoda. Es que desde que llegué, tengo la sensación de no pertenecer a ella. Pero colmo, tu llevas fuera muchos días, y mi hermana y Yoselin hacen su vida, también tienen sus trabajos, y yo cada vez me siento más sola. Todos tenéis una vida a la que volver menos yo.

— ¿Por qué no me lo dijiste?

— Pensé que era cuestión de tiempo el adaptarme, pero no ha sido así. Lo siento.

— Tenías que haber hablado conmigo, Julia, soy tu marido... ¿No crees que merezco saber lo que te pasa?

— Tienes razón, ya te he dicho que lo siento —¿Qué le pasa? ¿Acaso no puede ver que si no se lo dije, fue precisamente para no preocuparle? Ya me siento suficientemente avergonzada como para que encima se ponga en ese plan.

— ¿Cuando te quitan la escayola? —Vaya... eso si que es

darle un giro radical a una conversación

— A finales de la semana que viene.

— ¿Qué te parece si le digo a Ana que prepare tus cosas y mañana volvemos a Nueva York?

— ¿En serio?

— En serio. Entiendo como te sientes, y reconozco que he sido un marido pésimo al traerte aquí y dejarte sola. Como te dije antes, tengo unos días libres, y estaré encantado de dedicarlos a cuidar de ti como te mereces. Si tu me dejas, claro— «Uff Abraham, si tú supieras la cantidad de cosas que yo me dejaría hacer por ti»—

pienso.

— Me parece un plan perfecto
—. De repente me siento animada y
muchísimo mejor.

Una hora más tarde, ya tengo mis cosas preparadas y mientras él come algo en la cocina, yo estoy esperándole en el salón pensando si también debería contarle lo de mi memoria selectiva. ¿Me gustaría saberlo a mí si fuera el caso contrario? Definitivamente sí, yo querría saber absolutamente todo referente a él. ¿Será buena idea decírselo ahora, o será mejor esperar y contárselo en la ciudad?

Mejor decírselo ahora, ¿por qué dejar para mañana lo que puedes hacer hoy? Entonces caigo en la cuenta de que

quizá a la doctora Robbins no le parezca tan buena idea. En nuestra próxima consulta se lo comentaré y si a ella le parece bien, entonces hablaré con Abraham.

— ¿En qué estás pensando? —
¡Joder, qué costumbre tiene mi marido de entrar en una habitación sin hacer ruido! ¡A este paso no voy a llegar a vieja, acabará matándome de un susto!

— Tienes que dejar de hacer eso...

— ¿El qué? —Pregunta extrañado.

— Entrar en los sitios tan sigilosamente.

— No he entrado sigilosamente.

Tú estabas demasiado concentrada como para darte cuenta de que estaba aquí. Ahora dime en que estabas pensando.

— Nada importante —miento.

— Tienes que aprender a confiar en mí, Julia, si no hablas conmigo, no podré ayudarte.

— Vale —es lo único que se me ocurre decir. Él me mira esperando a que vuelva a hablar, pero no lo hago.

— Está bien, como quieras. Es tarde y mañana tenemos que madrugar, deberíamos acostarnos.

Ese deberíamos acostarnos, suena a música celestial en mis oídos, pero sé perfectamente que no va a meterse

conmigo en la cama, y mucho menos con una escayola cubriéndome la pierna entera. No sería mala idea que empezáramos a comportarnos como marido y mujer, y no me refiero solo al hecho de acostarnos juntos, sino a otras muchas cosas más.

En silencio, acepto la mano que me tiende para ayudarme a ponerme en pie. Apoyada en las muletas, con paso lento caminamos hacia la puerta del salón. Me paro cuando llegamos al pie de la escalera, me cuesta horrores subirlas y por eso me lo tomo con calma. Entonces, sin previo aviso, mi marido me coge en sus brazos dejando que las muletas se caigan al suelo, y sube las escaleras como si nada, sin apenas esfuerzo

alguno. Sentir el calor de su cuerpo y el suave tacto de sus manos en mi piel, provoca en mí una necesidad de él que no sentía desde sabe Dios cuándo. Entramos en nuestra habitación, sí, nuestra habitación, ésa que todavía no he tenido la oportunidad de compartir con él y que me muero por hacerlo. Me baja suavemente junto a la cama, y yo, movida por ese sentimiento de necesidad, me giro lentamente para mirarlo. Anhele tanto su contacto, que si tuviera valor, le rodearía el cuerpo con mis brazos y lo besaría como si no hubiera un mañana. Pero soy tan cobarde, que solo puedo quedarme quieta, esperando que él haga el próximo movimiento. La intensidad de

su mirada, me tiene hipnotizada y mi respiración, se vuelve irregular. «Bésame —ruego para mis adentros— bésame de una maldita vez y déjame probar a que saben tus labios». Y lo hace.

Baja la cabeza lentamente, une sus labios a los míos y me da un beso. Un beso de los de verdad, de película. Un beso apasionado y húmedo que despierta mi lívido haciéndome gemir de deseo. Un beso que se rompe bruscamente dejándome descolocada y con ganas de más.

Abraham se aleja de mí, parece molesto, incluso cabreado, ¿pero por qué? ¿Por qué hace esto?

Mejor dicho... ¿Por qué nos hace

esto? ¡Por el amor de Dios, soy su mujer! Quiero que me bese, que me acaricie, que me haga suya... ¿Hasta cuándo va a seguir comportándose conmigo como si sólo fuera un amigo?

Avergonzada por lo que acaba de ocurrir, me dejo caer en la cama y me tapo la cara con las manos esforzándome por contener las lágrimas. Me siento rechazada. Rechazada por mi propio marido, ¿puede haber algo peor que eso?

— Lo siento, Julia, no quería...

—¡Dios, oírle hablar en ese tono me cabrea!

— ¿Qué es lo que sientes, Abraham? ¿No querías besarme? ¿Es eso? —Grito con rabia.

— Sí... No... No lo sé...

— ¿No lo sabes? ¡Pues aclárate joder! ¡Me vuelve loca tu indecisión! Estoy harta de esta situación, harta de creer que avanzamos en la misma dirección cuando lo único que tú haces es retroceder. Por si no lo sabes, soy tu mujer, y quiero que me beses, que me toques...

— Lo siento, Julia, de veras que lo siento. Buenas noches —Sale de la habitación cerrando la puerta tras de sí y, dejándome más sola que nunca. No sé cuánto tiempo más voy a poder seguir aguantado esta mierda.

A la mañana siguiente, después de

darme una ducha y antes de bajar a la cocina a desayunar, me tomo mi tiempo para reflexionar. Cada segundo que pasa, tengo más claro que mi relación con Abraham está abocada al fracaso y, que es solo cuestión de tiempo que cada uno siga su camino por separado. Entonces... ¿Es buena idea que me vaya con él a Nueva York? ¿No estaré con ello alargando lo inevitable? Tampoco es que yo tenga muchas opciones la verdad. Irme a casa de mi padre, como que no, y mi hermana y mi amiga tienen su vida. No estaría bien obligarlas a cargar con una lisiada. Quizá debería esperar a estar totalmente recuperada para tomar una decisión y poder empezar de cero de una maldita vez.

Con la mente espesa, después de haberla tenido trabajando a destajo toda la noche y sin haber encontrada solución alguna, bajo a la cocina a desayunar con Ana, pero no es a ésta a quien encuentro en ella, es a él. El causante de todos mis quebraderos de cabeza.

— Buenos días —digo por cortesía mientras me sirvo un café y me quedo de pie apoyada en la encimera de mármol.

— Buenos días Julia, Ana te ha preparado unas tostadas.

— No tengo hambre —él me mira y no dice nada. «Eres un cobarde —pienso mientras le devuelvo la mirada—. Un maldito cobarde». Dejo el café a medio

tomar en la encimera y huyo. Quizá esté equivocada y, sea yo la cobarde después de todo.

El viaje de vuelta a Nueva York, es penoso. No nos hemos dirigido la palabra durante las casi dos horas que dura el trayecto, y estoy empezando a arrepentirme de no haberme quedado en Los Hamptons. Mi madre siempre decía, que era mejor estar sola que mala acompañada, y empiezo a darme cuenta de que es totalmente cierto.

Entramos en el aparcamiento subterráneo de un gran edificio. Dejamos el coche en su plaza correspondiente y nos dirigimos al ascensor. Subimos a la última planta y cuando las puertas de éste se abren,

entramos directamente en un recibidor grande y elegante. Más allá, hay unas puertas dobles de color negro que nos llevan al interior de nuestro apartamento.

A pesar de mi estado de ánimo, me tomo mi tiempo para recorrer cada estancia y admirar el exquisito gusto con el que está decorado. Me gusta.

Abraham, detrás de mí, sigue sin abrir la boca, y yo, terca como una mula, no estoy dispuesta a dar mi brazo a torcer. Esa actitud por ambas partes, es la única que no me deja disfrutar de sentir que por fin, estoy en mi casa.

La última puerta que abro es la de nuestro dormitorio. Decir que es impresionante es quedarse corto. Los

muebles son informales y elegantes. La decoración de la paredes y del cubre cama es en colores morado y gris perla. Pero lo que más me llama la atención, son los grandes ventanales que ocupan toda la pared que hay frente a mí. La luz entra a raudales, y las vistas son espectaculares.

Dos sillones tapizados en gris perla y una mesita auxiliar pequeña y redonda al pie de éstos, completan ese espacio tan perfecto que invitan al relax. Me imagino sentada en uno de esos sillones, con un libro en las manos y un chocolate caliente sobre la mesita en las tardes de invierno, mientras pequeños copos de nieve caen sobre la ciudad. ¿Llegaré algún día a disfrutar de esa estampa tan

bonita qué de momento solo existe en mi imaginación? Quien sabe...

— ¿Te gusta? —Pregunta Abraham sacándome de golpe de mis pensamientos.

— Sí. Es preciosa. Todo el apartamento lo es.

— Me alegra que te guste. ¿Te ayudo a instalarte?

— No es necesario, gracias. Podré arreglármelas yo sola.

— Como quieras... Si te apetece, esta tarde podemos ir a tu trabajo. Te había prometido que sería el primer sitio al que te llevaría cuando salieras del hospital, y no he cumplido mi promesa.

— Me apetece mucho ver donde trabajo, la tienda, el taller... sí, me gustaría mucho que me llevaras allí.

— Perfecto, entonces ya tenemos planes para esta tarde. Te dejo para que te pongas cómoda. Estaré en el despacho haciendo un par de llamadas —Asiento, y cuando se va, vuelvo a quedarme absorta mirando a través de los cristales. ¿Cuánto durará el buen rollo esta vez?

Capítulo 6

En la misma Avenida Madison, pero bastante alejada de nuestro apartamento, está la tienda-taller donde trabajo. Y digo tienda-taller, porque eso es lo que es. Yo, pensando que me encontraría una tienda llena de exposiciones de muebles restaurados y una amable dependienta para atender a los clientes, y resulta que para nada es lo que yo imaginaba.

El local es grande y está dividido en dos partes. La parte delantera, es donde los muebles ya restaurados están expuestos de cara a un gran ventanal que sirve de escaparate. Todo está muy ordenado, pero debido a que nadie ha pasado por aquí desde que tuve el

accidente, todo está lleno de polvo y no da muy buena impresión que digamos.

En la parte trasera, escondido por un gran biombo de madera que separa ambas partes, está el taller de restauración. Sobre una mesa, hay un reloj antiguo a medio terminar. También hay una mecedora preciosa, varias mesas, una estantería... en fin, por lo que veo, tengo bastante trabajo acumulado y que podré sacar adelante a partir de la semana que viene. Acaricio las piezas y los dedos me hormiguan. Es una sensación rara, y a la vez placentera. No sé si sería capaz de darle una explicación correcta, pero es como si mis dedos reconocieran al tacto lo que cada una de esas piezas necesita, y

estuvieran ansiosos por comenzar a obrar magia sobre ellas.

Por otro lado, no acabo de entender cómo dirijo mi negocio exactamente y eso me tiene un poco descolocada. Yoselin sólo me contó que tenía una tienda y un taller de restauración, pero por lo que veo, no fue muy explícita a la hora de hablarme de ello.

— Abraham —le digo a mi marido que permanece a mi lado con las manos en los bolsillos pendiente de todos y cada uno de mis gestos—. ¿Puedes explicarme cómo va mi negocio?

— Pensé que Yoselin ya lo había hecho.

— Verás, ella me dijo que yo

tenía una tienda y un taller de restauración. Cuando me dijo eso, pensé que era una de esas tiendas con venta directa al público, ya sabes... con una dependienta y muchas exposiciones. Pero al entrar aquí y ver todo ésto, tengo claro que no es así como funciona mi trabajo. Estoy un poco perdida.

— Ya veo... No te preocupes, pelirroja, yo te explicaré todo lo que necesites saber. ¿Por qué no vamos a la cafetería que hay aquí al lado y mientras nos tomamos un café te lo cuento todo? ¿O prefieres volver al apartamento?

— En la cafetería me parece perfecto. —Le doy la llaves a él

para que se encargue de cerrar y después, caminamos los pocos metros de distancia que hay hasta la cafetería.

Nos sentamos en una mesa un poco apartada y solitaria, mas que nada, porque tengo que tener la pierna tiesa como un palo y alguien podría tropezarse con ella si nos sentáramos donde está el barullo. Además, nos proporciona la intimidad que necesitamos para hablar tranquilamente.

Pedimos un café y un pastel de manzana para compartir, algo que me parece muy romántico dada nuestra situación.

Mientras esperamos a que el camarero nos traiga nuestro pedido,

Abraham habla por teléfono de trabajo y yo, simplemente le observo. Es tan condenadamente guapo que hasta los ojos me duelen solo con mirarlo. ¿Por qué amaré tan intensamente a este hombre si él parece totalmente indiferente a mí? Debo de ser masoquista o algo así. Después de lo de anoche en la casa de la playa, noto un ligero cambio en él, pero estoy tan acostumbrada a sus vaivenes emocionales que no sé si bajar la guardia, o subirla un poco más para que el próximo golpe no duela tanto.

Desvío la mirada para que no vea que estoy a punto de llorar y, me centro en los viandantes que pasan frente a la ventana de la cafetería. Gente con prisa,

algunos con cara de mala leche, otros en cambio sonrientes. Qué compleja somos la raza humana, ¿verdad? Cómo nos gusta complicarnos la vida cuando lo único que tenemos que hacer es vivirla.

Después de haber tenido un accidente en el que casi pierdo la vida, veo las cosas de diferente manera.

— Estás muy pensativa...

— No puedo evitarlo —digo mientras echo el azúcar en el café—, mi mente se niega a darme un respiro. Es agotador —suspiro—. Háblame de mi trabajo—le digo para que deje de intentar entenderme. A mi me cuesta hacerlo, así que para él, tiene que ser un odisea.

— “Another Look”, es un negocio básicamente online. Vendes tus muebles restaurados desde tu página web, y también es a través de ésta que la gente se pone en contacto contigo para hacerte llegar sus cosas viejas, para que las cambies y les des otro aspecto. Ese es realmente tu trabajo. Las piezas que vendes, son las que la gente no quiere, las que ya no necesitan o, simplemente han dejado de gustarles. El dinero que ganas de esas ventas online, va destinado a una O.N.G que tú ayudaste a crear —madre mía, estoy alucinando. ¿Ayude a crear un O.N.G? ¿Cuándo?— En dos

años, has conseguido que se hicieran un colegio, un comedor y una clínica en Asia. Tu labor humanitaria tiene mucho éxito.

— Vaya, me has dejado alucinada. ¿Por qué Yoselin no me contó todo esto?

— No tengo ni idea. Ella también forma parte de la O.N.G. de hecho, es quien se encarga de todos los temas legales. Tendrás que hablar con ella si quieres saber más cosas.

— Lo haré. ¿Así qué llevo dos años dedicándome a ésto? — Asiente—. Y mi padre...

— Olvidate de tu padre, el nunca estuvo de acuerdo con tu trabajo.

Para él era una pérdida de tiempo todo lo que hacías —¡Joder, mi padre debe de tener una piedra donde debería estar el corazón!

— ¿Y qué opinas tú?

— ¿Yo? Pues yo opino lo mismo que la mayoría de la gente. Que tienes un corazón enorme y que eres increíble.

— ¿Eso piensas de mí? ¿Qué soy una mujer increíble?

— ¿Por qué te cuesta tanto creerlo? No soy el único que lo piensa... —«Pero si eres el único que me importa que lo piense —me digo a mí misma». —Pelirroja, eres la mujer más increíble que en conocido en mi vida.

Me quedo mirándole sin poder contestar. Oírle decir eso, tan seguro y tan convencido, ha provocado un nudo en mi garganta que no me deja articular palabra. Él no parece darse cuenta que lo que acaba de decir es muy importante para mí, pero lo es. Sus palabras, hacen que vea un hilo de luz en mi inmensa oscuridad. Regresamos a casa. Yo me voy directamente a mi cuarto mientras él, se encierra en su despacho. Lo primero que hago después de ponerme cómoda, es buscar mi portátil y encenderlo. Busco la página web de “Another Look” y veo que tengo un montón de mensajes en la bandeja del correo. Me acomodo en uno de los sillones frente al gran ventanal de mi

habitación y empiezo a leer y a contestar los que me parecen más urgentes.

El tiempo pasa rápido y cuando me quiero dar cuenta, ya es noche cerrada. Mantener la mente ocupada contestando los correos, me ha ayudado a no pensar y, a no tener lástima de mí misma como acostumbro a hacer. Está claro que tener la mente puesta en mi trabajo, es muy beneficioso para mi salud mental. Dejo el portátil en la mesita auxiliar y me masajeo el cuello. Pasar varias horas en la misma posición ha conseguido que está completamente rígido. Un ducha con el agua bien caliente, me ayudará a desentumecerlo. Más tarde, ya duchada y con el pijama puesto, me acerco a la cocina. Lo que veo en ella me dejada

pasmada. Mi marido, con un delantal negro cubriendo su magnífico pecho, está cocinando. Se le ve relajado y tranquilo, tanto que incluso está tarareando la canción “Wen I was your man” de Bruno Mars. Me encanta lo que estoy viendo y no dudo de que esta imagen se me quedará grabada en la retina para siempre. Me apoyo en la meseta de mármol negro, y contemplo embobada lo bien que desenvuelve con los fogones. De repente, se gira para coger uno de los ingredientes que hay sobre la meseta y se queda cortado al verme allí apoyada sonriendo.

— ¿Te estás riendo de mí, pelirroja? —Niego con la cabeza
— ¿Entonces por qué sonríes de

esa manera?

— Porque me gusta lo que veo. No estaba al tanto de tu faceta de chef.

— Sí que lo estabas, lo que pasa que no lo recuerdas.

— Si tú lo dices, te creo. ¿Cocinabas muy a menudo?

— No. Solía hacer la cena los fines de semana. ¿Tienes hambre?

—Asiento— ¿Te apetece una copa de vino?

— Sí por favor. ¿Qué estás cocinando?

— Filetes de salmón a la plancha y una ensalada. No me acordé de decirle a Iris que veníamos para que hiciera la

compra y llenara la nevera así que... tendremos que conformarnos con ésto.

— ¿Quién es Iris?

— Es la mujer que se ocupa de la casa.

— ¿La conozco?

— Claro que la conoces. La contrataste tú —«vaya, otra persona más que reaparece en mi vida y que no tenía ni idea de su existencia»—pienso—. Pelirroja, no empieces a darle vueltas a la cabeza, hazme caso.

— Para ti es fácil decirlo. Pero no sabes lo difícil que resulta el simple hecho de dejarse llevar.

— Te entiendo, y créeme, sé lo

complicada que es la situación por la que estás pasando, bueno, por la que estamos pasando. No te olvides que esto también me afecta a mí, pero no creo que dedicarle tanto tiempo a pensar en ello vaya a solucionar nada. Cuando menos te lo esperes, todo volverá a la normalidad. Dedicuémonos a vivir el día a día, con eso me conformo.

— Tienes razón. No sé si lo conseguiré, pero te prometo que voy a intentarlo —unimos nuestras copas de vino en silencio. Sobran las palabras.

Después de cenar, Abraham y yo, pasamos al salón. Me pregunta si me apetece ver una película a lo que

evidentemente respondo que sí. Me encuentro cansada, pero él está tan relajado, y tan dispuesto a dedicarme su tiempo, que no quiero desaprovechar esta oportunidad de estar con él.

Vemos una película de Alfred Hitchcock “Con la muerte en los talones”. No es la película que yo hubiera escogido para este momento, pero que le vamos a hacer... Aunque ya la he visto varias veces, algunas de las imágenes todavía consiguen mantenerme en tensión y, de vez en cuando me sobresalte, situación que aprovecho para acercarme cada vez más a mi marido. Tanto que al final de la película, tengo la cabeza apoyada en sus rodillas y su brazo rodeándome la cintura. Sí, otro

momento romántico digno de apuntar en un diario. ¿Debería comprar un diario para anotar en él todos estos episodios románticos? Igual parece un poco friki, pero visto lo visto, no descarto la idea.

Y claro, después de ver la película llega el momento de irnos a la cama, y ahí es cuando se rompe la magia y vuelvo a mi cruda realidad. Abraham me ha dado las buenas noches en el salón y ha vuelto a encerrarse en su despacho, y yo, resignada me voy a la cama, sola. Como siempre.

No sé cuanto tiempo llevo acostada, pero empiezo a desesperarme al ver que a pesar de mi cansancio no consigo conciliar el sueño. Si ya me resulta casi imposible dejar mi mente en blanco

durante el día y olvidarme de todo, por la noche es mucho peor. Los pensamientos más oscuros, se graban a fuego en mi cerebro, haciéndome añicos el corazón y el alma. Las lágrimas, salen de mis ojos silenciosas, ni siquiera tengo fuerzas para llorar a moco tendido. ¡Vivir así es una agonía!

De repente, la puerta de mi cuarto se abre despacio y mi marido entra sigilosamente. ¿Qué querrá?

Lleva el torso desnudo y un pantalón de pijama de raso negro caído en las caderas. ¡Dios, está visión sí que va a tenerme despierta el resto de la noche! Se acerca a la puerta y la cierra, pero él, no ha salido, puedo sentir su respiración en la habitación. Entonces, noto a mi

lado como el colchón se hunde por el peso de su cuerpo. Se cubre con la sábana y mira al techo pensativo.

Juro que no doy crédito a lo que ven mis ojos. Tengo el corazón desbocado por los nervios y la emoción de tenerlo a mi lado acostado es inexplicable. No es que me haga ilusiones de que vayamos a hacer el amor apasionadamente, para nada. Sé de sobra cuales son mis limitaciones en estos momentos. Pero solo el hecho de saber que ha decidido derribar una de las tantas barreras que nos separan, para mí ya es un gran paso. Permanezco quieta, como un mimo de esos que se ven en lo parques para que no se de cuenta de que estoy despierta, pero mi

respiración nerviosa me delata.

— Que pasa pelirroja, ¿no puedes dormir? —Dice mientras se gira un poco para mirarme en la penumbra.

— No —susurro.

— ¿Quieres qué hablemos de ello?

— Gracias, pero no —me gustaría preguntarle por qué está aquí conmigo, en la cama, pero tengo tanto miedo qué al pronunciar esas palabras en voz alta se arrepienta y me deje sola, que mantengo la boca cerrada.

— Ven aquí... —Me coge por la cintura y me arrastra pegándome a él. Hunde su nariz en mi cuello y

susurra—: Ahora los dos podremos dormir mejor. Buenas noches, pelirroja —. Me da un beso en los labios y, no sé si es por el calor de su abrazo o, por los latidos pausados de su corazón, pero esta noche duermo como un lirón.

Me despierto con las primeras luces del alba. Una luz tenue se cuele a través de las cortinas dándome la claridad suficiente para poder ver el hermoso rostro de mi marido que aún duerme a mi lado. Me muero por acariciarlo, por sentir el tacto rasposo de su incipiente barba, pero no quiero despertarlo. Duerme como un niño. Relajado, con la boca ligeramente abierta. Me muevo un poco y me acerco más a su cuerpo, para

que el calor que emana de él me siga reconfortando. Apoyo una mano sobre su pecho desnudo y me deleito en esa sensación que recorre mis dedos. Aunque siento muchísima curiosidad por saber porqué ha decidido compartir nuestra cama, no voy a hacer ninguna pregunta al respecto. Muy a mi pesar, el miedo a alejarlo con mis preguntas o comentarios, no me permite saciar mi curiosidad. Que le vamos a hacer, soy así de cobarde. Paso varios minutos absorta en él. En las negras y largas pestañas que rodean sus ojos, en su nariz recta, en sus pómulos, en su perfecta boca pecaminosa...

— Pelirroja, si sigues mirándome así, no habrá escayola

que me impida abalanzarme sobre ti —retiro mi mano de su pecho sobresaltada y muerta de vergüenza por haber sido pillada infraganti devorándole con la mirada. ¡Tierra trágame!

— Lo, lo siento —murmuro sin saber que otra cosa decir.

— Yo también—contesta malhumorado para a continuación levantarse de la cama como si ésta estuviera llena de puntas de alfiler y, salir de la habitación dejándome sola y boquiabierta por su reacción.

¿Qué narices ha sido eso? ¿Por qué ha dicho lo de abalanzarse sobre mí y luego se ha ido cómo si fuese una

apestosa? «Soy una auténtica imbécil, una completa y absoluta imbécil por dejarme llevar y atreverme a acariciar su piel»—. Me regaño. Otra vez vuelvo a sentirme rechazada por él y, sinceramente, estoy harta de sentirme así. Se acabó. No pienso andar rogando un acercamiento entre ambos, y mucho menos pienso mendigar su amor. Con mucha dificultad, me levanto de la cama y me meto en el baño. Cubro con una bolsa especial la pierna escayolada para no mojarla y, abro el grifo del agua caliente. Entro en la ducha llorando como una idiota y me enjabono el cuerpo con brusquedad, como si el pobre tuviera la culpa de sentirme como me siento. Me coloco debajo del potente

chorro de agua y, dejo que ésta arrastre mis lágrimas junto con la espuma de mi cuerpo.

Estas son las últimas lágrimas que pienso derramar por él. Por su indiferencia. Por primera vez desde que he salido del hospital, me siento llena de rabia, incluso de ira y, tengo ganas de pelea. Sí, una buena bronca quizá me haga sentir mejor. Salgo de la ducha y, en mi armario busco algo que ponerme. Me decido por un vestido camisero en color caqui y me lo pongo. A continuación, desenredo el pelo y sin pararme a pasarle el secador, cojo las muletas para ir en busca de Abraham.

Seguro que el muy cretino está refugiado en su despacho, pues no le

servirá de nada, porque como que me llamo Julia Sullivan qué este hoy me va a oír.

Ambos salimos de nuestras habitaciones a la vez, pero él ni siquiera me mira, como si yo fuera un objeto más que decora el pasillo. Va hacia la cocina y claro, yo detrás de él a trompicones. Ojalá esta escayola no me impidiera presentar una batalla digna, joder, me siento limitada. Miro el reloj de la cocina. Las siete y media de la mañana y mi “querido y amante esposo”, está sirviéndose un café mientras revisa su teléfono. Lleva un traje gris, camisa negra y corbata en diferentes tonos de gris. No tiene pensado refugiarse en su despacho no, tiene pensado largarse a la

oficina. ¡Será cobarde!

— ¡¿Puedo saber qué narices ha pasado en la habitación?!—Grito.

— Nada—contesta seco e indiferente. Sigue sin mirarme.

— ¡Sueltas lo de abalanzarte sobre mí y luego te largas como si no pudieras soportar tenerme a tu lado y, ¿dices qué no ha pasado nada?!

— Exacto.

— ¡Joder, Abraham, mírame cuando te hablo!

— Julia, por favor... no tengo ganas de discutir contigo.

— ¿No? ¡Pues yo estoy deseando hacerlo! ¿Qué es eso tan grave que nos ha pasado como para que no

soportes tenerme cerca? ¿Te he sido infiel? ¿Es eso?

— Déjalo Julia...

— ¡No quiero dejarlo! ¡Tú no lo entiendes, pero yo necesito saber porqué seguimos casados cuando está claro que ni siquiera me soportas!

— Julia...

— ¡Julia, Julia, Julia, no me trates como si fuera una niña pequeña y contéstame, Abraham! ¿Por qué estás conmigo si no me quieres?

— Nunca he dicho que no te quisiera—dice por fin dignándose a mirarme a la cara.

— ¡Pero tampoco has dicho que

lo hicieras! En todo este tiempo después del accidente, nunca, jamás, ha salido ninguna palabra de amor de tus labios. Cada vez que te has acercado a mí, ha sido porque de una manera o de otra, te sentiste obligado.

— ¡Eso no es cierto, además, tampoco te he oído a ti en todo este tiempo decirme cuánto “me amas”!

— ¿Y qué esperabas? ¡Me despierto después de dos semanas en coma y no recuerdo nada de mi vida, me dicen que eres mi marido y tengo que creerlo aunque tu actitud para conmigo diga todo lo contrario! ¡La mayor parte del tiempo que estamos juntos, te

mantienes callado, frío, distante...
¿y aun así quieres que te diga
cuánto te quiero?! ¿En serio?
¿Cómo diablos voy a hacerlo si
cada vez que pienso que por fin te
has quitado la coraza que te protege
y me acerco a ti vuelves a
esconderte tras ella? No te
reconozco, apenas sé nada de ti y
juro que intento hacerlo, pero tú,
con tu comportamiento, haces que
me resulte imposible.

— Pues lo siento, pero esto es lo
que hay.

— ¿Esto es lo que hay? ¿Ésa es
tu contestación?

— Sí—dice cogiendo las llaves
del coche y guardando el teléfono

en el bolsillo interior de la chaqueta.

— ¿Puedo saber adónde vas?!

— A trabajar.

— ¿No decías qué habías cogido unos días libres para estar conmigo?

— Sí, pero ya me he arrepentido de ello. Tengo cosas importantes que solucionar en la oficina—abre la puerta y me mira—. Iris llegará sobre las nueve. Hasta la noche.

— Abraham Asbai, si sales por esa puerta, no estaré aquí cuando regreses.

— ¿Y adónde piensas ir? ¿A casa de tu “queridísimo” padre? ¿Ése que ni siquiera se acuerda de

que existes?—Pregunta irónico.

— Su indiferencia no me hace daño. La tuya sí...

— Tú misma—murmura. Y se va dando un portazo.

Me quedo hecha polvo mirando la puerta, y a pesar de que tengo unas inmensas ganas de ponerme a llorar, no lo hago. Dije que las lágrimas de hace un rato serían las últimas, y lo serán. No me ha servido de nada discutir con él, de hecho, me he quedado peor de lo que estaba. Lo nuestro no tiene solución. Yo necesito respuestas y él, está claro que no está dispuesto a dármelas. Si no tuviera la pierna escayolada hasta la ingle, ahora mismo recogería mis cosas, me largaría de aquí, y adiós muy buenas.

Vuelvo a mi habitación y me acerco a la ventana. El sol va dejándose ver en un cielo despejado y azul. No sé qué es lo que voy a hacer con mi vida, pero lo que sí tengo claro, es que hoy no pienso quedarme encerrada en este apartamento.

Capítulo 7

Llamo Primero a Yoselin y luego a mi hermana para informarlas de que estoy en la ciudad y, para tantearlas y ver si no están demasiado ocupadas como para quedar conmigo, pero no tengo suerte.

Mi amiga, tiene que preparar un juicio importante, y Elsa está frenética con los preparativos de la inauguración del centro deportivo de Brooklyn y no puede quedar conmigo, así que mi gozo en un pozo, me quedo sin alternativas para no estar en casa cuando él llegue. Un momento, tengo las

llaves de mi tienda taller. Sí, puedo perfectamente comprar algo de comer y

pasar allí el día, y si me apetece, también la noche. Recuerdo haber visto un sofá e incluso una nevara de esas pequeñas y, también hay baño, sí, sí, sí, me animo al instante. Quizá centrándome en el trabajo consiga dejar la mente en blanco, y olvidarme por unas horas de que mi vida es un asco. Preparo lo que creo que me hará falta. En una mochila, meto una muda por si acaso decidiera quedarme allí a dormir, y mi portátil. Un par de botellas de agua y, me preparo unos sandwiches de queso y pavo. Me pongo una cazadora vaquera y, cuando estoy a punto de salir por la puerta llega Iris, que al verme justo en la entrada suelta un gritito.

— ¡Señora Asbai, que susto me

ha dado!

— Lo siento, Iris, no era mi intención—le sonrió para tranquilizarla.

— No sabía que estuvieran aquí. La última noticia que tenía de ustedes es que estaban en la casa de la playa.

— Sí bueno, llegamos ayer por la mañana y a Abraham se le pasó avisarla de que habíamos llegado.

— ¿Y cómo se encuentra, señora? No tuve ocasión de poder ir a visitarla al hospital, el señor dijo que no era buena idea.

— Estoy mucho mejor Iris, y por favor llámame Julia, cada vez que dices señora, me haces sentirme

mayor.

— No sabes cuánto me alegro de tenerte en casa por fin, Julia. Nos diste un gran susto. ¿Ibas a salir?

— Sí, necesito hacer algunas cosas.

— ¿No cree qué va demasiado cargada? Esa mochila tiene aspecto de pesar un poco.

— Oh no, no tranquila. Llevo una botella de agua y algo para comer.

— ¿Entonces no vendrá a comer a casa con el señor?

— No lo creo, Iris. Además, tampoco creo que Abraham venga a comer, dijo que estaría muy liado todo el día.

— Entonces, como ninguno de los dos estará en casa, a parte de hacer lo de siempre, aprovecharé para salir a hacer la compra. Les dejaré la cena en el horno. ¿Le parece qué ase un poco de cordero y les deje en la nevera una ensalada?

— Lo que tu prefieras, Iris— digo pensando en la posibilidad de que tampoco vaya a estar para la cena—, ya sabes que nosotros no tenemos problema con la comida, nos gusta todo. Tengo que irme, me alegro mucho de verte.

— Igualmente, Julia, no sé si será buena idea que salga de casa teniendo la pierna como la tiene, de

todos modos, tenga mucho cuidado.

— Gracias, lo tendré.

— Hasta mañana, Julia—. Le hago un gesto de despedida con la mano y, salgo por la puerta algo extrañada al darme cuenta que recordaba a Iris perfectamente. Por lo visto, mi memoria selectiva solo atañe a mi marido.

En la calle, paro un taxi para que me lleve a la tienda. Está en esta misma calle pero bastante alejada como para hacer el recorrido andando. Si no estuviera lisiada, seguro que no me importaría ir hasta allí dando un paseo, pero estando como estoy, aparte de que tardaría un siglo en llegar, el esfuerzo me agotaría. Mientras vamos de camino

miro el teléfono, no sé porque lo hago la verdad, porque ya he hablado con Yoselin y Elsa y, no parece que haya nadie más que quiera hablar conmigo, ni siquiera para disculparse. En fin, tendré que ir acostumbrándome, no me queda otra. Cuando llegamos, el taxista muy amablemente me ayuda a bajar y, me acompaña hasta la puerta cargando mi mochila. Una vez dentro, le doy las gracias y cuando se va, cierro la puerta otra vez con llave y la guardo en el bolso. Paso a la parte de atrás, enciendo la luz y, observo todo lo que me rodea. Creo que por fin estoy en un lugar al que realmente siento que pertenezco. Saco de la mochila una botella de agua, el portátil y, me acerco a la mesa donde

descansa olvidado mi último trabajo sin terminar. Un reloj muy antiguo y precioso. Conecto el ordenador y abro la página de “Another Look” para ver si tengo alguna notificación importante. Después, descuelgo del perchero lo que parece ser mi mandilón de trabajo. Me lo pongo y acerco una silla con ruedas a la mesa para sentarme y ponerme manos a la obra.

El tiempo pasa volando y sin que me de cuenta ya ha pasado la mañana. En un principio, pensé que me costaría retomar el trabajo, pero solo me ha bastado con mirar los dibujos que tenía en una carpeta junto al reloj para saber lo que quería hacer. Y así sin pararme a pensarlo, me he puesto con ello. Lo

primero que he hecho ha sido lijarlo para eliminar la capa de pintura y barniz para a continuación, untar bien la madera con un líquido especial y tapar cualquier poro. Ahora mientras está secando, aprovecharé para comerme uno de los sandwiches. Con la discusión de esta mañana con mi marido, me he ido de casa sin meter nada en el estómago y estoy muerta de hambre. En las horas que llevo aquí concentrada en el trabajo, no he vuelto a pensar en lo de esta mañana ni en otra cosa, la verdad. Creo que he descubierto que hacer lo que más me gusta, es mi mejor terapia. Por lo menos le doy un descanso a mi cerebro que el pobrecillo lleva un par de meses que va a todo tren y lo necesita. Cuando

estoy a punto de terminar de comer, me suena el teléfono y, cuando consigo sacarlo de la mochila, ya ha dejado de sonar. Lo miro, una llamada perdida de Abraham que no pienso devolver. El que no haya pensado en él, no quiere decir que se me haya pasado el cabreo, así que de lo que menos ganas tengo ahora mismo, es de oír su voz.

En cuestión de diez minutos, suena el teléfono un montón de veces. Todas las llamadas son de él.

¿Será qué ha vuelto a casa, y al no verme allí se ha dado cuenta de que no me estaba marcando un farol cuando dije que me iría? ¿Querrá disculparse por lo de esta mañana? Pues lo siento mucho, pero me da igual. No quiero hablar con

él. Estoy harta de que me haga sentir menos que nada y, tengo claro que en cuanto me quiten la escayola, me largaré y empezaré de cero en cualquier otra parte. Cuanto más lejos de él, mejor que mejor. No quiero ser una carga para nadie, y mucho menos para una persona que aunque esté unido a mí en matrimonio, está claro que no siente nada por mí.

Bueno, algo sí que siente. Indiferencia. Pongo el teléfono en silencio para que sus llamadas no me molesten y sigo a lo mío. Como el reloj aún no está seco del todo, cojo de la estantería un par de carpetas y miro los papeles que hay dentro de ellas. Son los proyectos del resto de muebles que

tengo aquí en el taller para restaurar. Les echo un vistazo, y me doy cuenta de que por mucho que quiera ponerme con alguno de ellos, me es imposible debido a mi situación temporal. Gracias a Dios que solo quedan unos días para que eso cambie. Soy consciente de que cuando por fin me vea libre de esta armadura que limita mis movimientos, tendré que hacer mucha rehabilitación para volver a ser la que era, pero no veo la hora de que llegue ese momento para poder moverme con total libertad. En vista de que por el momento no puedo seguir restaurando el reloj, entro en la página web de “Another Look” y contesto alguno de los mensajes que tengo pendientes. A las cuatro de la tarde y

con la web al día, me tumbo en el sofá y cierro los ojos. Me siento agotada y como no tengo nada mejor que hacer, decido echar una cabezadita para recargar pilas y continuar más tarde con el trabajo. Pero que va, estoy inquieta y no consigo relajarme. Mal asunto, mi conciencia de chica buena no deja de aconsejarme que debería de llamar a mi marido y hablar con él, pero me mantengo en mis trece y no dejo que me convenza. Busco música para relajarme en el móvil y dejo que las notas musicales apacigüen mi estado de ánimo. Al final consigo dormirme, y cuando me despierto, lo hago desorientada y con frío. Voy al baño para lavarme la cara y despejarme un

poco. Fuera está anocheciendo y, Abraham debe de estar como un loco al no tener noticias mías. Y por lo que veo al mirar todas las llamadas perdidas de Yoselin y de mi hermana, no es el único que me está buscando. Seguro que las ha llamado para saber de mí y ahora ellas también estarán preocupadas. Más tarde las llamaré para tranquilizarlas y decirles que estoy bien. Me como el sandwich que me queda y vuelvo al trabajo.

Cojo la plantilla con el dibujo que voy a grabar en el reloj, una sencilla enredadera con algunas flores y, despacito, con una hoja de calco, la voy dibujando sobre la madera. Con un poco de suerte, quizá logre terminar el calco y

mañana pueda empezar a grabarlo con la dremel. Al ritmo de “Roar” de Katy Perry, voy delineando el dibujo y me olvido de todo lo demás. Hasta que pasado un buen rato, alguien posa una mano en mi hombro. Es tal el susto que me llevo que todo el trabajo se va al garete. Me giro bruscamente y me encuentro con la mirada fría de mi marido.

— ¡Me cago en la puta, Abraham, me has dado un susto de muerte! ¿Puedo saber que narices haces aquí? La puerta estaba cerrada con llave... ¿cómo has entrado?

— Tengo una copia de las llaves
—contesta con voz dura, cargada

de rabia—. ¡Tu hermana, tu amiga, y yo, llevamos todo el día intentando hablar contigo! ¿Por qué no has contestado a nuestras llamadas?—Me encojo de hombros—. ¡Contesta maldita sea!

— No he contestado porque no me ha dado la gana—siseo.

— ¿Por qué no te ha dado la gana? ¿Tienes idea de lo preocupados que estábamos al no saber nada de ti?

— ¡Cuando te advertí esta mañana que me largaría, no parecías muy preocupado, así que no, no tenía ni idea! ¡Iba a llamar más tarde a yoselin y a Elsa para decirles que estaba bien y que

estuvieran tranquilas!

— ¿Y yo qué? ¿No tenías pensado llamarme?

— Pues la verdad es que no— digo tranquilamente.

— Ya veo... ¿Llevas aquí todo el día?

— ¿Tú qué crees?—Le pregunto con chulería.

— ¡Creo que eres una inconsciente, Julia! ¡Solo a ti se te ocurre venir a meterte aquí estando como estás y ponerte a trabajar! ¡¡Estás completamente loca!!

— ¡No te pases, Abraham!

— ¡¿Qué no me pase?! ¡¡Dios, estoy tan cabreado que ni siquiera soy capaz de mirarte a la cara!!

— ¡Eso ya lo haces sin necesidad de que estés cabreado!!

— Mira, no quiero seguir discutiendo contigo, así que recoge tus cosas y vámonos a casa.

— No pienso irme a casa contigo.

— ¿Ah no? ¿Y que piensas hacer?

— Quedarme aquí y...

— ¡Ni de coña vas a quedarte aquí! ¡Se me está agotando la paciencia, Julia, por tu culpa llevo un día de mierda y...!

— ¿Por mi culpa?—Pregunto incrédula.

— ¡Sí maldita sea! ¡Si hubieras contestado a mi primera llamada,

yo no habría llamado a Iris, ni a Yoselin, ni a tu hermana y, no me habría vuelto loco buscándote!

— ¿Y de quién es la culpa de que me haya largado así, eh? Dime...

— ¡Se acabó, recoge tus cosas! ¡Estaré esperándote en el coche, si dentro de diez minutos, no sales por esa puerta, entraré a buscarte y te llevaré a casa a rastras! ¿Me has entendido?

— ¡No te atreverás!

— Haz la prueba...—Y sin más, se da media vuelta y me deja con la palabra en la boca.

Mierda, ¿y ahora qué hago? No tengo ninguna duda de que con lo

cabreado que está sea capaz de sacarme a la fuerza de aquí y, obligarme a ir con él a casa, y no me gusta la idea. Aunque reconozco que me veo tentada a ignorar su amenaza, acabo claudicando. Más que nada porque no me gustaría montar un escándalo en plena calle y que alguien llamara a la policía. Así que, dejo la mesa de trabajo como está, recojo mis cosas y apago la luz antes de salir por la puerta. Abraham está dentro del coche, cuando me ve salir, hace ademán de bajarse para ayudarme, pero parece que se lo piensa mejor y fija su mirada al frente. Como puedo me subo en la parte de atrás del coche y cierro la puerta con un golpe seco. El trayecto hasta casa lo hacemos en silencio y sin

mirarnos.

Entramos en el aparcamiento subterráneo y deja el coche en su plaza. Antes de bajar, Abraham clava su mirada en el espejo retrovisor. Una mirada dura y gélida que por un segundo, me deja clavada en el asiento, pero que no tarda en devolver. Abro la puerta del coche, sin esperar que él lo haga primero y salgo. Me coloco la mochila en los hombros, cojo las muletas y voy hacia el ascensor para subir a casa. En el ascensor, la tensión es palpable. Parecemos dos desconocidos a punto de saltarnos a la yugular, y destrozarnos. Entramos en casa y yo me voy directamente a mi habitación. No tengo más remedio que

compartir su mismo techo, pero no estoy dispuesta a compartir con él también mi tiempo. Dejo la mochila a los pies de la cama y me meto en el baño.

Estoy llena del polvo del taller y, necesito urgentemente una ducha. Me tomo mi tiempo, y reflexiono mientras deajo que el agua caliente me relaje.

Hoy, sin ninguna duda, es el peor día desde que me desperté del coma. Aunque voy recuperando mi vida poco a poco, seguir sin recordar lo que era mi vida junto a mi marido me mata. Sé que en otras ocasiones, he deseado que esos recuerdos se queden encerrados para siempre en algún rincón de mi mente, pero hoy más que nunca, necesito saber qué pasó. Necesito saber cómo hemos

llegado a esta situación donde la frialdad y la indiferencia por su parte, parece querer engullirnos. No entiendo porqué quiero a una persona que me hace sentir tan mal. Desde el accidente, hubo algún momento en el que creí que él sentía algo por mí. Me hice ilusiones pensando que tal vez ese sentimiento fuera amor, pero no. Después de lo que paso esta mañana aquí en la cama, esas ilusiones, se han hecho añicos. Igual que mi corazón. Inspiro hondo varias veces para aligerar la presión de mi pecho. Una presión que parece una losa y que no me deja respirar. Entonces, rompo a llorar angustiada y dolida.

Un llanto desgarrador, incontrolable que libero al darme cuenta de que a

pesar de todo, le quiero con todo mi corazón.

No sé exactamente el tiempo que paso debajo del agua, supongo que demasiado, pero no me importa. No pienso salir de aquí hasta que el desagüe se lleve todo mi dolor, o por lo menos, parte de él. Y bastante tiempo después, lo consigo. Salgo de la ducha más calmada, más serena y con las fuerzas renovadas. Una vez que me seco el cuerpo y el pelo, me pongo un pijama con idea de meterme en la cama y dormir, o al menos intentarlo. Con la habitación completamente a oscuras, me acurruco entre las mantas. No hace ni gota de frío, pero mi cuerpo está helado y, necesito sentir algo de calor. Cuando

estoy a punto de quedarme dormida, se abre la puerta y abro los ojos de golpe. Mi “queridísimo” marido no tendrá pensado meterse en mi cama, ¿verdad? Lo oigo volver a cerrar la puerta y caminar sigilosamente por la habitación. Pues sí, parece ser que esa es su intención, pero por supuesto que no se lo voy a permitir. Enciendo la luz y él, inmóvil junto a la cama me mira.

— ¿Qué coño haces aquí?—Mi voz sale más fría de lo que pretendía.

— Dormir, evidentemente—contesta tranquilamente.

— ¡En mi cama no!

— ¡Es nuestra cama, Julia!

— ¡Pues no quiero compartirla

contigo, así que te pido por favor que te vayas!—Está conteniendo su enfado, lo noto al ver su mandíbula tensarse.

— Está bien, me voy—dice finalmente dirigiéndose a la puerta —, espero que no vengas dentro de dos días suplicándome que regrese a tu cama, Julia, porque no lo haré.

— Ten cuidado con lo que dices, Abraham, no vaya a ser que el que acabe suplicando seas tú—.

Después de esto último, le doy la espalda dando por finalizado el tema y él, sale de la habitación sin decir nada más. Obviamente, esa noche apenas consigo pegar ojo.

Por la mañana, noto el cuerpo

dolorido, sobre todo la pierna, aun así, salgo de la cama dispuesta a volver a pasar el día en el taller. Necesito darle un respiro a mi mente y sé que solo podré conseguirlo si me centro en mi trabajo. No oigo ningún ruido por casa, así que supongo que estaré sola. Me visto con una falda vaquera que me llega por encima de la rodilla, una camiseta básica en azul marino y, me recojo el pelo en una cola de caballo. Cojo la mochila que ayer dejé en el suelo y me la coloco en los hombros.

Fuera, brilla el sol y el cielo está totalmente despejado, así que la cazadora me la ato en la cintura. No voy a pararme a desayunar, son casi las nueve y no me apetece nada tener que

encontrarme con Iris. Mas que nada porque seguro que ayer también se quedó preocupada por mí después de hablar con Abraham y no quiero darle explicaciones. Por último cojo las muletas y pasito a paso, voy hacia la puerta, pero al llegar a la altura de la cocina, me quedo parada al ver a mi maridito vestido solo con la parte de abajo del pijama preparándose un café. ¡Qué guapo es el condenado! Tiene ese cuerpo tan perfecto. Tan bien esculpido. Esos músculos tan bien definidos. Lo tiene todo tan, tan bien, que con solo mirarle, se me hace la boca agua. De pronto, como si él presintiera que estoy allí, se gira y me mira de pies a cabeza. Al ver que estoy vestida y que llevo la

mochila, su semblante se endurece.

— ¿Adónde te crees que vas?

— Al taller—respondo seca—.

¿Qué haces en casa? ¿Hoy no tienes nada urgente que solucionar?—

Niega con la cabeza—. Pues yo tengo un montón de trabajo, así que si me disculpas...

— ¡Ni se te ocurra salir por esa puerta!—Brama.

— ¿Perdón?—Me giro lentamente, porque no puedo de otra forma, claro está, y lo taladro con la mirada.

— ¡Me has entendido perfectamente, Julia!

— Mira, Abraham, no quiero discutir contigo, ¿vale? No tienes

ningún derecho a prohibirme nada, así que te pido por favor, que me dejes en paz.

— ¿Estar casado contigo no me da ningún derecho?

— ¡Qué ponga en un papel que tú y yo somos marido y mujer, no significa que seas mi dueño!

— ¿Estás segura de eso?—
Pregunta acercándose a mí con paso lento. Yo, trago saliva. A cierta distancia puedo mantenerme firme, pero teniéndolo cerca, uff, no se yo...

— Completamente—murmuro.

— No lo parece—. Lo tengo a escasos centímetros de mi cuerpo y mi fuerza de voluntad empieza a

flaquear. Baja la cabeza hasta que su boca casi roza la mía y, noto su cálido aliento sobre mi piel.

— Sus manos, se posan en mis hombros, y desliza las correas de la mochila por mis brazos hasta que me la quita. Todo ello mirándome a los ojos. Una mirada intensa que me seca la garganta. Cierro los ojos, esperando que acorte la poca distancia que nos separa y me de ese beso que tanto anhelo. Pero que nunca llega. En cambio lo que sí que llega son sus palabras...— No vas a salir, y si lo haces, será conmigo, ¿te queda claro?—Abro los ojos dolida. Si la miradas matasen, yo ya me hubiera cargado

a mi “querido marido”.

— ¡¡Te odio!!—Le grito en su cara. Él se echa hacia atrás y se cruza de brazos con mi mochila aún en la manos.

— ¿Me odias porqué no te has salido con la tuya, o porqué no te he besado?—¡Dios, me apetece estamparle una bofetada y hacer que su cabeza de vueltas!— ¿No va a contestar?

— ¡Vete a la mierda!

— Te desconozco, Julia. Nunca me habías hablado así. Siempre eras tan complaciente, tan callada...y en cambio ahora, mírate, eres todo una fierecilla. Y confieso que me gusta, me gusta

muchísimo que pelees como una leona. ¿Dónde diablos tenías escondido ese carácter?

— ¡Qué te den imbécil!—Me giro todo lo digna que las muletas me permiten y me encierro en mi cuarto, del que no vuelvo a salir en todo el día.

Capítulo 8

Afortunadamente para mí, el tiempo pasa volando. Hace ya tres semanas que me han quitado la armadura. Pensaba que una vez sin ella, me sentiría mejor y más libre, por lo menos para moverme, pero por el contrario, estoy tan dolorida por las sesiones de rehabilitación, que de lo único que tengo ganas cuando llego a casa es tumbarme y no hacer absolutamente nada. La pierna ha perdido mucha masa muscular y claro está, debo recuperarla. Todas las mañanas voy a una clínica privada especializada donde un fisioterapeuta me castiga día sí y día también con sus ejercicios. Hasta hacer unas simples

sentadillas me deja destrozada, por no hablar de cuando me coloca peso entre el empeine y el tobillo para que lo levante y así fortalecer los músculos. El muy cretino no tiene clemencia. Él dice que lo hace por mi bien, que todo ello es necesario para que la pierna se recupere por completo, pero a veces pienso que le encanta verme sufrir. Lo bueno de todo ello es que noto la mejoría y aunque cojeo, ya camino sin muletas y puedo ponerme pantalones largos.

Por lo demás, todo sigue igual. En casa y con Abraham nada ha cambiado. Desde aquel día que discutimos tanto que acabé mandándole a la mierda, nada ha cambiado. Nuestra convivencia, se ha convertido en una rutina de dos personas

que simplemente comparten piso. Apenas hablamos, y cuando lo hacemos, casi siempre acabamos gritándonos, así que nos pasamos la mayor parte del tiempo evitándonos. Noto en él que me mira de forma diferente, como si no reconociera en mi persona a la mujer con la que se casó. Probablemente sea cierto, mi hermana y mi amiga también coinciden con él en que no soy la misma. Dicen que mi personalidad y mi carácter son más fuertes, y que les gusta ese cambio. La noche de la discusión, Abraham también dijo que le gustaba, él a mi me encanta, aunque no quiera saber nada de mí.

Los fines de semana, como mi “maridito” suele estar en casa,

aprovecho para ir al taller e ir poniéndome al día con el trabajo. Ahora estoy restaurando una mecedora. La dueña, me ha pedido que le de un toque vintage, y eso estoy haciendo. Está quedando preciosa. Yoselin, está preparando una especie de rastrillo y así poder recaudar dinero para la O.N.G. que por cierto, ya sé como se llama. «Si quieres, puedes» y ya estoy al día de su total funcionamiento. De hecho, estoy pensando que cuando esté totalmente recuperada, igual me hago un viajecito a Asia para supervisar la construcción de una nueva escuela y quedarme por allí algún tiempo. De momento, no tengo nada decidido, solo es un pensamiento. Un pensamiento que visto lo visto, y

cuando llegue el momento, no dudaré en llevar a cabo.

Mi hermana Elsa, está como loca porque el sábado es la inauguración del estadio deportivo en Brooklyn y es la primera vez que ella se hacer cargo de todo. Parece que por fin nuestro padre se ha dado cuenta de su valía y ha decido darle una oportunidad. Me alegro por ella. A mí ni siquiera me llama para saber cómo me va la vida. No entiendo cuales son los motivos de su animadversión por mí, pero tampoco me preocupa demasiado. Allá él. No es su falta de interés la que precisamente me quita el sueño. Ojalá lo fuera. Abraham, todavía no me ha dicho nada de ir con él al evento, pero yo lo tengo claro, iré.

Mas que nada porque es el debut de mi hermana como organizadora y no pienso dejarla sola. Aunque para ser sincera, mi asistencia me preocupa un poco. Nadie sabe de mi escasa relación con mi marido. Ni siquiera se lo he contado a Elsa y a Yoselin, y eso supone que si los dos estamos juntos en la inauguración, tendremos que hacer el paripé de cara a la galería. Solo de pensarlo, me pongo nerviosa, no sé si seré capaz de hacerlo. Oigo cerrarse la puerta de la calle, lo que significa que mi marido acaba de irse y ya puedo salir de mi habitación sin miedo a encontrarme con él.

Como estoy molida de la paliza que me he dado hoy en la clínica y, encima fuera llueve un montón, me preparo un té

bien calentito y me dispongo a ver un poco la televisión. No llevo ni diez minutos tumbada en el sofá, cuando Abraham entra por la puerta. Cierro rápido los ojos, con la intención de hacerme la dormida y que pase de largo sin que sienta la necesidad de saludarme, pero no tengo esa suerte.

— No te hagas la dormida, Julia, sé que estás despierta—. Abro los ojos y lo veo pasar de largo hacia su despacho, para regresar al minuto con una carpeta en las manos y dirigirse a mí—. Necesito hablar contigo.

— Tú dirás...—Me incorporo y le miro.

— Como sabes el sábado es la

inauguración del estadio deportivo de Brooklyn—asiento—, ¿y qué vas a hacer? ¿Vas a ir?

— Por supuesto que iré. Es el gran día de mi hermana y pienso estar allí para acompañarla, ¿por qué? ¿Te molesta?

— Para nada, solo era simple curiosidad. Saldremos de aquí el sábado sobre las ocho, procura ser puntual.

— Iré con Elsa y Yoselin.

— De eso nada, pelirroja—mi corazón da un vuelco al oírlo llamarme así—. El sábado, llegarás del brazo de tu marido al estadio deportivo y lucirás la mejor de tus sonrisas.

— ¿Y por qué debería de hacer eso?

— Porque quiero que la gente importante que asista, preste su atención a como ha quedado el estadio deportivo, no a nosotros. Tu padre se cabrearía mucho.

— No me importa lo que piense mi padre, y mucho menos los demás.

— Pero a mí sí me importa...

— No es mi problema, además, no sé si pueda hacerlo, no se me da bien fingir.

— ¿Quieres qué ensayemos?—
Se acerca a mi lentamente y se sienta a mi lado, provocando que mi corazón de saltos mortales

dentro de mi pecho.

— No será necesario. Prefiero la improvisación—digo levantándome y marcando las distancias—. Es una lástima, no me hubiera importado para nada enseñarte un par de trucos—su mueca burlona me cabrea.

— ¿Antes del accidente también fingíamos?—Su mirada lacerante me deja clavada en el sitio. No contesta, sólo me mira. Soy consciente de que mi pregunta le ha sorprendido, incluso diría que le ha hecho daño, pero no lo he hecho aposta. Me ha salido sin querer. Mi lengua ha empujado las palabras hasta sacarlas a la superficie y una

vez dichas, me gustaría que me diera una respuesta—. ¿No vas a contestar?

— Tengo mucho trabajo por hacer, así que si me disculpas—se pone en pie y camina hacia la puerta.

— ¡Eres un maldito cobarde, Abraham!—Me dedica una de sus miradas rabiosas y sin contestarme, sale por la puerta dando un portazo. Ojalá supiera porqué cada vez que saco el tema sobre nosotros antes del accidente su carácter pasa del blanco al negro en cuestión de segundos. Mi paciencia está en el límite y no sé si aguantaré esta mierda mucho tiempo más.

Cojo la cazadora tejana del perchero, un paraguas y el bolso marrón de bandolera para ir al taller.

Hoy por hoy, es en el único sitio donde encuentro un poco de paz y, donde consigo relajarme de verdad. Una vez en la calle, decido ir caminando. Puede parecer que estoy loca, pero me encanta pasear bajo la lluvia, me da paz. Llego al taller con los pies empapados y como no tengo nada para cambiarme me quedó con la mojadura, a pesar de que con ello corra el riesgo de pillar un resfriado.

Pongo música y me concentro en la mecedora, a la que ya no le queda nada para volver al sitio del que procede, con su dueña. Y así, entre mis mañanas en la

clínica de rehabilitación y el taller, pasa la semana. Una semana en que las únicas palabras que cruzo con mi marido, son las de cortesía y sólo si Iris se encuentra presente.

El sábado en cuanto me levanto, llamo a mi hermana. Hoy es su gran día y, no dudo de que la pobre estará de los nervios. Yo también lo estoy, pero por motivos totalmente diferentes. Hablo con ella durante un buen rato. Está angustiada y muerta de miedo. La entiendo perfectamente, es una gran responsabilidad la que tiene encima, y más, sabiendo cómo es nuestro padre. No me gustaría para nada estar en su pellejo, no podría soportar tanta presión. La animo asegurándole que

todo saldrá bien y cuando colgamos, lo hago con la sensación de que por lo menos he conseguido dejarla más tranquila. Ojalá pudiera también tranquilizarme a mí misma con unas pocas palabras, porque sólo de pensar en qué esta noche tendré que hacer de tripas corazón y pasearme por el evento del brazo de Abraham como si fuésemos una pareja feliz, me angustia.

Me tomo la mañana con tranquilidad, dedicándola a mimarme un poco, creo que después de una dura semana, me lo merezco. Por eso voy al baño y lleno la bañera de agua bien caliente, para luego sumergirme en ella e intentar olvidar lo que se me avecina esta noche. Después del baño, voy a la

cocina y me preparo un buen desayuno. Normalmente, los sábados por la mañana, mi marido no suele estar en casa ya que va al gimnasio, o eso dice él. La verdad es que a mí me da igual, no me interesa para nada lo que hace con su vida. O eso creo, vaya. Así que como en toda la mañana, no tendré perro que me ladre, pongo música en el equipo del salón y le doy volumen. “Freedom” de Pitbull, me sube el ánimo al instante y, como dicen que el que canta su mal espanta, cantando y bailando, recojo los restos del desayuno y también la cocina. Los fines de semana Iris no viene a casa, así que no me importa para nada dedicarle tiempo a estos menesteres, para que ella el lunes no encuentre la

casa como una leonera. De la cocina, paso a mi dormitorio. Allí hago la cama y dejo la estancia como una patena. Luego, saco del armario el vestido que me podré esta noche, y lo extiendo sobre la cama. Es un vestido de Dior en color verde, liso, largo y con algo de cola.

Como único adorno, un cinturón dorado tipo chapa. Como complemento, llevaré una pulsera ancha en cada muñeca, también en dorado, haciendo juego con el cinturón. Y por supuesto, unos finísimos zapatos del mismo modisto haciendo juego con el vestido. No tengo duda de que acabarán destrozándome los pies, pero fue verlos y no poder resistir el impulso de comprarlos. Son tan monos. Sin dejar de

cantar y de mover las caderas al ritmo de la música de Pitbull, me giro para cerrar las puertas del armario y me encuentro con la mirada de Abraham, que desde el pasillo me observa medio sonriendo. Una medio sonrisa que me pilló con la guardia baja y, consigue darle un poco de calor a mi frío corazón.

— ¿Qué estás haciendo?—
¡Joder, con ese pantalón vaquero, y esa camiseta azul marino, está asquerosamente sexy! Y me enfado conmigo misma por no poder apartar los ojos de su cuerpo mientras espero una respuesta.

— Disfrutar de las vistas, igual que tú.

— ¡Yo no estoy disfrutando de

nada!

— Tus ojos no parecen estar de acuerdo contigo—su tono burlón aumenta mi enfado.

— ¡Eres un engreído!—Espeto.

— ¡Y tú una mentirosa!

— ¿Cuánto tiempo llevas ahí mirando?

— El suficiente para desear no haber ido el gimnasio y haberme quedado en casa.

— Ya. Pues lo siento mucho, pero la función se termina aquí—digo acercándome a la puerta y cerrándola de golpe. La carcajada que suelta llega a mi oídos a pesar del volumen de la música y de la puerta cerrada, y me enerva.

¿Cómo demonios voy a conseguir aparentar esta noche qué todo va bien si ni siquiera soporto estar a su lado?

A las seis y media, comienzo a prepararme. En todo este tiempo, solo he salido de mi cuarto para hacerme un bocadillo y gracias a Dios no me he encontrado con Abraham. Estoy completamente segura que de haberlo hecho, ahora estaría con un cabreo de mil demonios. En cambio, para mi asombro, estoy bastante tranquila, incluso animada. Esta noche, podré pasar un buen rato con mi hermana y mi amiga y eso, me ayudará a desconectar. Ya que voy a ir al evento, que menos que intentar pasarlo bien y divertirme,

¿no? A las ocho menos cinco, abro la puerta de mi habitación y salgo. Mi marido está de espaldas a mí.

— Estoy lista—digo esperando a que se gire. Y cuando lo hace, un aluvión de imágenes inunda mi cerebro a cámara lenta. Son de la noche que le conocí, lo recuerdo perfectamente. Iba vestido exactamente igual que hoy. Esmoquin negro, camisa blanca impoluta, y pajarita. También recuerdo aquel momento en el que nuestras miradas se cruzaron por primera vez, y lo que sentí. Esa mirada intensa, penetrante, igual que la de ahora. ¡Dios mío, si hasta siento el mismo cosquilleo que

sentí entonces! ¿Qué significa esto?

— Estas preciosa, pelirroja—me obligo a volver al presente y, me repongo de lo que acaba de suceder en mi cabeza.

— Gracias, tu tampoco estás mal —digo como si nada—. ¿Nos vamos?

— Sí, pero antes quisiera que te pusieras esto—saca un cajita de terciopelo azul marino del bolsillo de su pantalón y la abre. ¿Me ha comprado un regalo? ¿En serio?

— ¿Qué es?—Pregunto intrigada,

— Es la alianza de nuestro matrimonio. Te la quitaron cuando llegaste al hospital y me gustaría

que esta noche la llevaras puesta.

— Un anillo no va a hacer que nuestro matrimonio sea más real, Abraham.

— Lo sé, aun así quiero que lo lleves.

— Como quieras, pero que te quede bien claro que sólo lo llevaré esta noche. En cuanto regresemos a casa, me lo quitaré.

— Tu misma...

— Exacto. Yo misma—me coge de la mano, me acerca a él, y coloca en mi dedo anular el anillo. Un aro de oro blanco, fino y elegante. A continuación, sin que yo me lo espere, me besa, provocando otro flashback, esta

vez del día de nuestra boda, del momento exacto en el que el sacerdote nos dio la bendición y dijo que el novio, podía besar a la novia. ¿Qué me está ocurriendo?

— ¿Estás bien, pelirroja?—
Parpadeo varias veces y asiento—.
Pues no lo parece, te has puesto pálida de repente—comenta preocupado.

— No te preocupes, estoy bien. Deben de ser los nervios.

— Todo saldrá bien, nadie notará nada.

— No me preocupa lo nuestro—
miento—, me preocupa Elsa y la reacción de mi padre.

— Estoy completamente seguro

que la inauguración será todo un éxito y tu padre, tendrá que reconocer que Elsa lo ha hecho muy bien.

— Eso espero—digo dirigiéndome a la puerta detrás de él.

Llegamos al estadio deportivo, y en cuanto veo lo que hay en la entrada me empiezan a temblar las manos de los nervios. Donde quiera que mire, veo una cámara de televisión o de fotos. Genial, aparte de toda la gente importante que estará en la fiesta, también la prensa será testigo de nuestra mentira. Abraham se baja del coche con una sonrisa y, rápidamente varios periodistas le rodean.

Joder, no quiero bajarme del coche, de buena la gana le diría al chofer que arrancara y me llevara bien lejos. Pero no puedo hacer eso, Elsa no me lo perdonaría en la vida. Así que cargo mis pulmones de aire, y cuando mi marido abre la puerta de mi lado para que me baje, lo hago con una sonrisa forzada. Cogidos de la mano intentamos llegar hasta la puerta, pero los periodistas no dejan de interponerse en nuestro camino haciendo preguntas.

— Señora Asbai—me plantan un micrófono gigante delante de la cara—, ¿cómo se encuentra del accidente que sufrió hace unos meses?

— Bien, gracias—respondo.

— ¿Ya ha recuperado la memoria?—¿Cómo coño sabe esta gente lo de mi amnesia? Me indigno solo de pensar que alguien del personal del hospital haya sido capaz de hacer llegar a los periodistas mi historial médico.

— Estoy perfectamente. Gracias —me pongo tensa.

— Disculpen señores—mi marido se pone delante de mí—, pero mi esposa y yo tenemos que entrar. Gracias por su preocupación—y como si fuera un Dios, se hacen a un lado para que podamos seguir nuestro camino.

Una vez que entramos por la puerta, lo primero que veo es a mi padre, a mi

hermana y, a una morena despampanante dando la bienvenida a los invitados. ¿Quién es esa mujer? No me gusta nada la mirada que le dedica a mi marido. Lo mira como si le perteneciera y eso me molesta. Mi padre me clava la mirada y, tiemblo. Acabo de darme cuenta que lo que realmente me va a costar esta noche es hacerles creer a todos que ese hombre tan elegante, es un buen padre. Abraham, consciente de mis pensamientos, aprieta delicadamente mi mano. Levanto la cara y le miro.

— Todo saldrá bien, pelirroja—
me da un beso tierno en los labios
—. Confía en mí—asiento y, le
sigo hasta donde está la comitiva
de bienvenida.

— Julia, querida...—Dios, pero que hombre más hipócrita—. Estás muy guapa.

— Gracias... papá—consigo decir dirigiéndome rápidamente a mi hermana, evitando así darle un beso—. Elsa cariño, que ganas tenía de verte. Estás impresionante.

— Gracias, Julia, tú también—está emocionada y nerviosa. Yo estaría acojonada, la verdad.

— Preciosa—me dice mi marido—, quiero presentarte a nuestra socia en este proyecto. Ella es Camyl. Camyl, te presento a mi esposa, Julia Sullivan.

Sin ningún disimulo, la morena me mira de pies a cabeza y luego se acerca

con intención de besar mi mejilla. Pero antes de que eso suceda, extendo mi mano impidiendo así que se acerque más a mí.

— Encantada de conocerte, Camyl—Digo más falsa que Judas.

— Lo mismo digo—mira a mi marido y le sonrío—. Abraham cielo, cuando tengas un minuto, me gustaría hablar contigo. Hay algo importante que quiero comentarte —¿Cielo? ¿Le ha llamado cielo a mi marido?

— Luego hablamos, Camyl—su fría contestación, no mitiga para nada la sensación que ha empezado a despertarse en mí—. Pelirroja — dice con voz aterciopelada—,

vamos a tomarnos una copa.

Entramos en un salón grande, espacioso y, Abraham me explica que esta será la sala de prensa. Nadie lo diría. Mi hermana ha conseguido darle un aspecto elegante y sofisticado. Al fondo de la sala hay un bufé, y varios camareros vestidos de riguroso negro pululan entre la gente con bandejas en la manos ofreciendo bebidas y canapés. Una de las veces que el camarero pasa a nuestro lado, cojo una copa de vino blanco y le doy un buen trago. Tengo la garganta obstruida por eso que llaman celos y necesito hacerlos regresar a su sitio. Esa Camyl no me gusta nada, y tengo la sensación que con mi marido le gustaría hacer muchas más cosas que

simplemente hablar. ¿Por qué me molesta tanto? «Porque a pesar de todo le quieres y, estás enamorada de él»—me contesto a mí misma. Veo a mi amiga Yoselin entrar en el salón y, le hago un gesto con la mano para que se acerque. Viene acompañada de un tiarrón impresionante al que no conozco.

— Vaya Julia, estás divina. Ese vestido es una pasada, y te queda genial. ¿Verdad que está muy guapa, Abraham?

— Pues sí, Yoselin—contesta él sin dejar de mirarme—, mi esposa está preciosa—¡Dios, esa mirada...!

— No exageréis, no es para tanto. ¿No vas a presentarnos a tu

acompañante, Yoselin?—Intento desviar la conversación.

— ¡Por supuesto! Él es mi buen amigo Byron. Byron, ella es mi mejor amiga Julia, y el moreno guapo su marido Abraham—nos saludamos y rápidamente entablamos una conversación divertida que hace que me olvide de la morena y, de los celos que he sentido hace un momento.

La noche va pasando. Y mientras todos parecen divertirse, yo esto estoy que me llevan los demonios. Y todo gracias a mi marido y a la morena que lleva colgada de su brazo prácticamente toda la noche. Si no fuera por mi hermana, su noviete, Yoselin, y su amigo

Byron que están todo el rato pendientes de mí, ya me hubiera ido. Nadie es consciente de lo que siento cuando esos dos se cruzan en mi campo de visión. Y menos mal, porque sino, alucinarían. No sé a que ha venido la insistencia de Abraham de que todos creyeran que nuestro matrimonio era un camino de rosas si su intención, obviamente, era pasar de mí. Todo ese rollo de no quedar en evidencia, y bla bla bla, ¿para qué? ¿Para llegar aquí y permitir que ella no le deje ni a sol ni a sombra? ¿Para qué yo sea el hazme reír de la fiesta? Pues lo está consiguiendo. Soy perfectamente consciente de cómo me mira la mayoría de la gente. Y aunque siempre digo que lo que los demás

piensen no me molesta, hoy sí.

Me molesta mucho. Elsa se pone a mi lado sonriente.

— ¿Qué tal hermanita? ¿Te estás divirtiendo?

— Claro cielo, me lo estoy pasando de muerte.

— ¿Eso que noto en tu voz, es ironía?—Me mira preocupada.

— Lo siento Elsa, pero estoy cansada y... no me hagas caso. La fiesta está siendo todo un éxito, estoy muy orgullosa de ti.

— Gracias Julia, la verdad es que sí, todo está saliendo según lo planeado. ¿Qué te pasa? Te noto tensa—insiste.

— ¿Tú qué crees?—Clavo mi

mirada en la pista de baile, donde mi marido y Camyl bailan muy pegaditos. Mi hermana que no es tonta, sigue mi mirada.

— Ya veo. ¿Piensas que entre ellos dos hay algo?

— Lo pienso yo y el resto de los asistentes, ¿no te parece?

— Yo no lo creo. Abraham te adora, Julia, solo hay que ver como te mira—está claro que mi hermana es muy ingenua si piensa así.

— Quizá tengas razón—le resto importancia al tema. Hoy es su noche y no quiero preocuparla—. ¿Te importa qué vaya a sentarme? Llevo muchas horas de pie y la pierna se resiente.

— Sí claro, perdona. Te veo tan bien que a veces me olvido de lo de tu pierna. Voy a buscar a Nathan y enseguida estamos contigo.

— No te preocupes por mi cielo, ve y diviértete con tu chico—le doy un beso en la mejilla y me escabullo por una de las puertas. Necesito distanciarme de la imagen de esos dos juntos, y calmarme.

Una vez fuera del salón, miro a un lado y a otro sin saber a donde ir. Escojo el pasillo que hay a mi derecha, y camino decidida.

Capítulo 9

El pasillo me lleva a una especie de palco cubierto desde donde puedo ver el campo de fútbol, y las pistas de atletismo. Mi padre camina por las pistas con varias personas, supongo que son muy importantes para que él personalmente se tome la molestia de enseñarles el recinto. Me siento en una de las sillas, y cierro los ojos. Estoy tan dolida por la actitud de Abraham... Que me ignore en casa lo tengo más que asumido, pero que lo haga en público, y más, después de su charla sobre guardar las apariencias, me mata. No puedo seguir así. Viviendo una vida que no me hace feliz, que no me satisface. No

puedo seguir esperando a que mi memoria decida regresar para actuar. Pueden pasar años antes de que eso suceda y, no veo con fuerzas para seguir como si nada. Necesito coger de una vez por todas las riendas de mi vida. Eso es lo que necesito, alejarme de todo y, empezar de cero. Tengo que pensar bien lo que quiero hacer. Tal vez, lo de irme a Asia por una temporada no sea mala idea. O perderme en algún sitio recóndito del país donde nadie me conozca. Donde pueda desintoxicarme del amor que siento por este hombre que me envenena con su indiferencia. Pienso en los flashback de hace unas horas. El día de nuestra boda parecíamos felices, y ahora en cambio, casi diez meses

después, no podemos estar el uno delante del otro sin tirarnos los trastos a la cabeza. ¿Qué no has llevado a esta situación? Él lo sabe, pero se niega a compartir sus recuerdos conmigo.

¿Por qué guardar silencio cuando tiene la posibilidad de ayudarme? ¿Tan malo sería saber lo que nos pasó? Un movimiento detrás de mí me pone alerta. Me giro sobresaltada y, ahí está él. El causante de mi dolor. Nos miramos a los ojos durante un momento y al final aparto la mirada con fastidio.

— ¿Por qué estás aquí, Julia? ¿Te encuentras bien?—Dios, que ahora muestre esa preocupación por mí, me hastía—. ¿No vas a contestarme?

— ¿Cómo sabías qué estaba aquí?

— Como llevaba un rato sin verte me acerqué a tu hermana y le pregunté dónde estabas. No supo responderme, solo me dijo que estabas cansada. Te busqué y al no encontrarte, fui a la sala de seguridad y miré todas las cámaras de vigilancia hasta que di contigo.

— Te has tomado demasiadas molestias, ¿no crees?—Digo con sorna.

— Estaba preocupado...

— Ya. ¿Y para qué me buscabas? ¿Ha pasado algo?

— ¿Es qué tiene que pasar algo para que quiera estar con mi mujer?

—Oír esto ya es el colmo de los colmos, vamos.

— Es gracioso que digas eso cuando en toda la noche ni siquiera te has acordado de que tenías una.

— ¿Perdón?

— Mira Abraham, estoy cansada y quiero irme a casa—no quiero discutir, no aquí—. Iré dentro a despedirme de mi hermana y de Yoselin, luego cogeré un taxi...

— No vas a coger ningún taxi, Julia. Yo iré contigo.

— No es necesario. Puedes quedarte y seguir la fiesta con tu socia y, con el resto de la gente importante con la que te has codeado esta noche.

— ¿Por qué no me dices de una vez lo qué te pasa? Odio jugar a la adivinanzas—. Y yo odio que jueguen conmigo. Pero claro, esto último no lo digo en voz alta. Si lo hiciera, liaríamos la de San Quintín.

— Déjalo—digo pasando a su lado para salir. Él me coge de la muñeca y me retiene.

— Tal vez si fueras clara conmigo...

— ¿Y para qué?—Doy un tirón y me suelto de su agarre—. Ya no merece la pena—salgo del palco, y vuelvo por el mismo camino que me trajo hasta aquí. Evidentemente, mi marido viene detrás.

Me despido de mi hermana y de mi amiga. También de Nathan y Byron. En cambio a mi padre ni me acerco. Total para qué, ni siquiera notará mi ausencia una vez me haya ido así que, mejor evitarme el mal trago de tener que verle la cara. Abraham me acompaña en todo momento. Es como si de repente tuviese miedo a que desapareciera. Cuando estamos a punto de salir por la puerta, oímos una voz melosa y empalagosa a nuestras espaldas.

— Querido, ¿Te ibas sin despedirte?—Solo se dirige a él. Yo, como si no estuviera.

— Sí, nos vamos. Hoy ha sido un día demasiado largo.

— Que lástima—chasque la

lengua—, ahora es cuando empieza la fiesta de verdad.

— Pues diviértete, nos veremos la semana que viene en la oficina. Adiós.

— Ha sido un placer conocerte, Julia—extiende su mano hacia mí, pero la ignoro.

— Ojalá pudiera decir lo mismo, Camyl—le dedico una de mis sonrisas y, salgo a la calle de la mano de mi marido. Cuando me cercioro de que ella ya no está en la puerta contemplándonos, me suelto.

— ¿A qué ha venido eso?—Le fulmino con la mirada por atreverse siquiera a preguntar y, entro en el

coche sin darle una contestación.

El trayecto a casa, lo hacemos en riguroso silencio. La tensión que reina en el interior de éste, es más que palpable. Ojalá se hubiese quedado en la fiesta. Pero no, claro, tenía que hacer el papel de amante esposo y acompañarme. Aprieto los puños sobre mi regazo. Estoy tan cabreada... tan dolida... que temo mi reacción una vez estemos en casa. «Dios, no me dejes tu también evidencia, ayúdame a mantener la boca cerrada. No dejes que demuestre el daño que me ha causado esta noche verlo tontear con otra mujer. Te lo ruego». Pero mis ruegos al Todopoderoso no sirven de nada porque una vez que entro por la puerta de

nuestro apartamento de lo que menos gana tengo es de quedarme callada. Dejo la cartera con un golpe seco encima de la encimera y le doy la espalda para quitarme el anillo que arde en mi dedo anular.

— ¿Puedes explicarme qué coño te pasa?—Deja la chaqueta del esmoquin en el respaldo de una silla y, se acerca a mí.

— Dime una cosa Abraham—le encaro—. ¿Por qué te has tomado la molestia en dejarme claro qué te importan las apariencias?

— No te entiendo, ¿a qué te refieres exactamente?

— ¡Me refiero a qué, si tu intención era ignorarme toda la

noche en la fiesta para tontear con tu socia, ¿por qué narices has insistido en qué yo fuera tu acompañante con la excusa de guardar las apariencias?!

— ¡¿Te has vuelto loca? Yo no he tonteadado con nadie, y mucho menos con Camyl!

— ¡¿En serio?!—no me puedo creer que se atreva a negar algo que para mí, y para el resto de los asistentes ha sido tan evidente—. ¿Y cómo llamarías tú estar toda la noche con ella colgando de tu brazo, bailando acaramelados, dejando que te acariciara el pecho, incluso compartiendo secretitos al oído?

— ¿Estás celosa?

— ¡¡No estoy celosa!!—Oh sí, claro que lo estoy, pero ni de coña se lo voy a reconocer—. ¡¡Estoy cabreada!! !De saberlo, hubiera ido acompañada de otra persona, así los dos estaríamos en igualdad de condiciones, ¿no crees?!

— Julia, entre Camyl y yo no hay nada...

— ¡Me importa una mierda lo que haya o deje de haber entre vosotros dos! ¡Si te acuestas con ella es tu problema, pero por lo menos ten la decencia de reconocerlo! ¡Si lo que pretendías era que esta noche nadie hablara de nosotros, pues siento decirte que

has conseguido todo lo contrario!
¡Por Dios, si solo has faltado
quitaros la ropa y poneros a follar
allí mismo!

— ¡Para importante una mierda
lo que hago has estado muy
pendiente de mí, ¿no te parece?!

— ¡¿Y cómo no estarlo?! ¡Joder,
Abraham, qué estabas delante de
mis narices! ¿No podías haberte
cortado un poco? ¿Haberme tenido
un mínimo de respeto?

— ¡¡Te estás pasando, Julia!!

— ¡Lo siento mucho, pero es lo
que hay! ¡Odio que me miren con
lástima, y tú, esta noche has
conseguido que todo el mundo me
mire así! ¡Quiero el divorcio,

Abraham, así podrás acostarte con quien te plazca sin que yo esté por el medio!—Salgo del salón con la cabeza muy alta. Por fin lo he hecho, he sacado fuera toda la rabia que llevaba acumulando durante la noche y le he pedido el divorcio. ¿Qué sentido tiene que sigamos juntos? En la puerta de mi habitación me doy cuenta de que llevo la alianza de nuestro matrimonio apretada en el puño. Me giro, consciente de que está en el pasillo, a pocos metros de mí, y se lo tiro a la cara.

— ¡Esto es tuyo, la próxima vez, que se lo ponga Camyl!—Cierro la puerta y camino de un lado de la

habitación a otro como un león enjaulado.

Furiosa me quito los zapatos y los lanzo contra la pared. ¡Malditos celos qué me hacen perder la cabeza! ¡Maldito Abraham qué me hace sentir celos! Y, ¡Maldita yo por estar enamorada de él! La puerta se abre de golpe y con pasos decididos, mi marido se planta delante de mí.

— ¡Jamás, desde qué te conozco, desde qué estamos casados, te he sido infiel! ¡Jamás, he querido ni necesitado estar con otra mujer! ¡Jamás he deseado a ninguna otra! ¿Y sabes por qué, pelirroja?— Muda por su vehemencia, niego con la cabeza—. Porque solo te deseo a

ti...—Su boca cae sobre la mía con furia, apoderándose de mis labios en un santiamén. Con pasión. Un beso ardiente y apasionado que hace que me tiemblen las rodillas. Sus brazos se amoldan a mi cuerpo, sujetándome tan fuerte que no podría librarme de ellos aunque quisiera, que no es el caso—. ¿Te ha quedado claro?—Susurra sobre mis labios. Yo sigo muda, sin poder articular palabra. Muerde con delicadeza mi labio inferior, y me pierdo.

Paso mis brazos alrededor de su cuello y me entrego a las maravillosas sensaciones que se han despertado dentro de mí con ese ataque tan carnal y

posesivo de mi marido. Sus manos, van a mi espalda, y desliza la cremallera de mis vestido, despojándome de él con facilidad, quedando frente a él solo vestida con la ropa interior. Su lengua húmeda, traza círculos en mi cuello y gimo. ¡Oh Señor, llevo meses anhelando esto! Anhelando sentir sus manos sobre mi piel acariciándome.

Anhelando sus besos. Poso mis manos en su pecho. Firme, duro, caliente, y poco a poco, voy desabrochando los botones de su camisa. Acaricio con la palma de mi mano su piel. Tan morena, tan fina. Tan hermosa. Poso mis labios con suavidad en esa piel que me suplica en silencio que la saboree. Y lo hago. Mi lengua,

deja un reguero brillante y húmedo desde su cuello hasta casi su ombligo. Mis manos tiemblan cuando se posan en la cinturilla de sus pantalones. Me siento torpe, demasiado torpe. Aun así, consigo pasar el botón por el ojal y bajar la cremallera sin que se note lo turbada que estoy por lo que está a punto de suceder. Por fin voy a hacer el amor con mi marido.

Otro de mis mayores anhelos y que hoy, se hará realidad. Él, no se pierde ninguno de mis movimientos. Completamente desnudo, y con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, gime al sentir mi mano acariciando su miembro. Nuestras miradas están cargadas de deseo, de necesidad.

De hambre. Me coge en brazos y, me deja en el centro de la cama, debajo de él. Acaricia mi costado, mis pechos. Su lengua, dibuja círculos alrededor de mis pezones juguetona y traviesa. Los muerde haciéndome abrir la boca para dejar salir un ronco quejido de placer. Se coloca entre mis piernas, rozando el centro de mi sexo con su miembro y, alzo las caderas en su busca. Necesito sentirlo dentro de mí, saciando mi necesidad de él. Poco a poco, se introduce en mi cavidad húmeda y caliente y, vuelvo a gemir. Su movimiento lento y acompasado, me tortura, me enardece.

Cierro los ojos para centrarme en todo lo que me hace sentir.

— Mírame Julia—suplica—. Me encanta ver tus ojos cuando estás a punto de correrte. Me encanta como te muerdes los labios tratando de ahogar los gemidos. Eres tan hermosa, pelirroja...—

Asiento, entregada al sonido ronco de su voz. Entregada al vaivén de sus caderas. Entregada al sentimiento que me embarga el alma. Entregada a él. Sus arremetidas se vuelven más profundas y rápidas, clavándose muy dentro de mí. Noto el latigazo cruzar mi sexo y un poderoso orgasmo fluye de mis entrañas. Haciéndome gritar su nombre entre espasmos descontrolados. Segundos después, sus espasmos se unen a los míos, y juntos, dan los últimos pasos en

este inesperado baile de placer.

— Me vuelves loco, pelirroja...

— Tú a mí también—consigo decir—. En todos los sentidos—los párpados me pesan un montón, y aunque intento por todos los medios mantenerlos abiertos, fracaso estrepitosamente y me quedo dormida, acurrucada entre sus brazos.

A la mañana siguiente me despierto sintiéndome maravillosamente bien, relajada y, de muy buen humor. Hasta que giro la cabeza, y me doy cuenta que mi compañero de cama no está conmigo.

No quiero pensar mal, pero estoy tan acostumbrada a que Abraham se muestre

frío y distante conmigo después de haber bajado la guardia, que sin que yo lo desee, los malos pensamientos afloran con fuerza. Presto atención a los sonidos de la casa. Nada. Silencio absoluto. Salgo de la cama y pego la oreja a la puerta. Sigo sin oír nada de nada. Seguro que él está encerrado en su despacho, o lo que es peor, seguro que se ha largado a la oficina, su escondite favorito. Y yo que pensaba que por fin hoy sería un día diferente para ambos, un domingo diferente, y resulta, que va a ser un día más. Probablemente lo de anoche no haya significado nada para él y ahora esté arrepentido. ¿Pero qué esperaba? ¿Qué después de una noche intensa de pasión, todo lo anterior

quedara en el olvido? Pues sinceramente sí. Era lo que esperaba. Ingenua de mí.

Con desgana, me meto en el baño para darme una ducha. Tengo un bajón de tres pares de narices y siento muchas ganas de echarme a llorar. Pero no voy a hacerlo. Me niego. Dejo que el agua caliente recorra mi piel, y me recreo en la imágenes de lo sucedido anoche que no dejan de invadir mi mente. Sus manos acariciando mi piel. Su lengua recorriendo cada recoveco de mi cuerpo. Su mirada, intensa, ardiente, apasionada. ¡Oh Dios, me enciendo solo de pensar en ello! Por desgracia, también pienso en las cosas que nos dijimos anteriormente. Bueno, que yo dije. Reconozco que mi temperamento a

veces impetuoso, me lleva a ser cruel. No puedo controlarlo y me lleva a decir cosas con la única intención de hacer daño. Un daño que tratándose de Abraham, me hace sentir bien, ¿soy mala persona por ello? Mi conciencia me dice que sí, que hacer daño a las personas que quiero no debería causarme placer. Pero no puedo evitarlo. Algo ha cambiado dentro de mí y me asusta. Cojo una de las esponjosas toallas y me la enrosco al rededor del cuerpo mientras que con otra, me froto con fuerza el cabello. Me desenredo el pelo y, entonces decido que lo mejor será que pase el día en el taller, más que nada para prevenir posibles discusiones. Quedarme en casa supondrá estar

dándole vueltas a lo mismo una y otra vez y, me siento en el límite. Abro la puerta del baño todavía con la toalla sobre mi cuerpo y, me quedo con la boca abierta al ver a mi marido sentado cómodamente en el sofá ojeando el periódico dominical. Sobre la mesita central, el desayuno para dos. Vaya, parece que mi mala cabeza me ha hecho precipitarme sacando conclusiones erróneas sobre... Abraham se gira en ese momento y cualquier pensamiento se evapora.

— Buenos días, pelirroja, por tu cara diría que te sorprendes de verme—se pone en pie y cruza los brazos sobre su pecho—. ¿Estoy en lo cierto?

— Bueno... yo... eh...—mierda, no sé que decir.

— No puedo creerme que haya conseguido dejarte sin palabras.

— Verás, es que creí que no estabas. Creí que tú, ya sabes... Joder, creí que estabas arrepentido y te había largado, ¿contento?

— Pues no, la verdad. Que tus pensamientos sean tan negativos sobre mí no me agrada en absoluto. ¿Puedo saber por qué pensaste eso?

— ¿La verdad?—Asiente—. Porque cada vez que entre tú y yo hay un acercamiento, al momento vuelves a mostrarte frío y distante. Es a lo que me tienes acostumbrada, y bueno, al

despertarme y no verte a mi lado, lo primero que pensé fue eso—me encojo de hombros.

— Pues ya ves que estabas equivocada. Me desperté temprano y, como tu dormías plácidamente no quise despertarte, aunque me costó un triunfo no hacerlo créeme. Me di una ducha en mi habitación y después se me ocurrió que sería buena idea hacerte el desayuno, pero como no quería hacer ruido en la cocina, decidí bajar a comprarlo. Por eso no estaba en casa cuando te despertaste. Acababas de entrar en la ducha cuando llegué y no te dije nada porque quería sorprenderte.

— Lo siento—digo avergonzada.

— Tienes que aprender a confiar en mí, Julia.

— Como si fuera tan fácil— musito.

— ¿Tienes hambre?—Dice eludiendo mis últimas palabras.

— Mucha.

— Pues el desayuno está servido...

— ¿Te importa qué me vista antes?

— Pues lo cierto es que sí, me importa—ver el deseo en su mirada me excita, pero como puedo lo ignoro y me pongo un pantalón de deporte y una camiseta. No me sentiría cómoda si me sentara

semidesnuda a la mesa.

Nos tomamos el desayuno hablando tranquilamente, como si esto fuera algo habitual entre nosotros. Como si no lleváramos más de dos meses diciéndonos de todo, haciendo imposible que permaneciéramos juntos en la misma habitación y respiráramos el mismo aire. Abraham me habla del nuevo proyecto que tiene entre manos. Un edificio vanguardista a las afueras de Vancouver, todavía no es oficial, pero él está convencido de que será su edificio el que luzca en esa ciudad. Yo le cuento que Yoselin está preparando un rastrillo para recaudar dinero para la O.N.G. y poder llevar a cabo la construcción de una nueva clínica, además de alimento y

medicinas. Le parece una idea magnífica y promete implicarse personalmente en ello donando alguna de sus cosas, y haciendo algunas llamadas a gente importante para que dentro de dos semanas se pasen por el rastrillo a dejar su dinero por una buena causa. Me parece tan increíble que nos hayamos dado una tregua en nuestra batalla personal, que estoy como en una nube.

A media mañana, nos ponemos ropa informal y salimos a dar un paseo por Central Park. Durante el paseo, en más de una ocasión he tenido la tentación de hacerle preguntas sobre nosotros, de nuestra relación antes del accidente. Pero para ser sincera, no me he atrevido. No porque no quiera

saber, sino porque tengo miedo a que mis preguntas, rompan nuestro alto el fuego. Y estoy disfrutando tanto de ello, que sería una verdadera lástima echarlo a perder. De regreso a casa, paramos en un restaurante hindú, y mientras nos tomamos una cerveza, encargamos comida para llevar. Una vez en casa, nos ponemos cómodos y degustamos los exquisitos platos de comida india en la barra americana de la cocina, y a continuación, sin siquiera haber recogido las sobras de la comida, nos tiramos literalmente en el sofá a ver una película. Una película muy aburrida que por lo visto a mi marido le encanta, y que a mí me lleva a la inconsciencia a los quince minutos de empezar. Cuando

abro los ojos llego a ver los créditos de la película, y me siento un pelín avergonzada. Se supone que este era un momento muy especial y lo he desperdiciado durmiendo.

Miro a mi marido que tiene sus ojos puestos en mí, parece preocupado y me pongo nerviosa al instante.

— ¿Pasa algo?—Pregunto.

— Has estado hablando en sueños—joder, que corte. A saber lo que he dicho para que tenga esa cara.

— ¿He dicho algo que te molestara?

— No, solo estoy sorprendido.

— ¿Puedes ser más explícito con tus respuestas?

— No dejabas de repetir que me querías...—¡Mierda!— y que ojalá nuestra estancia en España no terminara nunca. En nuestra luna de miel estuvimos en España...

— Sí, lo sé. Lo recuerdo perfectamente. No es la primera vez que sueño con ello.

— Nunca me habías dicho nada. ¿Qué más sueñas?

— Solo con la luna de miel y el día que nos conocimos. Ni en sueños consigo pasar de ahí—aparto la mirada—, aunque el sábado me sucedió algo...

— ¿Quieres contármelo?—
Asiento.

— Cuando te vi con el esmoquin,

tuve una especie flashback del día que nos conocimos y que no tiene nada que ver con el sueño que normalmente tengo sobre ello. Sentí exactamente lo mismo que sentí aquel día, cuando nuestras miradas se encontraron. Y después, cuando me pusiste el anillo en el dedo, tuve otro del día de nuestra boda.

— ¿Y por qué no me contaste nada?—Ahora parece molesto.

— No te dije nada porque primero tenía que asimilar lo que acababa de pasar, y después, cuando volvimos a casa, estaba demasiado cabreada contigo como para decírtelo. Abraham, ¿no crees que deberíamos hablar de lo que

pasó?

— No creo que merezca la pena hablar de la discusión del sábado...

— No me refiero al sábado, me refiero a lo qué pasó el día del accidente—no he terminado de hablar y ya noto su tensión.

— ¿Te apetece tomar una copa?

—dice poniéndose en pie.

— ¿Por qué siempre que nombro ese día reaccionas así? No lo entiendo, y me gustaría hacerlo.

— Julia, no estoy preparado para hablar de aquello, aún no. Pero te prometo que lo hablaremos, solo dame un poco más de tiempo.

— ¿Tan malo es?

— Por favor, pelirroja, no insistas... para mi tampoco es fácil estar pasando por todo ésto, ¿sabes?—Posa sus manos en mis mejillas y las acaricia con ternura.

— ¿Prometes qué me hablarás de ello?

— Lo prometo—. No he conseguido que me contara nada, pero al menos he conseguido la promesa de hacerlo. Algo es algo, ¿no? Nos fundimos en un beso dulce y lento, dejando que nuestras lenguas se acaricien. Y cuando quiero darme cuenta, estoy completamente desnuda en nuestra habitación, entregada a sus caricias y a lo que me hace sentir con ellas.

Capítulo 10

Llevo más de una hora en el taller sin poder hacer nada que no sea pensar en él. En los días que llevamos compartidos sin habernos levantado la voz. En los días que llevamos durmiendo juntos y abrazados. En la manera en que nuestros cuerpos, parecen no haberse olvidado uno del otro. Vivo en un sueño desde el día de la inauguración, hace ya más de una semana, y no quiero despertarme. Sé perfectamente que tenemos una conversación pendiente, pero sinceramente, ahora mismo, esa conversación ha pasado a un segundo plano. A veces pienso que me estoy

volviendo loca al darle prioridad a la buena armonía que reina actualmente entre nosotros. Pero es que he pasado días muy duros, y creo que me merezco esta tregua. Ambos nos la merecemos. Por eso mismo espero, y disfruto de este dulce momento sin atormentarme pensando en el mañana, viviendo el día a día y nada más. El sonido del teléfono me obliga a salir de mis pensamientos.

— Buenas tardes, Julia, ¿estás muy ocupada?

— Hola Yos, no, me pillas en babia.

— ¿Qué tal la rehabilitación? ¿César ha sido muy duro contigo?

— Buff ni te lo imaginas. Es un salvaje, pero lo voy llevando. Y mi

pierna está muchísimo mejor.

— ¿Entonces sigue en pie lo de esta noche?

— Por supuesto, cuenta conmigo. Es mi primera salida desde ya sabes cuando, y no pienso perdérmela. ¿Has hablado con Elsa?

— Sí, hablamos hace un rato, también está entusiasmada con nuestra salida de hoy. He quedado en pasar a recogerla sobre las ocho, luego pasaremos a buscarte a ti. ¿Te parece bien?

— Perfecto. Hacedme una llamada perdida cuando salgáis de casa de mi padre, ¿vale?

— De acuerdo, pues nos vemos

esta noche cielo. Un besito.

— Chao Yos, otro de vuelta.

Mi hermana y mi amiga, por fin tienen un hueco en sus agendas y, han planeado una cena solo para nosotras tres y ponernos al día. Antes lo hacíamos con mucha frecuencia. Recuerdo que por lo menos una o dos veces al mes salíamos a cenar las tres juntas, pero hace siglos que no lo hacemos. Primero, por mi accidente, y después, porque sus compromisos laborales o sociales no se lo permitían. Así que cuando Yoselin me llamó la semana pasada para proponérmelo, no dudé ni por un segundo en decir que sí. Estoy tan emocionada, que hasta me he ido de compras. Me he comprado un

vestido estilo años sesenta muy sencillo de Yves Saint Laurent en color blanco y ribeteado en negro. Bastante corto para mi estilo, pero me apetecía lucir las piernas, así que lo tengo en mi armario esperando a que llegue la noche. Me dejaré el pelo suelto y después, me subiré a mis taconazos de aguja para que mis piernas parezcan más largas. Dejo por un momento aparcados mis planes para esta noche y, me centro en el trabajo.

Llego a casa agotada y con el cuello entumecido de estar varias horas con él inclinado grabando con la dremel la base de una mesita de café muy antigua. Abraham todavía no ha llegado, supongo que la reunión que tenía esta tarde con la

gente de Vancouver se ha alargado, y por eso todavía no ha vuelto a casa. Son casi las siete de la tarde, así que tendré que darme prisa si quiero estar lista para cuando las chicas vengan a buscarme. Me doy una ducha rápida y, me seco el pelo. A continuación, me visto y me maquillo un poco. Estoy aplicándome un poquito de brillo en los labios cuando mi marido entra en la habitación con una maravillosa sonrisa, que se evapora en cuanto me ve vestida y arreglada para salir. Sus ojos recorren mi cuerpo de pies a cabeza y deja asomar una mueca de disgusto.

— ¿Vas a salir?—Pregunta seco.

— Hoy es la cena con Yoselin y Elsa, ¿lo recuerdas?

— Pues no, no lo recuerdo.
¿Estás segura de habérmelo
comentado?

— Pues claro que estoy segura.
Te lo comente el mismo día que mi
amiga propuso la salida.

— ¿Y vas a salir así?—Señala
mi vestido con cara de pocos
amigos.

— ¿Así cómo?—Apoyo las
manos en mis caderas y le miro
fijamente.

— Con esa especie de camisola
que apenas te cubre los muslos.

— Es un vestido, Abraham, no
una camisola. Y sí, voy a salir con
él, ¿pasa algo?—Estoy a la
defensiva y, a puntito de

cabrearme.

— ¡No saldrás con eso!—dice levantando un poco la voz.

— ¿Perdona?—Ya está, ya ha conseguido enfadarme del todo.

— ¡He dicho, qué no saldrás con eso! ¡Así qué será mejor que te cambies de ropa!

— ¡Ni de coña voy a cambiarme! ¿Se puede saber qué te pasa?

— ¡Qué eres mi mujer y no una cualquiera que va pidiendo guerra!

— ¡Te estás pasando, Abraham! ¡Solo es un vestido, y no pienso quitármelo por qué tú seas un troglodita neandertal! ¡Estás muy equivocado si crees que puedes

decirme cómo debo vestirme!

¡¡Muy, muy equivocado!!

— ¡Soy tu marido!

— ¡Pero no mi dueño! ¿Es qué acaso no tienes un termino medio? ¡Dios, pasas de tratarme con indiferencia y de ignorarme a querer controlar hasta mi forma de vestir! ¿Estás loco?

— Julia...—en ese momento llega la llamada perdida de mi amiga, guardo el teléfono en el bolso y, me pongo la chaqueta.

— ¡Julia se va de cena vestida así, te guste o no! ¿Te queda claro?

—Salgo de la habitación con paso enérgico—. Espero que para cuando regrese hayas recapacitado

y te hayas calmado, Abraham.

— ¡¿Y si no qué?—Grita a mis espaldas.

— Me voy—digo desde la puerta de la calle sin entrar en su provocación—. Cálmate, hablaremos cuando regrese.

— ¡No dudes de qué lo haremos!
—Cierro la puerta y llamo al ascensor. Joder, ¿a qué ha venido esto? Me acabo de quedar alucinada. Consigo calmarme un poco antes de salir a la calle y subirme al coche de Yoselin.

Animadas, nos dirigimos al restaurante “Green Shoots” donde mi hermana ha hecho la reserva. Es un restaurante vegetariano, aunque a mi

personalmente me gusta la carne y como de todo. Pero mi hermana y mi amiga, son de las que piensan que comerse animales no está bien, por eso vamos a uno de sus restaurantes favoritos en la ciudad. Durante el trayecto hablamos de trivialidades sin entrar en temas profundos ni nada por el estilo. Esta es una noche para divertirnos, no para psicoanalizarnos ni de hacer de psicólogas unas con las otras. Y eso que me muero por contarles el episodio vivido con Abraham hace un rato, pero me muerdo la lengua y no dejo que se me escape ni una palabra al respecto, al menos de momento. Una vez en el restaurante, y como es pronto para cenar, nos tomamos en la barra una copa

de vino. Elsa nos habla de Nathan, de lo maravilloso que es y, de los detalles super románticos que tiene con ella. Por cómo habla de él, nos deja bastante claro que a pesar de que solo llevan saliendo juntos unos tres meses, esta completamente enamorada, y que se siente correspondida al cien por cien. Me alegro muchísimo por ella, es una persona excepcional y se lo merece. Después de un rato de estar allí de pie charlando y tras habernos tomado una copa de vino más, pasamos a la mesa que nos tienen reservada. El camarero nos entrega las cartas con los menús y toma nota de nuestras bebidas. Obviamente, seguimos con vino. Miro y remiro la carta un montón de veces, me

cuesta mucho decidirme y estoy tan muerta de hambre, que daría lo que fuera por comerme un buen chuletón de buey, pero aquí las vegetarianas pondrían el grito en el cielo, y claro está, aquí no sirven carne. Así que me decido por un revuelto de setas, y unos pimientos rellenos de brócoli y queso parmesano. Seguimos charlando animadamente mientras esperamos por nuestra cena. Esta vez, es Yoselin la que habla. Elsa le ha preguntado qué tipo de relación la une al impresionante Byron, y ella se ha lanzado a darnos todo tipo de detalles. No están saliendo juntos, solo son amigos. También es abogado, se conocieron en un juicio donde él defendía a la parte contraria y, desde

aquel día, siempre que viene a la ciudad quedan para salir. Es de Denver, pero muchos de su representados viven aquí, por eso el pasa muchas temporadas en Nueva York, de hecho mi amiga nos cuenta que tiene una casa impresionante, que ella conoce gracias a un par de fiestas a las que asistió allí. Nunca fueron más allá en su relación porque él, hasta hace muy poco tiempo, estaba prometido. Y ahora son tan buenos amigos que piensan que liarse, sería una estupidez muy grande que acabaría con esa amistad. Fin de la historia.

Terminada la cena, el camarero nos trae la cuenta y pagamos. Pero antes de irnos, el chico, muy amable, nos invita a tomar un chupito ecológico que preparan

ellos mismos y claro, encantadas aceptamos. No sé si es a causa de las copitas de vino que me he tomado o porqué, pero en ese preciso momento me acuerdo de mi neandertal marido y mi semblante cambia. No creo que pueda aguantar mucho más tiempo sin hablarles de ello a mis chicas. A Yoselin que no se le escapa una, enseguida pregunta por mi cambio de humor.

— ¿Qué te pasa, Julia? De repente te has puesto seria y te has quedado callada. ¿Va todo bien?

— Más o menos—respondo—. ¿Puedo haceros una pregunta?

— Adelante—contestan ambas al unísono.

— ¿Cómo era Abraham conmigo

antes del accidente? ¿Era posesivo? ¿Celoso?—Se miran entre sí y tardan siglos en contestar. O eso me parece a mí.

— La verdad—dice Elsa—, yo no recuerdo verlo nunca celoso, al menos delante de mí nunca te montó una escena de ese tipo.

— ¿Puedo ser sincera sin que te molestes por ello?—Yoselin me mira esperando una respuesta.

— Tú siempre eres sincera, Yos, así que no te cortes.

— Bueno, lo cierto es que antes del accidente, apenas se os veía juntos, cielo. Cuando tú y yo hablábamos, siempre tenias algo que contar respecto a él, nada

bueno por cierto. Discutíais un montón y a veces pienso que empezabas a arrepentirte de haberte casado con él—le da un sorbo a su chupito antes de seguir hablando—. Solo vi a Abraham realmente interesado por ti los tres primeros meses de vuestra relación. Poco después de la luna de miel, los que te conocemos de verdad nos dimos perfectamente cuenta del cambio.

— Los pocos recuerdos que tengo de mi boda son felices. Y los de la luna de miel también, incluso sueño con ella con bastante frecuencia. A partir de ahí, soy incapaz de recordar.

— ¿Por qué motivo nos has hecho esa pregunta, Julia? ¿Ha pasado algo con él?—mi amiga clava su mirada en mis ojos y me evalúa—. El día de la inauguración no fue precisamente lo que se dice un marido idílico. Todos fuimos testigos de su coqueteo con la tal Camyl, ¿verdad Elsa?

— Lo siento, pero yo no lo he visto así. Simplemente creo que al ser su socia, papá seguramente le obligó a mostrarle tanta atención. Eso es todo.

— Me parece a mí que eres demasiado ingenua—le dice nuestra amiga.

— Puede ser... A ver hermanita,

cuéntanos que ha pasado.

— Veréis, antes de la inauguración, a penas había relación entre nosotros. Cada vez que estábamos en la misma habitación, terminábamos discutiendo por cualquier tontería. La convivencia cada día era más insoportable, de verdad, era un suplicio llegar a casa y encontrarme con él. Por eso pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en mi taller con la disculpa de sacar el trabajo adelante. El sábado, cuando llegamos a casa después de la fiesta, discutimos. Bueno, en realidad, yo discutí. Estaba celosa,

muy celosa y después de gritarnos, le tiré la alianza de nuestro matrimonio a la cara, y le pedí el divorcio—las dos me miran con la boca abierta.

— ¿Y?—Pregunta mi hermana.

— Me encerré en mi habitación, furiosa y llena de rabia. Entonces Abraham abrió la puerta de golpe...

— ¿Te hizo daño?—Casi grita Yoselin.

— No, nada de eso—la tranquilizo—. Me dijo que desde que me había conocido, nunca había deseado, querido, ni necesitado estar con ninguna mujer porque era a mí a quien deseaba.

— ¡Joder! ¿En serio?—mi amiga está alucinada—¿Y qué pasó después?

— Después me besó apasionadamente y, terminamos haciendo el amor. Fue alucinante, maravillo, magnífico...

— Vale, vale, no hace falta que entres en detalles—mi hermana suelta una carcajada.

— El domingo, cuando me desperté, lo hice feliz, pero al encontrarme sola en la cama, mi felicidad se esfumó. Creí que se había arrepentido de lo sucedido la noche anterior, pero me equivoqué. Lo que hizo, fue preparar un desayuno muy romántico para dos.

— ¡Ohhh!—Balbucean las dos a la vez.

— Desde entonces, todo está genial este nosotros. Somos como una matrimonio completamente normal y feliz. Ya no discutimos. Hasta hoy, claro.

— ¿Y qué paso hoy, cielo?—Mi amiga coge mi mano y la aprieta con fuerza.

— Pues cuando llegó a casa y me vio lista para salir, se cabreó.

— ¿Se cabreó por qué ibas a salir con nosotras?—Dice Elsa indignada.

— No. Se cabreó por mi vestido. Hasta se atrevió a prohibirme salir con él, ¿os lo podéis creer? Se

comportó como un... como un...

— Como un gilipollas—termina la frase Yoselin—. ¿Y qué hiciste?

— ¿Tú qué crees?—digo señalando mi vestido. Ellas al ver mi gesto, se ríen con ganas.

— Así me gusta, hermanita, que no dejes que nadie te diga lo que tienes que hacer, o como debes vestir. ¿Pero qué se ha creído?

— Se cree mi dueño. No tiene termino medio, y a veces me asusta. Os he hecho esa pregunta porque necesitaba saber si antes ya era así, o por el contrario esto es nuevo... No quiero volver a lo de antes, no lo soportaría.

— Le quieres, ¿verdad?—Las

miro y sin dudarle un segundo respondo.

— Mucho.

— Ánimo cielo, no te preocupes. Seguro que cuando llegues a casa él estará más calmado.

— Ojalá tengas razón, Yos, ojalá.

— Venga, ¿por qué no nos olvidamos de todo y vamos a tomarnos una copa?

— Buena idea Elsa, ¿os parece que vayamos al “Sensation”?

— ¡Vamos pues!—Digo poniéndome en pie. Ellas me imitan, le damos las gracias al camarero por su amabilidad y, salimos a la calle.

El “Sensation”, es un pub muy chic al que suele acudir la gente importante y adinerada de la ciudad. Cuando llegamos, lo primero que hacemos es dirigirnos a la barra y pedir unas copas. Luego, oteamos el ambiente y buscamos un sitio donde poder sentarnos para tomar nuestras consumiciones tranquilamente. Hay muchísima gente, demasiada. Y al poco tiempo de estar allí, empiezo a sentirme agobiada y tengo ganas de irme a casa. Pero ellas parecen estar pasándolo bien y no quiero cortarles el rollo, la verdad. No después de haber esperado tanto tiempo para poder salir juntas, a saber cuándo volveremos a cuadrar agendas para poder repetir. Así que me mentalizo, y

finjo estar encantada de la vida. Dos horas después, sobre las dos de la madrugada, por fin levamos anclas y nos vamos. Como Yoselin ha bebido un poquito, decidimos coger un taxi para volver a casa, y en el mismo instante en que me subo a él, empiezo a ponerme nerviosa. Solo de pensar en tener otro enfrentamiento con mi marido, hace que me encoja en el asiento. No por miedo, más bien porque estoy harta de discutir con él, y de no llegar a ninguna parte. El taxi para enfrente del edificio donde vivo. Me despido de mi hermana y de mi amiga, y con los nervios a flor de piel, me bajo de él.

Antes de entrar por la puerta del apartamento me quito los zapatos con la

intención de hacer el menor ruido posible, no vaya a ser que Abraham esté dormido y lo despierte. Meto la llave despacito en la cerradura y abro. La casa está a oscuras, y gracias a la tenue luz de la luna que entra por la ventana, consigo moverme sin tropezar con nada. Al no ver a mi marido por allí, respiro un poco más aliviada, puede que después de todo, se haya dado cuenta de que se ha excedido en su comportamiento y se haya ido a dormir. Camino de puntillas hasta mi habitación, abro la puerta y sin encender la luz, miro hacia la cama vacía y al no verle allí tampoco, me relajo del todo. Cierro la puerta despacio y apoyo la frente en ésta soltando el aire contenido en mis

pulmones.

— ¿Te has divertido?—Me giro bruscamente buscando la procedencia de su voz y, entonces le veo. Está sentado en el sofá con la vista clavada en la ventana y una copa en las manos. Mierda, y yo pensando que me habría librado... ilusa de mí—. Te he hecho una pregunta, ¿no vas a responder?—Se pone en pie, deja la copa sobre la mesita central y lentamente se acerca a mí. Su aspecto me intimida un poco. Los dos botones superiores de la camisa están desabrochados, las mangas remangadas hasta los codos. El pelo alborotado, como si no

hubiese dejado de pasarse las manos por el constantemente. Dios, no puedo evitar que la boca se me haga agua—. ¿Te has quedado muda?

— No—musito pegando mi espalda a la puerta.

— ¿No te has divertido, o no te has quedado muda?—Se pega tanto a mí, que casi puedo respirar la rabia que intenta ocultar con su tono calmado. Levanto la vista y la centro en sus ojos.

— Me he divertido muchísimo, y no, no me he quedado muda. ¿Te vale esa respuesta?—contesto seca. Chasquea la lengua y apoya sus manos en la puerta, una a cada lado

de mi cabeza y, sin darme tiempo a reaccionar devora mi boca con dureza. Siento sus dedos en mis hombros rozando el cuello del vestido, y entonces, con un gesto furioso, da un fuerte tirón rasgando por completo la tela de éste, dejándome medio desnuda y totalmente sorprendida por lo que acaba de hacer—. ¡¡Eres un bestia!!
—Grito.

— Llevo queriendo hacer esto desde que te vi con él—sonríe burlón.

— ¿Te hace gracia?—Digo empujándole con fuerza. Pero ni siquiera consigo moverle del sitio.

— ¿Sabes qué más llevo

queriendo hacer desde que te fuiste?

— Déjame que adivine... ¿sacar un látigo y azotarme por mi desobediencia, pedazo de animal?

— No...—pega su cuerpo al mío, para que note su dureza en mi vientre— Poseerte—forcejeo con él para que me suelte, pero no lo consigo, al contrario. Sujeta con fuerza mis manos por encima de mi cabeza y lame mi cuello con una lentitud pasmosa. Con la mano libre, acaricia mis muslos y, no puedo evitar gemir. Joder, me pone un montón verle así, cegado por la rabia y el deseo. ¿Seré masoquista?

— Me vuelves loco, pelirroja—

susurra en mi oído. Dios, debo de estar loca para permitir que esté pasando esto, pero que narices, me gusta.

Pasa una de mis piernas alrededor de su cintura y se restriega contra mi sexo, presionando en el punto exacto donde más lo necesito. ¡Ay señor, me muero por sentirlo dentro de mí! Se separa un poco, y no sé como lo hace, pero sin apartar mi pierna de su cintura, consigue quitarse todo la ropa, y de paso arrancar mi ropa interior con un movimiento seco. Su mirada es tan intensa cuando se posa en mí, que me pone los pelos de punta. Saborea mis pezones, uno por uno. Deleitándose en ellos, jugueteando con su lengua.

Volviéndome loca con su aliento caliente y abrasador. Yo gimo. Él gime. Pasa sus manos por debajo de mis nalgas y me levanta para que abrace completamente su cintura con mis piernas. Cuando me tiene bien sujeta, me empotra contra la puerta, y su lengua entra en mi boca desesperada haciéndome perder prácticamente la cordura. Noto como su miembro se abre paso en mi interior. Sentirlo tan dentro de mí, me vuelve loca, y en un arranque de pura lujuria, le muerdo los labios con fuerza. Estoy poseída por él y no puedo controlarme. Sus envites se hacen más profundos, entra y sale de mí rozando la brutalidad. Y joder, como me gusta lo que me está haciendo. Grito cuando noto

sus dientes en mi hombro. Grito con cada movimiento de sus caderas. Y grito cuando no puedo más y me dejo ir envuelta en un orgasmo brutal. Grito su nombre una y otra vez mientras mi cuerpo tiembla entre sus brazos, y sus espasmos se ralentizan.

— Eres un salvaje—murmuro contra su boca. Él suelta una carcajada.

— Lo siento, pero no te he oído protestar ni una sola vez, en cambio si que te he sentido gemir, incluso gritar mi nombre, ¿vas a decirme que no te ha gustado?

— Es evidente que me ha gustado, pero no por ello tú dejas de ser un salvaje.

— Sí, un salvaje que te vuelve loca, pelirroja—me da un beso tierno en la comisura de los labios, y conmigo aún amarrada a su cintura, se mueve hasta la cama y allí, me dejar caer con delicadeza para a continuación tumbarse a mi lado y, cubrir nuestros cuerpos con la sábana. Pega su pecho a mi espalda y con un tono de voz apenas audible murmura:

— Siento ser tan neandertal, Julia, pero me ciegan los celos cuando pienso en los ojos de otro hombre sobre ti.

— Entonces, ¿vas a prohibirme salir de casa para que nadie me mire?—Mi tono burlón no le hace

gracia.

— No, no puedo hacer eso. Aunque no sería mala idea.

— Estas loco, ¿lo sabías?

— Sí, pero ignoraba hasta que punto. No recuerdo haber tenido nunca un arranque celos como el de hoy. Tendré que mentalizarme e intentar controlarlo.

— ¿No te ponías celoso antes?

—Mierda, se me ha escapado la pregunta sin querer, ¿o no?

— Es tarde, pelirroja, duérmete

—Pero no lo hago. Por el contrario me paso demasiado tiempo despierta. Otra vez ha evitado contestar una pregunta respecto a nuestra vida anterior, y aunque no

quiera, eso me inquieta y me molesta.

Capítulo 11

Estoy emocionada y nerviosa pensando en el día de mañana. Por fin está todo preparado para el rastrillo solidario que mi amiga Yoselin y yo, hemos organizado. Nos ha costado lo nuestro, pero está claro que cuando nos proponemos algo, somos imparables hasta conseguirlo. Después de mirar y remirar el calendario, decidimos que el mejor día sería un domingo. Así, pocas personas podrían poner como excusa el trabajo para no pasarse a dar una vuelta, y de paso colaborar. Ambas tenemos la esperanza de que este proyecto salga tan bien, que no tengamos más remedio que repetirlo cada año. Las buenas causas lo

merecen, y más si son a favor de los más necesitados, en este caso los niños. Abraham, no ha parado de enviar correos y de hacer llamadas a personas importantes en su círculo, y gracias a ello, hemos conseguido que muchas de ellas muestren verdadero interés por la labor que desde la O.N.G “Si quieres, puedes”, hacemos. Mi amiga y yo, nos miramos satisfechas antes de apagar la luz del local que hemos alquilado para ello. Se acabó el trabajo por hoy. Ahora solo queda cruzar los dedos y, esperar a que mañana cuando las puertas se abran a las diez, esto se llene de gente dispuesta a aportar su granito de arena. Me despido de Yoselin en la calle y con una gran sonrisa, me dirijo a casa.

Cuando entro por la puerta de nuestro apartamento, lo primero que veo es a Abraham sentado en el sofá tomándose una cerveza mientras revisa unos papeles que tiene apoyados en su regazo. La mesa del comedor está dispuesta con una cena para dos. Con velas incluidas. Aunque la mayoría de las veces puede llegar a ser un desesperante hombre de las cavernas, también tiene esa vena romántica que me encanta y, que no deja de sorprenderme cuando la deja salir a la luz. Me quito los zapatos en la entrada, y me acerco a él sigilosamente con la intención de sorprenderlo. Pero como siempre, fracaso en el intento. Tiene un oído demasiado fino, y nota mi presencia

antes de que haya dado dos pasos en su dirección.

— Hola, pelirroja—se pone de pie y, extiende las manos hacia mí. Que sonrisa más bonita tiene por Dios—. ¿Qué tal? ¿Ya está todo listo?—Me cobija en sus brazos y me da un beso. No sé por qué, pero no logro acostumbrarme a estos recibimientos, ¿lo haré alguna vez?

— Sí, todo está listo para el gran día—paso mis brazos alrededor de su cintura y me recreo en el calor tan reconfortante que emana su cuerpo.

— ¿Nerviosa?

— Más que nerviosa diría que estoy ansiosa, tanto que no sé si

seré capaz de cerrar los ojos esta noche.

— Bueno, por eso no te preocupes. Yo tengo un remedio infalible que te hará olvidarte de todo—dice pícaro.

— ¿Seguro que es efectivo?—
Me hago la tonta.

— Oh sííí—sonríe burlón—.
Muy, muy efectivo. ¿Tienes hambre?

— ¿Te refieres a comida?—Él
suelta una carcajada.

— ¿A qué sino?—Vale, ahora el
que se está haciendo el tonto es él.

— Estoy muerta de hambre, pero
antes de nada necesito darme una
ducha, ¿te importa?

— Para nada, así me da tiempo a terminar con el papeleo de la reunión de mañana.

— ¿Qué reunión de mañana?
¿Me he perdido algo?

— Lo siento, pelirroja, pero hoy no hemos podido decidir nada y, nos reuniremos mañana a primera hora.

— Mañana es domingo, Abraham, y es el día del rastrillo.

— Lo sé, pero seguro que no serán más que unas pocas horas. Estaré libre a medio día...

— Joder, no me puedo creer que me dejes tirada.

— No te estoy dejando tirada, Julia, te estoy diciendo que a medio

día estaré contigo. La reunión de mañana es importante para mí, entiéndelo.

— Genial—digo apartándome de él y dirigiéndome a nuestra habitación.

Me meto en la ducha y me enjabono el cuerpo con vigor. Estoy molesta con mi marido, ¿con quién sino? Resulta que ahora mañana tiene una maldita reunión con la gente de Vancouver. Claro que entiendo que el proyecto que tiene entre manos es importante para él. ¿Pero acaso entiende él la importancia que tiene para mí el día de mañana? ¿Qué necesito estar arropada por mi gente? Que solo serán unas horas dice, ¿pero qué se cree? ¿Qué me chupo el dedo o

qué? Sé de sobra como se desarrollan ese tipo de reuniones, y que la mayoría de las veces, si el resultado es positivo, siempre acaba en una comida interminable. No puedo hacer nada al respecto, es su trabajo. Pero como mañana no aparezca por allí, no se lo perdonaré. Me aclaro bien y cierro el grifo. ¡Hasta el hambre qué tenía se me ha quitado, joder! Me envuelvo en una de las toallas y mirándome al espejo respiro hondo para tranquilizarme, de lo contrario acabaremos a gritos. Como siempre. Me pongo un pantalón de deporte y una camiseta y voy al salón donde Abraham me está esperando para cenar.

— Por la cara que traes, ya veo

que la ducha no ha servido de nada para calmar tu malhumor—. Encima gracioso. Como siga pinchándome, no habrá nada que evite una confrontación entre los dos.

— Que observador...—Me siento a la mesa y me sirvo un poco de vino. Él se sienta a mi lado y me imita.

— Venga, pelirroja, no te lo temes así. Sabes que si pudiera cambiaría la reunión de mañana. Pero esa gente se va en el último vuelo del día y probablemente, si todo va bien, sea yo el que tenga que viajar a Vancouver la próxima vez—odio que me llame pelirroja

cuando estoy enfadada. Odio que me mire con esos ojos de cordero degollado. Odio que me haga sentir como si yo fuera la mala de la película. Si no lo quisiera tanto, hasta le odiaría a él.

— Cambiemos de tema, ¿quieres? No me apetece nada seguir hablando de ello.

— Está bien. Cuéntame como ha quedado el local. ¿Habéis quedado satisfechas?—No dejo de hablar durante toda la cena. Es listo, sabe que este tema me toca la fibra y con su interés ha conseguido que me olvide de la charla anterior.

Después de cenar, él se toma un café mientras yo hablo por teléfono con mi

hermana. No ha podido convencer a nuestro padre para que mañana nos deleite con su presencia, toda esa parafernalia como él la llama, no le interesa lo más mínimo. Como siempre, tiene cosas mucho más importante que hacer, como por ejemplo, ir al club de golf. Lo cierto, es que no me sorprende para nada, estoy más que acostumbrada a sus desplantes. Así que su actitud no me pilla de sorpresa. Antes de colgar, mi hermana me promete que estará en la puerta del local a las nueve y media en punto para ocupar su lugar en uno de los puestos. Dejo el teléfono encima de la barra americana y me acerco a Abraham que está tumbado en el sofá con los ojos cerrados. ¿Se habrá quedado dormido?

Me arrodillo en el suelo, y con delicadeza, resigo con mis dedos las arrugas de su frente. Sé por ese gesto que está preocupado. ¿Será por su proyecto? ¿O tendrá que ver conmigo? Un escalofrío recorre mi espina dorsal cuando él abre los ojos y me mira. Su intensa mirada siempre provoca ese efecto en mí.

— ¿Nos vamos a la cama?—
Susurro dándole un besito en la punta de la nariz.

— Pensé que no lo dirías nunca...

— Bobo—le digo sonriendo. Juntos de la mano, entramos en nuestro cuarto. Yo voy directa al baño a lavarme los dientes y a

echarme mi cremita de noche. Cuando vuelvo, las luces están apagadas y en su lugar hay velas encendidas aquí y allá. Estos detalles, son los que hace que olvide lo capullo que puede llegar a ser. Me quito la ropa y me acuesto a su lado—. ¿Vas a darme ahora tu remedio infalible para dormir?

— Por supuesto, pelirroja. Ven aquí...—Sus labios se pegan a los míos y me da un beso cálido, y muy prometedor. Esta noche, hacemos el amor sin prisa, deleitándonos el uno en el otro. Disfrutando de las caricias tranquilas, pausadas. Mirándonos a los ojos, viendo

reflejados en ellos las sensaciones que cada uno despierta en el otro. Unas sensaciones únicas, y que no creo que pueda sentir con nadie más. Su remedio, causa en mí el efecto deseado, y me duermo entre sus brazos con la certeza de que cada día que pasa, le quiero más.

Me siento en la cama de golpe. Mierda, precisamente hoy tenía que quedarme dormida. Son casi las nueve de la mañana y había quedado con Yoselin a las ocho y media en nuestra cafetería favorita para desayunar antes de dar el pistoletazo de salida al rastrillo. Estoy sola en la cama, seguramente a estas horas, Abraham ya esté en su despacho reunido. Menos mal

que la noche anterior había dejado preparada la ropa de hoy en el vestidor. Un traje de corte clásico y elegante de color azul marino. Una vez vestida, me cepillo el pelo y, me lo dejo suelto. Por último me aplico un poco de rimel y brillo de labios. Cuando estoy a punto de salir por la puerta, suena el móvil.

— ¿Se puede saber dónde narices estás, Julia?—Mi amiga está cabreada y con razón.

— Lo siento, Yos, me he dormido y estoy saliendo por la puerta. Estaré ahí en unos minutos —y sin darle oportunidad a decir nada, cuelgo. En la calle cojo un taxi y llego a mi destino en un periquete.

— Ya estoy aquí, ya estoy aquí
—agito las manos para que mi
amiga me vea.

— Toma—me pasa un vaso de
café enorme—. Yo ya he
desayunado, pero seguro que tú
necesitas uno de estos, ¿me
equivoco?

— Gracias, tengo el estómago
vacío y me vendrá genial. Siento
haberme dormido, Yos. Mira, por
ahí viene Elsa...—Las tres juntas,
cruzamos la acera y caminamos
hacia el local. En el momento en
que abrimos la puerta, me acojono.
¿Y si sale mal? ¿Y si nadie
colabora?

— Cambia esa cara de

preocupación, Julia, todo va a salir perfectamente.

— ¿Cómo sabías qué estaba...?

— Porque te conozco tan bien, que sé lo que significan cada uno de tus gestos, cielo.

— A veces me asustas, Yoselin —es verdad, me asusta la manera que tiene de adentrarse en mí y descifrar todos y cada uno de mis gestos. Incluso me asusta que la mayoría de las veces, sea capaz de adivinarme el pensamiento—. Eres una bruja—. Sin tiempo que perder, nos ponemos manos a la obra y, a las diez en punto, cuando abrimos la puerta del local, nos sorprendemos con la cantidad de

gente que está esperando en ella para poder entrar.

Ya es media mañana cuando por fin puedo hacer un parón para tomar un café. Todo está saliendo según lo previsto. Hasta el momento, ninguna de las personas que ha pasado por aquí se ha ido con las manos vacías. Estamos muy contentas, todavía no es ni la hora de comer y ya llevamos recaudados cinco mil dólares. A este paso, cuando llegue la noche, imagino que tendremos por lo menos el triple de esa cantidad. En toda la mañana no he tenido tiempo de mirar el teléfono y, aprovecho este instante para hacerlo deseando ver un mensaje de mi marido indicándome que ya viene hacia aquí. Pero mi gozo en un

pozo, no hay nada de él por ningún lado. Ni siquiera un «buena suerte» por su parte. Al acercarme de nuevo a mi puesto, estoy en una mesa para ofrecer toda la información de la O.N.G para todas aquellas personas que esté interesadas en saber más de la organización a la que va a ir a parar su dinero, veo entrar por la puerta al amigo de Yoselin, Byron. Señor, menudo tío, es guapo a rabiar. Se acerca risueño hasta donde está mi amiga y, charlan durante unos minutos. Lo veo coger una de las piezas que yo he restaurado y, la mira detenidamente. A continuación, saca la cartera y la compra. Por la cara de felicidad que pone mi amiga, seguro que se ha dejado una pasta en ella. Se

despiden y él, camina hacia el siguiente puesto. Yoselin me mira, levanta uno de sus pulgares y me guiña un ojo. Es su manera de decirme, que todo va viento en popa y a toda vela.

Paso un buen rato explicando a una pareja muy elegante y distinguida la labor que realizamos exactamente desde “Si quieres Puedes”. Cuando doy por terminad la explicación, me dan las gracias llevándose los folletos con todos los detalles. Miro a mi alrededor, y entonces, veo acercarse a mí al amigo guaperas de Yoselin. Joder, está tremendo, y con esa sonrisa de macarra reflejada en el rostro, buff, sin palabras.

— Hola preciosa Julia, ¿cómo estás?—¿Preciosa Julia? ¿A qué

viene eso? Apenas nos conocemos...

— Muy bien, Byron, gracias. Muy contenta—su mirada, unida a esa sonrisa, están logrando ponerme nerviosa.

— Bien también. ¿Estás ocupada? Porque quería información sobre lo que hacéis. Estoy interesado en hacerme colaborador. Toda ayuda es poca para esos pobres niños...

— Siéntate, soy toda tuya—se sienta frente a mí y, enarca una de sus perfectas cejas.

— Interesante—ignoro su comentario y, durante más o menos veinte minutos, le doy casi todos

los detalles. La verdad que el tío está muy interesado en el tema porque me hace preguntas muy concretas que respondo encantada. Creo que esa fachada que tiene de ligón empedernido, no es más que eso, una fachada.

— ¿Lo tienes claro?

— Sí, te explicas como un libro abierto—me guiña un ojo—. Es la hora de comer, ¿acompañarías a este pobre y solitario hombre al restaurante de la esquina?

— Eso de pobre y solitario no se lo traga nadie Byron, pero sí, te acompañaré encantada—suelta una carcajada y se pone en pie—. Déjame que hable primero con

Yoselin y no vamos, ¿vale?

— Tómate tu tiempo, estaré esperándote fuera fumándome un cigarrillo—cojo mi bolso, y mientras él sale fuera, yo hablo con mi amiga. Me hubiera gustado que fuera Abraham quien me acompañara a comer, pero en vista de que sigue sin dar señales de vida, Byron es una buena opción.

Durante la comida, Byron me sorprende gratamente. Además de ser guapo, es divertido, agradable, atento... joder, lo tiene todo. Que suerte tendrá la mujer que consiga hacerlo desistir de su soltería y que deje atrás su fama de don Juan. Al llegar al rastrillo, hay bastante menos gente y, mientras ahora es mi

amiga y mi hermana las que se van a comer, yo me quedo al frente de todo en su compañía. Muerta de la risa, escucho una de esas historias increíbles con las que no ha dejado de deleitarme durante la comida, cuando noto la presencia de mi marido detrás de mí. No falla, es sentir ese hormigueo recorrer mi estómago y empezar a ponerme nerviosa sabiendo que él está cerca. Me giro y, efectivamente ahí está. Con el ceño fruncido y con cara de haberse comido por lo menos un kilo de limones. Se acerca a nosotros sin apartar la mirada de mí, y cuando está a nuestra altura, rodea mi cintura con un abrazo posesivo y me planta un beso en los morros que me deja alucinada. ¡Vaya, menuda

demostración de macho alfa que acaba de marcarse!

— ¿Te acuerdas de Byron?— Pregunto avergonzada por lo que acaba de hacer—. Es el amigo de Yoselin, lo conocimos en la inauguración del estadio deportivo.

— Claro—le dedica una mirada hosca—. ¿Te importa que hable con mi esposa?

— Para nada amigo, es toda tuya. Además, yo ya me iba. Me ha encantado comer contigo, Julia—mierda, ese tono de voz tan íntimo era innecesario, joder—. Hasta otro día preciosa—me guiña el ojo de esa forma tan característica suya y le da una palmada a Abraham en

la espalda—. Tu mujer es un encanto—. Tras decir esto último, sale por la puerta silbando. Si las miradas matasen, el pobre estaría desplomado en el suelo, y mi marido acusado de asesinato.

— ¿A qué ha venido eso?—Me suelto molesta de su abrazo.

— No sé a que te refieres...

— ¿No? Joder Abraham, solo te ha faltado mearme encima para marcarme.

— ¿Has ido a comer con él?— Oh Dios, lo que me faltaba ahora, que montara una escena de celos.

— Sí. He comido con él en el restaurante de la esquina, ¿algún problema?

— ¿Solos?—Uf, que cabreo estoy pillando.

— Déjame que lo piense...—me doy en la sien con el dedo índice —. En el restaurante estábamos rodeados de mucha gente, pero en nuestra mesa, solo estábamos él y yo. ¿contesta eso a tu pregunta? A lo mejor, si tú hubieras estado aquí nos hubieras hecho compañía, pero como no estabas...

— No me vaciles, Julia.

— No lo hago. Mira, ¿sabes qué estoy pensando?—Me mira intrigado—. Que si lo que quieres es buscarme con una excusa absurda para discutir, será mejor que te largues.

— Que mi mujer esté sonriendo coqueta con un guaperas al que apenas conoce, y que él, la esté devorando con la mirada no me parece ninguna excusa.

— Así que estás celoso...

— No me gusta que toquen lo que es mío—vaya, ahora sí que me acabo de quedar de piedra.

— Sinceramente, en comparación con lo que yo he tenido que soportar el día de la inauguración, esto es una gilipollez. Y estoy cansada de decirte, que el que seas mi marido no significa que seas mi dueño. No estaba haciendo nada que diera a entender que estuviera interesada en él,

simplemente estaba siendo amable con alguien que sí tiene interés en lo que hago. Y tampoco él está interesado en mí—de esto no estoy tan segura, pero obviamente me lo callo.

— Creía que el tema de Camyl estaba más que resuelto.

— Sí, pero hay cosas que son difíciles de olvidar, y más cuando me estás acusando de algo que tú sabes hacer muy bien. Aunque tú lo creas, no te he dado motivos para hacer lo que hiciste hace un momento. ¿Puedes decir tú lo mismo respecto a aquella noche?— El ambiente cada vez está más caldeado y yo, cada vez más tensa.

Además, la gente que pasa a nuestro lado, está empezando a murmurar—. Mira, Abraham, será mejor que te vayas...

— ¿Y si no quiero?—joder, que testarudo es por Dios.

— Tu mismo, pero entonces déjame en paz. Lo que estamos haciendo aquí es muy serio como para que tu vengas a montar un numerito de machote celoso. Estoy demasiado ocupada como para perder el tiempo con tus tonterías —doy media vuelta y lo dejo allí plantado, supongo que taladrándome con la mirada.

No vuelvo a verle el pelo el resto del día. Imagino que por una maldita vez

me ha hecho caso y se ha largado a casa, o a tomar aire fresco por ahí. Por no decir otra cosa peor, claro. A pesar del bajón ocasionado por el encontronazo con mi marido, y por saber que probablemente cuando llegue a casa seguirá con el mismo tema, me siento feliz. El rastrillo ha sido todo un éxito y hemos conseguido superar todas nuestras expectativas. Hemos recaudado un montón de dinero que sin ninguna duda, facilitará un poco más la vida de esos niños. Para celebrar que todo ha ido como la seda, mi amiga y mi hermana, me convencen para ir a tomar una copa. Bueno, en realidad no necesitan convencerme, en cuanto Elsa lo propone, soy la primera que dice que

sí. Con tal de alargar el momento de tener que irme a casa, lo que sea. Vamos al restaurante de la esquina y pedimos unas cervezas y, algo para picar. Eufóricas, hablamos de todo lo que ha dado de sí el día, y sin darnos cuenta, ya estamos planeando el rastrillo del año que viene. Como si el tiempo se nos echara encima. Si es que somos unas caga prisas. En ese justo momento, suena mi teléfono. Es el hombre de las cavernas.

— Dime—contesto seca.

— ¿Sigues enfadada?—Por el tono relajado de su voz, él no—. ¿Dónde estás?

— Estoy tomando una cerveza y picando algo con las chicas.

— Vale, ¿tardarás en volver a casa?

— No.

— Pelirroja... lo siento mucho. He fastidiado tu día con mi comportamiento. ¿Podrás perdonarme?

— Hablamos cuando llegue a casa, ¿sí?—Sé que está arrepentido, y por supuesto que le perdono, pero soy un poco malota, y le dejo un poco más tiempo con la duda de si le perdonaré o no.

— Esta bien. Te esperaré despierto—nos despedimos y vuelvo a la conversación con las chicas.

Cuando llego a casa y veo lo que mi

marido tiene preparado me emociono. El suelo del pasillo está cubierto de velas indicándome el camino hasta la habitación. También hay pétalos de rosa, muchos pétalos de rosa. Por los altavoces del equipo musical, suenan los acordes de “Kiss of life” de Sade, una de mis canciones favoritas a la hora de relajarnos. En mi cara se dibuja una sonrisa de bobita, siempre lo digo, este hombre no tiene termino medio. Pasa del blanco al negro en milésimas de segundo. Recorro el pasillo descalza hasta nuestro cuarto. Allí veo que las velas siguen indicándome el camino hasta el baño. Y en el baño, está mi marido. Sumergido en el agua, con la espuma llegándole casi a la barbilla.

Está para comérselo.

— ¿Esperas a alguien?—
Pregunto desabrochándome la
americana del traje.

— Te espero a ti, pelirroja—su
mirada cargada de deseo recorre
mi cuerpo. ¡Ay señor, ya estoy
jadeando y aún no me ha tocado!
Lo que pasa a continuación dentro
de esa bañera, en el suelo del baño,
en la encimera del lavabo... se
quedará grabado en mi memoria
para siempre. ¿Cómo no le voy a
perdonar, si le quiero con toda mi
alma?

Capítulo 12

Salgo de la clínica contenta, muy contenta. Cesar, el fisioterapeuta, me acaba de decir que estoy casi recuperada, que probablemente solo nos quede una semana más de rehabilitación, todo depende de lo que el miércoles me diga el doctor Caleb cuando vaya a la revisión. ¡Por favor, que ganas tengo de que me den el alta de una maldita vez! Cojo un taxi y voy directamente al taller. Allí antes de ponerme a trabajar, miro mi agenda y casi me da un soponcio. Todas las mañanas rehabilitación. El miércoles por la tarde revisión con el doctor Caleb. El jueves, también por la tarde consulta con la doctora Robbins,

hemos pasado de tener dos consultas semanales a solo una, señal de que estoy mucho mejor. Al menos de la depresión postraumática que me causo el accidente, del resto, ya sabemos que dependemos del tiempo. El viernes, mi marido se va a Vancouver por negocios. Su proyecto ha sido aprobado y pasará allí una semana ultimando detalles y solicitando permisos. Para el próximo fin de semana estará de regreso y el sábado celebraremos nuestro aniversario de boda. Lo que quiere decir, que solo me queda la tarde de mañana para quedar con mi hermana y que me ayude a preparar una velada íntima y diferente que consiga sorprender a Abraham. Por supuesto que

él no tiene ni la más remota idea de lo que estoy tramando. Cierro la agenda y llamo a Elsa.

— Hola hermanita—contesta con voz cantarina—. ¿Qué tal? ¿Qué me cuentas?

— Hola cielo, pues estoy muy contenta. Hoy Cesar me ha dicho que casi estoy recuperada.

— Que buena noticia, Julia, por fin toda esta pesadilla se va terminando.

— Sí, por fin. Oye, ¿estás muy liada? Es que acabo de mirar mi agenda y, solo tengo libre la tarde de mañana para hablar de lo que te comenté. Entre la rehabilitación y las consultas con los médicos, los

demás días los tengo ocupados.

— ¿Mañana por la tarde?

Déjame que mire y te digo, ¿vale?

—Me quedo a la espera mientras la oigo teclear en el ordenador—.

Estoy libre a partir de las cuatro, ¿te viene bien?

— Me va perfecto, ¿dónde nos vemos?

— ¿Qué te parece ahí en el taller? Lo ideal sería que vinieras a casa, pero ya sabes, corres el riesgo de encontrarte con papá...

— Lo del taller me parece estupendo. Lo siento, Elsa, pero solo de pensar en encontrarme con él, me da repelús.

— No te preocupes, te entiendo

perfectamente. ¿Entonces quedamos así? ¿Mañana a eso de las cuatro en el taller?

— Sí, perfecto. Te dejo para que sigas trabajando. Nos vemos mañana. Te quiero cielo.

— Y yo a ti, Julia. Hasta mañana —dejo el teléfono sobre la mesa, subo el volumen de la música y, me pongo a trabajar.

El espejo de pie y ovalado que tengo entre manos, es una maravilla del siglo dieciocho. Sus bordes antes dorados ahora parecen de un color cobre envejecido. El dueño, me ha dado carta blanca para que haga con él lo que mejor me parezca. Y lo mejor, es volver a devolverle todo el esplendor que se

merece una pieza como esta e intentar dejarla lo más parecida posible a como lució antaño. Paso los dedos por su cantos de formas irregulares y dejo que me hable. No, no estoy loca. Simplemente es mi manera de acercarme a la pieza y dejar que me inspire. Aunque pueda parecer raro, es mi forma de trabajar, y hasta ahora, siempre me ha funcionado perfectamente. Cierro los ojos durante unos minutos, y después, preparo los productos que voy a utilizar. Cuando lo tengo todo listo, me pongo unos guantes y, tarareando una canción que suena en la radio, comienzo a trabajar.

Cuando salgo del taller, ya está anocheciendo. Para estar a mediados de

septiembre, hace una temperatura agradable y decido recorrer la distancia hasta casa caminando. Me siento bien, contenta, incluso feliz. Mi relación con Abraham, cada vez va mejor. Tanto que a veces me asusta y, no puedo evitar sentir algo de miedo a que el momento tan especial que estamos viviendo, sea solo un espejismo. Un espejismo de la relación perfecta que puede que yo misma me haya creado en la cabeza. Esa relación que mi amiga Yoselin no se cansa de repetir que nunca existió entre nosotros. ¿Puedo estar equivocada y ver solo aquello que deseo tener? Espero que no. Últimamente, cada vez siento más la necesidad de ser sincera con Abraham y confesarle mis sentimientos.

Decirle de una vez por todas que estoy locamente enamorada de él, y que le quiero con toda mi alma. Pero algo dentro de mí me retiene obligándome a guardar silencio un tiempo más. Quizá sea que, aunque vivamos momentos muy románticos, de su boca tampoco nunca han salido palabras de amor, puede que porqué esté esperando el momento, igual que yo. ¿Pero existe de verdad ese momento? ¿O simplemente se dice te quiero y ya está? ¿A qué tenemos miedo? Sé la respuesta. Ambos tenemos miedo a lo que pueda pasar el día que mi memoria decida hacer acto de presencia. Él, porque sabe exactamente lo que pasó, y yo, porque temo descubrirlo. Respiro hondo, y cambio el

chip. Pensar en todo esto no me beneficia en absoluto, pero a veces, por mucho que lo intente, es inevitable. La casa está a oscuras y en silencio, señal de que estoy sola. Esta última semana, mi marido llega muy tarde de trabajar, la verdad es que apenas nos vemos. Está tan liado con su nuevo proyecto, que casi no le queda tiempo para nada más. Aunque bueno, para ser sincera, el poco tiempo que está conmigo, solemos aprovecharlo muy, muy bien. Sí, disfrutar de nuestros cuerpos antes de dormir, se ha convertido en una rutina deliciosa que no cambiaría por nada del mundo. Iris, nos ha dejado la cena preparada, siempre lo hace. La mujer es un verdadero encanto y siempre nos

pelirroja?—dice deshaciendo el nudo de la corbata y quitándose los zapatos.

— ¿Tú qué crees?—Me muevo hacia delante, dejando espacio para que se coloque detrás de mí. No puedo apartar mis ojos de su escultural cuerpo. Verlo quitarse la ropa con esa tranquilidad y, esa parsimonia, está despertando mi líbido de una manera escandalosa. A este paso, imagino donde va a ir a parar toda el agua de la bañera. Al suelo. Se acomoda a mi espalda y, apoyo ésta en su pecho.

— ¿Qué tal el día, preciosa?

— Bien, ¿sabes? Cesar me ha dicho hoy que depende de como

vaya la revisión con el doctor Caleb probablemente esta sea mi última semana de rehabilitación.

— Que buena noticia, pelirroja —sentir su cálido aliento en mi cuello cuando me habla, caldea mi entrepierna.

— ¿Cómo van los preparativos de tu viaje?

— Van bien, lo que pasa que a veces me siento un poco agobiado. Empezar una obra es muy estresante, siempre se complican las cosas a la hora de pedir permisos y eso... Me encanta mi trabajo, pero esta parte la odio.

— Piensa que solo serán unos días y que cuando lo tengas todo

listo, podrás tomártelo con más calma.

— No estoy tan seguro de eso. Las personas de Vancouver son muy exigentes, y no creo que me den un respiro. Gracias a Dios que Airam viajará conmigo, y Camyl...

—Me tenso al escuchar el nombre de esa... esa...

— No tenía idea de que ella también fuera a viajar con vosotros —digo más molesta de lo que pretendía.

— No lo hará. Ella se quedará aquí. Tu padre está estudiando los planos de una reforma y quiere que ella se encargue. A vancouver solo iremos Airam y yo—me relajo al

instante—. Julia, creía que te había quedado claro que entre ella y yo, no hay nada.

— Sí bueno—le corto—, tengo claro que ella a ti no te interesa. Pero esa mujer está loca por ti, y estoy completamente segura que sería capaz de hacer cualquier cosa con tal de tenerte.

— Puede hacer lo que le de la gana, no conseguirá nada con ello. Te lo aseguro—. Echo la cabeza hacia atrás al notar sus labios en mi cuello. Su lengua húmeda y cálida dibuja círculos en mi piel y jadeo. Me giro para quedar frente a frente y, me siento a horcajadas encima de él. El contraste de nuestra piel,

el tan moreno y yo tan blanquita, siempre me deja maravillada. Hasta en el color de nuestras pieles somos como el día y la noche. Él oscuro, y yo, demasiado clara, en todo los aspectos.

El deseo reflejado en sus ojos mientras me mira, me deja sin aliento. Acaricio con mis pálidos dedos las comisura de sus labios y después, me inclino para reseguir con mi ávida lengua el contorno de éstos. Él aprieta mis glúteos, y al hacerlo, noto su miembro rozar mi sexo. Vuelvo a jadear, me muero por sentirlo dentro de mí llenándome por completo. Acoplados como perfectas piezas de un rompecabezas que encajan a la

perfección. Así somos él y yo. Un puzle complicado que con un pequeño soplo de aire se desparrama dejando todas las piezas desperdigadas por cualquier lado, pero que es capaz de volver a unirse con un simple roce, una simple caricia... Oh Dios, mi respiración empieza a agitarse al contacto de sus dedos con mis pezones. Al contacto de su lengua con el lóbulo de mi oreja. Al contacto de su pene adentrándose en mí. Nos movemos lentamente, pedidos en nuestras miradas, en nuestros gestos. Nuestras bocas se funden en un beso largo, apasionado. Cuando me besa así, me pierdo de tal manera que me vuelvo arcilla en sus manos. Podría hacer conmigo lo que quisiera y yo, no

opondría ningún tipo de resistencia. Pasamos de los movimientos lentos a los urgentes. A esos que no llevan de cabeza a un precipicio y que juntos saltamos. Arrasando con todo lo que hay a nuestro alrededor sin importarnos nada, solo nosotros y lo que sentimos cuando estamos así, unidos en cuerpo y alma. Porque sí, es en estos momentos cuando siento que él tiene que quererme aunque sea sólo un poco, que no es simple deseo, que hay algo más... Permanecemos abrazados durante largo rato, dejando que nuestras respiraciones vuelvan a su ritmo normal. Este, sería un buen momento para decirle cuánto le amo. Pero una vez más, me quedo callada. ¡Maldito miedo que me hace ser

tan cobarde!

El jueves llego a la consulta de la doctora Robbins a la hora señalada, pero una urgencia me hace tener que esperar en la sala. Precisamente hoy, que tengo prisa por salir de aquí, ha tenido que surgir una urgencia. Si Abraham no se hubiera visto en la obligación de adelantar su vuelo para esta tarde, a mi me daría igual pasarme en esta sala la tarde entera. Pero es que se va en apenas unas horas, y si mi consulta se retrasa, no llegaré a tiempo para despedirme de él. Intento relajarme leyendo una de esas revistas de consejos de medicina que hay encima de una mesita, pero me resulta imposible. Ayer, el doctor Caleb me dio el alta definitiva.

Ni siquiera tuve que acudir a la clínica para terminar las sesiones de rehabilitación de esta semana. Solo fui para despedirme de Cesar y darle las gracias por todo. Ha sido duro conmigo, pero al fin y al cabo, era por mi bien, así que no puedo reprocharle nada, al contrario. Empiezo a impacientarme en cuanto miro el reloj y veo que los minutos pasan y que yo sigo aquí sentada. ¡Mierda, no voy a llegar! Siento la vibración del teléfono en el bolsillo de la chaqueta y lo saco. Por norma general, cuando estoy esperando para entrar en una consulta, suelo apagarlo, pero hoy sólo lo he puesto en silencio. A pesar de que no conozco el número, cojo la llamada.

— Hola, pelirroja—saluda mi marido— ¿Dónde estás?

— Estoy en la consulta de la doctora Robbins, va con retraso. ¿Desde dónde me llamas?

— Es el teléfono de Airam, el mío lo dejé en mi oficina para que tu padre no me de la lata estos días estando en Vancouver. Vamos de camino a casa a recoger mi maleta y de paso también mi móvil particular. Recuerda que tienes que llamarme a ese número, ¿vale? ¿Y cuánto crees qué tardarás?

— Pues no tengo ni idea, supongo que no tardaré mucho más en entrar a la consulta. ¿A qué hora salía tu vuelo?

— Sale en tres horas, pero ya sabes que tenemos que estar allí con tiempo.

— Sí, ya sé... Espero poder llegar para darte un beso de despedida, me fastidiaría mucho no verte...

— Estaré en casa más o menos una hora, seguro que llegas.

— Eso espero...—digo resignada.

— Si no llegásemos a vernos, te llamaré en cuanto aterrice en Vancouver, ¿vale?

— Vale—contesto conteniendo las lágrimas.

— Pelirroja...—susurra.

— Dime...

— Te quiero—Oh Dios, escuchar esas dos palabras, hacen que el corazón se me desboque dentro del pecho y rompo a llorar de felicidad.

— Yo también te quiero, Abraham. Te quiero con toda mi alma—digo con énfasis.

Después de despedirnos, sigo llorando como una tonta. Menos mal que estoy sola en la sala de espera, porque sino, me moriría de la vergüenza. En ese preciso instante, se abre la puerta de la consulta de la doctora Robbins y la enfermera me hace pasar con un gesto de disculpa. Saludo a la doctora y tomo asiento frente a ella. Estoy ansiosa y nerviosa, necesito llegar a casa antes de

que mi marido se vaya. Quiero que nos digamos en persona lo que hace un momento nos dijimos por teléfono. Necesito hacerlo. Me desespero al ver que la doctora Robbins se toma con mucha calma nuestra consulta. Incluso tengo la sensación de que hoy, está haciéndome muchas más preguntas de lo habitual. Intento responder a todas ellas tranquila, pero llega un momento en que no puedo más y, o le cuento lo que me pasa, o me acabará dando un infarto. Le suelto de carrerilla que mi marido está a punto de subirse a un avión y, que hoy, por primera vez después del accidente, me ha dicho que me quería. Poniéndome de pie sin esperar una respuesta por su parte, le digo que lo siento mucho pero

que tengo que irme, o de lo contrario no podre despedirme de él. Ella sonría amable, me entiende perfectamente, y me acompaña hasta la puerta asegurándome que no pasa nada y que se pondrá en contacto conmigo para programar una nueva cita. Salgo pitando del edificio, y en la calle paró un taxi para que me lleve a casa. Subo en el ascensor pensando en tirarme a los brazos de mi marido en cuanto entre por la puerta. Su «te quiero», no deja de aparecer en mi mente una y otra vez. Esas dos palabras son tan importantes para mí... cambian tanto las cosas, tanto... Entro en casa, y al ver que no están en el salón, me angustio pensando que tal vez ya se haya ido, pero entonces le escucho hablar en

su despacho, y sin tiempo que perder voy hacia allí. Cuando estoy a punto de llamar a la puerta me quedo parada con la mano en alto, con la extraña sensación de estar viviendo un déja vu. Las imágenes en mi cabeza se suceden a cámara lenta. Yo de pie en la oficina de Abranham, escuchando una conversación privada en la que se habla de mí. Frases perfectamente nítidas... *«Ella no tiene la culpa de que mi conciencia me recuerde continuamente que lo he hecho mal»*. *«Su padre necesitaba tu proyecto y tú, necesitabas poder entrar en los Estados Unidos con total libertad»*. *«No hemos pensado en ella ninguno de los dos, ni su padre, ni yo, y ahora me*

siento tan mal por hacer lo que hice que no puedo ni mirarla a la cara». «Ella me quiere, Airam, en cuanto sepa que nuestro matrimonio es una farsa, me odiará...». «Cada día que pasa, la mentira se hace más grande. No puedo seguir haciéndole esto, ella no se lo merece». Siento el crujir de mi corazón resquebrajándose, igual que se resquebraja un cristal cuando el impacto de una piedra le alcanza. Ahora veo tan claro lo que pasó... mi carrera para llegar al ascensor. La voz angustiada de Abraham, gritando mi nombre detrás de mí. Mi desesperación al llegar al coche, el nerviosismo de Yoselin, y finalmente el camión delante de mí, el impacto contra él, y la oscuridad que me devoró.

Los oigo moverse dentro del despacho, están a punto de salir de él y no quiero verlo, así que con el puño metido en la boca para ahogar mis sollozos, corro a esconderme en mi habitación. Verle ahora me mataría, aunque creo que ya lo ha hecho de todos modos. Nuestro matrimonio es una farsa, una puta mentira. Me encierro en el baño y, lentamente me dejo caer al suelo de rodillas. ¿Por qué? ¿Por qué habéis tenido que regresar ahora que era feliz? En posición fetal sobre el suelo, abrazo mis piernas y lloro. Un llanto desgarrador que me parte en dos. ¿Tanto me odiaba mi padre para hacerme algo así? ¿Tan importante era ese proyecto para él? «Me habéis destrozado la vida,

cabrones»—pienso con rabia. Yo te quería, te quería Abraham, ¡te quiero maldita sea! ¿Por qué nos has hecho esto...? Abro la boca y grito. Grito mi dolor, mi agonía... Dejo salir todo lo que estoy sintiendo y me está ahogando. No puedo respirar, el aire no llega a mis pulmones y me asusto. Me incorporo hasta quedar sentada con la vista nublada y mareada. Estoy sufriendo una crisis de ansiedad, debo controlarlo o de lo contrario me desmayaré. Y no puedo perder el conocimiento, estoy sola en casa... Por un momento el miedo se apodera de mí, pero poco a poco, me obligo a hacer respiraciones profundas y pausadas, hasta que consigo que mi respiración medio se normalice.

Entonces me pongo de pie y en el lavabo me mojo la cara con agua fría. Mi imagen reflejada en el espejo me da escalofríos. No parezco yo. No soy yo. Llora amargamente, preferiría haber muerto en el accidente a tener que pasar por esto. ¿Pero qué coño estoy pensando? ¿Acaso me he vuelto loca? Con la ropa puesta me meto en la ducha y simplemente dejo que el agua fría empape mi cuerpo. ¿Qué voy a hacer ahora con mi vida? Pierdo la noción del tiempo de tal manera, que solo los temblores descontrolados de mi cuerpo, y el castaño de mis dientes me hacen volver a la realidad. Una realidad devastadora y que me tiene muerta en vida. Pero no será eternamente.

Con determinación salgo de la ducha y, me quito la ropa mojada para envolverme en un albornoz y, entrar en calor. Antes de salir del baño, vuelvo a mirarme en el espejo y con firmeza le digo a la imagen que éste me devuelve: «Si has sido capaz de superar un accidente que ha estado a punto de matarte de verdad, también superarás esta mierda. Es hora de que cojas la riendas de tu vida, Julia. Es hora de buscar tu felicidad». Después de esto, salgo a la habitación. No tengo ni idea de qué voy a hacer, ni cómo, pero de lo que si estoy completamente segura, es de que lo conseguiré. Sí, conseguiré olvidarme de Abraham. Conseguiré olvidarme de mi padre. Conseguiré

olvidarme de lo que ambos me han
hecho. Y conseguiré recuperar mi vida.

Capítulo 13

Después de salir del baño, como no me veía en condiciones de conducir por el estado en que me encontraba, y no quería cometer la misma locura de la otra vez, me puse un pijama, y llamé a mi amiga Yoselin para que viniera a casa. Necesitaba hablar con alguien, y que mejor que hacerlo con ella. Con mi amiga del alma. Ahora estoy cobijada entre sus brazos, y me acaricia la espalda tratando de calmar mis sollozos. Al contarle lo sucedido y revivir el momento exacto en que mi memoria volvió a la vida, me he derrumbado. Toda mi determinación de coger las riendas de mi vida, se ha venido abajo.

Estoy destrozada. Jamás imaginé que el corazón pudiera doler tanto. Jamás imaginé que tuviera que pasar por algo así. Ahora voy comprendiendo el motivo de Abraham cuando se mostraba reticente a hablar de ello cada vez que yo sacaba el tema de conversación. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Cómo reconocer que se había casado conmigo por interés? ¡Cobarde! Tenía que habérmelo dicho, no seguir manteniendo esta farsa como lo hizo al negarse a contarme lo sucedido. Ahora también entiendo ese refrán que dice, que del amor al odio hay un paso. Nunca he odiado a nadie, ni siquiera a mi padre. Pero ahora los odio a ambos. Para ellos, he sido un simple peón en una partida de ajedrez. Que

cruelles, que egoístas. Pensé que mi padre era el único hombre que conocía que en lugar de corazón, tenía una piedra, y resulta que no. Resulta que ese hombre al que hasta hace unas horas amaba con toda mi alma, también tiene una piedra en el hueco del corazón. Dos hombres tan distintos y a la vez tan iguales, cortados por un mismo patrón. ¡Cabrones! Yoselin suspira, se ha quedado muda con mi desgarradora historia. Supongo que si yo estuviera en su lugar, tampoco sabría que decir. Se pone en pie y se acerca a la ventana. Es noche cerrada, no sé la hora exactamente, porque desde esta tarde vivo en una especie de pesadilla en la que el tiempo se ha detenido dejándome

dentro.

— A ver si lo he entendido bien —mi amiga me mira cruzada de brazos—. Tu padre quería un proyecto novedoso que Abraham tenía en su poder y, como Abraham necesitaba un visado permanente para poder entrar y salir de Estados Unidos con total libertad, te utilizó como moneda de cambio. Él conseguía ese visado casándose contigo y tu padre conseguía el proyecto. ¿De quién fue la idea? ¿Lo sabes?—Camina hacia mí y se sienta a mi lado en la cama.

— No, no lo sé. ¿Pero qué importancia puede tener eso? Los dos estuvieron de acuerdo, Yo, los

dos son culpables.

— Lo sé, pero es que hay algo que no me cuadra.

— ¿Qué cosa?

— Dices que aquel día escuchaste a Airam decirle a Abraham que sólo tenía que aguantar seis meses más para conseguir el visado permanente, ¿cierto?

— Sí.

— No tiene sentido lo que dijo...

— ¿A qué te refieres?—Pregunto intrigada.

— Verás, cuando un estadounidense se casa con una persona extranjera, es el conyuge

americano el que tiene que solicitar la “green card”, o visado por matrimonio, o como quieras llamarlo. Después de solicitarlo, el conyuge tiene que demostrar que tiene ingresos suficientes para cubrir las necesidades de su pareja, y ésta, tiene que demostrar que no tiene ningún tipo de antecedente con la ley. Es un proceso que tarda entre nueve y doce meses, y no es seguro que la concedan. Hay demasiados matrimonios por conveniencia, y los de inmigración, suelen hacer un seguimiento muy exhaustivo de todos los matrimonios con extranjeros. Incluso al año de casados, les

hacen una entrevista por separado en la que hacen un montón de preguntas para cerciorarse de que ese matrimonio sea por amor y no por conveniencia, ¿me entiendes?

— Creo que sí, pero no sé a dónde quieres llegar con ello...

— ¿Tu has solicitado esa tarjeta, Julia?

— No.

— ¿Abraham nunca te propuso hacerlo?

— Joder no, nunca hablamos de ese tema Yos.

— Eso es lo raro, ¿no lo ves?

— Explícate de una vez, ¿quieres?

— Si él se casó contigo por

conveniencia para conseguir el visado por matrimonio, ¿por qué nunca te pidió qué la solicitaras? ¿Por qué nunca hablasteis de ello?

— No tengo ni idea... ¿estás segura que es el conyuge el único que puede solicitarla?

— Si es por matrimonio sí, Julia. Por eso no entiendo que se haya casado contigo con ese fin, y luego no haya hecho nada al respecto. A no ser que...

— ¿Qué?—La interrumpo.

— A no ser que alguien la haya solicitado en tu nombre, o que Abraham se haya arrepentido y haya tratado de conseguirla de otro modo.

— ¿En serio crees qué mi padre, o Abraham hayan podido usurpar mi identidad y solicitar el visado para que yo no me enterara de lo que habían hecho?—Joder, estoy alucinando.

— Cabe esa posibilidad, cielo... Si Airam le dijo a Abraham que aguantara seis meses más, supongo que era porque tenía la intención de pedirte el divorcio.

— Pero él... pero él, le dijo que esa noche hablaría conmigo, y luego pasó lo del accidente. A lo mejor tenía intención de contármelo todo...

— ¿Y por qué no lo hizo cuándo te despertaste del coma?

— Supongo que porque estaba delicada.

— Pudo hacerlo después y no lo hizo, Julia. ¿Por qué tratas de justificarlo?

— No trato de justificarlo, Yoselin, es solo que... si también descubriera que han usurpado mi identidad, yo... yo... no creo que pudiera soportarlo—sollozo de nuevo.

— ¿Quieres que lo averigüe?

— ¿Podrías?

— Claro, me llevará un tiempo, pero lo haré.

— Pues hazlo por favor. Aunque me destroce más todavía, tengo que saberlo.

— Mañana me pondré con ello, ahora deberías de tratar de descansar un poco, cielo.

— No puedo, tengo que hacer algo y para ello necesito que me lleves a casa de mi padre.

— ¿A casa de tu padre?

— Sí. Quiero que me diga mirándome a los ojos por qué hizo lo que hizo. Por qué vendió a su hija por un proyecto.

— Julia, no creo que eso sea buena idea. En cuanto te plantes allí y consigas lo que quieres, no tardará en poner sobre aviso a Abraham, lo sabes, ¿verdad?

— Sí, sé que lo hará, pero no podrá hacerlo hoy. Abraham dejó

el teléfono de la empresa en la oficina para que mi padre no le diera la lata y se llevo el suyo particular. Tardará en poder comunicarse con él.

— ¿Y Airam? ¿No tiene teléfono?—Mierda. No había pensado en él.

— Supongo que habrá hecho lo mismo, no tiene sentido que Abraham deje su teléfono aquí si mi padre puede localizarlo en el de Airam, ¿no te parece?

— Sí, puede que tengas razón. Si eso es así, te llevaré mañana a casa de tu padre.

— De eso nada, no tengo tiempo que perder, Yoselin, hablaré con

mi padre hoy mismo—. Me levanto de la cama y abro las puertas del armario. Me pongo unos vaqueros y una sudadera negra. Me calzo unas deportivas y me recojo el pelo en una cola. A continuación, saco una mochila grande y voy metiendo en ella algunas cosas.

— ¿Qué haces?—Mi amiga me mira intrigada.

— Coger algo de ropa, lo necesario para unos pocos días. No pienso volver a esta casa, Yos. Se acabó.

— Pues si no piensas volver, no te olvides de coger tu teléfono y el cargador.

— El teléfono se queda aquí—

mi amiga me mira sin comprender —. Abraham me llamará en cuanto aterrice en Vancouver, y no quiero hablar con él. No puedo hacerlo— ella asiente y sale de la habitación para dejarme sola unos minutos. Sabe que lo necesito. Necesito un poco de intimidad para despedirme de la que hasta ahora fue mi casa.

Cuando creo que tengo lo más necesario dentro de la bolsa, la cierro y la dejo en el suelo junto a la puerta. Después, me acerco a la mesita de noche donde descansa una fotografía nuestra del día de la boda. La cojo, y paso los dedos por encima del cristal acariciando la cara de mi marido. Dios, como duele pensar en lo que me ha hecho. Como

duele pensar que me he entregado en cuerpo y alma a una persona que no ha tenido escrúpulos a la hora de jugar con mi vida. Como duele sentir que aun le quiero a pesar del sentimiento de rechazo que despierta en mí. ¿Alguna vez conseguiré olvidarme de él? ¿Conseguiré algún día rehacer mi vida? Quiero creer que sí. Que llegará ese día en que piense en él y sólo sienta la misma indiferencia que meses atrás él me profesaba. Me quito las lágrimas de las mejillas con rabia. No quisiera llorar porque ni siquiera se merece mis lágrimas, pero no puedo evitarlo. El dolor que siento es tan grande, que no es comparable a nada que yo haya vivido con anterioridad. Ni siquiera con la

muerte de mi madre. Que va, no tiene nada que ver, este dolor es diferente. Es un latigazo constante en el corazón para el que no encuentro consuelo. Es tan difícil de explicar... Dejo la fotografía de nuevo en su sitio, y con un suspiro, o mas bien un quejido, me pongo en pie, cojo la mochila y salgo de la habitación. Mi amiga está esperándome en la cocina. Cuando me ve, apaga la luz de ésta y poniéndose la chaqueta caminamos hacia la puerta. Saco las llaves del apartamento del bolso, y las dejo encima del mueble que hay en la entrada. Lo que no me lleve ahora, se quedará aquí para siempre porque no pienso volver a poner un pie en esta casa jamás de los jamases. Una vez en el

coche de mi amiga, y antes de que se ponga en marcha, le pido su teléfono para llamar a mi hermana.

— Que pasa hermanita— contesta al segundo—, ¿ya echas de menos a tu maridito?

— ¿Papá está en casa, Elsa?— Pregunto con dureza.

— ¿Estás bien Julia? ¿Ha pasado algo?

— Solo dime si él está en casa, por favor.

— Sí, prácticamente acaba de llegar y se ha encerrado en su despacho. Julia, dime que ha pasado, ¿es Abraham? ¿Él está bien?

— Él está perfectamente, o eso

creo. Voy de camino Elsa, pero no le digas nada a papá, ¿vale?

— Julia...

— Pronto te enterarás de todo, cielo. Muy pronto—cuelgo sin decir nada más. Yoselin me mira haciéndome una pregunta silenciosa, y yo asiento. En cuestión de minutos, estamos en el autopista que nos llevará a la zona residencial y exclusiva en la que vive mi padre.

Durante el trayecto, voy dándole vuelta a la cabeza buscando la mejor manera de encararme a mi padre, pero la única manera posible que veo, es siendo totalmente directa, sin rodeos. Lo cierto es que por más que lo intento, no llego a

comprender por qué mi padre hizo algo así. ¡Por al amor de Dios, soy su hija! Estoy acostumbrada desde bien pequeña a sus desaires, a las distinciones que siempre hizo entre mi hermana y yo, pero nunca le di importancia, la verdad. Simplemente supuse que Elsa, era su hija preferida. Hasta cierto punto lo entendía. Ella fue una niña que siempre tuvo mucho éxito en lo que se proponía. En el colegio era toda una líder, siempre rodeada de gente. Era sociable por naturaleza. Una niña encantadora que enamoraba a todo aquel que la conocía. Siempre fue así, y a mí me encantaba que lo fuera. La admiraba y me hacía feliz que ella tuviera lo que a mí me faltaba. Más que nada, porque siendo

como yo, una persona algo introvertida, a la que no le gustaba destacar en nada, y que por norma general era una solitaria, a veces se sufría mucho. Y yo, no quería para ella ese sufrimiento. Quería que ella fuese feliz, por eso mismo, cuando hacía alguna trastada y se enteraban en casa, me autoinculpaba y me llevaba sus castigos. Hubo una temporada, antes de que mamá muriera, que yo trataba por todos los medios de buscar la aprobación de mi padre. Intenté ser una persona diferente para agradarle, pero obviamente, no sirvió de nada. Ahora, después de todo lo que he vivido, me doy cuenta de que en realidad, mi padre nunca me quiso, incluso debe odiarme mucho para hacer

lo que hizo. Pero ¿por qué? ¿Qué fue lo que le hice? Quizá, ha llegado el momento de enterarme... Yoselin, aparca el coche en la lujosa urbanización y me mira.

— ¿Estás segura de lo que vas a hacer, Julia?

— Completamente Yoselin. Hay cosas que necesito hacer para poder cerrar esta etapa de mi vida.

— ¿Sabes qué después de lo que pase ahí dentro—dice señalando el edificio donde vive mi padre—, nada volverá a ser igual, verdad?

— Yos—suspiro—, aunque yo no estuviera aquí buscando respuestas, ya nada sería igual. Sabiendo lo que sé, si antes me

costaba mirarle a la cara, ahora, ahora hasta sería capaz de quitarme su apellido—mi amiga me acerca a ella, y me da un abrazo reconfortante que me llena de valor para hacer lo que he venido hacer.

En cuanto el portero me ve entrar en el vestíbulo, se dirige a mi con una sonrisa amable. Nos saludamos y charlamos durante unos minutos. El pobre está interesándose por mi salud y no es plan de darle un corte dejándolo con la palabra en la boca, ¿no? Además, es un hombre que siempre fue encantador conmigo, y no se merece un desplante por mi parte. Nos despedimos de él, y vamos hacia el ascensor. Una vez dentro, empiezo a notar el temblor

en mis manos, y el golpeteo de mi corazón en el pecho. Estoy nerviosa. Que digo nerviosa, estoy desquiciada. Pero no voy a echarme atrás, ellos tampoco lo hicieron. Llamamos a la puerta, y por lo que parece, mi hermana estaba junto a ésta esperando porque la abre al segundo.

— Julia—dice con ojos suplicantes—, te ruego que me cuentes lo que ha pasado. Llevas demasiado tiempo sin pisar esta casa como para que crea que esta visita es por cortesía.

— ¿Él sigue en su despacho?

— Sí, no ha salido de allí.

— Yoselin, quédate aquí con Elsa y cuéntaselo todo ¿quieres?

Yo no creo que tarde mucho en volver—. Diciendo esto, camino por el largo pasillo hasta llegar a la puerta del despacho de mi padre. Cojo aire varias veces para templar un poco los nervios, y entro sin llamar. Mi padre, está sentado en un butacón de cuero junto a la ventana tomándose una copa de brandy. En cuanto me ve, se levanta como un energúmeno.

— ¿Qué haces tú aquí?

— Hola papá, yo también me alegro de verte—digo con ironía

—. Vengo a hablar contigo.

— ¿Hablar conmigo? ¿De qué si puede saberse?—Su tono de voz me da escalofríos, como siempre.

— ¿Por qué lo hiciste?—Siseo.

— En mi vida he hecho muchas cosas, ¿a cuál de ellas te refieres exactamente?

— Quiero saber porqué cambiaste a tu hija por un proyecto arquitectónico...

— Ah, te refieres a eso... ¿entonces ya no eres amnésica?

— ¡Contéstame, joder!

— Vaya... pues va a ser cierto que ya no eres la misma—¿está sorprendido?— No sé por qué te molesta tanto lo que hice. Ahora tienes una vida y un marido millonario. ¿De qué te quejas?

— Darte cuenta de que han jugado con tu vida, y de que tu

matrimonio es una farsa, ¿no te parece motivo más que suficiente para que esté cabreada? ¿Por qué lo hiciste?

— ¡Lo hice porqué me dio la real gana! ¡Ese proyecto tenía que ser mío!

— A cualquier precio por lo que veo...

— Exacto.

— ¿No había otra manera de conseguirlo que tuviste que utilizarme a mí?

— No. Abraham necesitaba casarse y, daba la casualidad que yo tenía una hija disponible...

— Dos, tenías dos hijas, no una
—no quisiera por nada del mundo

que mi hermana tuviera que vivir algo así, pero, ¿por qué yo y no ella?

— Jamás casaría a mi hija Elsa con un musulmán—su respuesta me golpea en la cara igual que una bofetada.

— Pero no tuviste ningún escrúpulo en que yo si lo hiciera, y mucho menos en hacerte con el proyecto de ese musulmán. ¿Qué te he hecho para qué me odies tanto, papá?—Se bebe la copa de brandy de un trago y suelta una carcajada espeluznante.

— Nacer, eso es lo que has hecho.

— ¿Có...cómo dices?—Me

acabo de quedar tan estupefacta por su respuesta que apenas consigo hablar.

— ¡Lo qué oyes!—Grita—. Yo no soy tu padre, ¿te enteras? Tu madre se presentó aquí embarazada de otro y tuve que cargar con ella. Ella me gustaba, pero todas las noches deseé que tu no nacieras, no eras mía. Si aquello me pasara ahora, no me habría quedado con ninguna de las dos.

— ¿Estás insinuando que mi madre...?

— ¡No estoy insinuando nada! Lo afirmo. Tú no eres mi hija.

— Dios mío, estás loco... ¡Por supuesto que soy tu hija! Mi madre

estaba embarazada de dos meses cuando vino a buscarte.

— Sí, pero no de mí.

— ¡Eres un mentiroso! Apenas llevabas en España un mes cuando os conocisteis y empezasteis a salir. Dos meses después tú te largaste, mamá me lo contó.

— ¿Y no te contó por qué me largué?—me quedo callada—. Ya veo que omitió esa parte. ¡Me largué porque tu madre me engañaba con otro!

— ¡¡Mientes!!—Grito como una posesa.

— Los vi con mis propios ojos, Julia, salían abrazados de la casa de tus abuelos.

— No te creo.

— Me importa una mierda si me crees o no. Yo sé perfectamente lo que digo. Tú no eres nada mío y tuve que hacerme cargo de ti. Por eso cuando se presentó la ocasión, no la desaproveché.

— ¡Eres la peor persona del mundo! Cruel, mezquino, egoísta... Jamás perdonaré lo que me has hecho y, por supuesto que jamás perdonaré lo que insinúas de mi madre.

— ¡Lárgate!—grita encolerizado
—. ¡Fuera de mi vista, bastarda!—
Llorando sin control, salgo corriendo de su despacho. Ni siquiera me paro cuando veo a mi

hermana y Yoselin, que al verme en ese estado se asustan. Cojo el ascensor y sin esperar a mi amiga, me largo de allí. Una vez en la calle, sigo corriendo sin mirar atrás con la única intención de alejarme lo máximo posible.

Soy consciente de que ha empezado a llover fuertemente cuando noto la ropa tan pegada al cuerpo que hasta me cuesta seguir corriendo. Pero no paro, sigo forzando la máquina hasta que revienta y no pueda más. Me falta el aire y no puedo respirar. Creo que mis pulmones van a explotar de un momento a otro. Se me nubla la vista, y me caigo al suelo, en medio de un charco. Grito de impotencia y golpeo el suelo con los

puños. De repente oigo el frenazo de un coche justo detrás de mí, y sus faros me iluminan. Intento levantarme, no quiero que nadie me vea la cara, pero vuelvo a caerme en el intento. Antes de perder el conocimiento, noto como alguien se arrodilla a mi lado. Después de eso, no siento nada más, la oscuridad me envuelve exactamente igual que aquel fatídico día.

Me despierto confusa y desorientada, con la boca pastosa y reseca. Seguramente efecto de algún medicamento. Pero no estoy en la habitación de un hospital, creo que estoy en una habitación en casa de mi amiga, pero no estoy muy segura. Tengo la mente algo embotada y no soy capaz de

enfocar la vista del todo. La puerta se abre y, mi hermana y Yoselin entran en silencio para no molestarme. Al verme con los ojos abiertos, las dos se acercan a la cama.

— ¿Dónde estoy?—Pregunto.

— Estamos en mi casa, cielo— mi amiga me coge la mano y me da un pequeño apretón—. Ayer, cuando te encontré, te desmayaste en mis brazos. Elsa y yo te metimos en el coche y te trajimos aquí directamente. Después llamé al doctor Cooper, es el médico de la familia y es de total confianza. Nos dijo que te habías desmayado por culpa de un cuadro de ansiedad muy grande. Te administró un

ansiolítico y nos dijo que te dejásemos dormir. Que no era necesario llevarte al hospital. También dijo que hoy se pasaría verte. ¿Cómo te encuentras?

— Mal. Siento el cuerpo muy pesado, y dolorido. Como si me hubiese pasado por encima de él un trailer...

— ¿Qué pasó ayer con papá, Julia? ¿Por qué te fuiste así?—miro a mi hermana sin saber de que manera voy a explicarle la bomba que ese cabrón me soltó ayer.

— Elsa—dice Yoselin—, no creo que ahora mismo esté en condiciones de decir nada. Si te parece, esperaremos a que el

doctor Cooper venga a verla.

— Sí, sí, perdona. Tienes razón Yoselin, no debería atosigar a mi hermana con preguntas ahora.

— Cielo, ¿Por qué no vuelves a dormirte? Necesitas descansar...—
Asiento sin más. Ni siquiera tengo fuerzas para pronunciar palabra alguna. Con los ojos cerrados, siento los labios de ambas posarse en mi frente. A continuación, vuelvo a quedarme dormida.

Capítulo 14

Una mentira. Mi vida es una puta mentira desde el mismo día en que nací. Ese es el primer pensamiento que se me viene a la cabeza en cuanto abro los ojos. No tengo ni idea de cuánto tiempo he dormido, pero ahora que tengo los ojos como platos, no puedo evitar desear no haberme despertado. O que al hacerlo, todo fuese una horrible pesadilla. ¿Qué hace una persona cuándo se entera de qué todo lo que la rodea no es verdad? ¿Qué la vida que ella creía tener, con sus más y sus menos, es un engaño cruel y deliberado? ¿Cómo se supera algo así? Ojalá tuviera las respuestas. Las palabras de mi

padre, sí, mi padre, porque no me creo nada de lo que anoche dijo, repican en mis oídos igual que las campanas de una gran iglesia que anuncian un día de luto. ¿Cómo pudo siquiera insinuar que mi madre...? No, impensable. Pondría las manos por ella en el fuego si hiciera falta y no las quemaría. Tantos años como estuvo con ella, y que poco la conocía. No creo ni una sola de sus palabras. Ni una. Con toda la mierda que él soltó ayer por su boca, solo ha conseguido que adore más a mi madre solo por el hecho de haberle aguantado a él tanto tiempo. Un hombre cruel y despreciable que la mayoría de las veces, hizo de su vida un infierno. No la maltrataba físicamente, no era necesario.

Con sus palabras, sus miradas y sus desprecios, era más que suficiente. Nunca entendí porqué la trataba así. Porqué era tan dañino con ella. Nunca lo haré. Pero no voy a quedarme quieta, no después de lo que dijo. Algo tengo que hacer para que se trague sus duras palabras y se ahogue con ellas. Mi amiga y mi hermana, entran en la habitación obligándome a dejar de pensar en ello.

— ¿Cómo te encuentras?—Mi hermana se sienta a mi lado en la cama.

— Echa una mierda...—Mis lágrimas empapan mi cara, y ella me abraza y llora conmigo. Yoselin nos mira desde la puerta, le hago un

gesto para que se acerque—.
¿Cuánto he dormido?

— Unas cuantas horas, cielo.
Necesitabas descansar.

— ¿Ha... ha llamado alguien?

— No. Aunque supongo que él
no tardará en hacerlo.

— Ya. Hace horas que llegó a
Vancouver, estará como loco al no
haber podido contactar conmigo.

— ¡Qué se joda!—Dice mi
hermana entre sollozos—. Cuando
Yoselin me contó lo que había
hecho, no podía creerlo, Julia,
pensé que él... que él, ya sabes, te
quería de verdad. Nunca imaginé
que Abraham fuera capaz de hacer
algo así.

— No lo hizo solo, Elsa, papá tiene mucho que ver en todo ello.

— Sí, lo sé. Pero ¿por qué papá haría algo así? No lo entiendo... Por favor, cuéntame que pasó ayer con él—Me duele horrores lo que voy a hacer a continuación, pero mi hermana tiene que saber todo lo que mi padre me dijo ayer en su despacho. Aunque le haga daño, tiene derecho a saber lo que ese malnacido que tenemos por padre piensa de nuestra madre. Así que, haciendo de tripas corazón, me incorporo para hablar con ellas.

Las dos me miran expectantes, en silencio. Esperando pacientemente a que me tome mi tiempo para relatar el

desagradable encuentro que tuve con ese señor al que llevo toda mi vida llamando papá. Al principio, lo hago midiendo mis palabras, intentando con ello hacer el menor daño posible a mi hermana. Pero me derrumbo en la parte que él confiesa no ser mi padre y que todas las noches deseó que yo no naciera. Ver la cara de horror de Elsa, me encoje el corazón más todavía. Siento ser yo la que la haga pasar por esto, pero no puedo mentirle, merece saber la verdad.

— Oh Julia, es tan horrible lo que estás contando...—El llanto de mi hermana es desgarrador—. No puede ser cierto, mamá era... mamá...—Las lágrimas no la dejan

hablar y, la abrazo fuertemente, intentando consolarla—. ¡Es mezquino, Julia! ¡Papá es la persona más horrible del mundo! ¿Tú no creerías nada de lo que te dijo verdad?

— No Elsa, no creí ni una sola palabra—. Miro a Yoselin que se ha apartado un poco de nosotras, dejándonos nuestro espacio. Ella, clava sus ojos en los míos y niega con la cabeza.

— ¿Qué podemos hacer, Julia?

—Mi hermana está angustiada—. ¿Cómo hacerle ver que ha estado equivocado todo este tiempo?

— Aún no lo sé, pero algo se me ocurrirá.

— Yo sí sé lo que podéis hacer
—ambas miramos a nuestra amiga.

— ¿Lo sabes?—Preguntamos al unísono.

— Claro. La prueba que demostrará que vuestro padre miente, es la de paternidad.

— Tienes razón, no lo había pensado. Pero de todos modos, él nunca se prestaría a hacer algo así.

— No importa que él se niegue chicas. No le necesitáis para nada.

— ¿Estás segura?—Pregunta mi hermana esperanzada.

— Completamente. La prueba podéis hacerla vosotras sin necesidad de recurrir a él.

— ¿En serio?—Yoselin asiente

— ¿Qué dices, Elsa?

— Digo que nos hagamos esas pruebas y se las restreguemos en la cara a papá.

— ¿Cómo lo hacemos, Yos?

— No estoy segura. Ahora mismo llamaré a un amigo que trabaja en un laboratorio bioquímico y me informará. Dadme unos minutos—Sale por la puerta decidida para regresar minutos después.

— ¿Has hablado con tu amigo?

— Pregunto en cuanto entra por la puerta.

— Sí, yo estaba en lo cierto, no es necesaria la participación de vuestro padre para hacerla.

— ¿En que consiste la prueba?

— Mi amigo me explicó que para estos casos, se hace un estudio del cromosoma X. Los hombres solamente poseen un cromosoma X procedente de la madre biológica, mientras que las mujeres disponen de dos, uno de procedencia materna y otro de procedencia paterna. Como el padre únicamente posee un cromosoma X, este será siempre el mismo que transmitirá a todas sus hijas. Separarán vuestros cromosomas y se compararan con los dos de procedencia paterna, si coinciden, se puede afirmar con una fiabilidad del noventa y nueve coma nuevo por ciento, que sois

hermanas del mismo padre biológico. ¿Lo habéis entendido?— Miro a mi hermana y esta asiente.

— Sí, creo que está bastante claro.

— ¿Estáis seguras de querer hacerlo?— Me mira primero a mí y luego a mi hermana. Ambas decimos que sí sin pararnos a pensarlo siquiera—. Está bien, entonces volveré a llamar a mi amigo para que me diga a dónde tenemos que ir.

— Yoselin, preguntale si hay forma de que las extracciones de sangre puedan hacerse sin necesidad de acudir a una clínica o a un hospital. No me gustaría que

esto saliera a luz, ya me entiendes...

— Tranquila, cielo, yo me ocupo.

Mucho más tarde, en el apartamento de mi amiga solo estamos ella y yo. Hemos convencido a Elsa para que se fuera a casa de Nathan y pasara la noche con él. Más que nada, porque estoy completamente segura que estando en su compañía, conseguirá olvidarse un poco del caos que nos rodea. Mañana a primera hora, vendrá el amigo de Yos para sacar las muestras de sangre y llevarlas al laboratorio. La verdad, que me hace un gran favor al aceptar venir a casa, le debo una muy grande a él, y por supuesto también a mi amiga. Por norma

general, los resultados de estos análisis tardan unos siete días, pero nosotras los tendremos en cuarenta y ocho horas a más tardar. Con un poco de suerte antes. Estoy muerta de los nervios. ¿Y si resulta que él tiene razón y qué somos nosotras las que estamos equivocadas? No, imposible. No puedo dudar de esta manera. No tratándose de nuestra madre. Ella era una mujer excepcional, íntegra. Una buena mujer que tuvo la desgracia de enamorarse del hombre equivocado. Igual que yo.

Abraham. No puedo dejar de pensar en él. No puedo dejar de pensar en lo que estará sintiendo. Lo desesperado que estará al no saber nada, absolutamente nada de mí. No puedo

dejar de pensar, que a pesar de todo lo sucedido, le sigo queriendo con toda mi alma cuando lo que realmente debería de hacer es arrancarlo de mi corazón de una vez por todas y para siempre. Pero, ¿cómo se hace eso? ¿Se puede dejar de querer a alguien de la noche a la mañana? ¿Existe alguna formula para ello? Claro que no. Solo se olvida a alguien de la noche a la mañana, si ese alguien no significa nada para ti. Si ese alguien, no se te ha metido bajo la piel. Si ese alguien, no se ha adueñado de todo tu ser...

— ¿En qué estás pensando?—Mi amiga me tiende una taza humeante de té de menta.

— Pensaba en Abraham...

¿Sabes? Antes de que llegara a casa y recordara, me dijo que me quería, Yos. Por primera vez desde que me desperté en aquella cama de hospital, me dijo que me quería. Llegué a casa deseosa de tirarme en sus brazos y comerlo a besos por esas palabras. Todo fue tan rápido, las imágenes en mi cabeza pasaban a cámara lenta, pero todo lo demás, iba tan rápido que parecía algo surrealista. Estoy viendo como mi vida se desmorona, y no puedo hacer nada por evitarlo.

— Siento mucho que tengas que pasar por todo esto, cielo. ¿Has pensado lo qué vas a hacer

respecto a él?—Le doy un sorbo largo a mi té y suspiro.

— Sí. Quiero que inicies los trámites de divorcio Yoselin.

— ¿Estás segura? ¿No crees que deberías de hablar primero con él? No sé, a lo mejor tiene una explicación coherente para todo esto. A lo mejor, lo que empezó como algo interesado se convirtió en algo real, no sé, piénsalo.

— En lo único que pienso, es en lo estúpida que he sido para no darme cuenta de nada. Estaba ciega de amor por él, Yos. Y ahora que parece ser que he recuperado la vista, tengo que deshacerme de todo lo que no me dejaba ver con

claridad. Empezando por Abraham.

— Si eso es lo que quieres, el lunes empezaré a trabajar en ello— el teléfono de mi amiga empieza a sonar. Ella, al ver de quien es la llamada, me mira con cautela—. Es él, Julia—. El corazón me golpea en el pecho. Las palmas de mis manos empiezan a sudar. La garganta se me seca...

— ¡No contestes!— consigo balbucear.

— Tengo que hacerlo, de lo contrario seguirá insistiendo una y otra vez.

— Pues dile que no sabes nada de mí. Que no me has visto, ni has hablado conmigo—ella asiente y

coge la llamada.

— Hola Abraham, ¿qué tal por Vancouver?—dice como si nada.

— Bueno, estoy preocupado por Julia, desde que llegué, no he conseguido hablar con ella. ¿La has visto?—mi amiga me mira y pone el manos libres.

— ¿Julia? Eh... Pues no, no sé nada de ella. Hace días que no hablamos.

— Tiene el teléfono desconectado y en el fijo de casa tampoco responde.

— No tengo ni idea Abraham, ya sabes como es. Probablemente se haya quedado sin batería en el móvil, y se haya olvidado de

ponerlo a cargar. Supongo que estará en su taller absorta en su trabajo, sabes que cuando está allí se olvida de todo.

— No lo sé, es raro. Pero puede que tengas razón, a lo mejor estoy preocupándome sin motivo—Oír su voz me rompe en dos—. Si hablas con ella, ¿podrías decirle qué se ponga en contacto conmigo?

— Lo haré, en cuanto pueda me pasaré por casa.

— Dile que la echo de menos— Mi amiga me mira con una de sus perfectas cejas enarcadas.

— Muy bien, ¿algo más?

— No, solo que me llame.

— Vale.

— Muchas gracias Yoselin. Nos vemos a la vuelta. Adiós—Ella se despide también y cuelga. Se sienta a mi lado en el sofá, y seca con una de sus manos las lágrimas silenciosas que se deslizan por mis mejillas.

— Ay cielo, no sabes lo que me duele verte así—me acurruco entre sus brazos, deshecha, destrozada, y pensando que jamás conseguiré superar la traición de Abraham.

Con la frente apoyada en el frío cristal de la ventana, observo el amanecer. No he dormido nada en toda la noche. Estoy inquieta, impaciente... No veo el momento de ver aparecer por la puerta al amigo de Yoselin, no tardará

mucho en llegar para recoger las muestras de sangre y llevarlas al laboratorio para hacernos las pruebas de paternidad. Si mi padre supiera lo que estamos a punto de hacer, nos mataría. Dios, estoy tan nerviosa que apenas puedo coger aire para respirar. Esto de tener el corazón en un puño constantemente acabará matándome. Necesito pensar y decidir que voy a hacer con mi vida a partir de ahora. Infinidad de veces, he deseado desaparecer y empezar de cero en cualquier otro lugar. En cambio ahora, cuando tengo la oportunidad de hacerlo, simplemente me acojono y me atenaza el miedo. Miedo a enfrentarme a la realidad. Miedo a no saber que hacer

con mi soledad. Miedo a no tener ni idea como encaminar mi vida de nuevo. Miedo a todo. Exhalo lentamente el poco aire que entra en mis pulmones. No puedo dejarme vencer por el miedo. No ahora que necesito ser más valiente que nunca. No, ni hablar.

Me giro con determinación para entrar en el baño, darme una ducha, y ponerme decente. Mi aspecto es terrorífico, sombras grises cubren por completo la parte de abajo de mis ojos, esos que están tan hinchados de tanto llorar que parezco la rana Gustavo. Me doy pena a mí misma. Esa es la verdad. Después de la ducha, me pongo unos tejanos y una camiseta y salgo de mi habitación hacia la cocina. Mientras me

vestía, he oído el sonido del portero automático y siento curiosidad por saber quién es. Mi hermana Elsa, Nathan, y Yoselin, están sentados en la cocina, solo el sonido de la cafetera rompe el silencio sepulcral que reina allí dentro. Están tan absortos en sus pensamientos que ni siquiera se han dado cuenta de mi presencia. Los pobres están sufriendo los daños colaterales de mi desgracia y, ahí están, dándome su apoyo incondicional.

— Buenos días—saludo. Mi hermana es la primera en levantarse y acercarse a mí.

— ¿Cómo estás, Julia? ¿Has dormido algo?

— No, llevo toda la noche

dándole vueltas a la cabeza. ¿Y tú?

— Yo tampoco. Yoselin nos ha contado que ayer llamó Abraham y que todavía no sabe nada de que tú, ya sabes... de que has recuperado la memoria.

— No, aún no lo sabe. Aunque imagino que papá estará haciendo hasta lo imposible por comunicarse con él.

— No lo dudes...

— ¿A qué hora vendrá tu amigo, Yos?—Pregunto sentándome a su lado.

— Dijo que a primera hora, así que no creo que tarde mucho.

— Julia—Nathan me mira—, siento mucho todo esto, si hay algo

que pueda hacer por ti, no dudes en decírmelo.

— Te lo agradezco, Nathan, Yoselin es mi abogado y ella se encargará de todo.

— ¿Vas a divorciarte de Abraham?

— Sí Elsa, no puedo seguir casada con una persona que no me quiere y que me ha estado mintiendo durante tanto tiempo.

— ¿Ni siquiera vas a hablar con él? ¿No vas a darle la oportunidad de que se explique?

— No quiero volver a saber nada de él en mi vida, Elsa. ¿Responde eso a tu pregunta?—
Con semblante triste asiente. No me

puedo creer, que después de todo, mi hermana esté pensando siquiera en que le de una oportunidad a Abraham para explicarse, ¿es que no se ha dado cuenta de que me ha destrozado la vida, y que no quiero volver a tener nada que ver con él? El sonido seco y largo del portero automático nos sobresalta a todos. Por fin ha llegado el amigo de Yos.

El chico, realiza su trabajo eficazmente y en silencio. Solo abre la boca para dirigirse a Yoselin, con mi hermana y conmigo, apenas cruzas dos palabras. Las de cortesía y punto. Mejor así, cuántas menos preguntas nos haga, menos sabrá de la historia. Cuando termina de hacer lo que ha venido a

hacer, le dice a mi amiga que intentará tener los resultados para mañana a última hora de la tarde y se va igual que vino. En silencio. Después de esa visita tan esperada por nuestra parte, todos desayunamos en la cocina para luego desaparecer. Menos yo, claro. Nathan ha llevado a casa a mi hermana para recoger algunas de sus cosas y que pueda quedarse unos días con él. De momento, ella no quiere estar bajo el mismo techo que nuestro padre, prefiere evitarlo. La entiendo perfectamente, yo en su lugar, haría exactamente lo mismo. Yoselin, se ha ido a casa de sus padres. Son una familia muy unida, y todos los domingos se reúnen para comer y pasar el día juntos. En un principio, ella no

quería ir, no quería dejarme sola. Pero finalmente la he convencido para que lo hiciera. Agradezco mucho la preocupación y el apoyo de todos, pero ellos tienen sus vidas y no pueden dejarlas aparcadas por mi culpa. Además, lo prefiero así, necesito estar a solas conmigo misma para pensar, y decidir que voy a hacer con mi vida antes de que Abraham sepa lo ocurrido y se presenté aquí. Para cuando eso suceda, a poder ser, quiero estar lo más lejos posible y que no pueda encontrarme. Esa tarde, cansada de darle vueltas a la cabeza una y otra vez sobre el mismo tema, decido ponerme en contacto con las personas de la O.N.G que están en Asia. Ahora mismo, es el

único lugar al que realmente me apetece ir. Allí podré olvidarme de todo y empezar de nuevo centrándome en ayudar a personas que realmente lo necesitan, y con ello hacer que mi existir, valga la pena. Saco el portátil de mi mochila y lo enchufo. A continuación, redacto un email para Patrick, el responsable de hacer realidad todos nuestros proyectos allí, y se lo envío cruzando los dedos para que no tarde mucho en contestarme. Según mis cálculos, mañana lunes, mi padre removerá Roma con Santiago para hablar con Abraham, si no lo ha hecho ya, claro está. Lo que significa que en cuanto él sepa lo que ha pasado, querrá volver en el primer vuelo que encuentre

para verme. Con un poco de suerte, no tendrá un vuelo hasta el martes, o el miércoles. Por eso necesito que Patrick se comunique conmigo lo antes posible, porque solo tengo dos días por delante para organizarlo todo y, desaparecer. Eso, suponiendo que mi padre no haya hablado ya con él, que espero que no. Porque entonces, no sé dónde demonios voy a esconderme para que no de conmigo.

El resto del domingo lo paso encerrada en la habitación con la mirada perdida en un punto fijo, y tratando de dejar la mente en blanco. Evidentemente no lo consigo. Soy tan, tan gilipollas, que no puedo dejar de pensar en los últimos meses vividos con Abraham. En

los momentos tan románticos compartidos en los últimos días. No puedo dejar de pensar de que manera su mirada me dejaba sin respiración. No puedo dejar de pensar en el tacto de su piel, en la delicadeza de sus labios, en el sabor de sus besos. En definitiva, me paso el domingo pensando en él, y en nadie más. Hasta que gracias a Dios, caigo rendida en un sueño profundo del que me despierto a las cinco de la madrugada totalmente despejada, y angustiada. Me levanto de la cama, e intentando hacer el menor ruido posible, ya que no quiero por nada del mundo que mi amiga se despierte, voy a la cocina a por un vaso de agua. De vuelta en la habitación, me fijo en la luz

amarilla que parpadea en la pantalla del portátil. Nerviosa por lo que eso puede significar, me acerco y abro el correo. Una sonrisa triste pero llena de esperanza se dibuja en mi cara al leer la contestación de Patrick. Está ilusionado por que allí todo está yendo a las mil maravillas. Han empezado con la construcción de la nueva escuela y la gente está encantada por todo lo que estamos consiguiendo. Dice que se ha puesto muy contento al recibir mi correo, y leer en él que quiero pasar una temporada con ellos. Que le indique el día y la hora que llegaré para que él pueda ir a buscarme al aeropuerto. Un hondo suspiro sale de mis labios. No sé cómo van a tomarse mi hermana y mi

amiga la noticia, supongo que nada bien, pero lo tengo decidido. Hoy mismo empezaré a preparar mi viaje a Asia. Por fin podré alejarme de todo. Por fin podré empezar una nueva vida, una vida que solo me pertenezca a mí. Tengo ante mí, una buena oportunidad de encarrilar mi camino. Una oportunidad de demostrarme a mí misma que soy lo suficientemente fuerte como para cambiar mi destino, y empezar de cero.

Capítulo 15

Con las primeras luces del alba, salgo de casa de mi amiga dispuesta a empezar con los trámites de mi viaje a Asia. Necesito hacerme un pasaporte nuevo. Con las prisas por largarme de la casa que compartía con Abraham se me olvidó cogerlo, por eso no me queda más remedio que hacer uno. Ya sé que es muy temprano, que apenas están puestas las calles, pero necesitaba salir por la puerta sin que Yoselin me viera, y así evitar tener que dar las explicaciones pertinentes de hacia dónde iba a esas horas tan tempranas. Me tomo un café en una cafetería cercana a las oficinas del gobierno, y en cuanto abren las puertas, creo que soy la

primera en atravesarlas, con excepción de los trabajadores allí presentes, por supuesto. Tardo aproximadamente una hora en tener listo mi nuevo pasaporte, y alguna documentación más que necesito para salir fuera del país y que no tenga ningún problema a la hora de entrar en Asia. De allí, me dirijo a una clínica especializada para que me informe que tipo de vacunas tengo que ponerme, y si he de hacer algo específico estos días antes de subir al avión. Con un folleto de información en las manos, cojo un taxi y voy a un centro especializado en medicina del viajero para el tema vacunas y demás, uno que me han recomendado en la clínica. En dicho centro, después de hablar con un doctor

muy amable, y de haberme echado un pequeño sermón porque esta consulta es muy precipitada y debería haberla hecho como mínimo hace cuatro semanas, me cita para la mañana siguiente y ponerme las vacunas. Mi siguiente paso es ir a una agencia de viajes.

A medio día, llego a casa de mi amiga con los pies destrozados de haberme pateado la ciudad de un extremo a otro. No he parado en toda la mañana y me siento agotada, pero animada. Ya tengo todo listo. Lo que hasta hace unas semanas sólo era un idea en mi cabeza, a día de hoy, y por desgracia, es un hecho, y una realidad. Si no hay ningún cambio de última hora, el miércoles, diré adiós a todo lo que

conozco para comenzar una nueva vida lejos de aquí. Como en casa de Yoselin no hay nadie, y yo esta mañana he salido de su casa sin llaves, no tengo más remedio que esperar en el inmenso vestíbulo de su edificio. Mientras lo hago, repaso mentalmente todos los pasos que he dado hasta ahora por si se me hubiera olvidado algo y me doy cuenta que no he pasado por mi banco para ver en que situación se encuentra mi cuenta de ahorro particular. Hace años que tengo esa cuenta, y sé que tengo dinero en ella. Pero desde que me casé con Abraham, nunca más la he utilizado, y no tengo ni pajolera idea de cuánto dinero pueda haber en ella. Miro el reloj, es demasiado tarde para ir al

banco ahora y salir de dudas, así que no me queda otra que esperar a mañana. Llevo bastante rato allí sentada cuando veo aparecer a mi amiga por la puerta con cara de pocos amigos. En cuanto me ve, se dirige a mí con el dedo índice señalándome. Esta muy cabreada.

— Julia Sullivan, ¿puedo saber dónde demonios has estado? Y no me digas que dando una vuelta porque no eran las siete cuando esta mañana te oí salir por la puerta.

— He ido a hacer cosas, Yos— digo con calma—, ¿por qué estás tan enfadada?—Me pongo en pie y la sigo hasta el ascensor.

— ¿Tú qué crees?—Entra en el

ascensor y clava su mirada en mí —. Joder, Julia, estaba preocupada por ti, apenas comes, tampoco duermes... y te fuiste sin decir nada. ¿Has estado en el taller?

— No, he ido a hacer otro tipo de cosas, al taller iré esta tarde. Siento haber salido sin de decir a dónde, y haberte preocupado.

— ¿Qué tipo de cosas tenías que hacer a las siete de la mañana?—
Insiste.

— Esta noche cuando Elsa venga a verme os lo diré a las dos—
esquivo su mirada.

— ¿Por qué tengo la sensación que lo que vas a contarnos no va a gustarme un pelo?

— No lo sé...—Entro antes que ella en casa, e intento escabullirme hasta mi habitación.

— ¿Qué has hecho, Julia? Dímelo.

— No pienso decirte nada, Yos, lo haré esta noche, ¿vale? No me atosigues por favor.

— Esta bien, esperaré. Por cierto, ¿no te parece qué deberías de comprar un móvil? Así tendríamos dónde localizarte.

— Sí, claro—digo para que lo deje estar—. ¿Has sabido algo de tu amigo?

— No, nada. Tienes que tener paciencia, Julia, él está haciendo todo lo que puede.

— Lo sé—. Voy a la habitación a dejar mis cosas, y vuelvo con mi amiga que está en la cocina sirviéndose una copa de vino.

— ¿Te pongo una?—Pregunta.

— No, gracias. No me apetece.

— ¿Te apetece sushi para comer?

— En realidad no tengo mucha hambre, Yos...

— Julia, no puedes seguir así. Tienes que comer algo, y cuidarte.

— Estoy bien...

— No, no lo estás—me corta—. Mírate. Sé que es muy duro todo lo que te está pasando, pero cielo, tienes que estar fuerte. Tienes...

— Dame tiempo, Yoselin, no es

fácil seguir con mi vida como si nada, ¿entiendes? Sólo necesito tiempo—ella asiente en silencio.

Más tarde, una vez que mi amiga vuelve a su trabajo y yo vuelvo a estar sola, al ver que mi mente no deja de evocar imágenes mías y de Abraham en nuestros encuentros íntimos, decido ir al taller. Necesito mantener mis pensamientos a raya, y allí, entre mis cosas, estoy segura de que lo conseguiré. Mi intención, no es ir a trabajar, todo lo contrario. Mi intención es ir, y guardar en el almacén los trabajos que están sin hacer, y enviar a su destino los que ya están terminados, así que me pongo en marcha. No sin antes dejarle a mi amiga una nota pegada

en la nevera indicándole dónde estoy por si ella llega a casa antes que yo.

Se me encoje el corazón al cruzar la puerta de mi santuario y darme cuenta de que ésta pueda ser la última vez que esté aquí. Que probablemente, nunca vuelva a este lugar que tanto bien me ha hecho, y en el que he sido feliz realizando aquello que tanto me gusta hacer. Con lágrimas en los ojos, empiezo a embalar y a etiquetar los trabajos terminados. Cuando los tengo listos, llamo a la empresa de mensajería con la que habitualmente trabajo para que venga a recogerlos, y los ponga en ruta. Después, voy recogiendo lo que me queda sin hacer. Por suerte, son aquellas piezas que sus dueños no están

interesados en recuperar, y aunque es una lástima que se queden olvidados aquí, no puedo hacer otra cosa. Al menos hasta que no tenga claro que va a ser de mi vida. Una vez que me instale en algún lugar, por muy lejos que éste esté, siempre puedo decirle a mi amiga o a mi hermana que me los envíen para poder terminarlos. Limpio y ordeno todo aquello, y como puedo, coloco en el ventanal de la entrada, en la zona del escaparate, una tela oscura que normalmente uso para cubrir las piezas más delicadas para que haga de cortina y desde la calle no se pueda ver el interior. Dudo si poner en la puerta un cartel de cerrado temporalmente, pero al final, decido no hacerlo. Aquellos que

quieran ponerse en contacto conmigo, siempre podrán hacerlo a través de la página de “Another Look”. Antes de cerrar esta parte de mi vida para siempre, o no, nunca se sabe, me doy unos minutos para recorrer todo el local, y mientras lo hago, lloro silenciosamente. Es muy duro tener que decirle adiós también a esto, pero no me queda más remedio que hacerlo. Cuando creo que ya he llorado suficiente, saco un pañuelo de papel del bolsillo, y me seco las lágrimas. «Ojalá volvamos a vernos», son las últimas palabras que salen de mis labios antes de apagar la luz y cerrar la puerta.

Estoy llegando al magnífico edificio donde vive Yoselin, cuando la veo

bajarse de un taxi hablando por teléfono y gesticulando nerviosa. Tan absorta está en su conversación, que no me ve hasta que me pongo a su lado en el ascensor.

— Estoy con ella ahora mismo Andrew—, se queda callada escuchando, y asintiendo. ¿Quién coño es Andrew?— Se lo diré. Sí, tranquilo, volveré a llamarte—. Se despide, y cuelga—. Era mi amigo—dice mirándome nerviosa—. Ya tiene los resultados de las pruebas de paternidad.

— Vaya, ¿tan pronto?—Me he puesto nerviosa. Tanto que hasta me tiemblan las manos.

— Sí. ¿Qué hacemos? ¿Vamos a

recogerlos o le digo que nos los acerque él?

— Si a él no le importa, prefiero que nos los acerque.

— Lo suponía. Voy a llamarlo para decírselo.

Mientras Yoselin llama a su amigo, yo me encierro pensativa en el baño para darme una ducha y quitarme los restos de polvo del taller. Dios mío, ni en mis peores pesadillas hubiera imaginado verme en esta tesitura. Estoy a punto de ver los resultados de las pruebas de ADN que nos hicimos mi hermana y yo para saber de una vez por todas si en verdad soy hija de John Sullivan, o no. No tengo ninguna duda de que lo soy, pero aun así, no puedo evitar

ponerme nerviosa. Vestida con unos tejanos, y una camiseta desgastada, vuelvo a la cocina. Todos están allí, por lo visto esperándome a mí porque en cuanto traspaso el umbral de la puerta me miran impacientes, y expectantes. Hay un sobre marrón cerrado encima de la encimera de granito que divide la cocina del comedor. Y todos lo rodean como si fuera un paquete bomba, o algo así. Todos no, mi hermana no me quita ojo. Está pendiente de todos y cada uno de mis gestos. Me acerco con paso lento, y sin decir ni una sola palabra, estiro la mano para coger el sobre. Los allí presentes, contienen el aire en sus pulmones. Si no fuera porque éste es un tema demasiado serio, la escena sería

hasta graciosa. Lo abro, y de su interior saco un papel lleno de palabras que no entiendo, a pesar de ello, lo leo despacio. Al llegar al párrafo subrayado y leerlo, el alivio que siento es instantáneo. Sabía que no podía estar equivocada.

— ¿Qué... qué dice?—Mi hermana casi no puede hablar de los nervios que tiene encima. Pobrecilla.

— Dice que tú y yo, somos hermanas del mismo padre. Eso dice—. Una gran sonrisa de satisfacción brilla en mi rostro. Mi hermana me abraza con fuerza, y llora sobre mi hombro—. Ya pasó, Elsa—susurro—, ya pasó.

— ¿Ahora qué sabes la verdad, qué piensas hacer?

— ¿Tú qué crees, Yos?—Enarco una de mis cejas, imitando ese gesto tan suyo.

— ¿No pensarás...?—Asiento sin dejarla terminar—. ¿Estás segura?—Vuelvo a asentir—. ¿Ahora?

— Ahora—. Digo metiendo el papel de nuevo en el sobre y cerrándolo.

— Te acompaño—. Mi hermana se seca las lágrimas y mira a Nathan.

— No Elsa, esto es algo que debo hacer yo sola.

— Pero Julia...

— Nada de peros. Iré sola y punto—. Decidida, voy a mi habitación y busco una chaqueta que ponerme. Después, casi sin despedirme de las tres personas que siguen en la cocina, salgo por la puerta con el sobre en la mano.

En el taxi, de camino a casa de mi padre me doy cuenta que por primera vez en estos malditos días, me siento más fuerte. Tan fuerte, que me veo capaz de comerme de un bocado a ese ser despreciable llamado John que tan mal se portó con mi madre y conmigo. Sobre todo con ella. Antes de bajarme del taxi, le digo al amable conductor que me espere, que no tardaré, y salgo pintando dispuesta a que mi padre se trague sus

cruelas palabras. Le sonrío a la chica de servicio que me abre la puerta. La sorpresa dibujada en su cara al verme no me pasa desapercibida. Está claro que hoy no contaban con mi presencia.

— ¿Mi padre está en casa, Elvira?

— Sí, señorita. Está en su despacho.

— Gracias—. Paso a su lado firme como una vela. Igual que un soldado que se dirige a la batalla. Con miedo, pero también con valentía. Abro la puerta, y al igual que la vez anterior, mi padre está sentado en su sillón con una copa de brandy en las manos. Él y sus rituales...

— ¿Otra vez tú?—Espeta en cuanto me ve—. ¿Es qué acaso no te quedo claro lo que te dije el otro día?—Ni siquiera se molesta en levantarse.

— El que me parece que no lo tiene muy claro, eres tú—digo plantándome delante de él.

— Oh vamos, eres una...

— ¡Cállate!—Grito. A continuación, saco el papel del sobre y se lo planto delante de sus narices.

— ¿Qué diablos es ésto?

— Ésto, es la prueba que certifica que soy tan hija tuya como Elsa. Que la sangre que corre por mis venas es tu misma sangre. Y

que has estado equivocado todos estos años, “papá”—el me mira sin comprender—. Vamos, ¿a qué esperas para leerlo?—Mientras lo lee, por primera vez en toda mi vida veo el rostro de mi padre contraerse horrorizado.

— ¿Cómo...? ¿Cuándo...?—
Balbucea.

— Este fin de semana—contesto—, mi hermana Elsa no dudó ni por un segundo en ayudarme a demostrar que sí soy tu hija. ¿Qué pasa? ¿Te has quedado sin palabras?—Pregunto al ver que no reacciona—. Todos estos años creyendo que no eras mi padre, juzgando a mi madre por ello,

deseando que yo no hubiera venido a este mundo... ¿Cómo te sientes al ver qué estabas equivocado? Si te hubieras hecho estas malditas pruebas cuando nací, nos hubieras ahorrado mucho sufrimiento a todos.

— Julia...

— Eres un ser despreciable, papá. Jamás te perdonaré el daño que nos has hecho. Jamás perdonaré la indiferencia, y los desplantes con los que trataste a mi madre. ¡Ella te amaba, y tú...!

— Julia, por favor...—Está dolido, conmocionado por la verdad que acaba de descubrir. Y yo, estoy tan, tan cabreada...

— ¡Mírame bien porque esta será la última vez que lo hagas!— Digo con rabia—. Jamás volveré a poner un pie en esta casa. Y jamás volverás a saber nada de mí. Tu recién descubierta hija, a partir de hoy está muerta para ti—. Diciendo esto último camino hacia la puerta.

— Espera...—ruega con voz apagada. Me giro para mirarlo por última vez.

— Ojalá tu conciencia no te deje volver a conciliar el sueño. Ojalá tu conciencia, te haga sentirte tan miserable que ni siquiera puedas mirarte al espejo. Adiós, señor Sullivan—con aire triunfal, y destrozada, para que mentir, salgo

de la casa familiar para siempre.

Cuando el taxi me deja de nuevo frente al edificio donde vive mi amiga, en lugar de subir a casa, deambulo por la calle. Es tarde, y soy consciente de que me están esperando para saber qué es lo que ha pasado con mi padre, pero necesito un rato de soledad. Necesito tiempo para tratar de asimilar lo referente a mi padre. No me arrepiento de nada de lo que le dije, aun así, me siento como una mierda. Por más que lo pienso, no llego a comprender porqué él nunca se hizo las pruebas. Porqué prefirió seguir pensando que yo no era su hija en lugar de averiguar la verdad. Porqué nunca le habló a mi madre de sus sospechas. No, es algo que jamás

lograré entender. Camino durante largo rato sin dirigirme a ningún lugar en particular, haciendo tiempo y mentalizándome para lo que vendrá ahora. En cuanto entro por la puerta del apartamento de mi amiga, además de explicarles lo de mi padre, tendré que contarles que me voy fuera y temo su reacción. En un principio, les diré que sólo estaré fuera una temporada, pondrían el grito en el cielo si supieran que mi marcha, es definitiva. Reuniendo el valor que me falta para enfrentarme a ellas, doy media vuelta y regreso a casa. No acabo de entrar por la puerta cuando las cabezas de mi hermana y Yoselin aparecen en el pasillo.

— ¿Cómo estás? ¿Cómo ha ido?

—Mi hermana está ansiosa por saber.

— Podría decir que he conseguido dejar a nuestro padre sin palabras, Elsa.

— ¿Se lo tomó muy mal?—
Entrelazo mi mano con la de mi hermana, y con la otra tiro de Yoselin para llevármelas al sofá. Una vez acomodadas en éste, les relato con todo lujo de detalles el encuentro con mi padre. Ambas se quedan alucinadas por las duras palabras que le dediqué a mi progenitor, no porque no se las mereciera, al contrario. Más bien creo que, porque no se esperaban que alguien como yo, pudiera llegar

a pronunciarlas. Una vez que termino de contar los hechos, me quedo callada, perdida una vez más en mis pensamientos. Hasta que me doy cuenta de que ninguna de ellas ha dicho nada, y entonces las miro, y veo como mi hermana le hace un gesto con la cabeza a Yoselin en mi dirección. ¿Qué me he perdido?

— ¿Ha pasado algo que yo deba saber?—Pregunto con cautela—. Estáis muy raras.

— Verás—mi amiga carraspea para aclararse la voz—, mientras has estado fuera, ha vuelto a llamar Abraham—. Mierda, me pongo la mano en el pecho al sentir que mi corazón no palpita, galopa.

— ¿Y?—Consigo decir.

— Ya lo sabe, Julia. Tu padre consiguió ponerse en contacto con él esta tarde y, se lo ha contado todo.

— ¿Qué... qué dijo?—Madre de Dios, ¿por qué me tiembla tanto la voz?

— Bueno, quería hablar contigo. Estaba en el aeropuerto tratando de encontrar un vuelo de vuelta—, el miedo se apodera de mí al imaginar siquiera en llegar a vernos—. Pero a no ser que haya una cancelación de última hora, no tendrá ninguno hasta el miércoles por la mañana—. Al oír esto último, respiro aliviada. Para cuando él llegue a la

ciudad, yo, estaré muy lejos de aquí.

— ¿Cómo... cómo estaba?

— ¿La verdad?—Asiento—. Estaba angustiado, Julia. Desesperado por hablar contigo. Dijo que entendía que no quisieras ponerte al teléfono, que no quisieras saber nada de él. No paraba de decirme una y otra vez que no te dejara hacer ninguna tontería. Me rogaba que le dijera dónde estabas...

— Pero no se lo dijiste, ¿verdad?

— No fue necesario, él sabe de sobra que estás aquí en mi casa, cielo, ¿dónde ibas a estar si no?

Me dijo que estaba arrepentido, que necesitaba explicarte porqué lo hizo.

— Es tarde para éso, no me interesan sus explicaciones.

— Julia, deja que se explique. Tú tienes buen corazón, quizá puedas entender porqué lo hizo.

— Mi corazón está hecho añicos gracias a él, Elsa. Si hubiera sido sincero conmigo desde un principio, claro que hubiera entendido sus motivos, incluso le hubiera ayudado. Pero ahora ya es demasiado tarde, el daño esta hecho. No hay vuelta atrás.

— ¿Y cómo vas a hacer para no encontrarte con él? Ambos vivís en

la misma ciudad. Tarde o temprano coincidiréis en algún sitio. ¿No preferirías aclarar las cosas con él antes que encontrártelo por ahí?

— Vosotras no lo entendéis...

— Claro que te entendemos, cielo, pero piénsalo. No te estamos diciendo que le perdones. Te estamos diciendo que hables con él antes de tomar ninguna decisión precipitada de la que luego puedas arrepentirte.

— Lo siento, pero no pienso hacerlo. No hablaré con él, ni ahora ni nunca. Además, a partir del miércoles, no habrá ninguna posibilidad de que nos veamos, ni siquiera de casualidad.

— No sé porqué dices éso, pero creo que estás equivocada. La ciudad es muy grande, pero sabes de sobra que siempre acabas encontrándote con la persona que menos te apetece ver cuando menos te lo esperas. A no ser que pienses instalarte en otro estado...—«En otro estado no, pero si en la otra punta del mundo»—pienso—. ¿Por qué pones esa cara, Julia? No me digas que has pensado...

— Yos, te dije que esta noche cuando las tres estuviésemos juntas, te contaría lo que he estado haciendo durante toda la mañana.

— Julia, hermanita, me estás asustando.

— A ver, sé que vais a pensar que me he vuelto loca y eso, pero lo tengo decidido.

— ¿Qué coño vas a hacer, Julia?

—Yoselin, con las manos apoyadas en la cadera, me mira con recelo.

— El miércoles me voy a Asia.

— ¿Te vas adónde?—Mi hermana también se pone en pie, y me mira con la boca abierta.

— Tú te has vuelto loca—espeta mi amiga caminando de un lado a otro del salón.

— No, para nada. Antes de que nada de esto sucediera, cada vez que discutía con Abraham la idea de irme a Asia no dejaba de rondarme la cabeza. Claro que solo

era una idea, pero desde esta mañana, es una realidad. Necesito alejarme un tiempo de aquí, centrar mi cabeza y, pensar qué es lo que quiero hacer con mi vida. No podré empezar de cero si me quedo aquí, sería imposible. Viviría siempre con el miedo a encontrarme con él y, no estoy dispuesta a vivir así.

— ¿Y qué vas a hacer en Asia?

— Pues ayudar a Patrick, Yos. Ya han empezado con la construcción de la nueva escuela, y sabes de sobra que allí toda ayuda es poca.

— ¿Estás segura, Julia? Asia es un continente que no tiene nada que ver con lo que te rodea.

— Lo sé.

— ¿Y aun así piensas ir?

— Por supuesto que sí, Elsa.

— ¿No hay nada que pueda hacerte cambiar de opinión?

— No—contesto con rotundidad.

— ¿Cuándo volverás?

— Tu hermana no piensa volver, Elsa. ¿Acaso no la conoces? Está huyendo.

— No estoy huyendo, Yoselin.

— Ya claro, por eso te vas a la otra punta del planeta, ¿no?

— Mira, no espero que lo entendáis, es algo que voy a hacer os guste o no. Estoy harta de hacer siempre lo que se espera de mí, lo que es mejor para todo el mundo.

Las cosas, para bien o para mal han cambiado, yo he cambiado. No pienso amoldarme nunca más a los deseos de los demás. Voy a rehacer mi vida como yo quiera, a mi manera. Me iría mucho más tranquila sabiendo que las dos únicas personas que son reales en mi vida me apoyaran, pero si no es así, me iré de todos modos—las miro esperando de corazón que me entiendan.

— Te apoyaremos—dicen al unísono.

— Gracias. Hay algo que quiero pedirlos—me levanto del sofá y, me acerco a ellas—. No quiero bajo ningún concepto, que le digáis a

Abraham donde estoy.

— No lo haremos—contesta mi hermana categóricamente.

— Eso espero. Y Yoselin, necesito que me hagas un favor. Cuando tengas listos los papeles del divorcio, quiero que seas tú personalmente quien se los entregue a Abraham junto con una carta que dejaré escrita para él. ¿Lo harás?—Ella asiente. Con los ojos inundados en la lágrimas las abrazo—. Gracias por estar a mi lado chicas. Os quiero.

Capítulo 16

Seis meses después

Como cada mañana desde que estoy aquí, abro la ventana de mi habitación e inspiro hondo para cargar mis pulmones del aire puro de las montañas de Colorado. La belleza del paisaje que tengo ante mí, consigue que cada día me asombre. Es espectacular. Con una taza de café humeante, salgo al porche y, me siento en una de las mecedoras que yo misma he restaurado y contemplo las maravillas de la naturaleza. Si hace seis meses alguien me hubiera dicho que terminaría viviendo en un rancho rural en Denver, me hubiera reído. ¿Yo en un

rancho? ¿Con animales y demás? Ni loca. Pero aquí estoy, disfrutando de mi soledad, y siguiendo con el proceso de encontrarme a mí misma. Un proceso lento, y largo que estoy completamente segura que superaré, y más, después de haber estado en Asia durante más de dos meses y haber visto, vivido y compartido vida con personas que a pesar de su escasez, y sus circunstancias, vivían felices dándome un ejemplo de superación increíble.

Mis días allí, no fueron fáciles, al menos al principio. El golpe de realidad que viví una vez que llegué a aquel especie de orfanato, y ver las condiciones tan precarias de aquellos niños indefensos, y solos, me hizo darme

cuenta, que mis problemas, aquellos que tanto pesaban en mi mochila, eran una nimiedad en comparación con lo que tenía ante mis ojos. Creo que por eso mismo, a los dos días de llegar al pueblecito donde estaba asentado el campamento de la O.N.G. a las afueras de Tokelau, me propuse olvidarme de todo lo que dejaba atrás, y centrarme en conseguir que la vida de aquellos niños cambiara, al menos un poco. Una tarea difícil, pero no imposible. Cada mañana, me levantaba con el propósito de hacer realidad todos aquellos proyectos que me habían llevado hasta allí costara lo que me costara. Ver la sonrisa de felicidad reflejada en los rostros de aquellas personas por cada

pequeño logro conseguido, me llenaba de positividad, y me hacía sentir útil. Aquellas personas, me hacían ver y sentir, que después de todo, la vida merecía la pena.

Supervisé personalmente la construcción de la nueva escuela, y también me encargué de que las medicinas que se habían enviado desde Nueva York, llegaran a la clínica que meses atrás, Patrick, y el resto del equipo, habían construido. Un clínica pequeña, pero muy necesaria. Ahora, gracias a “Si quieres, puedes”, y a todas las personas que desinteresadamente colaboraron con nosotros, había un doctor, y dos enfermeras que diariamente hacían revisiones a los

niños y, se encargaban de ponerles las vacunas pertinentes. Un gran paso del que me siento muy orgullosa. Sí, convivir con esta gente durante este tiempo, ha cambiado mi forma de ver la vida. Ha cambiado mi forma de pensar, e incluso ha cambiado hasta mi forma de enfrentarme a los problemas. Los días fueron pasando, y con ellos la angustia y la tristeza con las que había llegado. Poco a poco, fui notando que cada vez pensaba menos en Abraham, el hombre del que estaba perdidamente enamorada y, que con sus mentiras, me había destrozado la vida. ¿Podría ser qué estuviera olvidándome de él tan fácilmente? ¿O estaba engañándome a mí misma al tener la mente ocupada en

otras cosas? Deseaba de corazón que fuera lo primero, que olvidarme de él, al fin y al cabo, no me hubiera costado tanto como imaginaba. Pero no, no era eso. Simplemente estaba ahí, relegado en algún rincón de mi mente, esperando el momento para volver a asomar la cabeza, dejarse ver, y volver a recordarme todo por lo que había pasado. No he vuelto a verle, y tampoco he hablado con él en todo este tiempo. No porque él no intentara ponerse en contacto conmigo a través de mi hermana, o de Yoselin, si no, porque yo no he querido saber nada de su persona. Confieso, que aquella mañana de miércoles de hace ya seis meses, cuando estaba en la puerta de embarque para

subir al avión, deseé por un momento encontrarme con él y, verle por última vez, pero gracias a Dios, no ha sido así. Su vuelo procedente de Vancouver aterrizaba mientras el mío estaba a punto de despegar, y desde entonces, no he vuelto a mirar atrás. Ni siquiera en las pocas veces que he hablado con Elsa, o mi amiga, he sentido la necesidad de preguntar por él. Lo cierto es que hablo muy poco con ellas, y ese escaso tiempo de comunicación, lo aprovecho para saber cómo les va la vida, no para interrogarlas sobre mi exmarido. Digo yo, que ya será mi exmarido, porque hace meses que solicité el divorcio, aunque no sé nada de ese asunto, la verdad. Por voluntad propia,

permanezco incomunicada. No tengo teléfono móvil, ni perfil en redes sociales, así que es bien complicado encontrarme. Por eso mismo, cuando quiero ponerme en contacto con mis niñas, lo hago desde el teléfono fijo del rancho, o desde una cabina telefónica cuando voy al pueblo más próximo que está a media hora de camino y al que solamente voy cuando Andrea necesita que la acompañe. Tengo muchísimas ganas de verlas, pero necesito sentirme lo suficientemente fuerte para dar ese paso y poder viajar a Nueva York. Mientras eso no suceda, aquí seguiré, en el rancho de Andrea.

Andrea, es una chica española de mi edad que hace tiempo heredó de su tío

abuelo el rancho en el que ahora vivo. Está situado en Snowmass Village, en el condado de Pitkin, a unas pocas horas de Denver. Se puso en contacto conmigo a través de la página web de Another Look porque tras pensarlo detenidamente, decidió hacer de este rancho un hotel rústico y rural donde poder desconectar de la rutina diaria. Un lugar maravilloso rodeado de montañas por todas partes, pero que necesitaba con urgencia ser restaurado, por lo menos la parte interior. Por ese motivo se puso en contacto conmigo. Conocía mi trabajo y quería contratarme para que yo me hiciera cargo de las obras de restauración. Después de hablar largo y tendido durante varios días,

explicándome qué era lo que quería exactamente, le dije que sí, que aceptaba su oferta. Y una vez terminados los proyectos en Asia, ni corta ni perezosa, aquí me planté, dispuesta a dejar este lugar como su dueña deseaba.

Desde el mismo instante que conocí a Andrea, sentí admiración por ella. Su carácter fuerte, su tenacidad, su sentido del humor, la pasión que ponía en cada explicación que me daba, todo, absolutamente todo de ella me cautivó, y deseé tener por lo menos, la mitad de agallas que ella me demostraba tener para enfrentarme a las cosas. A sus veintinueve años, y con un rancho algo destartado, se había liado la manta a la cabeza, y junto a su amiga de la infancia,

Nerea, había decidido trasladarse a Denver y darle un giro a su vida. Un giro radical, ya que ninguna de ellas tenía mucha idea de lo que era vivir, y mucho menos llevar las riendas de un rancho, aun así, y después de varias complicaciones, por fin, ella estaba viendo que sus ideas iban por buen camino, y que muy pronto empezarían a dar sus frutos.

Llevábamos casi cuatro meses trabajando en el rancho a destajo. Como se solía decir, trabajábamos de sol a sol para llegar al plazo que Andrea misma se había marcado. El edificio principal, era el que más prisa corría, y por eso mismo fue con el primero que nos pusimos manos a la obra. Constaba de

dos plantas y una buhardilla. En la primera planta, lo primero que te encontrabas al entrar por la puerta era un hall que talmente parecía sacado de las típicas películas del oeste. En la parte izquierda, había una cocina inmensa con una puerta lateral que daba a una despensa considerable. En la parte derecha, un gran salón comedor en el que cabrían perfectamente cincuenta personas. Dos aseos, y una sala de estar completaban la planta. En el centro del hall unas escaleras de madera te llevaban a la planta de arriba en la que había doce habitaciones de buen tamaño, y con muchísima luz. Todas ellas con muebles de madera bastante antiguos que necesitaban urgentemente una buena

restauración. Ése, por supuesto era mi trabajo. Cada habitación tenía su propio cuarto de baño, éstos no era muy grandes, pero tenían lo esencial. Por último, las escaleras seguían hacia la zona abuhardillada donde había otras tres habitaciones más, y un baño para compartir. Ahí fue donde Andrea, Nerea, y yo, nos instalamos.

Andrea había tirado la casa por la ventana para conseguir que aquel rancho luciera en perfectas condiciones para mediados del mes de marzo, y así empezar a funcionar con la llegada de la primavera. Junto a nosotras tres, trabajaron incansablemente quince hombretones que se encargaron de la albañilería, fontanería, pintura... etc.

También se encargaron de reparar el establo, y uno de ellos, el más experto en el tema de los caballos, nos enseñó lo esencial para que éstos estuvieran en optimas condiciones. Todavía no se habían abierto las puertas del hotel rural, y Andrea ya tenía todas las habitaciones reservadas para el último fin de semana del mes. Salvo algunos detalles que faltaban por ultimar, el rancho estaba listo. Habían sido cuatro meses muy duros, pero sin ninguna duda, había merecido la pena.

Ahora, ya más relajada, podía tomarme la libertad cada mañana de sentarme aquí en el porche, y disfrutar de la maravillosas vistas que se veían desde éste. La nieve todavía coronaba

las cimas de las montañas, probablemente permanecería ahí hasta bien avanzada la primavera, eso si antes no volvía a caer una de esas nevadas sorpresa que por estos lares eran tan comunes. Hacía frío, pero aun así, me quede un rato más allí sentada con la vista clavada en la laguna. Una laguna rodeada de árboles, que teníamos la suerte de tener a escasos metros de la finca. Una laguna, en la que ya me imaginaba nadando en los atardeceres del verano. Una laguna, que te llenaba de paz y tranquilidad.

— ¿No tienes frío aquí fuera?—

La voz de Andrea me sobresaltó.

— Sí, pero se está tan a gusto, que no me importa.

— Estás loca. Nerea ya tiene listo el desayuno, ¿bajamos?

— Me cambio y enseguida estoy con vosotras. ¿Andrea, vas a ir esta tarde al pueblo?

— Sí, ¿necesitas algo?

— No, nada. Quisiera acompañarte, si no te importa, claro. Hace tiempo que no hablo con las chicas, y hoy las echo muchísimo de menos—. Andrea, y Nerea, sabían mi historia. Me confesé con ellas una noche en la que me sentía mortalmente sola. Y desde ese día, una amistad sincera se forjó entre nosotras.

— Sabes perfectamente que puedes llamarlas desde aquí.

— Lo sé, pero me apetece acompañarte al pueblo. ¿Te parece bien?

— Por supuesto, así me ayudarás a escoger la tela para las cortinas de las habitaciones.

— ¿Nerea también vendrá?

— No, ella está sumergida de lleno en su huerto ecológico, ya sabes cómo es. Quiere empezar a plantar semillas pronto, y necesita abonar la tierra y no sé cuántas cosas más.

— ¡Chicas el desayuno está listo!—Nos gritó Nerea desde abajo. Andrea puso los ojos en blanco y dándose media vuelta, caminó hacia la puerta.

— Ya bajamos, chillona—
contestó desde el quicio de la
puerta—. Estoy muerta de hambre,
Julia, no tarde porfis.

— Ya mismo bajo, dame cinco
minutos.

Las tres desayunamos tranquilamente en la cocina, enfrascadas en una conversación sobre tierra, abonos, fechas de cultivo, etc.. Nerea es la que monopoliza la conversación, claro está. Ni yo, ni Andrea tenemos ni pajolera idea de lo que nos habla, pero está tan entusiasmada con este proyecto, que no pude dejar de hablar de él. Y si queremos poder echarle una mano con ello, no nos queda más remedio que prestar atención a sus explicaciones. A

veces tengo la sensación de que se está metiendo en un embolao de mil pares de narices, pero que coño, como ella misma dice, quién no arriesga no gana. Y tiene toda la razón del mundo. Ojalá yo hubiera pensado así hace algún tiempo, quizá las cosas me hubieran ido de distinta manera. Aunque pensándolo bien, yo sí que arriesgué. Me casé con Abraham, y perdí. Perdí unos meses de mi vida amando a un hombre que lo único que quería de mí, era una visado permanente para entrar y salir de los Estados Unidos. Y llevaba meses pagando las consecuencias de ello, así que, lo de arriesgar, como que de momento no me iba mucho. Ya lo había probado y había fracasado, fin de la

historia.

Después de desayunar y de recoger la cocina, cada una se fue a hacer sus tareas. Nerea, al huerto de atrás para remover tierra. Andrea, al establo para limpiar las cuadras de los caballos. Y yo, estaba terminando de dar los últimos retoques al cabecero de la cama en la habitación del fondo. La única que estaba sin terminar, y a la que apenas le quedaba nada para estar lista. Mientras le daba una capa de barniz al cabecero, no sé por qué, me acordé de Byron. Hacía unas semanas que me había encontrado con él de casualidad. Habíamos ido las tres a pasar un fin de semana a Denver, Andrea quería comprar menaje para el rancho y

nosotras, decidimos acompañarla y así desconectar un poco del trabajo. Estábamos terminando de comer en un restaurante típico de la zona, cuando le vi en una mesa cercana a la nuestra mirándome con interés. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, me dedico una de esas sonrisas pícaras tan suyas a las que yo no estaba acostumbrada y me ruboricé. Hacía mucho tiempo que nadie me sonreía así, y no pude evitar ponerme nerviosa. Sobre todo cuando le vi ponerse en pie y dirigirse a nuestra mesa. Joder, el tío estaba mucho más bueno de lo que yo recordaba, ¿o sería qué llevaba demasiado tiempo si ver algo que realmente mereciera la pena? No, deseché esa pregunta en cuanto vi a

Nerea, y a Andrea, mirarlo con la boca abierta, literalmente. Las dos estaban como una panolis admirando la belleza andante que venía hacia nosotras.

— Chicas—les dije con una sonrisa—, como no cerréis la boca, seguro que os entra una mosca—. Andrea me miró.

— ¿Conoces a ese tío?—No me dio tiempo a responder.

— ¿Julia?—Preguntó Bayron sorprendido de verme allí—. ¿En serio eres tú?

— La misma que viste y calza—sonreí.

— No me lo puedo creer—dijo—. ¿Qué haces en Denver?

— Es una historia muy larga—

respondí—. Te aburriría...

— No lo creo—Andrea carraspeó llamando nuestra atención.

— ¿No vas a presentarnos a tu amigo, Julia?

— Sí, sí, perdonad—hice las presentaciones, y como estábamos a punto de tomar el café, él, se sentó con nosotras, justo a mi lado.

Bayron, nos contó que estaba allí por motivos laborales, que recién había tenido una reunión con unos clientes y, que una vez terminada la reunión se había ido a comer a aquel pintoresco restaurante sin saber que se llevaría la grata sorpresa de encontrarse conmigo. Volví a ponerme nerviosa. Su manera de

mirarme me intimidaba un poco, y mi timidez salía a flote sin que pudiera remediarlo. ¿Por qué reaccionaba así a él? No lo entendía. Cuando anteriormente nos habíamos visto en Nueva York, exactamente el día del rastrillo, había comido con él y había estado la mar de a gusto. Y en cambio ahora, tenía una sensación rara en la boca del estómago. ¿Qué me estaba pasando?

La sobremesa duró hasta bien entrada la tarde, el apuesto Bayron nos tuvo entretenidas con sus divertidas historias hasta que Andrea miró el reloj, y alucinada, se dio cuenta de que se nos hacía tarde para ir a comprar el mensaje y demás cosas que estaban anotadas en

su perfecta e inmaculada lista. Antes de despedirse de nosotras, Byron me preguntó si me apetecería cenar con él esa misma noche, y aunque en un principio pensé en rechazar su oferta, acepté. Estaba soltera, y un hombre tremendamente guapo y agradable, me invitaba a cenar, sería una tontería decir que no, ¿verdad?

El resto de la tarde, Nerea y yo, nos dedicamos a acompañar a Andrea de comercio en comercio hasta que ésta terminó con la lista de la compra. La verdad, que ir de compras con ella era un suplicio. Era la persona más indecisa del mundo, y siempre le daba mil vueltas a todo antes de decidirse a comprarlo. Así que cuando llegamos al

hotelito donde nos alojábamos, lo hicimos agotadas de tanto patearnos las calles de un lado para otro. Una vez en mi habitación, y después de haberme dado una ducha, llamé a mis niñas. Pero la mala suerte, quiso que ninguna de las dos respondiera a mi llamada dejando patente esa sensación de soledad que a veces me embargaba. Dispuesta a no dejar que la tristeza se apoderara de mí, empecé a vestirme para la cita que tenía con Bayron. Me puse unos vaqueros ajustados de color rojo y una camisa de cuadros entallada en tonos azules. Me calcé las botas azul marino de caña alta y me miré en el espejo. Hasta mi forma de vestir había cambiado en estos meses. En mi armario ya no había ropas

sofisticadas, ni de marca. No había zapatos de tacón de aguja de los mejores diseñadores. No había nada que tuviera que ver con la Julia de antaño. Absolutamente nada. Me recogí el pelo en una cola de caballo, y me di un toque de maquillaje discreto. Finalmente, y conforme con mi apariencia me puse el anorak azul marino, cogí mi bolso y salí de la habitación para ir a despedirme de las chicas antes de irme. Las dejé en la habitación de Andrea compartiendo una pizza ranchera gigante, y partiéndose de risa a costa de mis nervios. ¡Capullas!

Como el restaurante estaba relativamente cerca de nuestro hotel, fui caminando con la intención de que esos nervios que se habían apoderado de las

paredes de mi estómago se aplacaran, y lo conseguí. Hasta que entré en el restaurante y vi a Byron esperándome apoyado en la barra tomándose una cerveza. Entonces, los muy malditos volvieron a instalarse con más fuerza en el mismo sitio. Inspiré hondo varias veces, y con paso decidido me acerqué a él. En cuanto se dio cuenta de mi presencia, sus ojos me recorrieron de pies a cabeza para luego acercarse a mí, y plantarme un besazo en toda regla. En una sola mejilla y muy cerca de la comisura de mis labios. ¿Eran imaginaciones mías, o él se estaba tomando demasiadas libertades? ¿Actuaría así por qué ya estaba al corriente de mi separación? Sí,

probablemente Yoselin ya le había contado todo lo sucedido. Pero me equivocaba. Durante la cena, hablamos de trivialidades, bueno, más bien él hablaba y yo escuchaba. La verdad que el tío, tenía una labia que te dejaba embelesada. Hasta que de repente se quedo callado y me miró durante unos segundo que me parecieron horas.

— ¿Qué pasa?—Le pregunté.

— ¿Cuándo vas a contarme esa historia tan larga que te trajo hasta aquí, Julia?—Vaya, joder, que directo era—. ¿Cómo has conseguido que el celoso de tu marido te liberara de sus cadenas y te dejara viajar sin él?—Esta última pregunta, me confirmó que

Yoselin no le había comentado nada de mi ruptura con Abraham.

— ¿No tienes ni idea de lo qué pasó, verdad?—Él, negó con la cabeza—. ¿Yoselin no te ha contado nada?

— He visto a nuestra amiga hace un par de semana en Nueva York en una fiesta, y a penas he hablado con ella... ¿Qué ha ocurrido?

— Dejé a Abraham hace seis meses, Byron—. Me miró sin comprender de qué iba la historia, y entonces, le conté todo. Durante aproximadamente una hora, fui yo la que monopolicé la conversación. Durante ese tiempo, él no dijo una sola palabra, pero si me dí cuenta

de los cambios en su semblante. Primero asombro, luego desconcierto, y finalmente, diría que rabia. Cuando terminé, cogí mi cerveza y dí un trago largo esperando a que dijera algo.

— Vaya, no sé que decir, la verdad. Me has dejado sorprendido. Cuando te vi, para nada imaginé que hubieras pasado por todo eso. ¿Cómo estás?

— Bueno, creo que estoy mejor, aunque es un proceso largo y duro. Pero lo superaré—. Seguimos allí sentado un buen rato más, y después, dando un paseo, me acompañó hasta el hotel. No sé porqué lo hice, pero cuando nos

despedimos en la puerta, le dí el número de teléfono del rancho.

Y ahora aquí estaba, embobada pensando en él mientras terminaba mi trabajo. Deseando que me llamara y, deseando volver a verlo. ¿Significaba eso que por fin ya no estaba enamorada de Abraham? ¡Ojalá!

Capítulo 17

Esa tarde, después de comer y tomarnos un café bien cargado, Andrea y yo, subimos a la camioneta y nos fuimos al pueblo dejando a Nerea enfrascada en su huerto ecológico. Una vez que llegamos, nos fuimos directamente a la nave que hacía de centro comercial. Una nave enorme donde podías encontrar de todo. Desde la tela para confeccionar cualquier tipo de prenda, hasta enanitos para adornar tu jardín. Para mi sorpresa, Andrea tardó poco tiempo en decidirse por el tipo de tela que quería para las cortinas de las habitaciones y terminamos enseguida con las compras. Encantada de la vida porque mi amiga

no me hubiera tenido dando vueltas como una peonza detrás de ella y se nos echara la tarde encima, salimos de la nave y, nos dirigimos a una cafetería cercana para tomar algo y así poder llamar yo a mis niñas. Pero seguía teniendo la mala suerte de mi lado, porque el teléfono de mi hermana Elsa, ni siquiera me dio tono de llamada, estaba apagado o fuera de cobertura. El de Yoselin sin embargo, sí que me dio tono pero no respondió. Era raro que las dos últimas veces que había intentado hablar con ellas no lo hubiera conseguido, pero más raro todavía era que ellas, al ver mis llamadas, no se hubieran puesto en contacto conmigo. Quería pensar que tenían sus agendas

demasiado apretadas y estarían ocupadas. Pero algo en mi fuero interno me decía que algo sucedía. Se lo comenté a Andrea en cuanto volví a la mesa que ésta ocupaba en la parte de atrás de la cafetería, pero ella le quitó hierro al asunto convenciéndome de que como yo no hacía las llamadas desde un mismo número de teléfono, ellas, al no identificar dicho número, ni siquiera se molestaran en averiguar de quién era la llamada. Le dí la razón e intenté obviar esa sensación rara que se me había quedado en el cuerpo. El trayecto de vuelta al rancho, lo hicimos en un cómodo silencio, cada una pensando en lo suyo.

Lo primero que hice cuando llegué a

casa, a parte de saludar a Nerea y a los dos muchachos que Andrea había contratado para que nos echaran una mano en el rancho, fue subir a mi habitación y ponerme los vaqueros más viejos que tenía, y un polar. Tenía tiempo de sobra antes de que se hiciera noche cerrada para dar un paseo a caballo, y eso hice.

De pequeñas, mi padre nos había obligado a mí y a mi hermana a tomar clases de equitación. Yo iba a regañadientes porque creía que era una pérdida de tiempo dar esas clases ya que no teníamos caballos, y a mí me daban bastante respeto, para que mentir. Y ahora en cambio estaba tan agradecida... Cada día desde que había

llegado aquí, antes del anochecer, bajaba a las cuadras y ensillaba a Estrella. Un yegua joven de tonos cobrizos con una mancha en forma de estrella encima del morro, de ahí su nombre, que me tenía enamorada y que ya me había adjudicado. Galopar por el camino que bordeaba la laguna hasta llegar al riachuelo que bajaba de las montañas, se había convertido para mí en una rutina muy necesaria y liberadora. Me encantaba sentir el viento golpeando mi cara. Me encantaba sentir esa sensación de libertad a lomos de Estrella. Me encantaba llegar hasta la cascada donde rompía el riachuelo y dejarme invadir por el sonido del agua al caer. Ese sonido, me llenaba de paz, y

de tranquilidad. Hoy, no sé por qué, esa necesidad se había acentuado, y cuando monté sobre la yegua, la espoleé con urgencia para llegar cuanto antes a mi zona zen particular. En cuanto llegué desmonté y me senté en un peñasco a la vera del río. Hacía un frío de cagarse, pero me daba igual. Lo que sentía aquí arriba era medicina para mi alma, y el maldito frío no me iba a dejar sin mi dosis diaria. Permanecí allí sentada un buen rato, con los ojos cerradas y prestando atención a los sonidos de la naturaleza, relajándome. Sólo cuando empecé a notar los pies y el culo entumecidos y congelados, me levanté de allí, y volví con Estrella que pastaba plácidamente debajo de un árbol. La

acaricié, y le susurré palabras bonitas al oído que ella agradeció rozando su hocico en mi cara. Después de ese momento íntimo entre nosotras, simplemente volví a montar sobre ella, y regresé a casa.

Dejé a la yegua en su cubículo en el establo, y antes de entrar en casa para darme una ducha y cenar, le puse en el comedero heno fresco y también un cubo de agua. Después, con paso lento, me dirigí a la entrada donde Andrea y Nerea estaban tomándose una cerveza. Hablé cinco minutos con ellas, y luego subí a la buhardilla para adecentarme un poco. Veinte minutos más tarde ya estábamos las tres sentadas a la mesa de la cocina degustando unas deliciosas

truchas a la plancha que uno de los chicos había pescado esa mañana y una ensalada variada.

— ¿Qué te pasa, Julia? Te noto muy callada...—Me preguntó Nerea.

— No ha pasado nada, sólo que no he sido capaz de ponerme en contacto con mis niñas.

— ¿Sigues dándole vueltas a eso?—Andrea me miró.

— La verdad, es que sí. Me resulta muy extraño que ninguna de las dos me haya cogido el teléfono. No sé por qué, pero tengo la sensación de que algo no va bien en Nueva York.

— ¿Qué crees que haya podido

pasar?

— No tengo ni idea, Nere, es un presentimiento.

— Yo que tú no me preocuparía, quizá no te han llamado porque no conocen el número de teléfono.

— Eso mismo dije yo—Andrea dio un trago a su cerveza—. Deberías de pensar seriamente en comprarte un móvil, Julia. De esa manera estarías siempre localizable.

— Puede que tengas razón. Así evitaría tener que comerme la cabeza cada vez que ellas no respondieran a mis llamadas.

— Hablando de llamadas...— Nerea dejó el tenedor sobre el

plato, y me miró divertida—. Tu amigo el guaperas llamó esta tarde mientras estabais en el pueblo.

— ¿Ha llamado Byron?—
Pregunté nerviosa.

— ¿Cuántos amigos tuyos a parte de tu hermana y Yoselin tienen el teléfono del rancho?

— ¿Y qué quería?—Joder, precisamente hoy había estado pensando en él, ¿tendríamos telepatía?

— Quería hablar contigo, por supuesto. Pero al no encontrarte en casa me preguntó si habría algún inconveniente en que viniera a pasar el fin de semana aquí al rancho.

— Le dijiste que el hotel aún no estaba abierto al público, ¿verdad?

— No. Le contesté que no había ningún problema. Que estaríamos encantadas de tenerle por aquí.

— Joder, Nerea...

— ¿Qué pasa, no quieres verle?

— No es que no quiera verle. Es que me da miedo que una vez que sepa dónde está el rancho, pueda irle con el cuento a mi exmarido, ¿entiendes?—Buah, eso no me lo creía ni yo. Sabía con total seguridad que Abraham no era santo de devoción de Byron, pero prefería dar esa disculpa a reconocer abiertamente que me sentía atraída por él.

— Menudo chorrada—Andrea soltó una carcajada—. Lo que te pasa es que estás cagada de miedo por lo que pueda pasar—alzó varias veces las cejas con picardía. ¿Tan transparente era? ¡Joder!—¿Y cuándo se supone que llega el guaperas, Nere?

— Dijo que llegaría el viernes a última hora de la tarde.

— ¿Este viernes?

— No, Julia. El viernes del año que viene por este mismo mes—Dijo Andrea con guasa.

— Iros a la mierda, bobas—. Las dos estallaron en sendas carcajadas. Tenían razón, en realidad sentía pánico por lo que

podría pasar.

El resto de la cena, al ver que pasaba olímpicamente de sus burlas, dejaron el tema por imposible, aunque yo, no dejé de pensar en ello y en lo que podría suponer que Byron pasará todo un fin de semana aquí en el rancho. Más tarde, ya acostada en mi cama, la mente que es muy puñetera, no dejaba de recordarme una y otra vez los últimos meses vividos con Abraham, consiguiendo con ello, que una angustia que creía ya olvidada, volviera apoderarse de mí. Señal de que lo nuestro, ni lo tenía olvidado, y ni mucho menos superado. ¿Por qué entonces me sentía tan atraído por el amigo guaperas de Yoselin? ¿Estaba realmente

preparada para tener una aventura con él? Sólo había una manera de saberlo, ¿verdad? Tendría que dejarme llevar, y ver que pasaba. Si la única manera de conseguir que mi ex abandonara de una vez y para siempre mi cabeza y, sobre todo mi corazón, era abriendo otras puertas que dieran acceso a nuevas personas en mi vida, lo haría. Al menos lo intentaría. Con este último pensamiento, finalmente me quedé dormida.

El viernes, el primer pensamiento que tuve en cuanto abrí los ojos, fue llamar a Byron e inventar cualquier excusa para evitar tener que pasar el fin de semana con él, pero lo deseché al minuto uno. Nunca había sido una

cobarde, y no empezaría a serlo ahora. Así que más animada, me levanté de la cama, y me puse a funcionar. Mi plan para hoy ya que había terminado mi trabajo de restauración, era ayudar a Nerea a remover tierra en su huerto. Y más tarde, encerrarme en la cocina. Hoy sería yo quien se encargaría de preparar la comida. Normalmente, solían hacerlo ellas, pero como era yo la que estaba desocupada, no tenía escapatoria. Aunque en mi vida anterior casi nunca había tenido que hacerme la comida porque en casa siempre hemos tenido servicio, no se me daban mal los fogones. Lo que sabía, lo había aprendido de la mejor cocinera del mundo, mi madre. Ella, se había

encerrado en la cocina muchos domingos conmigo y con mi hermana para enseñarnos sus recetas favoritas. Que bien nos lo pasábamos, y que manera de dejar la cocina echa un asco. Cómo echo de menos aquellos momentos en los que era completamente feliz, y ajena a lo que me depararía la vida. Cómo echo de menos la sonrisa de mamá, su semblante sereno y tranquilo cuando estaba en nuestra compañía. Daría lo que fuera por volver a tenerla aquí conmigo. Lo que fuera.

El día pasó tan rápido, que cuando me quise dar cuenta, y miré el reloj, me sobresalté. Byron estaba a punto de llegar y yo echa un adefesio y oliendo a guiso por haberme pasado un montón de

horas encerrada en la cocina dando rienda suelta a mi vena culinaria. Así que como se suele decir, colgué el delantal, y subí corriendo a mi habitación para darme una ducha, y estar más o menos presentable para cuando él hiciera su aparición. Me puse unos leggins de pana en color verde botella, y un jersey de la lana gruesa de cuello cisne de color chocolate y me calcé los botines de piel marrón. Me dejé el pelo suelto, y me apliqué un poco de rimel y brillo de labios. Igual me había pasado un poco, pero que coño, no todos los días se tenía por estos lares a un hombre como Byron y quería estar bonita. Cuando las dos brujas que tenía como amigas me vieron bajar las escaleras, se

pusieron a silbar y, a piropearme.

— ¿Qué te parece, Nere?—dijo Andrea con sorna— ¿No crees qué para que no esté interesada en el guaperas se ha arreglado demasiado?

— Lo de que no está interesada no se lo cree ni ella. Mírala, si hasta se ha puesto brillo de labios para estar en casa—. Las carcajadas de estas dos podían oírse en todo el estado de Colorado.

— Sois unas arpías—dije contagiándome de sus risas—. Ahora va a resultar que si una se pone un poco mona, va a ser para impresionar a un hombre...

— ¿Es qué acaso quieres impresionarnos a nosotras, bonita?

—Andrea enarcó una de sus cejas divertida. Cuando hacía eso, me recordaba muchísimo a mi amiga Yoselin. Ella solía hacer ese mismo gesto.

— Que os den—dije entrando en la cocina para coger unas cervezas. Aún estaba yo con la cabeza metida en el frigorífico cuando un claxon sonó fuera varias veces. Genial, el guaperas había llegado, y con él mis malditos nervios.

Las tres salimos fuera para recibirle. En cuanto le vimos bajar del coche, Andrea, jadeó. Nerea, suspiró. Y yo no fui capaz de emitir sonido alguno. Joder,

estaba impresionante con aquellos tejanos desgastados. Las tres inclinamos la cabeza en la misma dirección cuando él se giró para sacar del maletero la bolsa de viaje, y así poder admirar el culo tan perfecto que aquellos pantalones marcaban. Joder, vaya tres. Menos mal que él ni se había dado cuenta, de lo contrario, la menda lerenda estaría con la cabeza bien enterrada en el huerto ecológico de Nerea. Cuando volvió a girarse, y se encaminó hacia donde le estábamos esperando, las tres volvimos a babear, pero conseguimos disimularlo bastante bien. Tras los saludos de rigor, entramos en la casa y, nos acomodamos en el salón.

A lo tonto y a lo bobo, cayeron un

par de cervezas antes de la cena, y luego durante ésta, una botella de vino tinto que Andrea había subido de la bodega de su tío abuelo. Igual que la última vez que habíamos estado con él, el tiempo pasó volando entre charlas, y risas. Muchas risas. Un poco más tarde de media noche, Andrea y Nerea se despidieron de nosotros con la típica excusa de que estaban cansadas, y muertas de sueño. Y allí nos quedamos los dos, sentados en el inmenso sofá tomando un café, y en completo silencio.

— ¿Te ha gustado la cena?—
Pregunté por decir algo.

— Estaba deliciosa. Nunca había comido cordero guisado con romero y albahaca. Le da un toque

muy particular.

— Me alegra que te gustara, era una receta de mi madre.

— ¿Has cocinado tú?—Asentí

—. Pues estaba de lujo.

— Gracias.

— ¿Has hecho algún plan para mañana?—indagó.

— Si sabes montar a caballo, sí. De lo contrario tendré que pensar en otra cosa.

— ¿En qué habías pensado?

— Pues había pensado, si el tiempo acompaña que creo que lo hará, en hacer un picnic en uno de mis lugares favoritos de por aquí. Pero claro, tendríamos que ir a caballo, o a pie.

— Prefiero ir a caballo.

— ¿Entonces sabes montar?

— ¿Lo dudas? Estás hablando con un perfecto cowboy, nena.

— Pues ya tenemos plan para mañana.

— Genial. ¿y ahora qué?

— Ahora nos vamos a la cama y...

— Mmm, sigue, me gusta esa propuesta—. No pude evitar reírme con ganas al ver su gesto lujurioso.

— No te hagas ilusiones, cowboy. Ahora nos vamos a la cama por separado, tú a la tuya, y yo, a la mía. A descansar. Mañana pasaremos todo el día fuera, así que a dormir.

— Me gustaba más el plan que estaba empezando a formarse en mi cabeza.

— Pues olvídalo.

— Está bien, como quieras. Tenía que intentarlo.

— No tienes remedio, Byron—. Me puse en pie, y él me siguió. En la puerta de su habitación, nos dimos las buenas noches, y yo, incómoda al notar su mirada fija puesta en mí, seguí subiendo las escaleras hasta llegar a la protección de mi cuarto.

El sábado amaneció un día espectacular, lo comprobé cuando como cada mañana, salí al porche a respirar el aire limpio y puro que llegaba de las

montañas. Sin perder tiempo, porque aún tenía que preparar lo que íbamos a llevar al picnic, hice la cama, y saqué del armario la ropa que iba a ponerme. Unos leggins gruesos y calentitos de color azul marino, y un forro polar gris que Andrea me había regalado poco tiempo después de llegar aquí. Me trencé el cabello, y me puse las botas de montaña, las que usaba cuando de vez en cuando me daba por hacer alguna ruta de senderismo de esas que anunciábamos en la propaganda del rancho, y bajé a la cocina. Para mi sorpresa, Byron ya estaba allí con las chicas tomándose una taza de café y devorando uno de los deliciosos bollos rellenos de mermelada de frambuesa que Nerea solía hacer los

fin de semana. Di los buenos días, y me dirigí hacia la cafetera para servirme un café, luego cogí uno de aquellos bollos y, me senté a la mesa con ellos. Cuando terminamos de desayunar, Andrea fue a enseñarle a Byron los establos, y mientras tanto yo, aproveché para meter en una mochila la comida que había dejado preparada el día anterior. Luego fui al salón, y de uno de los armarios, saqué una manta de cuadros verdes y rojos que usábamos para este tipo de menesteres. No es que hubiéramos hecho muchos pincic, porque no habíamos tenido mucho tiempo, pero sí que habíamos salido alguna que otra vez, y cuando el tiempo lo permitía, a comer un bocata, o lo que

fuera para desconectar, y metí la manta en otra mochila. Una vez que tuve todo listo, me puse el anorak, y caminé hacia los establos para ensillar a Estrella y a Dante. Dante era un caballo negro precioso que había llamado la atención de Andrea en una feria, y había hecho hasta lo imposible por hacerse con él. Y ahora era el compañero inseparable de mi Estrella.

A media mañana, nos pusimos en marcha. Animados, enfilamos el camino que había en la parte de atrás del rancho, y durante casi dos horas, que era más o menos el tiempo que se tardaba en llegar al lugar donde nos dirigíamos, él, fue hablándome un poco de su vida. Me habló de sus años de estudiante, de su

primer juicio, incluso me habló de su exnovia, y lo que había supuesto para él el que ella le dejara. No me pasó desapercibido, que después de hablarme de ello, su semblante cambió dejándome claro que durante aquel proceso, él, había sufrido mucho.

Ya estábamos muy cerca de nuestro destino, y por ello, le observé con más detenimiento. Quería ver si lo que iba a encontrarse una vez dejáramos atrás la arboleda, cambiaba la expresión triste de su cara. Se había quedado tan callado, que empezaba a lamentar que hubiéramos tenido aquella conversación. Gracias a Dios todo cambió cuando vio lo que tenía ante su ojos. Una pradera totalmente despejada que empezaba a

llenarse de color con la llegada de la primavera y el nacimiento del río al que yo iba a sentarme en mi lugar zen. La belleza que nos rodeaba era ¡espectacular! Bajamos de los caballos, y mientras éstos se acercaban al agua a beber, yo extendí la manta cerca de la orilla.

— Este lugar es precioso, Julia
—dijo Byron sentándose a mi lado.

— ¿Verdad qué sí?—Contesté.
Él asintió.

— Me siento extraño al estar rodeado de tanta belleza...—sus ojos se clavaron en los míos.

— ¿Tienes hambre?—Dije sacando los bocadillos de la mochila.

— Mucha—lo miré, ¿por qué tenía la sensación de no estar hablando del mismo tipo de hambre? Por suerte para mí, él dejó de hacer ese tipo de comentarios.

Durante la comida, volvió a aparecer el Byron que a mí me gustaba. El Byron divertido que me hacía reír continuamente. El otro, el seductor, también me gustaba, para que mentir, pero conseguía ponerme tan nerviosa que parecía medio tonta. En cambio con éste, me sentía tranquila y relajada. Tanto que no vi venir el momento en que él decidió besarme. Simplemente sucedió, dejó de hablar y, lentamente acerco su cara a la mía y posó sus labios con mucha ternura sobre los míos. Cerré

los ojos y noté su lengua abrirse paso en mi boca y acariciar con ella las paredes de ésta. Pero no sentí absolutamente nada. Cero. En mi interior, no había ese cosquilleo que me producían los besos de Abraham. Y tampoco tuve esa sensación de vértigo. Me sentía tan atraída por él, que era una verdadera lástima no sentir nada con sus besos. Me fastidiaba reconocerlo, pero con ello me quedaba claro que yo aún no estaba preparada para tener una aventura, ni con él, ni con nadie. Apoyé una mano en su pecho, y rompí el beso.

— Lo siento, Byron—dije con pesar—, pero no creo que esté preparada para esto. Mi separación está muy reciente y, no puedo

hacerlo. Perdóname sin con mi actitud te he dado a entender otra cosa. Me gustas pero...

— Tranquila, Julia. Lo entiendo. Perdóname tú a mí si te puse en una situación incómoda. Espero que lo que acabo de hacer, no estropee nuestra amistad.

— Tranquilo...

Después de ese momento un tanto tenso, tardamos un buen rato en volver a tratarnos con normalidad. Gracias a Dios para cuando estábamos de vuelta en el rancho, volvíamos a ser los de siempre. Dejamos los caballos al cuidado Charles, y con las mochilas en la mano, nos dirigimos a la casa. Íbamos sonrientes, recordando y tarareando una

vieja canción de los Dire Straits cuando Nerea salió presurosa de la casa con cara compungida.

— Julia—gritó—, tienes una llamada urgente desde Nueva York —. ¿Una llamada urgente? ¿Desde Nueva York? Eso solo podía significar una cosa, mi presentimiento era acertado. Algo grave estaba pasando en la ciudad.

Capítulo 18

Corriendo, subí las escaleras de la entrada y entré en el salón. El teléfono, esperaba apoyado encima de una mesita auxiliar y con miedo me quedé mirando en su dirección. Tenía la certeza que una vez pusiera el aparato en la oreja, lo que iba a escuchar, no iba a ser nada bueno. Con mano temblorosa, lo cogí, y con apenas un susurro pregunté quién era.

— Oh, Julia—sollozó mi hermana al otro lado—. Menos mal que te encuentro.

— Elsa, ¿qué te pasa, cariño? ¿Por qué estás llorando?

— Estoy en el hospital, Julia.

— ¿En el hospital? ¿Estás bien?

¡Por Dios, Elsa, habla de una maldita vez!

— Papá está enfermo, Julia.

— ¿Papá?

— Sí. Lleva tres semanas hospitalizado. Hace un par de meses, se hizo unos exámenes porque no se encontraba bien, y le diagnosticaron leucemia. Desde entonces no ha parado de entrar y salir del hospital—lloraba tan desconsoladamente que apenas entendía lo que decía—. Necesita un trasplante de médula, y han estado dándole sesiones de quimioterapia para preparar la zona porque yo me presenté voluntaria para ser donante

progenitor, pero no soy compatible, hermanita. Ahora está en cuidados intensivos porque ha empeorado y... y...

— A ver, Elsa, intenta tranquilizarte, apenas entiendo lo que me dices. ¿dices qué está en cuidados intensivos?

— Sí. El cáncer avanza muy rápido, y las sesiones de quimioterapia le han dejado tan débil que han tenido que ingresarlo en el unidad de cuidados intensivos.

— Supongo que estará en la lista como receptor de médula, ¿no?

— Sí, sí, claro. Lo han puesto como preferente, pero ya sabes que

eso puede tardar tiempo. El tiempo se agota, Julia, y papá...

— Elsa, cariño, siento muchísimo todo esto, de verdad, pero...

— Sé que no tengo ningún derecho a pedírtelo, Julia, pero él también es tu padre. Y bueno, ya te dije que yo me hice las pruebas pero no soy compatible...

— ¿Qué pretendes?—Pregunté intuyendo por dónde iban los tiros.

— Por favor, sería muy importante para mí que vinieras a Nueva York y que te hicieras las pruebas para saber si tú eres compatible. En tus manos está la oportunidad de poder salvarle la

vida a papá, Julia—. Joder, sentía lástima por mi padre, no soy una persona que desea el mal de los demás, y quizá si entre nosotros no hubiera pasado lo que pasó hace seis meses, probablemente ni me lo pensaría y me haría las pruebas a ojos cerrados, pero es que ahora, me costaba mucho tomar una decisión—. ¿Sigues ahí, Julia? ¿Me estás escuchando?—Dijo mi hermana desesperada. Suspiré.

— Sigo aquí, y sí, te he escuchado perfectamente. Entiendo que quieras hacer todo lo posible por salvar la vida de papá, Elsa, pero no te voy a permitir que me hagas ningún tipo de chantaje

emocional, ¿entiendes?

— Yo no te he hecho...

— Sí lo has hecho, cielo. Tus palabras exactas han sido, «*es tus manos está la oportunidad de poder salvarle la vida a papá*», ¿quiere eso decir qué si no me hago la pruebas, y papá muere, será por mi culpa?

— ¡Sabes perfectamente que no he querido decir eso!

— ¿Por qué me gritas?

— Lo siento, estoy viendo como a nuestro padre se le escapa la vida a cada segundo, y estoy desesperada. No vas a venir, ¿verdad?

— No lo sé, Elsa, tengo que

pensármelo.

— No me puedo creer lo que estoy oyendo. ¡Es tú padre, Julia!

— Sí, para mí es mi padre desde el mismo día que nací, pero por desgracia, para él no ha sido así. ¿Acaso tengo que recordarte lo qué sucedió hace seis meses?

— ¡Jamás pensé que fueras tan rencorosa! ¡La vida de una persona pende de un hilo, y tú, pudiendo ayudar, te permites el lujo de pensártelo! Te desconozco, Julia...

— Mira, voy a pasar por alto todo lo que estás diciendo porque entiendo que no es un buen momento para ti, y estás alterada, pero no voy a tomar una decisión a

la ligera.

— Genial, ¿puedes por favor ponerte en contacto conmigo cuándo hayas tomado esa decisión?

— Lo haré—y sin más mi hermana colgó el teléfono. Sin despedirse si quiera. Una lágrima silenciosa se deslizó por mi mejilla y la limpié con rabia. No quería llorar, y no quería sentirme culpable por ser sincera con mi hermana, pero sus palabras, dichas con tanta rabia hacia mí persona, dolían. Sabiendo todo por lo que tuve que pasar, que ella me dijera esas cosas, me mataba. Apoyé la espalda en la pared, y dejé que ésta resbalara por ella hasta quedar

sentada en el suelo.

Allí sentada, y cabizbaja, dejé que finalmente las lágrimas salieran a su libre albedrío. ¿Por qué retener las ganas de llorar cuándo en realidad era lo único que quería hacer? Me sentía mal. Muy mal. Primero por mi padre, por supuesto. Aunque no se mereciera que sintiera ningún tipo de lástima por él, la sentía. Al fin y al cabo, aunque conmigo se hubiera portado como un auténtico miserable, no dejaba de ser mi padre, y se estaba muriendo. A estas alturas, yo no sentía aprecio por él, ésa era la verdad. Me había hecho mucho daño, no sólo a mí, también a mi pobre madre que había soportado sus malas formas durante demasiado tiempo. Pero

tampoco deseaba su muerte. Yo, no era mala persona, o por lo menos no me consideraba así. Segundo por mi hermana. Entendía de sobra lo duro que debía de estar resultando todo esto para ella, por eso no iba a tener en cuenta sus duras palabras, pero el daño ya estaba hecho, y la semilla para hacerme sentir como una mierda, plantada. Ella, había sufrido los daños colaterales hacía seis meses de mi enfrentamiento con nuestro padre. Ella sabía que clase de persona era él, y el dolor que me causó cuando confesó orgulloso haber deseado cada noche que yo no viniera a este mundo. Lo duro que había sido para mí escuchar aquello. Y en cambio ahora, era él quien puede que me necesitara a mí

para seguir viviendo. Qué vueltas daba la vida, ¿verdad? Y tercero, me sentía mal por mí misma, porque para ser sincera, a pesar de no considerarme mala persona, me angustiaba darme cuenta de que podía serlo al no estar haciendo la maleta a toda prisa para volar a Nueva York. ¿En qué me convertía eso?

Sentí la presencia de Andrea, Nerea, y Byron en el salón sin necesidad de levantar la cabeza. Los tres se sentaron en el suelo a mi lado, sin saber que había pasado y preocupados por encontrarme en esas condiciones. El calor de las manos masculinas acariciando mi espalda consiguieron que me tranquilizara un poco y alzara la

cabeza para mirarles. Tenía que contarles lo que estaba pasando con mi padre en Nueva York, y el miedo a que pudieran juzgarme por no haber salido pitando por la puerta en su ayuda, me paralizaba las cuerdas vocales.

— Julia, cariño. ¿Qué ha pasado?—La cara de Andrea era un poema, igual que la de Byron y Nerea que me miraban con verdadera preocupación.

— Es mi padre...—sollocé.

— ¿Qué le pasa a tu padre, cielo?—Nerea cogió una de mis manos y me dio un ligero apretón.

— Hace dos meses que le diagnosticaron leucemia. Necesita un trasplante de médula con

urgencia y, mi hermana Elsa se hizo las pruebas pero no es compatible. Ahora lo tienen en cuidados intensivos porque cada día está peor...—Y poco a poco les conté toda la conversación con mi hermana y como ésta se había enfadado conmigo por mi respuesta. Ninguno dijo nada, simplemente se quedaron allí a mi lado, en silencio. No sabía que era peor, que me juzgaran, o que no abrieran la boca. Cuando creí que su mutismo iba a ser eterno, por fin Byron habló.

— ¿Y qué piensas hacer, preciosa?

— Lo primero que va a hacer es

levantarse de ahí, e intentar tranquilizarse—dijo Andrea poniéndose en pie tendiéndome su mano para que hiciera lo mismo que ella.

— Voy a la cocina a preparar unas infusiones, ayudaran a que se calme—. Nerea me dio un beso en la frente antes de abandonar el salón. Nos sentamos en uno de los inmensos sofás, el silencio seguía siendo el protagonista entre nosotros, imagino que no habría mucho que decir.

Poco después, Nerea volvió a entrar en el salón con una bandeja en las manos, la depositó en la mesita central, y fue dándonos a cada uno una de sus

infusiones milagrosas. Y la verdad, que al menos a mí, me sentó bien. En cuanto el líquido parduzco llegó a mi estómago, empecé a notar los efectos de lo que fuera que mi amiga había mezclado con el agua dejándome mucho más tranquila.

— ¿Creéis qué soy mala persona por no haber dicho que sí, y estar haciendo la maleta?—Pregunté en un susurro.

— Yo no lo creo—contestó Nerea—, solo tú sabes lo que has vivido con tu padre. Nosotros nos hacemos una idea por lo que nos cuentas, pero no somos quien para juzgarte si decides hacer uno u otro. Decidas lo que decidas contarás con nuestro apoyo.

— Gracias...—musicé.

— Julia, mírame—Andrea estaba arrodillada frente a mí—. Nadie va a juzgarte, pero debes pensar bien lo que vas a hacer. Te conozco lo suficiente como para saber que no eres una persona rencorosa, todo lo contrario. Eres una mujer muy generosa, cielo, nada egoísta. Siempre piensas en los demás antes que en ti misma, por eso quiero que lo tengas claro. No me gustaría que si decidieras no intentar ayudar a tu padre, los remordimientos llegaran a pasarte factura más tarde, ¿me entiendes?

— Sí, claro que lo entiendo.

— Preciosa—miré a Byron que

estaba sentado a mi lado—, nuestra amistad es muy reciente, y apenas te conozco, pero quizá esta sea una oportunidad para que, o bien cierres una etapa de tu vida para siempre, o para que ésta vuelva a encauzarse. Hagas lo que hagas, que tu conciencia esté tranquila y te deje dormir por las noches.

— Sí, puede que tengas razón—. Dije intentado sonreír—. Creo que tengo claro lo que voy a hacer, pero tengo tanto miedo a ir allí y revivir todo lo ocurrido hace unos meses que...

— ¿A qué temes realmente, Julia?

— A todo, Byron. Le temo a

todo.

— ¿Abraham?—Asentí sin confesar que probablemente lo que más miedo me daba, era volver a encontrarme con mi exmarido.

— Cielo, que te encuentres con tu ex es casi imposible, Nueva York es muy grande.

— Lo sé Andrea, pero aun así, solo de pensarlo...

— ¿Te sentirías más tranquila si en el caso de que decidieras ir yo te acompañara?

— No lo sé Byron, necesito pensar... Si no os importa, iré a acostarme—dije poniéndome en pie—. Es tarde y quiero estar sola. Gracias por vuestro apoyo,

significa mucho para mí.

— No estás sola, Julia, ¿lo sabes verdad?

— Ahora sí. Gracias de nuevo

—. Salí del salón con paso lento y me dirigí a las escaleras con sus miradas siguiendo todos mis movimientos.

Lo primero que hice en cuanto llegué a la buhardilla, fue coger mis cosas en la habitación, y encerrarme en el baño. Necesitaba meterme en la ducha y dejar que el chorro de agua caliente desentumeciera mi cuerpo. Desde la llamada de mi hermana estaba rígido como una piedra, y me pesaba como una losa. Permanecí allí encerrada bastante tiempo, y solo cuando tuve claro lo que

iba hacer, volví a mi cuarto.

Con las energías agotadas por los últimos acontecimientos, saqué una maleta pequeña que me había comprado en Asia, y empecé a meter en ella las cosas que iba a necesitar para el viaje. No tenía muy claro cuántos días iba a quedarme en la ciudad, todo dependía de si sería compatible para donar, o no. Así que por si acaso mi estancia allí se alargaba más de la cuenta, decidí meter de todo un poco. Una vez tuve el equipaje listo, viendo que me sería improbable siquiera intentar dormir, ya que me iba a resultar imposible, quité de encima de la cama el edredón nórdico que la cubría, y me envolví en él para salir al porche, y sentarme en mi

mecedora.

La quietud, y la calma de la noche no tardaron en relajarme. Suspiré. Todavía no me había ido, y ya estaba empezando a echar de menos todo esto. Con la vista fija en el cielo estrellado, le rogué a mi madre y al Todopoderoso que me dieran fuerzas para lo que fuera que me aconteciera una vez pusiera los pies en Nueva York. No iba a ser fácil para mí regresar, y aunque no se lo mereciera, estaba dispuesta a pasar por ello para hacerme las malditas pruebas que pudieran salvar la vida de mi progenitor. Empecé a sentirme adormecida pasado un rato de estar allí fuera, y entonces volví dentro y me acosté.

Cuando a la mañana siguiente abrí los ojos, me sentía sin fuerzas, y angustiada. Había empezado a olvidar lo que era sentirse así. Creía que lo tenía todo superado, ingenua de mí. Aparté el edredón y como alma en pena me obligué a salir de la cama pensando que dar una buena galopada a lomos de Estrella me vendría bien. Pero en cuanto abrí la ventana y vi el cielo negro que anunciaba tormenta, desistí de mi idea. Me vestí y bajé a la cocina creyendo que como era tan temprano, tendría la oportunidad de tomarme un café a solas, pero mi gozo en un pozo, mis tres apoyos morales, ya estaban allí. Y por sus semblantes, deduje que tampoco habían descansado gran cosa. Andrea,

con una tazá de café en la manos, tenía la mirada fija puesta en el algún punto de la estancia, perdida en sus pensamientos. Nerea golpeaba con fuerza una masa pegajosa encima de la encimera, y Byron, escribía algo en su móvil.

— Buenos días—saludé cruzando la puerta—, tampoco habéis podido dormir, ¿verdad?— Tres pares de ojos me miraban sin responder—. ¿Se os ha comido la lengua el gato?

— Bueno, ayer nos quedamos muy preocupados por ti, cielo. ¿Cómo estás?—Andrea dejó la taza vacía en el fregadero, y se acercó a mí.

— Estoy hecha una auténtica mierda, así es como estoy—. Crucé la cocina para servirme un café.

— ¿Has tomado una decisión?— Asentí mirando a Nerea que había dejado de amasar, y luego miré a Byron que todavía no había abierto la boca.

— Tu propuesta de acompañarme, ¿sigue en pie?—Le pregunté.

— Por supuesto.

— Entonces tenemos un viaje que preparar...

— Oh Julia, me alegra tanto que hayas tomado esa decisión— Andrea me abrazó—, tenía miedo que decidieras no ir y que luego te

arrepintieras de las consecuencias.

— No voy a mentiros diciendo que estoy deseosa de hacer este viaje, los tres sabéis lo que ha pasado entre mi padre y yo, aun así, debo dejar de lado todo ese dolor que me causó, y si en mis manos está el poder salvarle la vida, hacerlo. No me perdonaría dejarlo morir sabiendo que yo pude hacer algo...

— Sí cielo, ve y demuéstrole que a pesar de todo, tú, sigues siendo su hija y que por mucho daño que te haya hecho, eres infinitamente mejor que él.

— Gracias Andrea, gracias a los tres.

— No nos des las gracias, Julia. Somos tus amigos para lo bueno y lo malo, y siempre podrás contar con nosotros.

Después de desayunar, Byron, y yo nos encerramos en el estudio de Andrea y pasamos prácticamente todo la mañana buscando en las aerolíneas el primer vuelo que hubiera disponible a Nueva York. El único que encontramos, salía del aeropuerto internacional de Denver mañana lunes a las ocho de la mañana y, reservamos dos billetes. Después de tener la reserva hecha, Byron propuso que ya que el trayecto en coche desde Snowmass Village a Denver duraba aproximadamente cuatro horas, lo mejor sería irnos esa misma tarde y hacer

noche allí para poder estar mañana a primera hora en el aeropuerto. Podíamos quedarnos en el apartamento que él tenía en la ciudad, y así ahorrar el dinero de un hotel. Y aunque en un principio no me pareció buena idea pasar la noche en su casa, lo pensé mejor, y accedí. Era una tontería buscar un sitio donde dormir cuando él amablemente me había ofrecido su casa, ¿no? Cuando más tarde salimos del estudio, teníamos resuelto lo del viaje, y ahora que ya era un hecho, la ansiedad empezaba a apoderarse de mí. Mañana, más o menos a esta misma hora, ya estaría pisando la ciudad a la que hace unos meses me prometí no regresar hasta tener mi corazón totalmente cicatrizado. Y evidentemente,

estaba incumpliendo mi promesa.

Durante la comida, les explicamos a las chicas cuales eran nuestros planes para el viaje, y también que esa misma tarde antes de que anocheciera, nos pondríamos en ruta hacia Denver. Como yo ya tenía mi equipaje organizado desde la noche anterior, en cuanto terminamos de comer, y viendo que el cielo estaba mucho mas claro que por la mañana, decidí dar un paseo con Estrella. Me dirigí a mi lugar zen, y una vez allí, dejé que la maravillosa naturaleza, obrara en mí su magia. Me empapé de los sonidos, de las vistas, y de la paz que reinaba a mi alrededor. Y cuando sentí que mi yo interior estaba en calma, regresé al rancho. Muy a mi

pesar, se acercaba la hora de partir y no quería que por mi culpa se trastocaran los planes. Cuarenta minutos más tarde, subida en el coche de Byron, les decía adiós a las chicas con lágrimas en los ojos, deseando poder estar de regreso lo antes posible.

El viaje a Denver transcurrió dentro de la normalidad. Por suerte, a pesar de ser domingo no pillamos ningún atasco en carretera y antes de la media noche, estábamos dejando el coche en el aparcamiento subterráneo del magnífico edificio donde mi amigo tenía su apartamento. Una vez en su casa, ya duchada y vestida con ropa cómoda, intenté ponerme en contacto con mi hermana para contarle que mañana me

pondría en camino, pero para no variar, no lo conseguí. Lo intenté una vez más antes de acostarme, y más de lo mismo. Esperaba poder hablar con ella antes de que el vuelo saliera, de lo contrario tendría que ingeniármelas para averiguar en que hospital se encontraban. Suponía que era el mismo en el que yo había estado ingresada después de mi accidente, ya que era al que solíamos acudir todos cuando estábamos enfermos, pero no las tenía todas conmigo. Con este último pensamiento, me arrebujé entre las mantas. Y a partir de ahí, el tiempo pasó muy deprisa. Llevaba más de quince minutos quieta como una estatua delante de la puerta del hospital donde mi padre estaba

ingresado sin atreverme a cruzarla. Byron a mi lado, intentaba darme ánimos sin éxito alguno. Lo único que realmente me apetecía, era dar media vuelta, y salir corriendo. Esa mañana al levantarme de la cama, volví a intentar contactar con Elsa, pero de nuevo me saltó su buzón de voz. Entonces, no me quedó más remedio que llamar al hospital donde yo creía que él se encontraba para asegurarme e ir a tiro fijo en cuanto el avión aterrizara en la ciudad. Efectivamente, allí estaba, y aproveché para preguntar cómo se encontraba. Me dijeron que permanecía estable dentro de la gravedad de su enfermedad, y que aun seguía en cuidados intensivos. Después de eso,

salimos zumbando hacia el aeropuerto, y una vez que me subí al avión, el tiempo voló para mí porque me quedé frita prácticamente durante todo el vuelo. Una vez que aterrizamos, mientras esperábamos para recoger nuestras maletas, mi estado de nervios era tal, que Byron me obligó a entrar en la cafetería del aeropuerto para tomarme una tila doble y tranquilizarme un poco. Sinceramente, fue una pérdida de tiempo. Ni diez litros de tila conseguirían que me relajara. Prueba de ello era que llevaba paralizada mucho tiempo delante de la puerta sin saber que hacer.

— Preciosa, no tienes porque entrar ahora—me susurró mi amigo

—, estás cansada del viaje, podemos ir a mi casa, y cuando descanses un poco, regresar.

— No, Byron. Tiene que ser ahora, hoy. Pero estoy acojonada...

— Lo sé. Por eso te decía lo de ir a descansar. Te vendría bien que te tomaras un tiempo para mentalizarte.

— Estoy mentalizada—respiré hondo, y le miré—, lo que pasa que soy tan consciente de que en cuanto ponga un pie ahí dentro ya no va a haber vuelta atrás, que por eso estoy muerta de miedo.

— Estoy contigo, Julia. No pienso dejarte sola ni un momento a no ser que tú me lo pidas, ¿de

acuerdo?

— Sí. Gracias.

— ¿Entramos?—Asentí mirándole a los ojos. Él, entrelazo sus dedos con los míos, y juntos de la mano cruzamos la maldita puerta.

Con paso decidido, nos dirigimos al mostrador donde una enfermera amablemente nos indicó la planta donde se encontraba mi padre. Subimos en el ascensor, y cuando salimos de éste, estaba tan mareada por contener la respiración que creí que me desplomaría de un momento a otro. Pero no lo hice. La seguridad que Byron me transmitió con su firmeza, fue suficiente para que cargara mis pulmones de aire renovado,

y caminara a la sala de espera privada para los familiares. Lo primero que vi en cuanto puse un pie dentro de aquella sala, fue la penetrante y oscura mirada de mi exmarido. Una mirada que me recorrió de pies a cabeza, y que provocó una descarga eléctrica por todo mi cuerpo haciéndome estremecer. Mi peor pesadilla se hacía realidad, y ya no había vuelta atrás.

Capítulo 19

Recordaba perfectamente aquellos ojos. Recordaba perfectamente la intensidad de su mirada. Pero lo que parecía tener olvidado, era lo que me hacía sentir con ella. El corazón me latía tan deprisa, que me daba miedo a que en cualquier momento saliera disparado por la estancia y se postrara a sus pies. Intenté desviar la mirada, más que nada para recuperarme un poco del impacto de volver a verle, pero me resultó imposible. Estaba hipnotizada, y paralizada bajo el embrujo de aquellos ojos. ¡Dios! ¿Cómo pude si quiera pensar alguna vez que lo había olvidado? No solo era una ingenua,

además también era una ilusa. Le miré de la misma forma que él me miraba a mí. Lo escruté sin cortarme un pelo, fijándome en los cambios que en todo este tiempo se habían producido en él, que no eran muchos, la verdad. Parecía estar más delgado, y llevaba barba de varios días, aun así, estaba tremendamente guapo. No había perdido ni un ápice de su atractivo. Iba impecablemente vestido, como siempre. Con un traje azul marino de corte clásico, y una camisa azul celeste. No llevaba corbata. ¡Joder, se me estaba secando la boca! Byron me dio un ligero apretón en la mano, y carraspeó. Le miré comprendiendo aquel carraspeo, mi deseo por mi exmarido era demasiado

evidente, y estaba quedando en evidencia delante de él. ¡Menuda pardilla! Por si no bastara con que su mirada me hubiera dejado en aquel estado, en cuanto oí su voz, oh señor, me dieron ganas de jadear. Pero se me quitaron en cuanto llegaron a mis oídos sus palabras.

— Vaya... no sabía que mi desaparecida esposa nos iba a deleitar esta mañana con su presencia. ¡Menuda sorpresa! Ya veo que no has tardado mucho tiempo en encontrarme sustituto, querida—. Dijo despectivamente desviando la mirada hacia mi mano unida a la de Byron.

— Podría decir que me alegro

de verte, pero estaría mintiendo, y como tú muy bien sabrás, yo nunca miento, ¿verdad, Abraham?— Sonreí cínica—. Encontrarte sustituto no ha sido nada complicado. Bastaba con encontrar un hombre que fuera sincero conmigo, y sobre todo, que me quisiera de verdad. En el tiempo que duró nuestro matrimonio, tú nos has hecho ninguna de esas dos cosas... Por cierto, por si lo has olvidado, soy tu exmujer, querido —. Su mandíbula se tensó. Por lo visto mi comentario había dolido.

— Esposa mía, deberías informarte bien, porque hasta dónde yo sé, tú y yo, seguimos

casados.

— ¿Cómo dices?—Aquello que estaba diciendo, no podía ser cierto. Yo misma había visto la demanda de divorcio antes de marcharme, así que...¿De qué coño hablaba?

— Digo que sigues siendo mi mujer.

— ¡Mientes!

— No lo hago. Te guste, o no, ésa es la verdad. Sería conveniente que hablaras con tu abogada...—en ese momento, se abrió una puerta en la que ni siquiera me había fijado, y apareció la susodicha, que al verme allí se quedó con la boca abierta.

— ¡Julia!—Gritó sorprendida—. Pero... pero, ¡menuda sorpresa! ¿Cuándo has llegado?—Corrió hacia mí, y nos abrazamos fuertemente—. ¿Qué haces tú aquí, Byron?—Pregunto percatándose de la presencia de él.

— Eso me gustaría saber a mí—contestó Abraham. Obviamente le ignoré.

— Byron ha venido acompañándome a mí, Yos...

— Ya veo—el gesto que hizo con su boca, no me paso desapercibido, pero no dije nada—. ¿Por qué tenéis esas caras? ¿De qué hablabais?

— Estaba diciéndole a tu amiga

que debería de tener una charla contigo, por lo visto no está enterada de que seguimos casados —de repente a mi amiga después de oír aquello, se le fue el color del rostro.

— ¿Qué tonterías está diciendo éste, Yoselin?

— Éste tiene nombre—replicó Abraham.

— ¡Cállate, no estoy hablando contigo!

— ¿Elsa ya sabe qué estás aquí?

—¡Mierda! Que mi amiga se fuera por la tangente no me gustaba un pelo—. Verás que contenta se va a poner en cuanto te vea. Hace un rato que fue a ver a tu padre, ya

sabes que al estar en cuidados intensivos solo puede recibir visitas a horas determinadas.

— ¿Por qué estás tan nerviosa, Yos? ¿Estás ocultándome algo que debería saber?—Por su forma de actuar, sabía que así era, pero necesitaba oír de sus propios labios lo que mi ex afirmaba.

— ¿Desde cuándo tú y Byron estáis juntos?—Preguntó molesta. ¡Genial, ahora para eludir el tema se mostraría ofendida conmigo por no saber que su amigo y yo, nos veíamos!

— Buena pregunta, Yoselin. Talmente parece que me estés leyendo la mente—. Fulminé a

Abraham con la mirada. Verlo ahí plantado, con los brazos cruzados sobre el pecho, y tan seguro de sí mismo, me ponía enferma.

— Tú—dije señalándole con el dedo—, cierra la puta boca. Y tú— achiqué los ojos y miré a mi amiga —, contesta a mi pregunta—miró a mi ex, y después a mí, y finalmente asintió.

— Lo que él dice es cierto, Julia —el mundo se me vino encima en cuanto lo afirmó.

— ¿Y cómo es eso posible si yo misma vi la demanda de divorcio sobre tu mesa?—Siseé con rabia —. ¡Explícate!

— Bueno, tú dejaste todo listo

para presentar los papeles del divorcio, cielo. Pero tenías tanta prisa por irte, que se te olvidó lo más importante...

— La última vez que leí el acuerdo, todo estaba bien. No puede haber nada que se me haya olvidado.

— Julia, no firmaste los papeles...

— ¿Cómo dices?

— Lo que oyes, cielo.

— Esto tiene que ser una broma de muy mal gusto, Yoselin.

— No lo es. Puedes comprobarlo tú misma—. Oh señor, era peor de lo que imaginaba. ¿En qué narices estaba

pensando para haberme olvidado de firmar?

— ¿Y por qué no me has dicho nada en todo este tiempo?—Grité.

— No me dí cuenta de ello hasta que presente el acuerdo en el juzgado, para entonces tú estabas en Asia, y era imposible ponerme en contacto contigo.

— Pero hablé contigo varias veces por teléfono, y tú nunca me dijiste nada, Yos. ¿Por qué?—La media sonrisa que esbozó mi todavía marido me enfureció de tal manera que a duras penas pude contener las ganas de tirarme a él y golpearlo con todas mis fuerzas.

— ¿De qué te ríes? ¿Te parece

gracioso?—Espeté apoyando la mano en la cadera. Al ver que no tenía intención de contestar, mi cabreo aumentó, y soltándome del agarre de Byron, que el pobre estaba alucinando con lo que oía, caminé hasta donde Abraham estaba—. Dime, ¿qué cojones te hace tanta gracia?

— ¿Me estás dando permiso para hablar?—Madre mía, qué manera de provocarme...

En ese momento, se abrió la puerta de la sala, y todos nos volvimos para ver quién entraba. Mi hermana Elsa, con la cara surcada en lágrimas, nos miraba boquiabierta sin comprender lo que estaba pasando. Despacio me acerqué a

ella, e intenté sonreír, pero me resultó imposible. Estaba tan alterada por enterarme de que aún estaba casada con esa rata mentirosa, que lo único que conseguí, fue hacer una mueca extraña y abrazarme a ella.

Mi hermana lloró sobre mi hombro durante un buen rato. Verla en ese estado me encogió el corazón. Su sufrimiento por la enfermedad de nuestro padre era tan visible que me sentí fatal por el simple hecho de haberme cuestionado estar allí. Por haberle dicho en nuestra última conversación, que me lo pensaría sin tener en cuenta que posiblemente ella, era quien más me necesitaba. Cuando finalmente consiguió serenarse un poco, me miró y dijo:

— Gracias por estar aquí, hermanita. Me alegro mucho de verte.

— Gracias—musité—, yo también me alegro de verte a ti—. Acaricié su rostro.

— ¿Por qué no me has avisado de que vendrías?

— Lo intenté. Pero tu teléfono no daba señal, estaba apagado o fuera de cobertura.

— Lo siento. Hace dos días se me calló al suelo, y se hizo añicos. Paso tanto tiempo aquí metida, que se me olvidó llevarlo a arreglar, si es que tiene arreglo, claro. Supongo que si estás aquí, es porque vas a hacerte la pruebas de

compatibilidad, ¿verdad?

— Sí, Elsa, me haré las pruebas.

— Gracias, Julia. Sabía que aquí dentro—dijo señalándome el pecho—, aún había un buen corazón.

— No te creas, yo empiezo a dudarlo—. Tiré de ella y juntas nos sentamos en uno de los sofás que había en la sala.

— Antes, cuando entré estabas gritando, ¿qué ha pasado?

— Tu hermana se ha enterado de que aún es mi mujer...

— Ahora no es necesario que hables, ¡patán!—Mi hermana se llevo las manos a la boca y ahogó un gritito.

— ¿Ya lo sabes?—Asentí.

— ¿Y qué piensas hacer?

— ¡Solucionarlo!—dije mirando de reojo a Abraham para cerciorarme de que me escuchaba perfectamente—. Sólo tengo que firmar los malditos papeles y todo quedará resuelto. Olvídate de eso ahora y dime, ¿cómo está papá? ¿Hay algún cambio?

— No, ninguno. Los médicos han estado hablando conmigo esta mañana, y todo sigue igual, al menos no ha empeorado. ¿Sabes? Ha preguntado por ti varias veces, dice que este es su castigo por haberos tratado a mamá y a ti del modo que lo hizo. Que antes de morir, le gustaría poder pedirte

perdón por todo...

— Papá no se va a morir, Elsa. Si yo no soy compatible para poder donarle mi médula, aparecerá alguien que si lo sea, ya lo verás.

— Ojalá tuviera tu optimismo—. De repente, miré a nuestro alrededor, y me dí cuenta de que estábamos solas en la sala. Que Yoselin, Byron, y el piojo neandertal de Abraham, se habían ido sin hacer ruido dejándonos intimidad para hablar—. ¿No vas a entrar a verle?

— ¿A quién?

— A quién va a ser, Julia, a papá—. La verdad es que no me apetecía mucho ver a nuestro

padre, pero ya que estaba allí, y si con ello conseguía que mi hermana se quedase más tranquila, lo haría.

— ¿Ahora?—Pregunté nerviosa.

— Ahora sería un buen momento, de lo contrario ya no podrás hacerlo hasta mañana— asentí.

— ¿Vas quedarte aquí sola?

— No. Te acompañaré a la unidad de cuidados intensivos, y luego bajaré a la cafetería. Me vendrá bien tomar algo caliente. Julia...

— Dime—dije levantándome del sofá.

— ¿Por qué está Byron contigo?
¿Hay algo entre vosotros?

— No, sólo somos amigos. Estaba pasando el fin de semana en el rancho cuando llamaste, y cuando decidí venir se ofreció a acompañarme.

— Pues menos mal, porque ya ves que sigues casada.

— No me lo recuerdes, por favor—. Salimos de la salita, y me acompañó hasta donde estaba nuestro padre. Luego, simplemente me dejó allí sola, frente a aquella puerta de color blanco con cristales opacos que no me atrevía a cruzar.

Por mi mente, pasaron las imágenes de la última vez que había estado con mi padre. Una imágenes desagradables, y dolorosas que tenía grabadas a fuego en

mi cerebro, y que hacían que se me pusieran los pelos de punta. Por eso me costaba tanto entrar en aquella habitación y verle. Saber por mi hermana que él había preguntado por mí varias veces, me ponía nerviosa. Entendía que quisiera pedirme perdón por todo lo que nos hizo. Estaba muriéndose, y probablemente su conciencia le estaba pasando factura, pero, ¿podría perdonar yo tanto daño? ¿Tanta inquina? ¿Tanta maldad? Supongo que sí, aunque en un principio me resultara duro, supongo que el tiempo mitigaría los recuerdos escabrosos, y tal vez consiguiéramos llegar a una relación cordial. Lo que si veía más difícil era que esa relación

cordial, si alguna vez existía, se convirtiera en fraternal, o afectiva. Al menos por mi parte. Con muchísima fuerza de voluntad, hice a un lado todos esos pensamientos, y apoyé la mano en la puerta para entrar, pero antes de que llegara siquiera a empujarla, ésta se abrió, y salió un señor mayor con bata blanca que al verme allí parada se sorprendió.

— ¿Puedo ayudarla en algo?—

Pregunto solícito.

— No, gracias. Vengo a ver a mi padre...

— Ya entiendo, ¿usted es Julia?

— Su amable sonrisa me agradó.

— Sí, la misma. Y usted es...

— El doctor Miller—. Estreché

la mano que me tendió—. Me alegro de conocerte, por fin. Soy el oncólogo del señor Sullivan.

— ¿Cómo está?

— Dentro de la gravedad de su enfermedad, está estable. En estos últimos días no ha habido ninguna complicación, y eso nos da una tregua.

— ¿Es con usted con quién debo hablar de las pruebas de compatibilidad para donar?

— Entonces, ¿ha venido para hacerse las pruebas?—Asentí—. Su hermana no estaba muy segura de que fuera a venir...

— Sí bueno—le corté—, pero aquí estoy, y me gustaría hacerle

algunas preguntas al respecto.
Tengo muchas dudas.

— La atenderé con mucho gusto.
¿Ve la puerta qué hay al fondo del pasillo?

— Sí.

— Es mi consulta. Estaré allí por lo menos un par de horas. Cuando acabe la hora de visita, si quiere puede pasar a verme, y encantado intentaré disipar todas esas dudas.

— Muchas gracias, doctor Miller, es usted muy amable. Luego me pasaré—y despidiéndome de él, abrí la puerta y entré.

Una vez dentro, el olor desagradable a antiséptico y a desinfectante inundó

mis fosas nasales. La habitación estaba en penumbra, y desde dónde me encontraba a penas podía distinguir la figura de mi padre en aquella cama. Con paso lento, y sin hacer ruido, me acerqué. Me quedé asombrada al verle en aquel estado. Desde luego, no estaba preparada para aquello y me llevé una mano a la boca para ahogar una exclamación. Mi padre siempre fue un hombre fuerte, de brazos y espaldas anchas, alto, y atractivo. Y en cambio ahora, se le veía tan poca cosa... incluso parecía más mayor de lo que era. El color de su piel era ceniciento, y profundas ojeras oscuras se marcaban alrededor de sus ojos. No, no estaba preparada para el impacto que me causó

verle así. Sentí tanta tristeza que no pude evitar ponerme a llorar. Me recordaba tanto a mi madre en los últimos días de su vida, que por un momento dudé de que él tuviera alguna oportunidad de salvarse. El pitido constante de una de las máquinas que tenía enchufadas a su cuerpo fue subiendo de volumen y, me asusté. Automáticamente, una enfermera entró para ver que sucedía, y me tranquilizó diciéndome que uno de los cables se había soltado. En ese instante, mi padre abrió los ojos, y me miró.

— ¿Julia? ¿Eres Tú?

— Si—dije acercándome un poco más.

— Le... le... pedí a Dios que me diera la oportunidad de verte una

vez más antes de llevarme con él, y... y me la ha concedido. No puedo creer que de verdad estés aquí—. ¿Qué podía decirle? Lo cierto es que me daba mucha pena verlo así, pero no me salían las palabras, no sé si por la impresión, o porque realmente no tenía nada que decir—. Julia...—Un ataque repentino de tos, impidió que siguiera hablando.

— Papá, no te esfuerces, debes descansar...

— No—dijo a la vez que negaba con la cabeza—. Necesito hablar contigo.

— Pero, papá...

— Por favor, debes escucharme.

— Está bien—accedí. Y cogiendo una silla que había a los pies de la cama, me senté a su lado.

— He querido llamarte infinidad de veces desde la última vez que nos vimos para pedirte perdón por todo lo que hice, y dije. Sé que no merezco ese perdón porque he sido cruel, y mezquino, pero quiero irme de este mundo habiendo hecho por lo menos algo bien. Quise mucho a tu madre, Julia. Me enamoré de ella desde el primer momento en que la vi, y me dije... esa preciosidad, tiene que ser para mí. ¿Sabes? El flechazo fue mutuo, porque en cuanto ella me vio, cayó rendida a mis pies—sus labios se curvaron

en una pequeña sonrisa al recordar aquello—. Yo había ido a España con la intención de no quedarme mucho tiempo, pero la conocí a ella y todo cambió. Empezamos a salir aunque a tus abuelos no les gustaba la idea de que su hija estuviera con un americano, aun así, lo hicimos. Cada día que pasaba, más me enamoraba de ella...—durante un rato se quedó callado.

— Papá, no hace falta que hagas ésto, de verdad.

— Ne... nece... necesito hacerlo, Julia—Asentí tragándome el nudo que se me iba formando en la garganta al escuchar su historia —. Un día, habíamos quedado para

ir al cine, y al ver que tardaba en presentarse a la cita, me acerqué a su casa. Temía que tus abuelos le hubieran prohibido salir... y entonces fue cuando la vi abrazada a aquel muchacho. Su actitud, la de ambos, era tan íntima, tan cariñosa, que obviamente pensé lo peor. Herido, como no te puedes imaginar, di media vuelta y desaparecí de su vida. Hasta que poco tiempo después, fue ella la que vino a buscarme a mí para decirme que estaba esperando un hijo mío. Que tuviera la desfachatez de venir a buscarme para endosarme el hijo de otro me enfureció. Pero seguía queriéndola,

no había conseguido olvidarla y en cierta manera, me alegré de verla. Y a pesar de que creí que debía enviarla de vuelta a España, me sorprendí llevándola a mi casa y ofreciéndole matrimonio.

— Pero estabas equivocado, ¿por qué nunca hablaste con ella de lo que pensabas?

— Lo... lo hice—sus ojos se llenaron de lágrimas, estaba muy emocionado.

— ¿Y qué te explico ella?

— Me dijo que aquel día tus abuelos le habían prohibido volver a verme, y que habían decidido mandarla a casa de unos tíos lejos de allí para que se olvidara de mí.

Me contó que se cabreó tanto que tu abuelo le dio una bofetada, y que ella le amenazó con largarse de casa. Entonces llegó un primo suyo que había quedado para ir a solucionar un problema con unas cañerías, y al ver lo que estaba pasando, se la llevó con él a dar una vuelta para que el caldeado ambiente se enfriara. Él era el muchacho con el que la vi. Obviamente, no la creí. No creí nada de lo que me dijo, Julia. Fui tan mezquino, y mi orgullo de hombre estaba tan herido, que a pesar de amarla con toda mi alma, también la aborrecí, y la hice sufrir. Estaba tan cegado por los

celos que...

— Si te sentías así, no entiendo porque no la dejaste ir. No entiendo tu empeño en mantenerla a tu lado. Le hiciste mucho daño, papá.

— Lo sé, y a ti también. Cuando aquel día hace ya unos meses me enseñaste la prueba de paternidad, fui consciente de que era un ser despreciable y, que era demasiado tarde para enmendar mis errores con ella, pero no contigo. Te busqué, supe en todo momento dónde te encontrabas, pero no tuve la valentía de acercarme a ti y pedirte perdón. Me merezco tu odio, y que hoy estés aquí,

dispuesta a ayudarme después de todo lo que te hice, me demuestra que eres una gran persona, igual que lo era ella—. La puerta de la habitación se abrió, y la misma enfermera que antes había estado aquí, se acercó a la cama.

— Disculpe, señorita Sullivan, pero el horario de visitas ha terminado.

— ¿Podría darme cinco minutos más? Por favor...

— Cinco minutos—respondió—, ni uno más. El señor Sullivan necesita descansar.

— Gracias—. Tras la interrupción de la enfermera, volvimos a quedarnos solos—.

Papá...

— Perdóname, Julia. Perdona todo el daño que te hice. Perdona todas las veces que te hice sentir mal con mis desplantes. Perdona que por mi afán de conseguir lo que quería, te haya utilizado como moneda de cambio. Perdóname por haber sido un padre horrible para ti, y un esposo pésimo para tu madre. Perdóname...—sollozó.

— Por favor, papá, cálmate—rogué—. Claro que te perdono. Todo el mundo merece empezar de cero, y nosotros lo haremos—. Cogí sus huesudas y frías manos para reconfortarnos a ambos.

— Gracias, hija. Gracias por

darme una oportunidad...—Esperé allí sentada hasta que se quedó dormido, y después salí de la habitación antes de que la enfermera viniera a regañarme por extralimitarme con el tiempo.

Una vez fuera, miré en la dirección de la consulta del doctor Miller, aún tenía que hablar con él, y me sentía tan agotada emocionalmente después de la conversación con mi padre, que lo único que quería hacer, era irme a casa de Byron, y meditar en todo lo que había sucedido en el día de hoy. Pero la conversación con el doctor era importante, y no podía posponerla, así que resignada, fui a buscarle. Por suerte para mí, antes de que llegara la consulta,

una enfermera me salió al paso y me informó que el doctor Miller se había ido por una urgencia. Le dí las gracias y volví a la salita esperando encontrar allí a mi hermana y a Byron esperándome para ir a casa. Pero para mi desgracia, el único que estaba en la sala era Abraham. Al ver cómo me miraba, automáticamente me puse a la defensiva. Nada bueno podía salir de este encuentro a solas.

Capítulo 20

Que siguiera ligada a este hombre en matrimonio me indignaba y cabreaba de tal manera, que era verle y desear que el suelo se abriera bajo mis pies y me tragara con tal de no tener que enfrentarme a él. Tenía que reconocer que la culpa de que me encontrara en esta situación era sólo mía, por haberme largado sin cerciorarme de que mi nombre estaba escrito en todas y cada una de las páginas de la demanda de divorcio. ¡Qué estúpida había sido! Tanta prisa por desaparecer y alejarme de él, y no había servido para nada porque seguíamos casados. Si él hubiera

querido, podía haber interpuesto una demanda en mi contra por abandono de hogar, y haberme complicado la vida. Pero no lo había hecho. No había movido ni un solo dedo ni para hacer, ni para deshacer. ¿Por qué? Pues no tenía ni la más remota idea, la verdad. Verlo allí, con las manos metidas en los bolsillos, y mirándome como si fuera una pária, me ponía muy, muy nerviosa. No me encontraba con fuerza de enfrentarme a él de nuevo. Me sentía agotada, y con ganas de salir de aquel hospital. Pero en lo concerniente a nosotros ya había sido demasiado cobarde, y no iba a huir otra vez. No. Estaba claro que coger el toro por los cuernos, era la mejor opción. Así que

cerré la puerta, y me cruce de brazos desafiándole con la mirada.

— ¿Estás bien?—Su preguntá me sorprendió, no me esperaba que pudiera estar preocupado por mí, así que asentí, pero no bajé la guardia.

— ¿Dónde están los demás?— Me parecía muy extraño que ni mi hermana, ni Byron, estuvieran allí. Quizás seguían en la cafetería...

— Se han ido.

— ¿Se han ido? ¿Quieres decir que están en la cafetería, o...?

— Quiero decir que se han largado a sus casas—me cortó.

— ¿Todos?

— ¡Todos! A tu hermana ha

venido a buscarla Nathan, y como tú estabas aquí con tu padre, le pareció bien irse con él. Yoselin tenía una cena con su familia, y Byron se ha esfumado—. ¡Mierda! Mi amigo no había podido largarse dejándome sola con este cavernícola.

— ¿Y por qué sigues tú aquí?— Pregunté recelosa.

— Estaba esperándote para llevarte a casa—. ¿Cómo? ¿Qué estaba esperándome para llevarme a casa de Byron? ¡Increíble!

— Oh, pero eso no será necesario—dije. No estaba dispuesta a pasar más tiempo del necesario con él—. Llamaré a

Byron desde el teléfono público de la cafetería y, vendrá a recogerme.

— Creo que no me he explicado bien... Quise decir que estoy esperándote para llevarte a casa, nuestra casa, Julia—¿A nuestra casa? ¿Pero es que se había vuelto loco, o qué? ¡Ni de coña iba a irme con él!

— No pienso ir contigo a ningún sitio, Abraham—contesté lo más calmada que pude—. Además, mis cosas están en el coche de mi amigo y...

— Tus cosas están en el maletero de mi coche, querida—¿Es que no iba a dejarme terminar una maldita frase? ¡Odiaba esa

manera suya de leerme el pensamiento y adelantarse a mis réplicas. ¿Y qué coño había pasado mientras había estado viendo a mi padre para que todas mis cosas ahora las tuviera él? Byron iba a escucharme. ¡Vaya que si iba a escucharme ese traidor!

— No sé con derecho te crees a tomar decisiones por mí, querido. Pero estás peor de lo que yo imaginaba si piensas que voy a ir contigo a tu casa.

— ¡Nuestra casa!

— Lo siento, pero yo ya no la considero mía. En la demanda de divorcio lo dice bien claro. Renuncié a todo lo que teníamos en

común. Así que, te agradecería que me acompañaras al aparcamiento y sacarás mis cosas de tu coche.

— Está bien, vayamos pues— dijo dirigiéndose a la puerta. ¡Joder! Pues sí que había sido fácil convencerle, y yo creyendo que pondría el grito en el cielo.

Caminé confiada detrás de él hasta el ascensor. Una vez dentro, me dí cuenta del error que acababa de cometer al haberme metido dentro de aquel cubículo tan pequeño en su compañía. Y más cuando vi la sonrisa arrogante que asomo a su boca. Me alejé de él lo máximo que pude. Fue en vano, evidentemente. Sólo fueron necesarios dos pasos suyos para tenerlo pegado a

mí.

— ¡Ni se te ocurra tocarme!—
advertí.

— Que pasa, pelirroja, ¿tienes miedo?—¡Oh joder! Me encantaba como sonaba ese pelirroja en sus labios. Me regañé a mí misma por sentir ese placer.

— ¿Miedo dices? A quién, ¿a ti?
—¡Pero que chula era, leches!

— Miedo a lo que puedas sentir si te toco aquí—con un dedo rozó mi cuello. Automáticamente me respigué—. O, si me inclino así...
—bajó su cabeza hasta que nuestras bocas estuvieron separadas por escasos milímetros. Su cálido aliento casi me hizo jadear, pero

gracias a Dios me contuve— y acaricio con mi lengua ese labio tan delicioso...—¡Calor! Sentía calor por todo mi cuerpo. ¡Mierda, estaba a punto de suplicar que lo hiciera! Pero afortunadamente las puertas se abrieron y las dos enfermeras que se disponían a entrar, se quedaron paradas al ver aquella estampa. Abraham se irguió, y yo suspiré aliviada. Cómo solía decirse, ¡salvada por la campana!

Una vez fuera del hospital, caminamos por el aparcamiento hasta donde estaba su coche. En dos ocasiones intentó cogermelo de la mano, y en las dos ocasiones lo impedí. La verdad, que no

me vendría mal sujetarme a algo, porque después de la escenita del ascensor, mi piernas parecían estar hechas de chicle. Había estado a un tris de cometer una gran equivocación si le hubiera permitido besarme, y aunque confieso que me hubiera gustado que lo hiciera, aquella interrupción, había sido lo mejor que podía pasar. Conociéndome, estaba segura que el arrepentimiento de después, me hubiera llevado prácticamente hasta a la locura. Abraham abrió el coche con el mando, y antes de que pudiera siquiera darme cuenta, me tenía empotrada contra éste, y devoraba mi boca con ansiedad. Al primer contacto de su lengua con la mía, las entrañas se me licuaron sin remedio.

Su mano presionaba con fuerza mi nuca, y la otra me sujetaba fuertemente la cadera. Estaba claro que tanta presión, era para evitar que pudiera separarme de su cuerpo. Un jadeo traicionero escapó de mis labios, dejando más que evidente que estaba disfrutando de aquel beso tanto como él. ¿Qué coño estaba haciendo? Recorrí con mi lengua su labio inferior, consiguiendo que el ambiente se caldeara un poco más. Consiguiendo, que el gimiera de placer igual que anteriormente lo había hecho yo. Consiguiendo, que aflojara su amarre y así, poder darle un empujón que rompiera aquel contacto que me estaba haciendo perder la poca cordura que me quedaba. Estaba claro que no se

lo esperaba ya que me fulminó con la mirada. Por mucho que me gustaran sus besos, por mucho que disfrutara de ellos, por mucho que el deseo recorriera mi cuerpo con solo tenerle cerca, seguía siendo el hombre que había traicionado mi confianza. El hombre que me había destrozado el corazón jugando con mis sentimientos. El hombre que no había tenido escrúpulos a la hora de conseguir lo que se proponía. No, ya no quería tener nada que ver con ese hombre.

— ¡La próxima vez que vuelvas a hacer algo así, no me conformaré con darte sólo un empujón! Entiende de una maldita vez que no quiero que te acerques a mí, y mucho menos que vuelvas a

tocarme, o a besarme. ¿Te queda claro? Ahora saca mis cosas del coche, por favor—. Si las miradas matasen, ahora mismo estaría fulminada en el suelo, y Abraham sería viudo.

— ¿Me estás amenazando?

— No. No es una amenaza, es una advertencia.

— ¿Vas a negar que ese beso no te ha gustado? ¿Vas a negar, qué ese beso no te ha encendido la sangre? ¿Vas a negar qué me deseas? Porque no te creo, pelirroja.

— No voy a negar nada porque no soy una hipócrita, pero eso no significa que quiera tenerte cerca.

Lo nuestro se ha terminado hace meses, Abraham, sólo es cuestión de tiempo regularizar nuestra situación.

— Pero Julia...

— ¡Pero nada! Dame mis cosas, es tarde y estoy cansada.

— Tienes razón, es tarde y, por eso te ruego que vengas conmigo a casa. Ponerte a buscar hotel ahora, es una locura, Julia.

— No me importa. Prefiero dormir en la sala de espera del hospital a tener que pasar más tiempo contigo.

— No seas cabezota—dijo inspirando con fuerza—, prometo portarme bien, y no hacer nada que

tú no quieras. Me pondré una venda en los ojos si así lo deseas, para que no pueda ni mirarte. Pero ven a casa, por favor. No me gusta la idea de que pases la noche en cualquier parte teniendo tu propia habitación cerca de aquí—. La verdad, que tener que ponerme a buscar habitación en un hotel a estas horas era una putada. ¿Podía confiar en Abraham, y pasar la noche en su casa? O mejor dicho, ¿podía confiar en mantenerme firme compartiendo su espacio? ¿En serio estoy pensando siquiera en la posibilidad de aceptar su propuesta e irme con él a la casa dónde compartimos tantas cosas juntos?

Pues sí, aunque sabía que era una locura, me lo estaba planteando. ¿No estaré arriesgándome demasiado al meterme de cabeza en la guarida del león?

— Dime la verdad, ¿por qué tanto empeño en que pase la noche en tu casa, Abraham?

— ¿La verdad?—asiento—. Pues porque si estás empeñada en seguir adelante con el divorcio, quiero tenerte cerca por última vez. Tenemos una conversación pendiente y...

— A mí ya no me interesa hablar de nada que tenga que ver con nuestro matrimonio. Infinidad de veces te pregunté qué había pasado,

qué nos había llevado a estar discutiendo continuamente, a no poder mirarnos a la cara, y nunca respondiste. Sólo pensabas en ti cuando decías que no estabas preparado para hablar de ello, que necesitabas tiempo, cuando lo que yo más necesitaba debido a mi amnesia, era saber. Lo siento, pero lo que menos me apetece ahora es hablar de nada.

— Entiendo perfectamente como te sientes, sé que estás cansada y que hoy ha sido un día duro. Pero yo necesito hablar. Necesito explicarte por qué lo hice. Aunque todo esté perdido, quiero contarte la verdad. Mi verdad.

— ¿Y de qué me sirve ahora esa verdad si el daño ya está hecho? Lo nuestro ya no tiene solución, Abraham.

— Bueno, la esperanza es lo último que se pierde, ¿no? Además, si después de todo quieres seguir adelante con los trámites de separación, tengo los papeles en casa. Podrás firmarlos de una vez y listo.

— ¿Prometes qué si voy contigo vas a portarte bien? ¿Qué no vas a besarme, ni a tocarme?

— ¿No confías en mí, o no confías en ti, pelirroja?

— Abraham...

— Lo prometo, Julia.

— Está bien, pasaré la noche en tu casa, pero te advierto que a la mínima que te acerques más de lo debido, me largo.

— No te preocupes. No será necesario.

Después de esta charla más o menos civilizada que acabábamos de tener en el aparcamiento del hospital, nos subimos a su coche, y nos dirigimos a su casa. Durante el trayecto, el único sonido que hay dentro de éste, es el de nuestras respiraciones, y el de la música que sale de la radio. Miro de reojo a mi todavía marido, y me alucina ver que su apariencia es tranquila, incluso relajada, mientras que yo, en cambio, soy un manojo de nervios y a penas puedo

estarme quieta. Hace unos meses rota de dolor salí de aquella casa a la que ahora me dirigía prometiéndome a mí misma que jamás de los jamases volvería a poner un pie en ella. ¡Joder, no sé para qué coño me hacía promesas si luego no iba a cumplirlas! Con esta ya eran por lo menos un par que se iban por el retrete. Respiré hondo para darme ánimos cuando enfilamos mi antigua calle. Ésa que había sido testigo de mi huida, y a la que tanto había echado de menos.

Dejamos el coche en su plaza en el aparcamiento subterráneo y subimos en el ascensor. De momento, él mantenía su palabra, porque ni siquiera hizo el intento de aproximarse a mí mientras subíamos a casa. Aun así, yo estaba

como un flan. En cuestión de minutos, volvería a estar pisando el suelo del único lugar que realmente había sentido como mío, a parte de mi tienda taller, que por cierto ya no existía porque las pocas cosas que habían quedado en ella, ya las tenía en un cobertizo en el rancho esperando a que les diera una nueva vida. Abraham abrió la puerta, y enseguida mis fosas nasales se inundaron de ese aroma tan característico del que fue nuestro hogar. Se me encogió el corazón al despertarse en mi tantos recuerdos. En aquella casa, había conseguido a pesar de mi amnesia, ser feliz. Y sobre todo, me había dado cuenta que el amor que sentía por Abraham, aquel del que no me acordaba

cuando me desperté en la camilla de un hospital, se hacía cada vez más grande. Amaba a aquel hombre más que mi vida. De hecho, después de saber lo que para él significaba nuestro matrimonio, después de saber que todo era una farsa, y de haber sentido como mi corazón se partía en mil pedazos, después de vivir aquella horrible pesadilla, y de todo lo que hice por alejarme de él, me angustiaba darme cuenta que ese corazón hecho trizas, seguía perteneciéndole por mucho que yo intentara ignorarlo. ¡Esa era la puta realidad!

— ¿Por qué sigues en la puerta, Julia?—Preguntó extrañado—. No voy a comerte, aunque me encantaría hacerlo, créeme.

— Lo siento, es que...—No se me ocurría nada que decirle. Por primera vez en mucho tiempo, mi mente volvía a estar en blanco.

— Anda, pasa y cierra la puerta. No queremos que se escape el gato, ¿verdad?

— ¿Ahora tienes un gato?—¡No me lo podía creer!

— Era un decir, mujer— ¡Parecía tonta leches! Cerré la puerta tras de mí—. ¿Tienes hambre?

— La verdad es que no. Estoy agotada y me encantaría darme una ducha, ¿puedo?

— Julia, no me obligues a repetirte cada dos por tres que

estas en tu casa, por favor. He dejado tus cosas en nuestra habitación... no me mires con esa cara, yo dormiré en la otra—. Suspiré aliviada. Por un momento había pensado que los dos íbamos a compartir cama. Sólo de pensarlo, mis entrañas protestaron.

— Entonces si no te importa...

— Ve, y ponte cómoda. Mientras tanto, yo haré un par de llamadas de trabajo—. Y así lo hice.

Sin mirar a mi alrededor porque tenía miedo a desmoronarme por completo, abrí la maleta que él había dejado a los pies de la cama, y saqué lo que necesitaba para darme una ducha. Me encerré en el baño, y solo cuando ya

estaba debajo del agua, dejé salir a flote todas las emociones que se me habían ido acumulando a lo largo del día, y lloré. Lloré por mi padre, por su enfermedad, por aquel maldito orgullo suyo que no le había dejado ser feliz junto a mi madre. Lloré por mi madre, por todo lo que había sufrido con aquel hombre. Lloré por mi hermana Elsa al ser consciente de lo mal que lo estaba pasando con la enfermedad de nuestro padre. Y por supuesto, lloré por mí misma al darme cuenta que después de todo, volvía a estar en el punto de partida y seguía amando con toda mi alma a Abraham. ¿Por qué la vida era tan puñetera y me había vuelto a traer hasta aquí? ¿Acaso no era suficiente

todo lo que ya había vivido? Por lo visto no. Agotada por todo, salí de la ducha, me sequé, y me puse el pijama. Ahora que el agua caliente me había relajado un poco, notaba el cuerpo molido, y lo que era peor, la mente hecha papilla. No me sentía ni con fuerzas ni con ánimos de estar a solas con él, así que me quedé en la habitación. No me asombró ver que todo seguía como siempre. Mi ropa perfectamente colocada en el armario junto a la suya. Mi teléfono encima de la mesita, justo dónde yo lo había dejado... En cuanto lo vi, me dieron tentaciones de ver si tenía batería y encenderlo, pero ¿para qué? ¿Para ver todas las llamadas perdidas que

Abraham me habría hecho? No, mejor dejarlo como estaba. En silencio. Me tumbé en la cama, y poco a poco, sin poder evitarlo, me quedé dormida.

Me desperté desorientada, y acalorada. Desorientada porque no sabía dónde me encontraba hasta que encendí la luz. Y acalorada porque estaba teniendo un sueño bastante húmedo con Abraham. Sacudí la cabeza varias veces para alejar aquellas imágenes subidas de tono de mi mente, y me incorporé. No tenía ni idea de que hora era exactamente, pero deduje por el silencio que reinaba en la casa que era tarde. Estaba muerta de sed, así que intentando hacer el menor ruido posible fui a la cocina para beber agua. Se me

paralizó el corazón en cuanto le vi. Estaba de espaldas a mí, igual que el día que fuimos a la inauguración del estadio deportivo en Brooklyn. Parecía tan concentrado mirando hacia fuera, que ni cuenta se dio de que yo estaba allí, o eso creía. Le observé. Llevaba el pantalón de un pijama de cuadros caído en las caderas, y nada más. ¡Nada más! ¡Joder, el calor del sueño volvió a mí con intensidad! ¿Por qué tenían que pasarme estas cosas? Intenté recular, pero estaba disfrutando tanto de las vistas que los pies ni se movieron del sitio.

— Qué pasa, pelirroja, ¿necesitas algo?—dijo girándose lentamente y taladrándome con aquellos ojos tan negros como el

carbón.

— Esto... no, bueno sí... quiero decir...—¡Me cago en la leche, no me salían ni las palabras! Respiré hondo—. Me desperté, y me levanté a beber agua. Pensé que estarías dormido. ¿Qué hora es?

— La una y media. Fui a buscarte para cenar y como dormías tan plácidamente no quise molestarte. ¿Tienes hambre?—«De comida no»—pensé. ¡Puto subconsciente traicionero!

— No, solo tengo sed...—Cerré la boca de golpe al verle acercarse a mí.

— Julia...—Su voz ronca me erizó la piel. Me miraba y me

hablaba de aquella forma que lo único que me apetecía era olvidarme de todo, y dejarme llevar. ¡Lo deseaba tanto...!

No hicieron falta palabras, es más, creo que precisamente en ese instante sobraban. Enmarcó mi cara con las manos, y sus pulgares trazaron el contorno de mis labios. Con aquel roce, mi fuerza de voluntad brilló por su ausencia. Fui yo la que dí un paso más y devoró su boca. Fui yo la que acaricié su torso desnudo como si me fuera la vida en ello. Estaba segura que mañana me arrepentiría de lo que estaba a punto de hacer, pero aún no era mañana, así que, ¿por qué pensar en ello? Encaramada a su cuerpo, me llevó hasta

nuestra habitación, y allí me despojó del pijama y de las diminutas braguitas. Lamió cada rincón de mi cuerpo con una dedicación asombrosa, haciendo que ésta ardiera con cada toque, con cada caricia. Su lengua traviesa, jugó con mis pezones, con mi ombligo, y descendió hasta el foco de mi deseo que palpitaba por sentirlo dentro. Saboreó cada recoveco, haciéndome gemir, jadear, rogar... Cuando mis ruegos fueron escuchados, y por fin se hundió en mí, ¡oh señor... fue maravilloso! Me deshice con cada embestida. Me deshice con cada uno de sus gemidos. Me deshice con aquella mirada que acariciaba mi alma. Y cuando finalmente el orgasmo estalló con fuerza en mi

interior, me deshice con su, «te quiero, pelirroja». Después, irremediablemente, me quedé dormida entre sus brazos.

Empezaba a amanecer cuando abrí los ojos de golpe. Lo primero que sentí, fue el amarre de Abraham. Me abrazaba con tanta fuerza, que el aire a penas llegaba a mis pulmones. Aunque lo que en realidad creía que no me dejaba respirar, era darme cuenta de la magnitud de mi error. ¿Qué coño había hecho? Pues nada más y nada menos que lo que me pedía el cuerpo, y ahora, para no variar, llegaba el arrepentimiento. Quedarme allí esperando que el se despertara, significaría tener que enfrentarme a oír de sus propios labios las explicaciones de sus mentiras. Y

sinceramente, no creía que pudiera soportarlo. No después de lo de anoche. Arrepentida, o no, le seguía queriendo, pero lo nuestro ya no tenía remedio, yo ya no podía confiar en él. Así que con cuidado de no despertarle, me levanté, y me vestí. Después cogí mis cosas, y sin mirar atrás, me fui.

Capítulo 21

Una vez en la calle, tomé un taxi y me dirigí al hospital. Sabía que era demasiado temprano para que el doctor Miller estuviera ya en su consulta. Apenas eran la siete de la mañana, pero como era el único lugar al que podía ir, pues ni me lo pensé. Entré en la cafetería para tomarme un café, y hacer tiempo. Mientras me lo tomaba, pensé en lo sucedido la noche anterior. Después de haberme pasado todo el día diciéndole a Abraham por activa y por pasiva que no quería que se acercara a mí, incluso de hacerle prometer que no intentaría nada conmigo, al final había sido yo la que no pudo resistirse a él. A

su mirada cargada de deseo, a su escultural cuerpo, y mucho menos, a los sentimientos que para mi desgracia, seguía despertando en mí. ¡Qué patética era, por Dios! ¡Qué pensaría él cuándo se despertase y viera que después de lo de anoche me había largado sin más? Conociéndole, seguro que su primer pensamiento era que había vuelto a huir como una maldita cobarde. Y tendría razón, porque eso era precisamente lo que había hecho. Tendría que evitar a toda costa quedarme a solas con él. Visto lo visto, estaba claro que a pesar de que mi corazón estaba roto por sus mentiras, seguía latiendo por él. Y esos latidos, eran demasiados fuertes como para hacer oídos sordos, al menos en su

presencia. No tenía ni idea de cómo lo conseguiría, pero lo que durase mi estancia aquí, no volvería a verle a solas. Costase lo que me costase.

Antes de subir a la consulta del doctor, y aprovechando que estaba en la cafetería, llamé a Byron desde el teléfono público de ésta. Me importaba un pimiento que ni siquiera fueran las ocho de la mañana. Cómo que me llamaba Julia Sullivan que este dandy me iba oír por haberme dejado sola en las garras del enemigo.

— ¿Sí?—Contestó al tercer tono.

— ¡Eres un maldito traidor, Byron!—Dije sabiendo que estaba medio dormido.

— ¿Quién coño eres?—Gritó

molesto.

— ¿Qué quién soy? Pues hasta ayer, creía que era tu amiga.

— ¿Julia?

— ¡La misma! Me dijiste en la puerta del hospital que no me dejarías sola en ningún momento. ¿Sabes cómo me sentí ayer al salir de ver a mi padre y comprobar que te habías largado?—Estaba cabreada.

— Lo siento mucho, preciosa, pero tu marido puede ser muy convincente cuando se lo propone.

— ¿Qué pasó, Byron? ¿Te hiciste caquita?—Se carcajeó.

— Nada de eso. Pasó que con un marido celoso como el que tú

tienes, simplemente preferí mantenerme al margen, Julia.

— ¿Te amenazó?

— No fue necesario. Durante el tiempo que estuvimos en la cafetería, hablamos. Comprendí por lo que me dijo, que teníais muchas cosas que aclarar. Y al ver que los demás pensaban lo mismo, pues que quieres que te diga... ¿Pasaste la noche con él?

— No tuve más remedio. Era eso, o tener que buscar una habitación en un hotel.

— Si claro, no tuviste más remedio. Lo dices cómo si alguien te hubiera puesto una pistola en la cabeza y te hubiera obligado.

— ¿Te estás burlando de mí?

— ¡Dios me libre!—Pero si que lo estaba haciendo. El muy capullo no dejaba de reírse consiguiendo que me enfureciera más, y me sintiera una estúpida—. ¿Comemos juntos?

— No sé si quiero verte. Estoy muy cabreada contigo, amigo mío. Tú y tu concepto de la amistad dejáis mucho que desear. Teniendo amigos como tú, ¿quién necesita enemigos?

— Venga ya, Julia, no exageres. A medio día me pasaré por el hospital y lo hablamos personalmente, ¿te parece? Así podrás darme un buen coscorrón si

quieres.

— Oh, no dudes de que te lo daré, mal amigo—. Tras esto último nos despedimos, y subí a la unidad de cuidados intensivos para hablar con el doctor Miller.

En cuanto le expliqué a la enfermera cuál era el motivo de mi visita tan temprana, automáticamente me hizo pasar a la consulta. Estaba bastante nerviosa, y también tenía miedo. No tenía ni idea de como era el proceso a seguir para un trasplante, y me preocupaba. La amable sonrisa que me dedicó el doctor Miller nada mas verme, me tranquilizó un poco, aun así, mi mano tembló al estrechar la suya. Durante más o menos una hora, y con infinita

paciencia, me explicó todo lo que necesitaba saber. La prueba de compatibilidad era muy sencilla. Consistía en hacer un análisis de sangre un poco más especial que los comunes y comprobar que mis antígenos leucocitarios, eran compatibles con los de mi progenitor. Por norma general los hermanos del receptor suelen ser los que mas posibilidades tienen de donar. Pero en el caso de mi padre, como no había hermanos, pues sus únicas opciones éramos Elsa, y yo. Y ya sabíamos que mi hermana no era compatible así que sólo quedaba yo. Una vez que se establece la compatibilidad, se requieren otro tipo de pruebas para comprobar que el donante está en

perfectas condiciones. Y si todo está bien, pasamos al siguiente paso que el doctor denominó, movilización de las células madre. ¿Qué significa ésto? Pues que mediante unas inyecciones que me pondrían, a los que llaman factores de crecimiento, se moverían las células madre de la médula ósea, a la sangre circulante. Dichas inyecciones, me las pondrían durante cinco días, y es en el quinto día cuando las células madre tienen su recolección. ¿Efectos secundarios de este medicamento? Por supuesto. Dolor de huesos, fiebre, dolor abdominal... Según el doctor Miller, los mismos síntomas que se tienen durante una gripe común y corriente. Y por fin, después de esos cinco días, se haría la

recolección de mis células madre a mi padre. Me insertarían un catéter endovenoso en la vena principal, en el cuello. Solo de pensarlo, se me ponen los pelos de punta ya que odio las agujas. Y empezaría el proceso de donación. El doctor Miller, me aseguró que no correría ningún tipo de riesgo, que me pondrían anestesia general, o epidural, lo que yo quisiera. Tendría que estar ingresada durante veinticuatro horas, y al día siguiente, ya podría hacer vida normal.

— ¿Seguro que podré hacer vida normal?—Pregunté dudosa.

— Completamente, Julia.
¿Tienes alguna duda más?

— Creo que no. ¿Cuándo

podríamos empezar?

— Bueno, lo mejor sería hacerlo cuanto antes. ¿De verdad te sientes preparada para ello?

— Sí, lo estoy.

— Está bien, entonces mañana a primera hora, haremos el análisis de sangre para medir la compatibilidad, y esperaremos los resultados. Recuerda que tienes que venir en ayunas—asentí poniéndome en pie.

— Muchas gracias por dedicarme su tiempo y ser tan paciente conmigo, doctor Miller.

— No me des las gracias, Julia, para eso estoy. Cualquier otra cosa que se te ocurra, ya sabes dónde

encontrarme—. Me acompañó hasta la puerta y nos despedimos hasta la mañana siguiente.

Dios, entre las pocas horas que había dormido, y toda la información que ahora tenía en mi cabeza, me sentía aturdida. Una vez fuera de la consulta, me apoyé en la pared, cerré los ojos, y me masajeeé las sienes. Calculé por alto el tiempo que tendría que estar aquí en Nueva York. Si todo salía según lo esperado, sería más o menos una semana. Una semana que tendría que ingeniármelas para evitar a Abraham. ¡Increíble! Estaba a punto de pasar por un montón de pruebas y lo único que me preocupaba era no quedarme a solas con mi todavía marido. Repito, ¡increíble!

Suspiré hondo. Era pensar en él, y faltarme el aire. Resignada por los efectos que este hombre causaba en mí, abrí los ojos y me moví dispuesta a ir a ver a mi padre. Pero la figura del hombre que ocupaba mi mente, estaba ahí, frente a mí, con los brazos cruzados y mirándome sin pestañear. ¡Mierda! ¿Cómo iba a hacer para librarme de él?

— ¿Qué diablos estás haciendo aquí?—Espeté seca.

— Buenos días para ti también, Julia—contestó con sorna—. Pues verás, esta mañana, me desperté pensando que por fin iba a tener una conversación que para mí es muy importante con mi esposa, y resulta que ésta se había esfumado.

¿La has visto por alguna parte?—
¡Genial, estaba cabreado!

— No tengo ganas de oír tus tonterías, lárgate, y déjame en paz, ¿quieres?

— ¿Ha pasado algo con tu padre, y por eso has tenido que salir corriendo de casa al amanecer?

— No. Él está estable...

— Entonces, ¿por qué lo hiciste?

— ¿Por qué hice el qué, Abraham?

— Darme anoche lo mejor de ti, y luego huir como una cobarde.

— Mira...—dije mirando a nuestro alrededor cerciorándome de que nadie más estaba escuchando. Pero no pude seguir

hablando porque el muy cretino me sujetó fuertemente por un brazo, y casi a arrastras me llevó hasta el interior de la sala de espera, donde a esas horas no había un alma. Cerró la puerta de un golpe seco, y se apoyó en ésta para que no pudiera salir. ¡Me hervía la sangre de la mala leche que tenía y le fulminé con la mirada—. ¿Pero te has vuelto loco pedazo de animal?

— ¡Tú me estás volviendo loco, Julia!

— ¡Lo qué me faltaba por oír!—
Grité.

— Pensé que lo de anoche nos daba una tregua. Que dejarías que te explicara mi versión y luego

tomarías una decisión.

— La decisión está tomada desde hace meses, Abraham, ¿acaso no te quedó claro?

— No, no lo tengo claro porque sigues queriéndome—una sonrisa insolente escapó de mis labios—. ¿Te atreves a negarlo?

— Por supuesto que me atrevo...
—Antes de que me diera tiempo a terminar la frase estaba ocupando su lugar en la puerta, y su cuerpo aplastaba el mío contra ésta. Enroscó su mano en mi pelo y dio un fuerte tirón que me hizo inclinar la cabeza hacia atrás. A continuación, y sin que yo pudiera protestar, poseyó mi boca con

brusquedad. Posesivo y dominante. ¡Me cago en la puta! Este Abraham también me gustaba. Me había dado cuenta aquella vez que salí con las chicas y al volver a casa, había rasgado mi vestido sin miramientos. Su forma de actuar tan neandertal, me ponía, y mucho. Aun así, le dí un mordisco en la lengua con todas mis fuerzas que hizo que se separara de mí ipso facto.

— ¡Eres una salvaje!—Gruñó.

— Igual que tú—dije poniendo distancia entre ambos—. Te odio, Abraham. Te odio como nunca en mi vida he odiado a nadie. Ni siquiera a mi padre—mentí. Era la única manera de conseguir que me

dejara en paz—. Descubrir el motivo por el cual te habías casado conmigo, me rompió el corazón. Te amaba más que a mi vida y me destrozaste. Me hiciste trizas. Y ahora que empiezo a recuperarme de aquel dolor, no estoy dispuesta a volver a pasar por ello. Oír de tus propios labios cómo lo ideaste todo con mi padre, me hundiría por completo, y lo siento por ti, pero no quiero sufrir más por algo que ya tenía casi olvidado. Asume de una puta vez que lo nuestro se acabó.

— ¡Mientes! En la carta que dejaste junto a la demanda de divorcio, decías que nunca dejarías de quererme, y ayer...

— Lo de ayer fue increíble, no lo niego. Pero no me entregué a ti por amor, lo hice por necesidad— su mandíbula tembló—. Y respecto a lo de que nunca iba a dejar de quererte, era algo que sentía por aquel entonces. Afortunadamente para mí, me equivoqué, y el amor que te tenía, se hizo humo. Igual que todo lo demás.

— No te creo—susurró.

— Tú mismo. No es mi problema—. Alcé la cara desafiante y con toda la maldad de la que fui capaz, dije— Deja de humillarte, y desaparece de mi vista, ¿quieres?

— ¿Estás segura de qué es eso lo

que deseas?

— Completamente.

— Entonces, tus deseos son órdenes para mí, pelirroja—. Y sin decir una palabra más dio media vuelta, y salió por la puerta dando un portazo tras de sí. Cinco segundos después, ésta volvió a abrirse, y con las lágrimas rodando por mis mejillas dije sin girarme...

— Te dije que desaparecieras de mi vista, Abraham. No me hagas volver a repetirlo.

— Julia, ¿qué ha pasado? ¿Por qué estás llorando?—El abrazo de mi hermana no se hizo esperar. Y allí, refugiada en el calor que ese abrazo me transmitía me derrumbé

por completo, y lloré cómo hacía mucho tiempo no hacía.

Cuando estuve lo suficientemente calmada para poder explicarme, le conté a mi hermana lo que había pasado con Abraham. Se lo conté todo, incluida la noche que habíamos compartido en su casa. Lo que sentía cada vez que le tenía cerca, y lo poco dispuesta que estaba a seguir con aquello. Ella no interrumpió mi parrafada en ningún momento, dejó que me desahogara hasta que se me pasó la maldita llorera. Sabía de sobra que ella no estaba de acuerdo con mi forma de proceder, lo había dejado bastante claro antes de irme Asia cuando me pedía que antes de desaparecer, hablara con él. Y viendo el buen rollito que

ambos tenían, imaginaba que respecto a eso no había cambiado de opinión. Sólo rogaba para mis adentros que no me diera ella también la tabarra con el temita. Pero claro, conociéndola como la conocía, sabía que la charla llegaría en cualquier momento. Como así fue. No tuve que esperar demasiado para saber su opinión.

— Julia, tesoro, entiendo perfectamente cómo te sientes, pero no estoy de acuerdo contigo. ¿De verdad no sientes curiosidad por saber por qué lo hizo?

— Perdona que te diga, Elsa, pero si me haces esa pregunta es que no entiendes nada.

— Pues entonces, explícamelo—

rogó poniendo los ojos en blanco.

— No es que no quiera saber sus motivos, que creo que están bastante claros, por cierto. Lo que pasa es que una cosa es haber recordado una conversación suya con su mejor amigo sin haberle visto la cara, y otra muy distinta tenerlo frente a mí reconociéndolo. Prefiero seguir intentando que la herida de ese recuerdo cicatrice, a que la herida se vuelva a abrir, ¿entiendes? Eso me mataría, Elsa. Sólo de pensar en volver a revivir el dolor que sentí meses atrás...

— Hermanita, ¿le quieres?—
Asentí—. Pues entonces, no puedes permitir que el miedo no te deje

ver la oportunidad que tienes ante ti de volver a ser feliz junto a él.

— ¿De verdad crees que podría ser feliz con alguien que me ha mentido, y se ha burlado de mí? ¿Con alguien que nunca tuvo mis sentimientos en cuenta? Porque yo no lo creo, Elsa. Lo único que quiero es empezar de cero, y que el tiempo me haga olvidar.

— Nunca podrás empezar realmente de cero si antes no cierras este capítulo de tu vida, cielo. Te conozco lo suficientemente bien como para saber que siempre tendrás la duda de lo qué habría pasado si le hubieras escuchado. Ahora tú no lo

ves así, pero tarde o temprano te preguntarás si has hecho lo correcto.

— ¿Cuándo has hablado con él?

— Mi hermana agachó la mirada.

— Cuando llegó de Vancouver lo primero que hizo fue ir a casa de Yoselin para verte. Las dos estábamos llorando porque tú acababas de irte a otro continente, y no sabíamos cuándo volveríamos a verte. Sinceramente Julia, la desesperación que Abraham tenía, no creo que fuera la de un marido que no siente nada por su mujer. Y después, cuando nos dio su versión entendimos muchas cosas, y tanto Yoselin como yo nos dimos cuenta

de que él te ama.

— Y llegasteis a esa conclusión porque...

— No, no seré yo quién te dé explicaciones. Si quieres saberlo, tendrás que hablar con él, hermanita.

— ¿Estás segura de que Yoselín piensa lo mismo que tú?—
Conociendo a mi amiga, me extrañaba que de buenas a primeras hubiera perdonado lo que me hizo.

— Completamente—respondió segura. Si eso era así, entonces puede que tuviera delante de mis narices la respuesta de porqué mi amiga no me había dicho que la demanda de divorcio no estaba

firmada.

— No lo sé, puede que tanto tú como Yo tengáis razón. Pero esta es mi decisión, y no pienso cambiarla porque a vosotras no os parezca bien. Ninguna de las dos ha tenido que pasar por lo que yo pasé, por eso no lo entendéis. Si estoy cometiendo una equivocación, la única que pagará las consecuencias, seré yo, así que...

— Las consecuencias de tu decisión las pagaréis los dos. Abraham, y tú, piénsalo.

— Lo siento mucho pero no tengo nada que pensar. Él no pensó en mí cuando se casó conmigo por

interés, ¿por qué debería hacerlo yo?

— Porque nunca has sido una persona egoísta, por eso.

— Quizá ya no sea la misma persona de hace unos meses, y ahora solo piense en mí.

— Lo dudo mucho.

— Cambiemos de tema, ¿quieres?—ella torció el gesto, y asintió—. ¿Cuándo podremos entrar a ver a papá?

— En media hora. ¿Ya has hablado con el doctor Miller?

— Sí—afirmé. Le expliqué un poco por alto, ya que ella ya sabía de que iba el tema, y cuando llegó la hora de las visitas, las dos juntas

entramos a ver a nuestro padre.

El resto del día pasó demasiado lento. Después del encuentro con Abraham se me quedó mal cuerpo, y ni siquiera cuando bajé a la cafetería a comer con Byron conseguí deshacerme de ese malestar. Y eso que mi amigo estaba de buen humor e hizo todo lo posible por hacer que me olvidara de todo. Pero sus intentos no dieron resultado alguno. Además, me quedé bastante depre cuando me dijo que a la mañana siguiente regresaría a Denver. Tenía trabajo pendiente que no podía seguir eludiendo, y como sabía que me dejaba en buenas manos, no pude evitar reírme cuando dijo aquello, se iba tranquilo. Más tarde, cuando ya me

había despedido de él y le había dado las gracias por haberme acompañado hasta aquí, subí de nuevo a la sala de espera y me encontré con mi amiga Yoselin, que por cierto, desde el día anterior, estaba muy rara conmigo y no me daba cara. Supuse que el motivo de que se comportara así era porque no me había dicho nada de la demanda de divorcio, pero me equivocaba. Por las indirectas que por su parte fueron cayendo a lo largo de la tarde, me di cuenta que por lo que realmente estaba molesta era porque Byron me había acompañado, y creía que él, y yo, teníamos un lío. ¿Estaba celosa? Sí, aquella manera tan impropia de comportarse, solo podía venir de una

mujer celosa. ¡Qué equivocada estaba! Por supuesto no le hice caso e ignoré sus puyitas. Esta noche, cuando estuviéramos en su casa, porque a pesar de todo iba a quedarme con ella estos días, hablaríamos largo y tendido sobre el tema. A solas.

Les conté como era mi día a día en el rancho. Lo mucho que habíamos trabajado para conseguir que a finales de mes estuviera todo dispuesto para su inauguración, y lo encantadoras que eran Andrea y Nerea. Les pareció tan encantador lo que les describía, la laguna, mi lugar zen, lo bonito que se veía el cielo por las noches... que me prometieron ir a pasar un fin de semana allí conmigo. Durante esas horas que

estuvimos las tres juntas, agradecí en silencio que ninguna de ellas sacara el tema de Abraham. Parecía que por fin les había quedado claro que para mí era persona no grata y de momento, lo respetaban. Gracias a Dios que él tampoco había vuelto a aparecer, cada vez que se había abierto la puerta de la salita, me había girado sobresaltada y con el corazón en un puño hacia ésta para cerciorarme de que no era él. El miedo, y los nervios de volver a tenerlo frente a mí, me agotaban de tal manera que me sentía exhausta. Y cuando por fin llegó la hora de irnos, lo agradecí. Estaba deseando llegar a casa de mi amiga, darme una buena ducha, y dormir.

Capítulo 22

La semana fue pasando. Los resultados de los análisis que me hicieron para medir la compatibilidad, llegaron al día siguiente de hacérmelos. El médico tenía esperanzas, aunque el porcentaje no era muy elevado, había posibilidades de que la donación saliera bien. Por lo tanto, llevaba ya cuatro días poniéndome las inyecciones de marras para activar mis antígenos leucocitarios. Hoy era el quinto día, lo que significaba que ya me quedaría ingresada para que mañana a primera hora, se hiciera la operación. Estaba muerta de miedo, para que mentir. Sólo de pensar que me insertarían una aguja en el cuello me

daba pánico, por eso mismo le había dicho al doctor Miller que me pusieran anestesia general para no ser consciente de todo el proceso. Prefería estar completamente dormida, a tener que estar viendo como a través de una aguja mi sangre iba pasando al cuerpo de mi padre. Con él, todo estaba tranquilo. Seguía sintiendo cierto rechazo cada vez que entraba a verlo en la unidad de cuidados intensivos, pero imaginaba que con el tiempo ese rechazo desaparecería. No habíamos vuelto a hablar del tema de mi madre, no tenía caso. Pero lo que sí intentó en una ocasión, fue explicarme el motivo que le llevó a ofrecerle a Abraham que se casara conmigo. En cuanto abrió la boca

para hablar, le corté. Seguía manteniéndome en mis trece de que no quería saber nada del asunto, ni por su parte, ni por la de mi todavía marido. A éste último, no había vuelto a verlo desde el día que le dije que desapareciera de mi vista, y tampoco había sabido nada de él. Había costado lo suyo, pero parecía que por fin tenía asumido que lo nuestro ya no tenía solución alguna. ¡Gracias a Dios! Tener que haber estado lidiando con él todos estos días, sin ninguna duda hubiera acabado con mi paciencia, o lo que era peor y más probable, que hubiera sucumbido a sus encantos y a mis sentimientos, y me hubiera vuelto a acostar con él. ¡De la qué me estaba

librando!

Mi hermana, acababa de llegar a casa de Yoselin para acompañarme al hospital. Sabía que no me encontraba bien debido a las inyecciones, y no me dejaba sola ni a sol ni a sombra. No me había subido la fiebre, pero sí que tenía dolores musculares, y alguna náusea. A veces tenía la sensación de que mi cuerpo había sido arroyado por un tren, pero no podía hacer nada. Eran los efectos secundarios de la medicación ésa y no tenía más remedio que soportarlo.

Revisé por última vez la pequeña bolsa que tenía encima de la cama por si se me había olvida meter algo para mi corta estancia en el hospital. Estaba

todo. Un pijama, el neceser con los artículos de aseo, un libro, y el cargador de mi nuevo teléfono. Sí, tras la insistencia de mi hermana y mi amiga de que me comprara uno, al final a regañadientes había claudicado. Tenían razón cuando decían que tenía que estar localizable en casos de urgencia, y eso era lo que me había convencido. Mi nuevo número, sólo lo tenían seis personas. Elsa, Yoselin, Andrea, Nerea, Byron, y el doctor Miller. Nadie más. Cerré la bolsa, y tomé el anorak que colgaba de una percha en el armario, y salí de la habitación en busca de mi hermana que junto a Yoselin, me esperaba en la cocina.

— ¿Estás nerviosa?—Me

preguntó Elsa en cuanto me vio.

— Nerviosa y cagada de miedo, la verdad.

— Es normal, supongo. Pero todo saldrá bien hermanita.

— Eso espero...—Miré a mi amiga esperando que ella dijera algo, pero no, no tenía nada que decir.

— ¿Se puede saber qué os pasa a vosotras dos?—Mi hermana que no era tonta, se había dado cuenta que hacía días que Yoselin y yo, apenas hablábamos. Lo que ella no sabía, era que la primer noche que me quedé aquí en esta casa, habíamos discutido por primera vez en lo que duraba nuestra

amistad.

— Pasa que tu hermana es una listilla que cree saberlo todo. Eso pasa—contestó con indiferencia mi amiga.

— No vais a contarme nada, ¿verdad?

— No hay nada que contar, Elsa. ¿Por qué no nos vamos?

— Sí, mejor nos vamos, o de lo contrario acabaré cogiéndoos de las orejas por lo estúpidas que sois —Cogí la bolsa que había dejado en el suelo del pasillo, y sin despedirme de Yoselin salí por la puerta. Si ella no pensaba dirigirme la palabra, yo mucho menos.

Una vez en el hospital, lo primero

que hice, fue ir a ver a la enfermera para que me pusiera la inyección de hoy, y después, ir a la tercera planta donde se encontraba la habitación que iba a ocupar desde ya. Dejé mis cosas en el minúsculo armario, y fui en busca de mi hermana que estaba en cuidados intensivos viendo a nuestro padre. La encontré cuando salía de la habitación de éste. Estaba emocionada y llorosa porque él le había dicho que seguramente este sería su último día. Intenté tranquilizarla lo mejor que pude, y cuando conseguí que dejara de llorar, me la llevé a la cafetería a tomar algo caliente pensando que nos vendría bien a las dos.

Luego, para mi desgracia, el tiempo

pasó demasiado rápido y cuando me quise dar cuenta, estaba en mi habitación sola y sin poder dormir porque los nervios no me dejaban pegar ojo. Miré el reloj del móvil, eran las doce de la noche. Entonces recordé que esa tarde había llamado al rancho para hablar con las chicas, y solo pude hacerlo con Nerea. Entre otras cosas me contó algo sobre Andrea que me había dejado preocupada. El día anterior, ella había recibido la notificación de la notaría que había llevado el tema de la herencia de su tío abuelo, y desde entonces estaba angustiada y no dejaba de llorar. Al no querer ponerse al teléfono para hablar conmigo, Nerea me aseguró que en cuanto se calmara, la obligaría a

llamarme. No lo había hecho. Y entonces en ese momento, decidí volver a llamar yo.

— Hola—dije en cuanto descolgó el teléfono.

— Hola, Julia—su voz sonaba triste y rara, quizá por haber llorado tanto tiempo—¿Cómo estás?

— Bien, ya estoy ingresada. Mañana harán la recolocación de las células madre. Los nervios me tienen en un sin vivir, pero por lo demás estoy bien, ¿y tú? He hablado con Nerea y...

— Sí, ya me lo dijo. Perdona que no quisiera ponerme al teléfono, Julia. Pero es que ha

pasado algo, y no estoy bien. No tenía ganas de hablar con nadie.

— Tranquila. ¿Quieres contarme ahora lo qué ha pasado?—Suspiró.

— Recibí una notificación de la notaria que llevaba las cosas de mi tío abuelo. Por lo visto, había otro heredero con el que había sido imposible contactar. Y resulta que ahora, después de todos estos meses, ha dado señales de vida y quiere reclamar su parte de la herencia. ¿Te lo puedes creer?

— Que quieres qué te diga, cielo, la verdad es que lo que me cuentas parece increíble. ¿Has ido a hablar con el notario?

— Mañana por la tarde tengo

una reunión con él. No entiendo cómo ha podido pasar algo así, Julia. La notaría tenía que haberse asegurado antes de decirme que era la única heredera. ¿Qué voy a hacer ahora si se presenta aquí?— Sollozó—. Me he gastado todos mis ahorros en el rancho. Me he deslomado para dejarlo en condiciones, y ahora... Tendré que buscar un abogado, y...

— Andrea, cariño, no te precipites. Espera a hablar con el notario a ver que te cuenta, quizá esa persona no esté interesada en el rancho.

— ¿Y qué, Julia? Si no está interesada en el rancho, tendré que

darle la mitad del dinero que valga éste, ¿entiendes? ¿De dónde cojones voy a sacar ese dinero? No me queda nada, lo invertí todo en las obras. ¡Todo esto es una mierda!

— Pues sí, cielo, una auténtica mierda. Byron es abogado, en el caso de que necesites uno seguro que él estará encantado de ayudarte. Pero por el momento no lo pienses. Espera a mañana, y después podrás ponerte en contacto con él. En tres o cuatro días yo ya estaré de vuelta, y juntas podremos enfrentarnos a lo que sea. No vamos a dejar que pases por esto tú sola.

— Gracias—murmuró. Seguimos hablando durante un rato más, y cuando me despedí de ella, parecía que estaba más tranquila. Ojalá me equivocara, pero presentía que esa persona no venía precisamente en son de paz. No se sabía nada de ella, si era hombre o mujer, si era joven, si por el contrario era mayor... lo único que me quedaba claro después de hablar con mi amiga, era que quería su parte de la herencia. No, no pintaba nada bien.

En algún momento mientras meditaba en la situación de Andrea me quedé dormida. Pero me desperté poco tiempo después agobiada por una pesadilla. Y no, esta vez no era con

Abraham con quién había soñado. Era con mi amiga Yoselin. Nuestra amistad duraba ya montones de años. Nos habíamos conocido en el instituto y aunque luego nuestras respectivas carreras universitarias nos llevaron a vivir alejadas una de la otra, nunca perdimos el contacto. Y jamás de los jamases, habíamos estado enfadas. Por supuesto que discutimos en más de una vez, pero nunca llegamos al extremo de apenas dirigirnos la palabra. Hacía unas noches, al llegar yo a su casa, habíamos empezado hablando tranquilamente del tema de mi divorcio para terminar ella lanzándome puñales con los ojos por atreverme a insinuar que sentía algo por Byron. Su reacción, evidentemente, me

confirmó lo que yo llevaba sospechando desde que nos habíamos visto en la sala de espera del hospital el día que llegué acompañada de él. La conocía tan bien...

Flashback

— Yoselin, tenemos que hablar
—dije en cuanto entré por la puerta.

— ¿Hablar? ¿De qué?

— Lo sabes de sobra, así que te agradecería que no te hicieras la tonta. Ahora qué estamos las dos solas, quiero que me expliques por qué narices no me dijiste que no había firmado los papeles del

divorcio.

— Ya te lo dije esta tarde, estabas en Asia y me era imposible contactar contigo.

— Pero pudiste decírmelo después...

— Tienes razón, pero estuve muy liada con mi trabajo. Además, tus llamadas eran de escasos minutos y apenas nos daba tiempo a decir nada. Luego fue pasando el tiempo, y se me olvidó—se encogió de hombros y me dejó sola en el salón para ir a la cocina. La seguí.

— ¿Qué se te olvidó? ¿En serio? Dime, ¿Qué clase de abogada eres tú que se te olvida decirle a un

cliente que no ha firmado la demanda de divorcio? ¿Se te olvida hacer tu trabajo con alguien más, o solo conmigo?—Que me diera esa explicación tan absurda me enfurecía.

— ¡No te pases, Julia!

— Pues entonces dime la verdad. No soy idiota, Yos. Seguramente decidiste no decirme nada después de hablar con Abraham.

— ¿A qué te refieres?—Preguntó nerviosa.

— Sé por Elsa que tú y ella hablasteis con él el mismo día que yo me marché. También sé, que tanto tú como mi hermana, pensáis

que hago mal al querer divorciarme. Parece ser que lo que fuera que os haya contado, os convenció de que la que estaba actuando mal era yo, ¿me equivoco?—Ella me miró con esa carita que solía poner de no haber roto en la vida un plato, y lo vi claro—. Joder, Yoselin, eres mi amiga. Sé sincera conmigo.

— No, no te equivocas. No te voy a decir lo que él nos contó, si quieres saberlo tendrás que preguntarle tú misma. Solo te diré que ese hombre te quiere. Te quiere de verdad, y tú también le quieres a él. Cuando llevé la demanda de divorcio al juzgado y vi que no

habías firmado, me pareció una señal.

— ¿Una señal? Pero, ¿de qué estás hablando?

— Una señal de que en realidad tú no querías aquello. Que habías solicitado el divorcio movida por la rabia, el despecho, la desesperación... y tu subconsciente, sabio él, actuó por ti haciendo que se te olvidara firmar.

— Lo que estás diciendo es absurdo.

— No lo es. Si lo piensas detenidamente lo verás claro. ¿Por qué crees tú que se te olvido firmar?

— Joder, Yos, lees demasiadas

novelas románticas. Me olvidé de firmar porque tenía mil cosas en la cabeza, y estaba pasando por el peor momento de mi vida.

— Si tú lo dices...

— Pues claro que lo digo yo. Y aunque ese fuera el caso, que no lo es, ¿quién coño te crees para tomar una decisión tan importante por mí, y ocultármelo? ¿Acaso pensabas que cuando me enterara iba a dar saltos de alegría? ¡Mierda, Yoselin, me has decepcionado!

— Lo siento—dijo—, lo único que he hecho ha sido retrasar el proceso. Si tan convencida estás de que es lo que quieres, entonces firma los putos papeles, y listo.

— Por supuesto que los firmaré.
Qué no te quepa la menor duda.

— Ya, y seguro que Byron no tiene nada que ver...—escupió venenosa.

— ¿Qué estás insinuando?

— Cómo tu misma has dicho antes, no eres idiota, sabes de sobra que insinúo.

— ¿Estás celosa? ¿Es eso?

— ¿Pero qué dices? ¿Te has vuelto loca? ¿Por qué narices iba a estar celosa?

— Porque Byron te gusta más de lo que quieres reconocer. Por eso.

— ¡Menuda gilipollez!—Gritó.

— ¡Ja, esta si qué es buena!—bufo—. Es una gilipollez qué

sientas algo por Byron, pero te parece de lo más normal que mi subconsciente actúe por mí. ¿Qué narices te pasa, Yos? Hace años que tú y yo somos amigas. Te conozco perfectamente, y sabes que no estoy equivocada cuando pienso que él te gusta. ¿Cuándo has dejado de confiar en mí?

— Yo no he dejado de confiar en ti, Julia.

— ¿Ah no? Pues no entiendo nada. Te tomas las libertades que te da la gana con el tema de mi divorcio, y en cambio no eres capaz de reconocer algo que para mí es tan evidente. ¿Por qué?

— Porque estás equivocada.

— Si estuviera equivocada, no reaccionarías así. No insistiré, lo único que te voy a decir, es que cuándo tengas los santos ovarios de reconocerlo, seguiré estando aquí para hablar si así lo deseas. Yo sigo siendo la misma, Yoselin. Y no, Byron no tiene nada que ver con que siga adelante con todo esto. Entre él, y yo, nunca hubo, y nunca habrá algo más allá de la amistad —. Esperé durante un rato a que ella se dignara a decir, o hacer algo. Pero nada, talmente parecía que estuviera hablando con una puta pared. En vista de que poco más iba a sacar de aquella conversación porque mi amiga se

había cerrado en banda, salí de la cocina y me encerré en mi cuarto.

Y así estábamos desde entonces, sin dirigirnos apenas la palabra. Respiré hondo y miré la hora en el teléfono. Eran las tres de la madrugada y seguía dando vueltas sin ser capaz de cerrar los malditos ojos. Decidida a relajarme cómo fuera, me levanté, y busqué en la mochila los auriculares para poder escuchar música con una aplicación nueva que me había descargado para el móvil. Acostada de nuevo, cerré los ojos, y dejé que las notas musicales invadieran mis oídos. No volví a mirar la hora, ver que iba pasando el tiempo también me ponía nerviosa, por eso evité hacerlo concentrándome y

tarareando las canciones que iban sonando, hasta que por fin me dormí.

Cuando mi hermana Elsa entró por la puerta a la mañana siguiente, era temprano, y yo, ya estaba despierta y frenética. Intentó tranquilizarme de todas las maneras posibles, y fingí que lo conseguía sólo para que me dejara en paz. No sé por qué, pero tenerla encima de mí constantemente, me ponía de mal humor. Seguramente eran los putos nervios los que me hacían reaccionar así. Después de estar un rato conmigo en la habitación, la convencí para que fuera a ver a nuestro padre. Él la necesitaba más que yo y quería estar a solas antes de que las enfermeras y celadores vinieran a buscarme. Una vez sola, sin

poder evitarlo, me acordé de la única vez que yo había entrado en un quirófano. Había sido para operarme la pierna después del accidente que casi me cuesta la vida. Se me erizó la piel al pensar en ello. Recuerdo perfectamente cómo me sentía, el miedo que me atenazaba sólo de pensar en volver a quedarme en coma, o por el contrario, despertarme con todos mis recuerdos intactos. Y sobre todo, lo insegura que me sentía a pesar de estar acompañada por Abraham. Sí, él había estado a mi lado en todo momento, incluso me había acompañado hasta la misma puerta del quirófano diciéndome que todo saldría bien, y que estaría allí cuando todo terminara. Después simplemente había

posado sus labios sobre los míos regalándome un tierno beso que en aquel momento, me supo a gloria. ¡Qué diferencia tan abismal de esta vez a la anterior! ¿Estaría él al tanto de lo de hoy? Seguramente sí. Aunque mi hermana no me dijera nada, sabía perfectamente que hablaban por teléfono y que lo más probable y muy a mi pesar, ella le mantuviera informado de todo. De repente se abrió la puerta, y ya no pude pensar más porque tuve que centrarme en contestar todas las preguntas que iba haciéndome una enfermeras mientras un par de celadores me acomodaban en una camilla. Lo último que recuerdo, fue ver a mi padre a mi lado completamente dormido, y la

sonrisa del doctor Miller mientras me hablaba con calma, y me pedía que pensara en algo bonito. Y eso hice. Pensé en él. Pensé en Abraham. Lo más bonito que había tenido en toda mi vida.

Abrí los ojos poco a poco y miré a mi alrededor para ver dónde me encontraba. Estaba sola en una habitación mortalmente silenciosa de paredes blancas. Notaba la boca pastosa y seca. Sentí que la puerta se abría, y que alguien se acercaba a la cama. Era una enfermera. Al ver que estaba despierta, me sonrió.

— Hola, Julia, ¿Cómo te encuentras?—Preguntó amablemente.

— Bien, creo—conseguí

balbucear—¿Cómo...? ¿Dónde...?

— Tranquila—dijo dándome un ligero apretón en la mano—. Todo ha salido bien. Tu padre está en su habitación, aún no se ha despertado de la anestesia. Tú estás en la sala de reanimación, cielo.

— ¿En la sala de reanimación?

—Pregunté asustada—. ¿Por... Por qué? ¿Qué me ha pasado?

— No te asustes, no ha pasado nada. Después de una operación con anestesia general, es habitual que los pacientes pasen una hora en esta sala. Hasta que se despiertan y comprobamos que todo está correctamente. Ahora voy a traerte un poco de agua porque

seguramente tengas la boca seca, y sientas mucha sed—asentí—, más tarde vendrán a buscarte para llevarte a tu habitación, ¿vale?

— Vale—susurré.

— Quédate tranquila, ahora regreso—. En cuanto salió por la puerta, volví a dormirme para despertarme algunas horas después en mi habitación.

Me dolía la cabeza y sentía molestias en el cuello allí donde había estado insertada aquella aguja que gracias a Dios, no llegué a ver. De lo contrario, no hubieran necesitado ni anestesiarme porque seguramente me hubiera quedado noqueada por la impresión. Oí murmullos, y cuando me

giré, vi a mi hermana y a mi amiga a los pies de la cama que parecían discutir por algo. Carraspeé para hacerme notar, y entonces Elsa me miró.

— Hermanita, ¿cómo estás? ¿Te duele mucho?—Se acercó a mí, y me abrazó.

— Estoy bien. Papá...

— Él también está bien, Julia. Hace rato que se despertó de la anestesia. Los médicos están contentos. Me han dicho que es muy fuerte, y que ahora es cuestión de tiempo que empiece a mejorar. Eso si no rechaza el trasplante, claro.

— No lo hará—dije convencida.

— Ojalá tengas razón.

— ¿Estabais discutiendo?—

Miré a una y luego a otra.

— No, no, cielo, no discutíamos. Intentábamos ponernos de acuerdo para ver quién se quedaba contigo a pasar la noche.

— No necesito que nadie se quede conmigo, Elsa. Estoy bien.

— No puedes quedarte sola—vaya, por fin mi amiga hablaba—. Puedes necesitar algo...

— Para eso están las enfermeras, para ayudarme—ellas intercambiaron una mirada que no me gustó un pelo. ¿qué se traían entre manos?—¿Sucede algo?

— Queremos pedirte perdón—Yoselin parecía nerviosa.

— Si estáis pidiéndome perdón

por no decirme que todavía seguía casada, no hace falta. Por mi parte está olvidado.

— No, Julia, no es por eso. Bueno, sí, por eso también—¿Qué estaba pasando?

— No entiendo nada—les dije enarcando una ceja al igual que hacía mi amiga.

— Verás—esta vez fue mi hermana la que habló mientras mi amiga se dirigía a la puerta—, al final hemos decidido que ninguna de las dos se quedará contigo esta noche—se quedó callada de repente, cómo si estuviera esperando algo. ¿Pero el qué? Volvió a hablar cuando la puerta se

abrió—. No nos quedaremos nosotras, porque lo hará él—. Me quedé lívida en cuanto le vi.

Capítulo 23

Abrí los ojos lentamente, enfocando bien la vista para distinguir algo en la oscuridad de la habitación. Estaba tumbada de lado, mirando hacia la ventana. La negrura de la noche no dejaba entrar nada de claridad. Tenía un dolor de cabeza espantoso y sentía el cuerpo muy pesado. Por eso ni siquiera intenté moverme. Estaba a gusto en esa posición. El corazón me latió desenfrenado al recordar el sueño que había tenido y que había hecho que me despertara con esa desazón. *Esta tarde me había despertado de la anestesia, y mi hermana y mi amiga, estaban aquí conmigo. Hablamos durante unos*

minutos. Las noté raras y les pregunté qué pasaba. Me había dado la impresión de que discutían. Era todo tan extraño... Mientras Elsa me explicaba el motivo de su discusión, mi amiga salió de la habitación para volver minutos después acompañada de Abraham. En ese momento mi hermana me decía que sería él, el que se quedaría a pasar la noche conmigo. Que sería él, quien estaría mi lado en caso de necesitar algo. Me había quedado más blanca que las paredes del cuarto donde me encontraba, no quería que él estuviera aquí. No quería tenerle cerca. ¿Por qué el subconsciente me hacía estas jugarretas? Resoplé.

— Te estás volviendo loca, Julia

—dije en voz alta hablando conmigo misma—. Mira que soñar que después de todo Abraham estaba tan preocupado por ti como para querer estar a tu lado...

— No ha sido en sueño, pelirroja—. Me giré sobresaltada al oír su voz ronca. El dolor agudo que sentí en la cabeza al hacer ese giro tan brusco, me obligó a cerrar los ojos.

¿Qué mierda pasaba? ¿Aún estaba dormida, y soñando? No podía ser cierto que él estuviera aquí. ¡Joder, esto era peor que una pesadilla! Respiré hondo para controlar mi respiración agitada tratando de convencerme de que aquello no era real. Entonces para mi

desgracia, empezaron a pasar por mi mente las imágenes de la tarde anterior. Cuando me había puesto a gritar como una loca para que me dejaran sola y desaparecieran todos de mi vista. La sensación de ahogo que sentí al no conseguir que el aire llegara a mis pulmones. Dificultando mi respiración. Sus caras de preocupación al verme en aquel estado. La reacción de la enfermera, cuando entró en la habitación asustada al sentir las voces, y darse cuenta al mirarme que estaba sufriendo una crisis de ansiedad aguda. La facilidad que ella tuvo para hacer que todos abandonaran la habitación, y me dejaran sola.

Y después, la sensación de paz que

me invadió cuando la inyección que la enfermera me puso cuando nos quedamos a solas hizo efecto. Sí, la pobre mujer, tuvo que recurrir a un ansiolítico intravenoso porque no había manera de que dejara de temblar. Me había quedado frita a los pocos minutos con una sensación de paz y de tranquilidad en el cuerpo que nunca había sentido, o por lo menos, yo no lo recordaba. Tenía miedo de abrir los ojos y darme cuenta finalmente de que él sí estaba aquí. Que no había sido un sueño. No hizo falta.

— Julia, ¿estás bien?—Sentí el calor de su mano al posarse en la mía con delicadeza.

— No me toques—rogué

abriendo los ojos—. ¿Por qué sigues aquí?

— Porque quiero.

— ¡Vete!

— No voy a irme, Julia. No hasta que haya hablado contigo.

— ¿Por qué sigues con lo mismo? No quiero escucharte.

— Pues lo siento, pelirroja. Pero tendrás que hacerlo.

— ¡Y una mierda!—Hice ademán de incorporarme, pero el dolor de cabeza me obligó a volver a quedarme quieta, eso, y que el cuerpo me pesaba como el mismo plomo.

— Afortunadamente para mí, no tienes escapatoria. Así que ponte

cómoda porque vas a escuchar todo lo que tengo que decir—se levantó, encendió la luz de la mesita y cogió un sobre marrón que estaba sobre ésta. Enseguida supe de que se trataba—. Aquí tienes la demanda de divorcio. La dejaré sobre esa mesita de nuevo cuando haya terminado de hablar. Podrás firmarla entonces, si aún lo deseas, claro—dijo volviendo a sentarse en la silla junto a la cama.

— Ya te lo dije Abraham, nada de lo que digas me hará cambiar de opinión—su oscura mirada se clavó en la mía haciéndome sentir un escalofrío. Después, del bolsillo de atrás de sus vaqueros extrajo un

papel viejo, arrugado, y lo estiró sobre su rodilla.

— ¿Sabes qué esto?—Pregunto en un murmullo. Negué con la cabeza. No tenía ninguna intención de volver a abrir la boca mientras él estuviera aquí.

— Esta es la carta que acompañaba el sobre. Tu carta. ¿La recuerdas? ¿Recuerdas lo que escribiste en ella?—Asentí. Muy a mi pesar jamás iba a olvidar el contenido de aquella carta. En ella le había abierto por primera vez, y con total sinceridad, mi corazón—. De todos modos, voy a refrescarte la memoria—. ¿Qué? No pensará leérmela, ¿verdad? Pues sí, eso

precisamente era lo que iba a hacer. ¡Mierda! ¿Y si me ponía a gritar para llamar la atención de las enfermeras? ¿Conseguiría con ello que echasen a Abraham de una vez por todas de mi habitación? Abrí la boca para hacer la prueba...

— Ni se te ocurra, pelirroja— me advirtió con voz dura y mirada asesina. Esto de que me leyera la mente, me repateaba el hígado. Carraspeó para aclararse la garganta, y comenzó a leer la maldita carta—. *«Ni siquiera sé por dónde empezar, o cómo dirigirme a ti. Pensaba que lo tenía claro, que no me iba a resultar difícil plasmar en un*

papel lo que en estos momentos pasa por mi mente. Pero me equivocaba. Igual que me equivoqué contigo, y con nuestra relación. Creo que nunca en mi vida tuve que hacer algo que me doliera tanto. Seré sincera contigo, ojalá algún día puedas hacer tú lo mismo»—. Hoy será ese día, Julia—dijo—. Hoy seré completamente sincero contigo—. Se quedó callado unos segundos, y luego prosiguió con la lectura—. *«Puedo asegurar que me enamoré de ti desde el mismo instante en que nuestras miradas se cruzaron en aquel cóctel que mi padre organizó. Lo que sentí por aquel*

entonces, fue algo inexplicable que nunca me había pasado con nadie. Tu mirada hipnótica me atraía hacia ti como una polilla es atraída por la luz de una bombilla. No sabía quién eras, y mucho menos porqué mi padre era tan atento contigo, ahora ya lo entiendo. Juntos os acercasteis a mí, y nos presentaron. Aún recuerdo el cosquilleo que tu mano produjo en la mía al saludarnos. Un cosquilleo que sigo sintiendo con el paso del tiempo, y que ahora desearía no haber sentido jamás. Me parecía impensable que alguien como tú, se fijara en alguien como yo. Pero

lo hiciste, me hiciste creer que sentías lo mismo que yo. Me hiciste creer que tú, también estabas enamorado y por eso accedí a casarme contigo, porque creía que nuestro amor, era verdadero. Bueno, tengo claro que el mío sí lo era, por desgracia, no puedo decir lo mismo del tuyo. Ahora, que sé cuales fueron los motivos reales que te llevaron a contraer matrimonio conmigo, me doy cuenta de lo ciega que estaba. Sólo me hubiera bastado con observarte detenidamente para darme cuenta de que en realidad, tú no me querías. Qué todo había cambiado después de nuestra luna

de miel.

Aquel día, cuando fui a tu oficina, lo hice porque no podía soportar que discutiéramos cada dos por tres. Porque no quería tener un matrimonio cómo el que mis padres habían tenido. No quería pasar por lo mismo que mi madre, y quise hablar contigo para buscar una solución. Entonces escuché la conversación que mantenías con Airam, y creí morir. Quise entrar en tu despacho y encararme a ti. Ponerte entre la espada y la pared para que reconocieras en mi cara lo que acababa de oír. Que nuestro matrimonio era una farsa y que todo había sido ideado por mi padre, y por ti. Pero no lo hice, ¿y sabes por qué?

Porque te quería tanto, que tenerte delante de mí reconociendo aquello, me mataría. Lo que pasó a continuación ya lo sabes, no es necesario que te lo diga. En cambio, si te diré cómo me sentí cuando me desperté en aquella cama de hospital. Me sentí perdida, desorientada y mortalmente sola. A pesar de que os tenía ahí, a ti, a mi hermana, y a Yoselin, no recordar nada de mi vida me producía angustia. Ellas, hicieron todo lo posible por ayudarme, pero, ¿qué hiciste tú? Nada. No hiciste absolutamente nada. Ahora también tengo claro el por qué de tu comportamiento. Fuiste frío conmigo, distante, cortante... No entendía que siendo mi marido apenas me dirigieras

la palabra. Acababa de tener un accidente que casi me había costado la vida, y en lugar de ser cariñoso eras todo lo contrario. Me hice tantas preguntas aquellos días, tantas... Aun así, fueron pasando los días, y como una estúpida volví a enamorarme de ti completamente. Ya ves, parece ser que mi amor es de los que no olvida ni teniendo amnesia. No me arrepiento, porque quererte, a pesar de todo, es lo mejor que me ha pasado. Estos últimos meses vividos junto a ti, fueron los mejores de mi vida. Gracias por haber derribado tu coraza, y haberme dado la oportunidad de haberme sentido, aunque fuera por poco tiempo, querida. Lástima que la verdad, haya salido a

luz. Confieso que durante ese tiempo, deseé que mis recuerdos, nunca regresaran porque en mi fuero interno sabía que en cuánto lo hicieran, todo cambiaría. Como así ha sido. Hay algo más que debo confesar, y es que el día que recordé todo, tú, todavía estabas en casa, en tu despacho, y yo, al otro lado de la puerta viviendo un dejá viú. Sintiendo cómo mi corazón se resquebrajaba con cada recuerdo. Sintiendo que mi mundo se derrumbaba. Sintiendo un dolor tan profundo, que me dejó muerta en vida. Me encerré en el baño de nuestra habitación, y esperé a que te fueras para dar rienda suelta a toda aquella agonía que me carcomía por dentro. Y

después simplemente deseé dejar de respirar. Te quiero Abraham. Te quiero con toda mi alma. Nunca dejaré de hacerlo. Pero necesito alejarme, y empezar de cero lejos de ti. Lejos de la vida que viví contigo. Lejos de todo, y de todos. Por favor, no me busques, deja que por primera vez en mi vida, vuele sola y, busque mi propia felicidad. Y por favor, nunca vuelvas a decirle a una mujer que la quieres si no es cierto»—. A la vez que él había ido leyendo la carta, un nudo tan grande como una pelota de tenis se había alojado en mi garganta impidiéndome siquiera tragar saliva—. Dime, ¿Has encontrado esa felicidad?—Preguntó con voz apagada.

— Más o menos—respondí de igual manera. Saber lo que venía a continuación, me hacía desear que se abriera un boquete en el colchón de la cama, y éste me engullera.

— Es mi turno—dijo sin apartar sus ojos de los míos.

— Preferiría que no lo hicieras, Abraham...

— Pero necesito hacerlo, o de lo contrario, jamás podré vivir tranquilo sabiendo todo el daño que te hice. Ni siquiera ser por dónde empezar—me encogí de hombros, ¿qué podía decirle?—. Verás, mientras estuve en la universidad de arquitectura en mi país, nos encargaron que

hiciésemos un trabajo sobre tu padre. Para mí, él era toda una eminencia en su campo, le admiraba muchísimo y saqué muy buenas calificaciones con ese trabajo. Después de eso, mi profesor me animó a presentarme a un concurso en el cual los realizadores de dicho concurso nos daban unas bases, y los participantes teníamos que crear un proyecto sobre dichas bases. Ellos nos daban varias opciones, y yo escogí el estadio deportivo de Brooklyn. Gané el concurso.

El premio para el ganador era poder hacer realidad su proyecto. En mi caso, por mis raíces musulmanas, necesitaba

que alguien me respaldara, además el proyecto del estadio deportivo era demasiado ambicioso y no podría hacerlo solo. Total que compré un billete de avión, y me presenté en Nueva York dispuesto a que tu padre, fuera la persona que yo necesitaba—. Cerró los ojos, y guardó silencio unos minutos que me parecieron eternos. Una vez que había empezado a hablar, estaba dispuesta muy a mi pesar, a escuchar hasta la última palabra—. Tuve que insistir mucho para que me diera una cita, y cuando lo conseguí, me presenté en su oficina con la intención de convencerlo a toda costa.

Si te soy sincero, no me costó nada conseguir lo que me proponía porque en

cuanto él vio el proyecto, quiso hacerse con él, pero me puso una condición. Que “Empresas Sullivan”, se llevara los méritos—mi padre siempre igual, nunca daba puntada sin hilo—. Estaba tan ansioso porque un proyecto mío se hiciera realidad, que evidentemente acepté. Enseguida nos pusimos a ello. Hicimos los planos, y se solicitaron los permisos.

Todo iba perfectamente hasta que una noche tuve un pequeño altercado en un pub, y entonces los de inmigración empezaron a ponerme las cosas difíciles. Continuamente estaban detrás de mí, hasta el punto que pensé seriamente en largarme. Pero mi amigo Airam que se había venido conmigo, me

convenció para que hablara con tu padre. Y lo hice. Lo hice pensando que él iba a ofrecerme un contrato de trabajo indefinido, y con ello los papeles que me permitieran estar en el país legalmente. Pero me equivoqué. Lo que me ofreció, fue un matrimonio de conveniencia con su hija. Una hija que según él, no me daría problemas, y que estaría más que encantada de casarse con un partidazo como yo. Esas fueron exactamente sus palabras, Julia, me dio a entender que tú estarías de acuerdo con el plan—. Sí, después de lo ocurrido con mi padre, creía perfectamente que fuera capaz de insinuar algo así—. Y aunque en un principio me pareció descabellado

hacerlo, acepté. Cuando nos vimos por primera vez en aquel cóctel, me llamó mucho la atención que tú hicieras como que no sabías quién era yo. Imaginé que después de todo eras una persona tímida e introvertida, y que quizá prefirieras no hablar de ello. Por eso hice lo mismo, y te seguí la corriente.

— Pero es que yo no sabía nada de todo aquello—le corté—. De haberlo sabido...

— Lo sé. Lo tuve claro el día de nuestra boda, cuando tu amiga Yoselin, antes de que llegarás a la iglesia, me cogió a parte y me dijo que era la primera vez que te veía tan feliz, tan enamorada. Y que me cortaría los huevos si alguna vez te

hacía sufrir—sonreí al imaginar a mi amiga amenazándole—. Pensé en dar marcha atrás a toda aquella farsa, pero de nuevo Airam me convenció para que no te dejara en evidencia delante de tanta gente importante. Me dijo que sería humillante para ti, y estuve de acuerdo.

— Te prometo que hubiera preferido mil veces aquella humillación y no lo que viví hace unos meses.

— Lo siento—dijo con voz triste, y siguió con su relato—. Hablé con tu padre a la vuelta de nuestra luna de miel. Le increpé que me hubiera mentado, que nos

hubiera utilizado a ambos para salirse con la suya, y adueñarse del proyecto. Ni se inmutó. Es más, me propuso hacerse pasar por ti para solicitar en inmigración el visado permanente por matrimonio, ahí fue cuando realmente me dí cuenta de que tu padre era despreciable y qué no tenía escrúpulos.

Evidentemente, me negué. Le amenacé con largarme y llevarme conmigo todo lo que tuviera que ver con el estadio deportivo, y entonces fue cuando me dijo que si me quedaba, empezaría con los tramites para legalizar mi situación en el país. Mientras tanto, yo debería estar casado contigo al menos durante un año. Pero

no lo hizo.

— ¿Sigues siendo un ilegal?—
Pregunté extrañada.

— No, ya no. Empecé a tramitar el visado por mi cuenta poco antes de viajar a Vancouver. No me lo concedieron ni por trabajar con tu padre, ni por estar casado contigo. Me lo concedieron por mi esfuerzo, por mi trabajo...

— Felicidades—dije irónica—. Ahora ya tienes lo que tanto ansiabas. Si hubieses sido sincero conmigo, te hubiera ayudado. Lo sabes, ¿verdad?

— Sí.

— ¿Y por qué no lo hiciste?

— Estaba decidido a hablar

contigo el día que escuchaste la conversación. Pero tuviste ese espantoso accidente y... luego me dio miedo hacerlo.

— ¿Miedo? ¿A qué?

— A perderte.

— Pues no sé por qué si no me querías...

— No, no te quería cuando me casé contigo—. Joder, eso dolía, dolía mucho—. Pero antes de aquel fatídico día, yo ya sentía algo por ti. Me gustabas. Todo de ti me gustaba. Eras, y eres una mujer maravillosa, ¿cómo no enamorarse de alguien como tú? Era imposible. Mientras estuviste en coma, no dejaba de lamentarme por todo lo

que había hecho, le rogué a Dios que me diera la oportunidad de hacer las cosas bien. Que pudiera redimirme de mi comportamiento. Luego, cuando despertaste y el doctor nos dijo que tenías amnesia, pensé que quizá esa era mi oportunidad. Pero el miedo a que en cualquier momento recordaras, me paralizaba. Sabía cuales serían las consecuencias si eso pasaba, y no quería que me odiaras. Por eso intenté alejarme de ti. Por eso intenté que tu pensarás de mí que era lo peor, para que el golpe cuando tus recuerdos volvieran, fuera menos doloroso. Pero no sirvió de nada. No sirvió de nada

porque caí rendido a tus pies. Estaba tan enamorado de ti, que preferí tenerte a sabiendas de que nuestro tiempo era limitado. Aun así, me decía a mi mismo que a lo mejor, con un poco de suerte, nuestro amor era tan fuerte que mis errores quedarían eclipsados por él. Fui un iluso.

— Sí, lo fuiste—dije con desdén—
— Igual que lo fui yo cuando por primera vez me dijiste que me querías.

— Julia, aquel día no mentía.

— ¿Y por qué iba a creerte?—
Musité. Contuve las lágrimas que luchan por salir a la superficie.

— Porque por primera vez desde

que nos conocemos, estoy siendo totalmente sincero contigo respecto a nosotros—me miró esperando a que dijera algo más. No lo hice—. Cuando volví de Vancouver, lo primero que hice fue ir a casa de Yoselin con la esperanza de encontrarte allí. Me derrumbé cuando me dijeron que te habías ido esa misma mañana. Me quedé destrozado sabiendo que era tarde para mí, y que te había perdido. Qué por egoísta y cobarde, había perdido a la única mujer que había amado. Ellas me contaron todo lo que había pasado, incluido lo de tu padre. Estaba tan cabreado con él que me presenté en su casa con la

intención de hacerle pagar por tu dolor y por el mío, aunque sabía de sobre que el único causante de tu dolor, era yo. En cuanto le vi, me quedé tan sorprendido que no fui capaz de articular palabra. No era el hombre que yo conocía. No era el John Sullivan arrogante, déspota, prepotente... Era un hombre hundido al que su conciencia le pasaba factura, y sentí lástima por él. Aquel día me prometió que te encontraría. Y lo hizo. Supimos en todo momento dónde estabas, pero ninguno de los dos se atrevió a dar el paso—Bebió agua de un botellín que tenía junto a la silla, y continuó—. Julia, sé que no te merezco. Ni

siquiera merezco que me mires a la cara por haberte mentido, primero inconscientemente, y luego siendo consciente de que lo hacía. Sé que ahora mismo me odias—dijo levantándose de la silla, y sentándose en la cama muy cerca de mí. Sin que hiciera nada por evitarlo, enmarco con sus manos mi cara, y con los pulgares me acarició las mejillas—. Pelirroja, dame la oportunidad de demostrarte cuánto te quiero. Dame la oportunidad de enmendar mis errores, y hacerte feliz. Decías en tu carta que quererme era lo mejor que te había pasado en la vida. Lo mejor de la mía eres tú. Te quiero,

Julia. Te quiero con todo mi corazón y con toda mi alma. Danos la oportunidad de empezar de cero.

Antes de que me diera cuenta, sentí el calor de sus labios sobre los míos. Fue un beso tierno, dulce, y delicado, que me desarmó. Sentí como nuestras lágrimas también se unían deslizándose por nuestras caras. Sentí el fuerte latir de su corazón contra mi pecho. Sentí que era sincero. Pero también sentí mi miedo. Un miedo que no me permitía dejarme llevar, y perdonar. Un miedo que me paralizaba, y bloqueaba mis sentidos. Fue ese miedo el que me hizo romper el contacto, y separarme de él.

— No puedo hacerlo, Abraham
—sollocé.

— Inténtalo, por favor...—
suplicó.

— Necesito tiempo para analizar lo que de verdad siento por ti.

— Sé que me quieres, Julia...

— Sí, pero también te odio, y no confío en ti. Por eso necesito tiempo.

— Lo entiendo—suspiró resignado—. ¿Quieres... quieres que me vaya?—Asentí en silencio. Necesitaba quedarme sola, y pensar.

— ¿Me llamarás cuándo hayas tomado una decisión?

— Sí—. Volvió a dejar el sobre marrón sobre la mesita, y en silencio se encaminó hacia la

puerta.

— Te quiero, pelirroja—dijo desde ésta antes de salir—. Decidas lo que decidas, siempre te querré—. Tras esto último, se fue.

Capítulo 24

Las primeras luces del alba entraban por la ventana cuando Abraham abandonó cabizbajo, y triste la habitación. Yo, seguía con la vista fija clavada en la puerta. No esperaba su regreso, claro está. Sabía de sobra que él había aceptado mis palabras, y que me daría el tiempo que necesitara hasta que tomara una decisión. Me pasé la yema de los dedos por los labios que todavía hormigueaban por el contacto con los suyos. Aquel beso había sido distinto a todos los que me había dado anteriormente, porque por primera vez, en él, noté el peso de sus sentimientos. Él me quería, y no tenía ninguna duda de

ello, pero, ¿qué sentía yo verdaderamente? A un lado estaba el amor que siempre había sentido por él. En el otro, el odio reciente, la desconfianza, y el miedo. Y justo en el medio, una fina línea que separaba uno de otro, y yo, estaba justamente encima de esa línea sin atreverme a dar un paso y tomar una decisión. Sólo de pensar en volver a instalarme aquí en Nueva York, me creaba angustia. Yo estaba muy a gusto en el rancho, allí había encontrado un equilibrio mental que me había beneficiado en todos los sentidos, y que se había ido al traste desde el minuto uno que puse un pie en esta maldita ciudad. No, yo no quería tener una vida de lujos. No quería tener que ir a cenas

organizadas por empresas, por socios. No. Lo que yo quería, era vivir tranquila, y esa tranquilidad, sólo la había encontrado en un lugar. En Denver, en el precioso rancho de mi niña Andrea. La vida de Abraham estaba aquí, ligada por su profesión a la de mi padre, y ahora que se estaba haciendo un nombre en el mundo de la arquitectura, no sería justo para él que abandonara sus sueños. Ni siquiera iba a planteárselo, porque si yo no estaba dispuesta a abandonar mi tranquilidad, y mi paz ¿por qué iba a hacerlo él? Con este pensamiento, llegué a una conclusión. Después de todo lo ocurrido, mis prioridades eran otras. El amor que seguía sintiendo por Abraham,

no era lo suficientemente fuerte como para hacerme desear dejarlo todo por él. Lo mejor era que firmara los papeles del divorcio, y que cada uno siguiera su camino y buscara su felicidad. ¿Significaba esto que tenía tomada una decisión? Pues sí. Era hora de cerrar de una vez por todas esta etapa de mi vida, y seguir construyendo otra lejos de aquí.

Cuando el médico llegó más tarde para evaluar mi estado, me encontró con los ojos hinchados, y la cara empapada en lágrimas. Y aunque él insistió para que le contara por qué me encontraba así, no fui capaz a decirle la verdad. Achaqué mis lágrimas a los nervios que había pasado por el trasplante, y al miedo que tenía a que mi padre lo

rechazase. Por su semblante, no me pareció que se hubiera quedado satisfecho con mi explicación, aun así, lo dejó estar. Confirmó que todo estaba perfectamente, y me firmó el alta médica.

Ya estaba libre para hacer vida normal. Ya estaba libre para volver al que desde hacía unos meses, era mi hogar. En cuanto volví a quedarme sola, me levanté de la cama, y con paso lento me dirigí al baño. Estaba algo mareada, pero necesitaba darme una ducha e ir a ver a mi padre para asegurarme de que estaba bien. Estaba dormido cuando entré en la unidad de cuidados intensivos, y así permaneció durante el escaso tiempo que el horario de visita

me permitió estar a su lado. Le tenían sedado para que descansara, y se moviera lo menos posible. Le observé detenidamente, y vi que su aspecto había mejorado ligeramente. El color de su piel ya no era tan ceniciento, y su respiración era tranquila y acompasada. Me senté en la silla que había junto a su cama, y en silencio le reproché todo el daño que me había hecho. Lo ruin que había sido al planear mi matrimonio para deshacerse de mí, y para lograr llevar a cabo un proyecto que no le pertenecía, y posteriormente haber tenido la desfachatez de haber propuesto usurpar mi identidad para que a Abraham le dieran el visado por matrimonio. Me sentí mal por hacer

aquello después de haberle perdonado, pero no pude evitarlo. Cuando salí de aquella habitación, lo hice con la sensación de que por fin dejaba atrás un pasado tormentoso con mi padre, y la posibilidad de un futuro mejor. Mientras esperaba el ascensor para bajar a recoger mis cosas, aparecieron las traidoras de mi hermana y mi amiga. Las miré, y sin dirigirles ni una sola palabra, subí al ascensor. Estaba tan dolida con ellas... ¿Quiénes se creían qué era para inmiscuirse de aquella manera en mi vida? Una vez en la habitación, recogí mis pocas pertenencias y las metí en la bolsa que había traído conmigo. Después, simplemente esperé a que ellas hicieran acto de presencia. Las conocía

bien y sabía que entrarían por la puerta con cara de cordero degollado, y justificando que todo lo habían hecho por mi bien. La primera en aparecer, fue Yoselin. Me miró desde el umbral de la puerta sin atreverse a dar el paso, pidiéndome permiso con la mirada. Se lo dí, y una vez que estuvo dentro, se puso a mi lado junto a la ventana.

— ¿Cómo te encuentras?—

Preguntó.

— Bien.

— ¿Te han dado ya el alta médica?

— Sí.

— ¿Sólo vas a responder con monosílabos?

— Es lo que llevas haciendo tú

todo estos días—. La miré, y vi lágrimas en sus ojos.

— Sí, tienes razón y lo siento. No sé por qué lo hice, la verdad.

— Claro que lo sabes, lo que pasa que te cuesta reconocerlo.

— Tienes razón. Cuando te vi cogida de la mano de Byron, me pudieron los celos—reconoció—. Y lo más gracioso es que no supe cuánto me gustaba él hasta que le vi contigo.

— ¿Y qué piensas hacer?

— No lo sé. Supongo que debería de hablar con él. Aunque no creo que tenga muchas ganas de verme después de cómo lo traté—. La miré extrañada, ¿qué había

pasado entre estos dos?

— ¿Vas a contármelo?

— No hay mucho que contar. Los dos días que estuvo aquí intentó quedar conmigo pero me negué. Y además le dije que no quería volver a saber nada de él.

— ¿Y él qué dijo?

— Nada, no volvió a insistir.

— Tienes que llamarle, Yos.

— Lo sé. ¿qué ha pasado ayer con Abraham?—Dijo sorbiendo por la nariz como una niña pequeña.

— Lo que tenía que pasar, supongo—Me encogí de hombros.

— ¿Puedes ser más explícita?—
Resopló exasperada.

— Lo seré cuando lleguemos a tu casa. Quiero que también esté mi hermana, así sólo tendré que contarle una vez.

— Está bien. Nos perdonas, ¿verdad?

— ¿Tú qué crees?—Contesté abrazándome a ella—. Aunque no me gustó nada que os metierais en mi vida, y mucho menos verme obligada a hacer algo que no quería.

— Si lo hicimos fue creyendo que era lo mejor para ti. Ahora ya tienes toda la información para hacer, o deshacer.

— Ya... ¿Te parece que vayamos a buscar a Elsa?—No me apetecía

seguir hablando del tema. Al menos de momento.

Subimos a buscar a mi hermana, y como hasta la tarde ya no estaban permitidas las visitas en la unidad de cuidados intensivos, nos fuimos a casa de Yoselin. Allí, frente a una taza de café, les conté lo que había pasado la noche anterior con Abraham. Y también les dije la decisión que había tomado al respecto. Se quedaron calladas. Supongo que se tenían mamado que una vez que él me contara su versión, yo, correría a sus brazos y le perdonaría sin más. Ojalá pudiera hacerlo, pero el daño que me había hecho toda esta historia, me había cambiado, y ya no era la misma. Evidentemente, el amor que

sentía por él, tampoco.

— ¿Estás segura de que no puedes perdonarle? Él hizo las cosas pensando que tu estabas al tanto de todo, hermanita. Papá también le engañó a él—. Mi hermana me miró suplicante.

— Eso no me vale. Después de nuestro viaje de novios el supo la verdad, incluso antes de casarnos, y aun así siguió adelante que la puta farsa. De todos modos, ya le he perdonado, Elsa, lo que no puedo es volver con él.

— Pero tú le quieres, Julia...

— Sí, le quiero. Pero ya no es ese amor ciego que sentía antes de que todo se fuera al traste,

¿entiendes? Todo lo que ha pasado, me ha servido para quererme más a mí. Para valorarme. Siempre he sido yo la que me he amoldado a todos los demás. A sus vidas, a sus trabajos, a todo. Por amor he hecho todo eso, pero ya no. Ahora quiero que la persona que esté a mi lado, si algún día hay alguna, tenga la certeza de que yo soy lo primero en su vida, que nada más importe. Quiero que esa persona esté dispuesta a hacerlo todo por mí. Y Abraham me ha demostrado con su forma de hacer las cosas que es una persona egoísta que solo piensa en sí misma, de lo contrario no hubiera hecho lo que hizo.

Además, un corazón hecho trizas, no se cura de la noche a la mañana. Necesita cicatrizarse.

— Pero si te quedas, él puede ayudarte a recuperar ese amor, cielo. En cambio si te vas... ese amor quedará en el olvido.

— Ese es el problema, Yoselin. No quiero quedarme. No quiero volver a esta ciudad. Aquí he sufrido mucho, todo son malos recuerdos.

— ¿Todos?—Preguntó mi hermana molesta.

— Bueno, no todos. Pero sí los más importantes.

— ¿Cuándo te vas?

— Si puede ser mañana, si no,

pasado. Cuanto antes me vaya mejor que mejor.

— ¿Y papá?

— Papá está en buenas manos, Elsa. Y tú, te encargarás de mantenerme informada de su estado todos los días. Cuando él salga del hospital, prometo venir a verle. Esta tarde cuando vaya al hospital hablaré con él.

— ¿Y con Abraham? ¿Hablarás también con él antes de irte?

— Sí. Le dije que cuando hubiera tomado una decisión se lo haría saber, y eso haré. Esta vez no pienso desaparecer sin más.

— Vamos a echarte mucho de menos, Julia.

— Y yo a vosotras. Pero siempre que queráis, podréis ir a verme. Y por supuesto que yo también vendré a veros a vosotras.

— ¿Lo prometes?—dijeron ambas al unísono.

— Lo prometo—después de esa promesa que pensaba cumplir, permanecimos abrazadas durante un rato. Eran lo mejor que tenía, y a pesar de que eran unas metiches, las quería con locura.

Una vez a solas en la habitación que ocupa en casa de Yoselin, cogí el teléfono e hice las llamadas pertinentes para averiguar si en alguno de los vuelos de los dos próximos días, había hueco. Y por lo visto, la suerte estaba de

mi lado porque en el primer vuelo de mañana, acababan de devolver un billete que enseguida me adjudiqué. Después de dar todos los datos a la chica que amablemente atendió mi llamada, recogí las cuatro cosas que me había traído, y me dirigí al hospital para ver a mi padre. Con un poco de suerte, y si estaba despierto, podría hablar con él. Mientras iba de camino, me asustó el sonido del teléfono. Por lo visto, había perdido la costumbre de llevar siempre uno encima. Sonriendo como una boba por mi reacción, miré la pantalla. Al ver que era Andrea la que llamaba, me acordé de su reunión con el tipo de la notaría. Ojalá fueran buenas noticias, me dije suspirando.

— Hola—saludé.

— Hola, Julia. ¿Qué tal? ¿Cómo ha ido todo?

— Todo ha ido genial, cielo. Yo estoy muy bien, y mi padre de momento también.

— Cuánto me alegro. ¿Sigues en el hospital?

— No, me han dado el alta esta mañana.

— Eso es genial.

— ¿Y tú, cómo estás? ¿Qué te ha contado el notario?—Por su forma de resoplar antes de contestar, supe que no iba a darme buenas noticias.

— Estoy acojonada, Julia. Necesito que me des el teléfono de Byron porque creo que voy a

necesitar un abogado con urgencia.

— ¿Tan mal fue?

— Sí. Resulta que el tipo es el hijo del que fue mejor amigo de mi tío abuelo. Por lo visto, se crío con mi tío en el rancho cuando su padre falleció. Cuando cumplió la mayoría de edad, regresó a Europa para buscar a su madre, o algo así...

— ¿A Europa?

— Sí, parece ser que el tipo es un puto escocés—dijo con rabia.

— ¿Tienes algo en contra de los escoceses?

— Mi padrastro, era escocés, Julia. Y era un cabrón en toda regla.

— Pero eso no significa qué todos los escoceses lo sean, Andrea.

— Lo sé, pero seguramente éste lo sea, ¿o crees que va a presentarse aquí para reclamar su parte de la herencia en son de paz?

— Bueno, digo yo que habrá que darle el beneficio de la duda, ¿no? Por lo menos hasta que le conozcas personalmente y sepas lo que quiere.

— No, no pienso dárselo. Lo siento mucho por él, pero ya lo tengo entre ceja y ceja, y va a resultarme imposible darle siquiera una oportunidad.

— A lo mejor te equivocas...

— No lo creo. Piensa mal y acertarás.

— ¿Y cuál fue el motivo de no dar antes con él? ¿Te dijo algo el notario?

— Sí, el estirado del notariuchu escribió mal su apellido cuando mi tío abuelo redactó el testamento, por eso no le encontraron cuando él falleció.

— ¿Y cómo narices sabe ese tipo lo de la herencia? No lo entiendo.

— No te lo vas a creer, pero fue a través de esa página web que hicimos para promocionar el rancho, ¿te acuerdas?—Asentí con la cabeza como si ella pudiera

verme—. En cuanto vio el rancho lo reconoció, y según él mismo le contó al notario, mi tío le había escrito una carta poco antes de morir comunicándole su deseo de hacerle heredero de la mitad de sus bienes. Por eso mandó a sus abogados ponerse manos a la obra.

— Vaya, ahora entiendo porque tienes tanta prisa por hablar con Byron. Mira, mañana mismo salgo para allá, si quieres puedo quedar con él y comentarle tu caso. O puedo darte su teléfono para que seas tú la que se lo cuente personalmente.

— Si no te importa, prefiero ser yo la que hable con él.

— Perfecto. Oye, acabo de entrar en el hospital para ver a mi padre, posiblemente me quede sin cobertura, pero no te preocupes porque cuando esté en casa te pasaré su teléfono, ¿vale?

— De acuerdo. Acuérdate de decirme también a que hora llega tu vuelo.

— Lo haré—. Nos despedimos, y preocupada pensando en lo que seguramente se le avecinaba a mi amiga, subí a ver a mi padre que por suerte, estaba despierto.

Hice lo que hacía cada vez que entraba en aquella habitación, cogí la silla que estaba próxima a la cama, y la acerqué para poder estar más cerca de

él. Sus ojos, velados aún por el efecto de lo que fuera que le daban para sedarlo, me miraron con lo que a mí me pareció agradecimiento. Aunque como tampoco el pobre estaba muy en sus cabales debido a la medicación, no podría asegurarlo.

De repente, y sin saber por qué, me nació tener con él un gesto cariñoso, no sé, tal vez una caricia, o alguna palabra de esas que los hijos suelen decirles a sus padres. Haber pasado este proceso de su enfermedad junto a él, por lo visto, estaba ablandando mi corazón que últimamente parecía estar más bien congelado. Así que sin pararme a pensarlo, acerqué mi mano para acariciar la suya. Sorprendido por un

contacto que nunca antes en mi vida había tenido con él, me miró sin comprender a que venía aquella muestra de afecto por mi parte. Le sonreí tranquila, y le dí un ligero apretón para que entendiera que todo estaba bien. Qué aquel gesto, aunque fuera el primero, no sería el último. Después de aquella especie de intimidad que yo misma había creado, me dí cuenta de que él no tardaría en volver a dormirse, y tenía que hablar con él antes de que eso ocurriera, así que, con voz pausada, empecé a explicarle lo que iba a hacer con mi vida. Me escuchó atentamente, sin perderse ni una sola de mis palabras, asintiendo de tanto en tanto haciéndome ver que entendía lo que le decía. Antes

de que se quedara profundamente dormido de nuevo, me incliné, y posé mis labios en su frente para darle un pequeño beso.

— Papá—susurré—, te dejo para que descanses. Hablaré con Elsa todos los días, ella me mantendrá al corriente de tu evolución. Y prometo venir a verte por lo menos una vez al mes hasta que estés totalmente recuperado y tú, puedas ir al rancho a verme a mí. Aquello te va a gustar, y además, estar rodeado de naturaleza, te sentará estupendamente. Hazle caso al doctor Miller, ¿vale?—Él asintió con los ojos brillante por la

emoción. Cinco minutos después, dormía como un bebé.

Esa noche, a pesar de que a la mañana siguiente tenía que madrugar para estar temprano en el aeropuerto, mi hermana y mi amiga, creyeron que me vendría bien salir a cenar como hacíamos antiguamente y, tenían razón. Me vino de maravilla, porque gracias a ellas, conseguí olvidarme por un momento de todo, y divertirme. Más tarde, ya en casa, le envié a Andrea el teléfono de Byron, y la hora de mi llegada a Denver en un mensaje como le había prometido, y después en cuanto apoyé la cabeza en la almohada, me dormí, sin recordar que aún tenía una llamada pendiente por hacer.

Al día siguiente, antes siquiera de que hubiera amanecido, Elsa ya estaba aquí para acompañarme al aeropuerto con Yoselin. Después de tomarnos un café, y soltar alguna que otra lágrima, las tres juntas salimos de casa y tomamos un taxi. Cuarenta minutos antes de que despegara el avión, me dejaron sola en la puerta de embarque.

Esta vez, la despedida no fue tan dolorosa como la vez anterior ya que les había prometido lo mismo que a mi padre. Que como mínimo nos veríamos una vez al mes. Lo primero que hice al quedarme sola, fue buscar un teléfono público, que por suerte estaba cerca de donde me encontraba, para hacer la llamada que había postergado hasta el

último momento. Busqué en la agenda de mi móvil el teléfono de Abraham que mi hermana me había dado la noche anterior, y sin darle más vueltas, porque sabía que si lo hacía posiblemente no me atreviera a llamar, marqué. Al primer tono contestó:

— ¿Sí?

— Abraham—carraspeé para aclarar la voz—, soy... soy... yo.

— ¿Julia?—Preguntó extrañado.

— Sí, soy... soy, Julia.

— ¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

— Sí, sí, estoy bien. Verás, estoy en el aeropuerto y antes de marcharme quería hablar contigo.

— Ya entiendo, has tomado una

decisión, ¿verdad?—Su potente voz, sonó apagada de repente.

— Sí—balbuceé—. Lo he pensado, y bueno, he firmado la demanda de divorcio, Abraham, Yoselin te la hará llegar en unos días.

— Julia...

— No, por favor, escúchame. Las cosas han cambiado mucho entre nosotros. Yo he cambiado. Ya no soy la mujer que tú conociste hace año y medio. Ya no soy la mujer que posponía sus necesidades para ocuparse de las de los demás. No voy a negar que todavía te quiero...

— Si me quieres, entonces, ¿por

qué te vas?

— Porque me he dado cuenta de que el amor que antes sentía por ti, ya no es el mismo. No es tan fuerte. No es tan ciego.

— ¿Y por qué estas tan segura de eso? Julia, a lo mejor...

— Abraham, cuando una persona ama a otra con toda su alma, esa persona está dispuesta a olvidarse de sí misma para volcarse en su pareja. Esa persona está dispuesta a dejar su vida de lado, a seguir a su amor a ojos cerrados sin importarle nada más. Estoy segura porque yo, no estoy dispuesta a hacer ninguna de esas cosas.

No estoy dispuesta a dejar mi vida

en el rancho para volver aquí. No estoy dispuesta a olvidarme de mí igual que hice cuando nos casamos para centrarme en ti—. Suspiré hondo—. Puede que lo que te esté diciendo te parezca egoísta, pero es lo que pienso.

Y no voy a cambiar mi forma de pensar ni por ti, ni por nadie—me quedé callada de golpe, a la espera. Le oí coger aire con fuerza, y cerré los ojos.

— Por favor, Julia, no lo hagas...

— Ya está hecho—dije en un susurro—. Quiero decirte una última cosa antes de subir al avión.

— Dime...

— Busca tu felicidad, Abraham. Pero búscala de verdad. Adiós.—

Antes de colgar, alcancé a escuchar su «te quiero, pelirroja».

Crucé la puerta de embarque con la vista nublada por las lágrimas que se acumulaban en mis ojos y empujaban con fuerza para que las dejara salir a flote. Les di la libertad que me pedían una vez que me vi en la seguridad del avión, cuando creía que nadie se fijaría en mí. Cuando tuve la certeza, y la seguridad que a partir de hoy, este capítulo de mi vida quedaba completamente zanjado.

Capítulo 25

Los días siguientes a mi regreso al rancho, no fueron fáciles. No sólo para mí, si no también para mis niñas. Andrea estaba que se la llevaban los demonios por el culpa del puto escocés, que era como ella misma había bautizado al otro heredero, porque no tenía ni idea de cuándo el susodicho se iba a presentar aquí para desbaratarlo todo. Byron, que se había puesto manos a la obra con el tema en cuanto ésta habló con él, intentaba tranquilizarla diciéndole que en las dos ocasiones que había logrado ponerse en contacto con el tipo, parecía una persona tranquila y dispuesta a llegar a un acuerdo. Cada vez que mi

amigo decía aquello, ella contestaba: «¡Ja, eso no te lo crees ni tú!»». Por cierto, el escocés se llamaba Adair McColl, y Nerea y yo, fantaseábamos con que fuera un rudo y apuesto highlander que llegaría a lomos de un hermoso caballo vistiendo una diminuta falda de cuadros. Si nuestra amiga llegara a enterarse de eso, nos cortaría el cuello.

Por otro lado estaba Nerea. La pobre mujer, estaba muy disgustada porque desde España, le habían llegado noticias de que a su hermana la había dejado su marido por una de sus mejores amigas y estaba sufriendo muchísimo. Sus padres ya no sabían que hacer para que dejara de llorar y saliera de casa, y

le habían pedido ayuda a Nere. Rápidamente Andrea dio con la solución. Aquí en el rancho se nos acumulaba el trabajo, y si su hermana quería, sería bien recibida. Así que sí, la familia en este lado del mundo, iba en aumento y esperábamos la llegada de Aitana y su niño para la semana siguiente.

Y luego estaba yo, que por decisión propia, había decidido de una vez por todas romper con mi anterior vida en Nueva York para empezar a construir una nueva aquí, en Denver, perdida entre montañas, árboles, y mucha tranquilidad. No es que estuviera depre y esas cosas, para nada. Lo que pasaba era que a pesar de haber tomado yo solita esa

decisión, me sentía triste. No estaba resultando ser una tarea sencilla olvidarme de mi ex después de haber estado con él los días que pasé en la ciudad. No, no me estaba resultando para nada fácil dejar de pensar en su último «te quiero, pelirroja». Aun así, yo, parecía ser la que mejor estaba de las tres y por eso me pasaba el día de un lado a otro intentado animarlas, diciéndoles que todo, absolutamente todo, se arreglaría. Pero ellas estaban tan negativas con su actitud, que conseguían que por momentos también yo lo estuviera. Si además a todos nuestros problemas personales, añadíamos que faltaban pocos días para que la temporada en el rancho

finalmente quedara inaugurada, y que aún faltaban algunos detalles por ultimar, pues sinceramente, esto a veces eran un auténtico caos. Pero en fin, me consolaba pensando que serían eso, sólo unos días, hasta que todo se normalizara.

Caminé hasta la cerca de madera que rodeaba el establo, donde los caballos pastaban tranquilos y me apoyé en ella para contemplarlos. Deseaba que llegara la tarde para poder ir con Estrella a mi lugar zen y relajarme llenándome de los sonido de la naturaleza.

— Estás demasiado pensativa...

—dijo Andrea acercándose a mí.

— Ajá.

— Menudo contestación, ¿qué te pasa?—Se apoyó ella también en la

cerca, pero mirándome a mí.

— Nada.

— Desembucha.

— De verdad que no es nada—
la miré—. Sólo estaba pensando en
nosotras. En lo de tu herencia, en
lo de la separación de la hermana
de Nerea, en mí, en la inauguración
de la temporada... En poco tiempo
han pasado demasiadas cosas, y
trataba de animarme. Nunca llovió
que no para, ¿no?

— Eso dicen—se llevó las
manos a la frente, un gesto que
indicaba que estaba preocupada—.
Acabo de hablar con Byron.

— ¿Y?

— Me ha dicho que el puto

escocés le ha confirmado que vendrá la semana que viene y que se quedará aquí en el rancho.

— Bueno, sabíamos que tarde o temprano pasaría.

— Sí, pero no imaginé que tuviera la desfachatez de quedarse aquí.

— Está en todo su derecho, ¿no crees?

— Eso no me ayuda, Julia—me reí—, pero tienes razón, está en todo su derecho. Lo malo es que para esa fecha todo está reservado. ¿Se sentirá muy incómodo si le preparamos un camastro en el establo junto a los caballos?—La miré con horror, ¿sería capaz de

hacer ella algo así? Qué tontería, por supuesto que sería capaz.

— Lo dices en serio, ¿verdad?

— Totalmente.

— Andrea...

— Lo sé, lo sé, no puedo hacerlo, pero ganas no me faltan, créeme.

— Miedo me das—ver el agobio en su cara me hizo sentir lástima por ella—. Venga mujer, no le des más vueltas. Seguro que el lobo no es tan fiero como lo imaginas... Tengo una idea, ¿por qué no salimos a cabalgar un rato las tres? Nos vendrá bien.

— Imposible, hay demasiadas cosas por hacer...

— ¿Y mañana domingo?
Podemos preparar unos bocadillos
y subir a comerlos arriba—señalé
con la cabeza una de las montañas

—. ¿Qué me dices?

— Suena genial, Julia, pero...

— Mira, adelantaremos hoy el
trabajo lo máximo posible y así
mañana podremos tomarnos el día
libre—le cogí las manos—. Venga
Andre, anímate, por favor.

— Me lo pensaré, ¿vale?—
Suspiré.

— Esta bien, como quieras. ¿Por
dónde empezamos hoy?

— Hay que darles una pasada a
las habitaciones, hacer una lista
con todo lo que nos hace falta para

cocinar, bajar al pueblo...

— Para, para, que de solo pensarlo hasta yo me estoy agobiando. Empecemos por las habitaciones y luego ya veremos— tiré de ella, y juntas de la mano nos encaminamos a la casa.

El día pasó en un suspiro. La mañana la dedicamos a dejar listas las habitaciones, el salón, los baños, y mientras Nerea hacía la comida, Andrea y yo, preparamos la lista de la compra. Después de comer, ellas dos bajaron al pueblo y yo me quedé con Charles echándole una mano en los establos. Nos llevó media tarde dejarlos como una patena. Lo de los establos era un trabajo que se debía realizar diariamente y del

que por norma general se encargaban Charles y Paul, pero como éste último no había venido a trabajar hoy porque su mujer estaba de parto, pues por eso me había quedado yo para ayudarlo. Dios, estaba molida y necesitaba una ducha urgentemente. Pero cuando estaba a punto de subir a la buhardilla, llegaron ellas del pueblo y entonces esperé para ayudarlas a meter las bolsas de la compra en la cocina. Después las dejé colocándolo todo en la despensa y me subí a duchar. Y ahora, por fin, las tres estábamos sentadas en el porche relajándonos mientras nos tomábamos una cerveza fresquita. Nos lo merecíamos por el día tan agotador que habíamos tenido. Las miré. Andrea tenía

los ojos cerrados y la mandíbula tirante, y Nerea tamborileaba con el dedo índice sobre la mesa. Vale, por lo visto, la única que en realidad estaba relajada, era yo. Tenía que convencerlas cómo fuera de que mañana nos dedicáramos a holgazanear, así que volví a la carga.

— Nerea, ¿Te ha hablado Andrea de lo de mañana?— Pregunté como si ya estuviera decidido.

— No—dijo ésta mirando a nuestra amiga que permanecía con los ojos cerrados—. ¿Qué pasa mañana?

— Julia cree que sería buena idea preparar unos bocadillos y subir a comerlos a la montaña.

Pero sintiéndolo mucho, por mi parte no podrá ser.

— Oh, es una idea fantástica, pero yo tampoco puedo, lo siento.

— ¿Y por qué si puede saberse?

— Yo había pensado en en dedicar el domingo a mi huerto, hace días que apenas lo miro, y además me relaja—se encogió de hombros y le dio un trago a su cerveza.

— Y a mí no me apetece, lo siento Julia.

— Joder, ya os vale. Sólo os estoy pidiendo un día para nosotras, ¿sabéis cuánto tiempo pasará hasta que volvamos a tener un día así? En pocos días esto se

llenará de gente y no podremos hacerlo, tendremos muchísimo más trabajo que el que ahora tenemos. ¿Sois conscientes de ello?

— Lo somos—contestaron las dos a la vez.

— ¿Y aun así pensáis desaprovecharlo?

— Aja—volvieron a contestar.

— ¿Pero vosotras sabéis lo bien que nos vendría desconectar de todo por un día?—Grité. Estaba molesta al ver el pasotismo que se traían.

— Déjate de insistir, Julia, lo sabemos de sobra. Si tanto te apetece, vete tú—espetó Andrea.

— Pues claro que iré—dije

poniéndome en pie y dejando de un golpe seco la cerveza sobre la mesa—. Me voy a dormir—estaba a punto de entrar por la puerta cuando vi la mirada que las dos intercambiaban. Pero en lugar de volver sobre mis pasos, porque no tenía ganas de discutir con ellas, entré en la casa, me fui directa a la buhardilla y me acosté.

A la mañana siguiente, lo primero que hice al abrir los ojos, fue salir al porche y ver que hacía un día espléndido. Animada por ello, ya que seguía pensando en pasar el día al aire libre, me vestí, y después hice la cama. Saqué del armario la mochila y bajé al salón a por una de las mantas de

cuadros. Todavía era temprano, y por eso me extrañé al entrar en la cocina y ver a las chicas allí preparando el desayuno.

— Buenos días—saludé—Para no tener nada que hacer hoy, habéis madrugado mucho, ¿no?—Sí, seguía molesta por negarse a hacer algo las tres juntas.

— Al que madruga Dios ayuda —contestó Andrea.

— Sí claro...—me serví un café y cogí uno de los bollos del plato que estaba sobre la mesa—. ¿Habéis cambiado de opinión y vais a acompañarme?

— Nada de eso, mis planes siguen siendo los mismos—Nerea

se sentó a mi lado—. Yo me he levantado temprano porque no podía dormir, y para estar dando vueltas en la cama, preferí levantarme y ponerme cuanto antes a trabajar en el huerto.

— Y yo, simplemente he bajado a desayunar. En cuanto termine, me vuelvo a la cama.

— Chicas, por favor—imploré—, hace un día maravilloso, ¿por qué quedarse en casa si podemos hacer algo diferente al resto de los días?

— Ya te lo dijimos ayer, no seas pesada, Julia.

— No hace falta que seas tan borde, Andrea.

— Sabes que por la mañanas soy intratable, no sé de qué te extrañas.

— Tienes razón, debería de estar acostumbrada.

— Y tú qué, ¿Julia? ¿Subirás finalmente a la montaña?—Nerea miro a Andrea y después a mí.

— No, pasaré el día en mi lugar zen, recargando pilas y llenándome de energía positiva, ¿por qué?

— Por curiosidad.

Durante el resto del desayuno sólo abrimos la boca para comer y beber, hasta que Andrea nos comentó que Paul ya era papá, y que su hijo y su esposa estaban perfectamente. Había recibido un mensaje suyo de madrugada contándole las buenas nuevas.

Terminado mi desayuno, me preparé un par de bocadillos, y junto con unos refrescos los metí en la mochila que tenía en el pasillo junto a la puerta. Por último, volví a entrar en la cocina para despedirme de aquel par de muermas.

— ¿Seguro que estarás donde rompe la cascada?

— Eso he dicho, Andrea. No sé por qué tenéis tanto interés si vais a quedaros aquí—refunfuñé.

— Para saber dónde localizarte en el caso que sea necesario. ¿Llevas el móvil?

— Por supuesto que no. Voy a relajarme, no necesito el teléfono para nada.

— Me regañas a mí porque soy

borde, pero tú no te quedas corta, amiga mía.

— Ya ves, debe de ser contagioso...—chasquéé la lengua

— Me voy, ¿seguro que no queréis acompañarme?

— Segurísimo—contestaron las dos a la vez.

— Está bien, nos vemos por la tarde—dije saliendo por la puerta y cogiendo la mochila. Veinte minutos más tarde, salía del establo montando a Estrella y enfilaba el camino que bordeaba la laguna.

En cuanto me alejé del rancho, y dejé atrás la laguna, la sensación de enfado con la que había salido de casa, se fue disipando hasta desaparecer por

completo.

Ese era el efecto que causaba en mí todo aquello que me rodeaba. Esa era la paz y la tranquilidad que me embargaban desde que había llegado aquí, y a la que no había estado dispuesta a renunciar por nada, ni por nadie. Estaba convencida de que aquella belleza que me rodeaba, era lo que yo necesitaba para sentirme bien. La primavera había llegado llenándolo todo de luz y de color. Mirara dónde mirara, no había nada que no me impresionara. El campo, llenándose de flores multicolores, el aleteo de los pájaros, el piar de éstos... Todo, absolutamente todo, era digno de admirar, y disfrutar. Y yo, pensaba hacerlo el resto de mi vida. Esa, había

sido me decisión.

Dejé a Estrella pastando junto a los árboles, y me acerqué a la orilla del río con la mochila en la mano. Saqué de ésta la manta de cuadros que había cogido en el salón antes de salir, y la extendí en el suelo para tumbarme. Con los brazos abiertos y las piernas extendidas, dejé que los rayos del sol caldearan mi cuerpo. ¡Qué bien me sentía! Cerré los ojos e inspiré hondo. Sí, este sitio era mi paraíso particular, mi refugio, mi lugar zen. Cogí el libro que también me había traído, y me acomodé para leer. Absorta en la lectura, sólo me dí cuenta de que la mañana había pasado, cuando el estómago protestó por el hambre que

tenía. Me comí uno de los bocadillo, y volví a tumbarme. Relajada como estaba, con el estómago lleno, el sonido de la cascada rompiendo al fondo, y el calorcito del sol, poco a poco me fui quedando dormida.

Cuando más tarde me desperté, me desperecé con los ojos semiabiertos contemple el cielo azul. Sin querer evitarlo, pensé en él. En Abraham. ¿Qué estaría haciendo? Sabía por mi hermana, con la que hablaba prácticamente todos los días por teléfono, que papá había decidido retirarse y delegar en él todo lo referente a la empresa. Lo que no sabía, era si él había aceptado la propuesta. Imaginaba que sí, ese era su sueño y ahora tenía la posibilidad de

hacerlo realidad. Sería tonto si se negara a ello. Viendo que pensar en él estaba cambiando mi humor y la tristeza empezaba a apoderarse de mí, me puse de pie con la intención de recoger, y cabalgar un rato con Estrella cuando sentí el relinchar de un caballo a lo lejos. Me giré asustada pensando que tal vez Estrella se hubiera alejado, pero al verla debajo de uno de los árboles pastando plácidamente, me relajé.

¡Dios, qué susto acababa de pasar! Sólo me faltaría que la yegua me dejara aquí tirada. Entonces, vi aparecer a Dante en el camino. Me quedé de piedra. Como una estatua, pero no por ver a Dante, sino por ver quién era el hombre que venía montado sobre él. Mi

corazón empezó a latir desenfrenado, desbocado, y de repente, el aire se había vuelto espeso, irrespirable. Sentí cómo algunas gotas de sudor se deslizaban por mi espalda, y no precisamente porque el sol me estuviera dando de lleno en ella.

Madre del amor hermoso, estaba increíblemente guapo. Llevaba unos vaqueros azul oscuro que le sentaban a las mil maravillas. Y aquel jersey de cuello alto... Se me secó la boca. ¿Qué hacía él aquí? Con elegancia desmontó del caballo, y sin apartar su mirada de la mía, se fue acercando lentamente hasta quedar frente a mí. Muy, muy cerca de mí.

— Hola—su saludo fue un

murmullo apenas audible.

— ¿Qué... qué haces aquí?—
conseguí balbucear—. ¿A qué has
venido?

— Te he hecho caso. He venido
a buscar mi felicidad—¿estaba
nervioso? Sí, lo estaba. Y yo
también, para que negarlo.

— Abraham...

— No, Julia, escúchame. La
última vez que hablamos me dijiste
que buscara mi felicidad y por eso
estoy aquí. Porque mi felicidad
eres tú. Tú eres mi razón de existir,
mi símbolo de infinito. Eres la
parte que me completa, pelirroja.
Sin ti, mi vida no tiene sentido.
Nada tiene sentido. Te quiero. Te

quiero con toda mi alma. Y Quiero que cada mañana sean tus labios con un beso los que me den el aliento para seguir viviendo. Quiero despertarme a tu lado el resto de mi vida. Déjame hacerte feliz...—. ¡Oh, joder! Su declaración de amor me estaba haciendo flaquear. Las lágrimas ya rodaban por mis mejillas a su libre albedrío. Era tan bonito todo lo que me estaba diciendo... Había ansiado tanto escuchar estas palabras de sus labios...

— Pero yo no voy a volver, Abraham.

— No te estoy pidiendo que vuelvas. Te estoy pidiendo que me

des la oportunidad de hacerte feliz.
Yo puedo trasladarme aquí...

— ¿Harías... harías eso por mí?

—Asintió esperanzado.

— Pelirroja, por ti sería capaz de bajar al infierno y retar al mismísimo diablo si hiciera falta. Tú sólo tienes que decirme que sí y yo me encargaré del resto.

— Pero, ¿Y tu trabajo?—
sollocé.

— Julia, mi trabajo es sólo eso, trabajo. En cambio tú eres mi vida, ¿lo entiendes? Mi lugar está donde tú estés. Siempre a tu lado. ¿Qué me dices? ¿Vas a darme la oportunidad de que te demuestre con hechos lo que te estoy diciendo

con palabras? ¿Vas a darnos la oportunidad de empezar de cero?— De un solo paso cortó la distancia que nos separaba, y enmarcó mi cara con sus manos consiguiendo con ello cortarme la poca respiración que tenía—. Pelirroja, dime que sí, por favor, por favor...

— Ya me tenías con el hola, Abraham. Ya me tenías con el hola...—dije mirándole a los ojos. Él, bajó la cabeza y susurró en mis labios...

— Pelirroja, ¿Eso es un sí?

— Sí, por supuesto que es un sí

—. Cuando nuestras bocas por fin se unen, la siento. Siento esa descarga eléctrica que nos recorre

el cuerpo de pies a cabeza, y digonos, porque estoy completamente segura de que él, también la siente. No podría ser de otro modo. Cuando su lengua invade mi boca, gimo de satisfacción, no puedo controlarlo. Sus besos me vuelven loca. Él, me vuelve loca desde aquella primera vez que nuestras miradas se encontraron. Nos separamos unos segundos para coger aire—. Te quiero, moreno. Siempre te he querido—. Volvemos a besarnos como si no hubiera un mañana. Como si el mundo se fuera a acabar hoy mismo. Y así, unidos por nuestros labios, y enredadas nuestras

lenguas, perdimos la noción del tiempo, y el sol empezó a descender sin que pudiéramos dejar de tocarnos.

No tengo ni idea de en qué momento cogimos la manta y nos tumbamos debajo de uno de los árboles. Estaba tan absorta en mi marido, y en lo que me hacía sentir tan solo con sus besos, que por lo visto todo lo demás había dejado de existir. Y ahora, con la cabeza apoyada en su pecho, y acariciando su estómago, relajada como nunca, pensé en mis amigas, en todas ellas. Y me dí cuenta de que seguramente las que estaban en Nueva York, sabían que él estaba aquí. Y las de aquí, sabían que él iba a venir. Porque lo sabían, ¿verdad?

Pues claro que sí, ¿cómo iba a saber él si no que yo me encontraba aquí en la cascada?

— Abraham...

— Dime, pelirroja—su mano subía y bajaba por mi espalda con lentitud.

— Las chicas saben qué estás aquí, ¿verdad?—Levanté un poco la cabeza para poder mirarlo.

— Sí, lo saben.

— ¿Todas?

— Todas. A tu hermana y a Yoselin, se lo dije hace un par de días, cuando fui al hospital para hablar con tu padre y decirle que me sentía alagado por la oferta que me había hecho pero que la

rechazaba. Convencer a su hija para que me diera una nueva oportunidad, era lo más importante para mí. Ellas estaban allí, y les encantó la noticia. Por cierto, tu amiga volvió a amenazarme.

— ¿Ah sí? ¿Y por qué?

— Me dijo qué cómo se me ocurriera salir del estado de Colorado sin ti, me cortaría... ya sabes, las pelotas—soltó una carcajada—. Tienes una amiga muy macarra, cielo—asentí con una sonrisa. Sí, Yoselin podía ser muy macarra si se lo proponía.

— ¿Y cómo se enteraron Andrea y Nerea?—Ellas no hablaban con mis chicas de Nueva York.

— Fue Byron...

— ¿Byron?—Esto sí que era extraño.

— Sí. Me puse en contacto con él una vez tuve listo el viaje. Ayer cuando llegué, fue a buscarme al aeropuerto y me ofreció su casa para pasar la noche. Llamó a una de ellas por un motivo de trabajo, o algo así, y entonces le comentó que yo estaba aquí, y que tú no debías saberlo bajo ningún concepto. Es un gran tipo—sí que lo era.

— ¡La madre qué las pario! Ahora entiendo porque se negaron a acompañarme hoy a pasar el día fuera del rancho. Estaban esperando tu llegada.

— Sí que la estaban esperando porque en cuanto me bajé del coche, salieron corriendo de la casa y después de saludarnos, me arrastraron al establo donde tenían a ese hermosos caballo esperándome para traerme hasta ti. No se lo tengas en cuenta, pelirroja.

— No lo haré. Aunque me enfadé bastante con ellas por dejarme venir sola, al fin y al cabo lo hicieron por mí, así que... no puedo reprocharles nada.

— ¿Qué te parece si levantamos el campamento y regresamos? Empieza a anochecer, hace frío, y no me gustaría que enfermaras.

Además, seguro que tus amigas están deseando verte—propuso.

— Sí, tienes razón. Volvamos a casa mi amor—dije poniéndome en pie y tirando de él para que hiciera lo mismo.

— Que bonito ha sonado eso que acabas de decir, pelirroja. Gracias por dejarme demostrarte cuánto te quiero—sus brazos rodearon mi cintura y me aproximó a él—. Gracias por dejarme hacerte feliz. Gracias por ser la mujer que ha hecho que mi vida valga la pena, y tenga sentido. Te quiero, pelirroja. Te quiero hasta el infinito, y más allá.

Epílogo



Algunos meses más tarde

Con la cámara fotográfica en la mano, subí hasta la que hacía unos meses era mi habitación en la buhardilla. Y una vez allí, salí al porche y me apoyé dispuesta a hacer algunas fotografías sin ser vista. Lo primero que inmortalicé, fue el espectacular panorama que tenía ante mí. Estábamos en el mes de octubre y los colores, naranja, rojos intensos y ocre, predominaban en la naturaleza. ¡Era

realmente espectacular! Hice varias fotos del paisaje, y después, sin apartar el ojo del objetivo de la cámara, busqué a los causantes de que allí abajo hubiera tanta algarabía. Los localicé un poco apartados del gentío, haciéndose arrumacos y sonriéndose con cara de enamorados. Ver a mi amiga Yoselin tan feliz junto a su recién estrenado marido, Byron, hacía que yo también lo fuera un poco más de lo que ya lo era. Sí, por fin estos dos se habían dado cuenta de que estaban hecho el uno para el otro, y después de varios meses de relación habían dado el paso definitivo en su particular historia de amor. Hacia apenas unas horas que se había dado el sí quiero aquí en el rancho, en una

ceremonia civil muy bonita, y emotiva. Y ahora lo estábamos celebrando por todo lo alto. Sonreí cuando vi en la pantalla que había conseguido capturar el tierno gesto de Byron hacia Yoselin. Les deseaba toda la felicidad del mundo, ambos eran mis amigos, y les quería muchísimo.

Volví a poner el ojo en el objetivo, y oteé entre la gente hasta que dí con él. Estaba elegantemente vestido, y lucía fantástico. La recuperación de su enfermedad aún no era completa, pero ya no era ni de lejos el hombre que yo me encontré aquel día cuando entre a verlo por primera vez en cuidados intensivos. Mi padre había cambiado muchísimo. No sé si fue a raíz de su

enfermedad, o de la conversación que habíamos mantenido cuando estaba hospitalizado, o a que yo le hubiera donado mis células madre a través de mi sangre, pero lo cierto es que el padre que yo siempre había conocido, y éste, no parecían la misma persona. Gracias a Dios, ahora sí podía decir que tenía un padre. Un padre de los de verdad, de esos que cuando menos te lo esperas te dan un beso, o te hacen una caricia, e incluso te dicen te quiero. Estuve mirándolo durante un rato, esperando que apareciera una de esas sonrisas que más de una vez habían llegado a enternecerme para hacer la foto. Hice dos.

Más allá, divisé a mis niñas Andrea

y Nerea. Estaban preciosas con aquellos vestidos de dama de honor en color lavanda. Me fijé en lo relajada que estaba Andrea. Adair McColl, alias el puto escocés, no había hecho acto de presencia ni aquella semana de hace ya unos meses, ni ninguna otra hasta la fecha, de hecho, no habíamos vuelto a saber nada de él.

Mi niña, al ver que él no daba señales de vida, había pensado que ya no le interesaba su parte de la herencia, y que simplemente lo había dejado estar. Ahora ella, volvía a ser la Andrea que yo había conocido a mi llegada al rancho, y no la desquiciada y desesperada en la que se había convertido cuando este tipo salió a luz.

Ojalá tuviera razón y, todo quedara en agua de borrajas. Pero me daba a mí, que cuando menos se lo esperase, el escocés se presentaría aquí dispuesto a reclamar lo que le pertenecía por derecho.

En cambio Nerea, aunque intentaba disimular su tristeza con una gran sonrisa, sus ojos la delataban. Su hermana Aitana junto a su hijo, habían pasado aquí en el rancho cinco meses. Durante ese tiempo se centró en que su hermana se recuperara de la depresión que la acompañaba a causa de su separación, y lo consiguió hasta cierto punto. Al menos, cuando se había despedido de nosotras en el mes de septiembre, su semblante y su actitud

eran distintas. Prometió que la próxima vez que volviera, lo haría para quedarse definitivamente, ya que la vida aquí en el rancho le gustaba y le sentaba bien. Igual que a mí. Nerea echaba tanto de menos a su hermana y a su sobrino, que se pasaba la mayor parte del tiempo suspirando por los rincones. En este preciso momento, mis dos amigas se daban un abrazo fraternal de esos que hacen que los ojos se te nublen por la lágrimas, y lo inmortalicé. Seguro que más tarde, les gustaría verse en esa imagen tan llena de cariño por ambas partes.

Escuché la maravillosa sonrisa de mi hermana con total claridad entre todos los asistentes a la boda. Estaba

sentada en un banco de madera justo debajo del porche. Llevaba el mismo vestido color lavanda que el resto de las damas de honor, y su querido Nathan, le acababa de untar la nariz con nata de la tarta nupcial. Ella se descojonaba, y él, la miraba con adoración. Esa fue la imagen que quedó guardada en la cámara. Si tuviera que llevar un título, sin ninguna duda sería, «Amor Verdadero». Si todo iba bien, en la próxima primavera volveríamos a estar todos aquí reunidos para celebrar su enlace matrimonial. Estábamos deseando que llegara ese momento.

Por último, y para terminar con mi faceta de fotógrafa ocasional, busqué al hombre que cada día con sus atenciones,

su amor, su ternura, y su todo, hacía que mi corazón latiera sólo por, y para él. Aquel día, después de reconciliarnos en mi lugar zen, lo primero que hicimos cuando volvimos al rancho, fue romper la demanda de divorcio que él se había traído consigo desde Nueva York. A partir de ahí, empezar de cero no nos resulto nada complicado, principalmente porque teníamos el ingrediente que se necesitaba para lograrlo. El amor. Un ingrediente que no nos había unido al conocernos, pero que ahora era permanente en nuestras vidas.

Vivíamos aquí en el rancho, en lo que antiguamente se llamaba el cobertizo y se usaba para guardar herramientas de labranza y demás. El

mismo en el que yo había metido las pocas restauraciones que me habían quedado sin hacer cuando me fui a Asia, y que ahora después de varios meses de trabajo, mi marido había convertido en una bonita cabaña de madera a la que no le faltaba ningún detalle. Él, había renunciado a la propuesta de mi padre para llevar la empresa y sus negocios, y con la ayuda de nuestro amigo Byron, había montado la suya propia aquí en Denver. La mayoría de la veces trabajaba desde casa, pero algunas otras, no le quedaba más remedio que viajar y pasar algunos días separado de mí. No lo llevábamos bien, pero nos resignábamos. Una sensación de calidez y de amor absoluto recorrió mi cuerpo

en cuanto le vi. Llevaba un traje hecho a medida en color gris marengo, camisa blanca, y corbata también en tonos gris. Estaba apoyado en la cerca que rodeaba el establo. Las manos en los bolsillos, una postura muy típica en él, y su mirada clavada en mí. Esa mirada tan profunda y arrebatadora que conseguía que la sangre de mis venas se licuara. Aunque esa mirada estaba grabada a fuego en mí, al igual que otras muchas cosas tuyas, fue la que quedó inmortalizada en el día de hoy. Ésa, y su sensual sonrisa. Lo amaba. Lo amaba con toda mi alma. Igual que que él a mí.

Después de abandonar mi antigua habitación, bajé las escaleras, dejé la cámara de fotos sobre una mesa en el

salón, y salí a buscar a las chicas. Habíamos quedado en reunirnos al atardecer en el balancín que había en el lateral del rancho para hacer nuestro brindis particular por los novios. Al no encontrarlas por ninguna parte, me dirigí hasta el punto de encuentro y allí estaban, sentadas en el gran balancín meciéndose con los pies. Al lado de ellas, una cubitera enfriaba una botella de cava. Por sus caras y carcajadas, supe que ellas ya tenían montada su propia fiesta. Encantada de la vida me uní a ellas. Era la primera vez que conseguíamos estar todas juntas y eso también era un motivo de celebración.

— ¡No me puedo creer que hayáis empezado si mí!—Dije

haciéndome la ofendida.

— Como tardabas tanto en venir... ¿Dónde estabas?—Yos me miró con la ceja alzada.

— Estaba arriba, haciendo fotografías desde el porche de la buhardilla.

— Pues coge una copa y siéntate aquí a nuestro lado, Andrea tiene la chispa a tope y nos lo estamos pasando en grande—. Le hice caso a la novia y con una copa de cava en la mano, me senté en el balancín.

Y era cierto, Andrea estaba pletórica y sus chistes y payasadas nos hacían reír sin parar. Así estuvimos un buen rato, riendo por cualquier tontería, y obligando a la novia a hacer todo lo

que se nos ocurriera. Menuda paciencia estaba teniendo con nosotras, la verdad. Yo en su lugar, ya nos hubiera mandado a freír espárragos al desierto. Pero ahí estaba ella, aguantando estoicamente nuestras bromas. Estaba Andrea haciendo una de las suyas, concretamente intentando subir al techo del balancín, cuando mi hermana preguntó:

— Chicas, ¿no habíais dicho que el rancho estaba cerrado este fin de semana?

— Ajá—contestamos Andrea, Nerea y yo.

— Pues entonces creo que ese tiarrón se ha perdido—dijo señalando la entrada del rancho.

Miramos hacia allí, y literalmente, nos quedamos con la boca abierta viendo al hombre que con paso decidido se acercaba a Abraham, Byron y Nathan.

— ¡Madre del amor hermoso!—
Andrea se había bajado de un salto y agitaba las manos—. ¿No os parece qué está increíblemente bueno?

— Síííí—gritamos todas.

— ¡Joder! Pues si se ha perdido, yo estaré encantada de mostrarle mi habitación y...

— ¡Andrea!—Dije sorprendida por lo que acababa de decir.

— Venga ya Julia, no me digas que no le harías un huequecito en tu

cama—. Estaba claro que a nuestra amiga se le había ido la pinza del todo. Seguramente mañana culparía al cava por ello.

Mientras nosotras nos moríamos de la risa con las ocurrencias de Andrea, el macizorro hablaba con nuestros chicos, y de repente, todos miraron hacia donde nos encontrábamos. Vi claramente el cambio de expresión de mi marido y entonces, no sé por qué, tuve claro quién era él. Con paso lento se acercaron a nosotras, y cuando los tuvimos en frente, fue Byron el que habló:

— Andrea, preguntan por ti— dijo haciendo con un gesto de cabeza hacia el tipo que tenía al lado.

— ¿Y quién pregunta por mí si puede saberse?—¡Dios, pobrecilla! Esa chispa iba a desaparecer en cuestión de segundos y ella no tenía ni idea...

— ¿Eres Andrea Guerrero?— Pregunto el macizorro.

— Lo soy. ¿Y tú eres...?— Sonrió con picardía.

— Adair McColl—La sonrisa de mi amiga desapareció de su cara de un plumazo.

— ¿Quién?—¡Joder, se estaba poniendo pálida!

— Soy Adair McColl, es un placer conocerte por fin, Andrea Guerrero—. Él, dio un paso al frente y extendió la mano hacia

ella.

— ¿En serio?—Él asintió—. Pues lo siento mucho, pero para mí no es, y nunca será, un placer conocerte—. Ignoró su mano y automáticamente se puso a la defensiva.

— Nunca digas nunca—él, esbozó una sonrisa canalla, y ladeó la cabeza—. ¿Podemos hablar a solas?

— Ahora estoy ocupada celebrando un acontecimiento familiar, así que no, no puedo hablar contigo.

— Entonces esperaré—se encogió de hombros—. Dime que habitación puedo ocupar y,

aprovecharé para ir deshaciendo el equipaje.

— ¿Cómo dices? ¿Es qué acaso tienes pensado quedarte aquí?

— Por supuesto. ¿Tienes algún inconveniente?

— Tengo muchos inconvenientes. El primero...

— Andrea—la cortó Byron—, ahora no. Tu antigua habitación está libre, ¿verdad, Julia?—Asentí de mala gana—. Pues entonces sígueme Adair, yo te diré dónde puedes dejar tus cosas.

En cuanto se alejaron, todas rodeamos a Andrea para tratar de tranquilizarla, pero ella no nos dejó ni siquiera darle un abrazo.

— No, por favor, no hagáis eso. No quiero que ese puto escocés vea que su presencia aquí me debilita. Sigamos con la fiesta como si nada hubiera pasado, ¿sí?

— ¿Estás segura?—La miré con preocupación.

— Completamente. Vamos a bailar—. Todas sabíamos que esa seguridad que mostraba era sólo apariencia, aun así, le hicimos caso y nos fuimos a bailar.

Mucho más tarde, cuando la fiesta ya había terminado y todos descansaban en sus habitaciones, mi marido y yo, nos recuperábamos de una increíble sesión de sexo en nuestra cabaña. Él, acariciaba con dulzura mi espalda, y yo,

le daba pequeños besitos en el pecho. ¡Era tan hermoso! Nunca me cansaría de estar así con él. Después de todo por lo que habíamos pasado, y de lo mucho que habíamos sufrido, estábamos juntos y éramos felices. Estaba donde quería estar. Con el hombre que amaba con todo mi ser. ¿Se podía pedir más?

— ¿En qué piensas, pelirroja?— Preguntó alzando mi barbilla para poder mirarme a los ojos.

— Pienso en lo felices que somos a pesar de todo. Pienso en que eres el hombre de mi vida. Y pienso que nunca me cansaré de mirarte y sentir que mi corazón te pertenece. ¿Sabes? Siempre he pensado que las segundas

oportunidades eran imposibles, pero haciendo un repaso a mi vida, me doy cuenta de que eso no es verdad. Que empezar de cero con la persona que amas, sí que es posible. Te quiero, Abraham. Te quiero muchísimo.

— Y yo te quiero a ti, pelirroja. Hasta el infinito y más allá.

FIN



AGRADECIMIENTOS



Primeramente a Dios, por respaldarme en todo momento en esta nueva aventura de mi vida.

A mi familia, mi marido y mi hija por ser mi razón de existir y estar siempre ahí mostrándome su apoyo. A mis padres, a mis hermanos y especialmente a mis niñas: mi hija Andrea, y mis sobrinas Julia, Yoselin, Nerea y Aitana, de las que cogí prestados su nombres para las chicas que salen en esta novela. Os quiero mucho princesas.

A mis lectoras cero, Mari, Vane, y

Pili. Muchas gracias por embarcaros de nuevo en esta historia conmigo y ser totalmente sinceras con vuestras opiniones. Vuestros mensajes, llamadas, y comentarios, significan mucho para mí y me motivan a continuar. Espero seguir torturándoos con nuevas historias.

A kris, por ayudarme a disipar todas mis dudas en este mundo que es desconocido para mí, por estar siempre accesible, y por su gran ayuda. ¡Eres una persona maravillosa!

Pero sobre todo, quiero daros las gracias a todas vosotras queridas lectoras. Primero, por la gran acogida que le disteis a «Reina de Corazones», y segundo, por ser tan cariñosas conmigo. Sin vosotras, nada de esto sería posible.

Se os quiere hasta el infinito, y más allá.

Créditos de portada y maquetación:
KGFlowers Editions.

Facebook: Virginia V.B.

Twitter: @Kynkya

Instagram: @Kynkya

SOBRE LA AUTORA



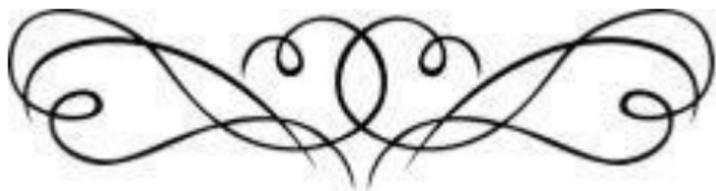
Virginia, nació hace 39 años en Oviedo (Asturias), donde reside desde los 14 años. Hasta esa edad, vivió en un pueblecito a las afueras de Oviedo, donde ella misma confiesa, vivió una de las etapas más felices de su vida.

Se declara lectora empedernida, y amante de la novela romántica (Histórica, Contemporánea, Erótica, New Adult, etc). Le gusta escribir desde niña, pero no fue hasta hace aproximadamente dos años, cuando decidió plasmar en un papel las historias que surgían en su cabeza, y

*darles vida, consiguiendo con ello,
realizar uno de sus sueños al
autopublicar su primera novela:
«Reina de Corazones» en abril de este
mismo año.*

Su mayor debilidad, su familia.

EMPEZAR DE CERO



VIRGINIA V. B.